



# A BOOK OF GIANTS

# Un libro de gigantes

© 1917 Henry Wysham Lanier

Esta información representa el trabajo que se encuentra y forma parte del dominio público. Esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación y / o transmitida por medio de medios electrónicos, mecánicos, fotocopia, grabación u otro medio especialmente con fines educativos ya que es parte del dominio público. Este libro está diseñado para proporcionar información precisa y fidedigna con respecto al tema tratado. Publicado por Sacred Word Publishing, LLC. para consideración pública. Por favor, comprenda que, como empresa, siempre tratamos de ser fieles al contenido original y que, a veces, en la traducción, una palabra o frase puede faltar, estar alterada o mal escrita. Sacred Word no se hace responsable de la gramática, puntuación, contenido omitido o cualquier otro defecto que pueda surgir de esta transliteración.

Formateado y editado por Joy García.

Publicación de la Palabra Sagrada

[www.sacredwordpublishing.net](http://www.sacredwordpublishing.net)

---

Impresión moderna:

2017978-0-359-02025-6





## Un libro de gigantes

Cuentos de hombres muy altos de mitos, leyendas, historia y ciencia.

Por Henry Wysham Lanier



*"Y allí nosotros sazu gianis, los hijos de Anac, que venimos de los gigantes; y éramos a nuestros ojos como saltamontes, y por eso estábamos a sus ojos". NÚMEROS: xiii, 33.*

## **RECONOCIMIENTO**

Agradecemos a la Frederick A. Stokes Company el permiso para utilizar, en la Parte III, tres cuentos de volúmenes publicados por ellos: Capítulo XX, The Biter Bit, de "Hero Tales and Legends of the Serbians", de Vojislav M. Petrovic ; Capítulo XXI, El hijo de Peach, de "Mitos y leyendas de Japón", de F. Hadland Davis; y el capítulo XXIII, La gigante de piedra, de "Los mitos de los indios norteamericanos", de Lewis Spence.

En varios casos, el texto del romance original o "historia" se ha seguido lo más de cerca posible, para conservar el sabor de los cuentos antiguos.

# CONTENIDO

## **PARTE I. GIGANTES DE LA MAÑANA DEL MUNDO**

- I. ¿Cómo Zeus luchó con los Titanes y los Gigantes
- II. El gigante que brilla en el cielo
- III. La burla de Polifemo
- IV. Cuando Thor fue a Jotunheim
- V. El constructor de pirámides gigantes
- VI. El orgullo fatal de Vukub
- VII. Og, rey de Basán
- VIII. Un hijo de Anak

## **PARTE II. EN LOS DÍAS DEL ROMANCE**

- IX. Ferragus, dueño de la cabeza descarada
- X. El gigante del monte de San Miguel
- XI. Sir Launcelot y Tarquin
- XII. Las aventuras de Yvain
- XIII. El Turke y Gawain
- XIV. Amadis entre los gigantes
- XV. Gogmagog
- XVI. El gigante detrás de la cascada
- XVII. El único buen gigante: San Cristóbal

## **PARTE III. CUENTOS DE VIVERO DE MUCHAS TIERRAS**

- XVIII. La mano gigante (irlandés)
- XIX. El gigante que no tenía corazón en el  
Cuerpo (nórdico)
- XX. The Biter Bit (serbio)
- XXI. The Peach's Son (japonés)
- XXII. El hombre que perdió las piernas (coreano)

XXIII. The Stone Giantess (indio norteamericano) **PARTE**

## **IV. ALGUNOS GIGANTES REALES**

- XXIV Algunos gigantes reales
- XXV Lo que la ciencia ha aprendido sobre los gigantes

# INTRODUCCIÓN

El hombre en su juventud era tan aficionado a los gigantes que, al no encontrarlos lo suficientemente grandes o abundantes, creó una provisión abundante. Les dio prioridad sobre sí mismo. En el norte helado llegaron incluso antes que los dioses: en el este, después de los celestiales pero antes de la creación del mundo; en Grecia surgieron justo después de los olímpicos y disputaron ferozmente la soberanía de Zeus.

Muchos dioses antiguos eran de gran tamaño: fíjense, por ejemplo, en las colosales estatuas de Egipto, China o los mares del Sur. Pero la palma de la grandeza debe ir a esos seres gigantes que encontramos en medio del Caos en Oriente: como ese Tiamat de quien el dios babilónico Bel formó los cielos y la tierra; y Purushu de los Vedas hindúes, cuya cabeza cortada fue suficiente para hacer el cielo, sus pies para la tierra, su ojo para el sol y su mente para la luna.

De alguna manera, estos son demasiado grandes; hoy en día difícilmente se puede digerir un gigante así. Incluso esos seres enormes y terribles con cuerpos de piedra que una vez descendieron sobre los indios iroqueses se parecen más a Djinn o Rakshasas: no fascinan como lo hace ese monstruoso guardián negro del puente de Mantrible, que medía cinco metros y medio de altura con "colmillos como aburrido "y cabeza" como una liberde ".

Los eruditos discuten sobre la cuestión de si la misma palabra originalmente significaba "nacido en la tierra"; pero [viii] sea como sea, los gigantes exhibidos en estas páginas (recopiladas después de una búsqueda más amplia de la que incluso el Sr. Barnum jamás procesó por tales prodigios) son todos criaturas de la tierra, al menos en parte. Sus pies están en la tierra, aunque como Og, rey de Basán, sus cabezas se elevan lo suficientemente alto como para beber directamente de las nubes.

Todos tienen una apariencia de seres humanos, como deberían. Si esto parece dudoso, recuerde Ea-Bani. Su historia es ciertamente la primera que se registra, ya que fue horneada en arcilla hace al menos 2500 años, y las doce tablas se encontraron en la biblioteca del rey Assur-bani-pal en Nínive. Ea-bani era un gigante enorme que vivía con los animales salvajes y que desafiaba todos los intentos de capturarlo, hasta que el rey Gilgamesh abandonó la fuerza y envió a una mujer muy hermosa a permanecer tranquilamente cerca de uno de los lugares al acecho de la criatura peluda. A primera vista de ella, el colosal salvaje se enamora; La acompaña mansamente de regreso a la civilización: y, renunciando a su amado bosque, toma una humilde segunda parte en las posteriores conmovedoras aventuras del Rey. ¡Sin duda sobre la naturaleza humana de eso!

Teniendo en cuenta que él los hizo, parece que el hombre había sido algo injusto con los gigantes. Al principio, ganaron una gloria duradera: Tifón conquistó a Zeus en un combate cuerpo a cuerpo y obligó a los demás dioses a vagar por Egipto disfrazados de animales; incluso Atlas tenía al menos la dignidad de sostener los cielos sobre su cabeza y sus manos para siempre. Los Gigantes de Hielo más de una vez burlaron a Thor ya los demás habitantes de Valhalla; y el otro día, históricamente hablando, Gargantúa podía tragarse cinco peregrinos como ensalada.

Pero qué humillante porción se les ha asignado a los sucesores de estos imponentes monstruos. Primero hicieron temblar a los dioses; luego fueron asesinados por semidioses y héroes; luego se convirtieron en una medida de la destreza de todo caballero de caballería; ahora eran el juego del infantil Jack el asesino de gigantes;—Y ahora desde hace cien años los hemos relegado a nuestros circos y museos. Lo peor de todo es que los sabios insisten en que el "gigantismo" es simplemente una enfermedad.

Realmente no es del todo justo. Además del inconveniente de ser un gigante —simplemente piense en la dificultad de conseguir lo suficiente para comer y ropa para ponerse—, qué vergüenza tener la cabeza inevitablemente cortada por algún pequeño pargo hasta la cintura o las rodillas. Y luego ser un sinónimo de estupidez. Amycus, que solía matar a todos los recién llegados con un solo golpe, fue inmediatamente despachado por Polideuces, el hábil boxeador: ese tipo de torpe ineficacia ya era bastante malo; pero ¿qué hay de Polifemo, que no tuvo el suficiente sentido común para explicar a sus hermanos cíclopes el truco transparente de Ulises al llamarse a sí mismo "Nadie"? Uno no puede evitar sentir pena por tan indefensos armatostes.

Y quizás el corte más descortés de todos sea el verdadero relato de Patin, el famoso cirujano francés. "En el siglo XVII, para satisfacer un capricho de la emperatriz de Austria, todos los gigantes y enanos del imperio germánico se reunieron en Viena. Como las circunstancias requerían que todos debían alojarse en un solo edificio, se temía que el imponente las proporciones de los gigantes deberían aterrorizar a los enanos; y se tomaron los medios para asegurarles a estos últimos que estaban perfectamente [x] a salvo. Pero el resultado fue de lo más inesperado. Los enanos se burlaron, insultaron e incluso robaron a los gigantes hasta tal punto que estos últimos se quejó entre lágrimas a los funcionarios y hubo que apostar centinelas para protegerlos de sus pequeños camaradas ".

Sin embargo, la fascinación de estos hombres muy altos aún continúa. Y estos cuentos se relacionan con las aventuras de algunos de los famosos de todas las edades y países.

Aquellos amantes de los coloridos viejos tiempos, que lloran la partida de los gigantes ante el ojo escéptico de la ciencia y la cámara, pueden sentirse reconfortados al saber que en el accidentado país del norte de Escocia la gente está mejor informada que nosotros. Allí, donde las rocas de Sutherland se encuentran con el mar, al este de Cape Wrath, los sabios antiguos te dirán que los gigantes no están realmente muertos, sino que solo duermen en el gran Salón de Albyn. En prueba de lo cual, sepa que un hombre de estas partes se aventuró una vez a una gran cueva a la orilla del mar. Se abrió a un apartamento amplio y elevado, donde había muchos hombres enormes que dormían profundamente en el suelo de piedra. En el centro de la habitación había una mesa, sobre la que descansaba un cuerno antiguo. El hombre se llevó el cuerno a los labios y sopló una vez. Las enormes figuras se agitaron. Sopló por segunda vez. Uno de los gigantes se frotó los ojos y dijo con una voz que retumbó por la cueva:

"Si soplas una vez más, nos despertaremos".

El hombre huyó aterrorizado. Aunque por singular mala suerte nunca más pudo encontrar la boca de esa cueva, es algo saber que nuestros altos amigos están allí, esperando solo tres explosiones audaces para regresar a nosotros.

# **PARTE I: GIGANTES DE LA MAÑANA DEL MUNDO**

## **CAPÍTULO I: CÓMO LUCHÓ ZEUS CON TITANES Y GIGANTES**

Pensamos en Zeus como el dios más poderoso de Grecia, acompañado por sus sirvientes Fuerza, Poder y Victoria, el recolector de nubes, el dador de lluvia, el trueno, el lanzador de relámpagos, el remitente de prodigios, el guía de estrellas, el Gobernante de otros dioses y hombres, a quien incluso Poseidón el Sacudidor de la Tierra debe obedecer. El mismo nombre reverbera con majestad, poder, dominio.

Pero los comienzos de esta vasta deidad fueron tinieblas y peligro.

Es cierto que el reinado de su padre Cronos fue esa Edad de Oro cuando, en la fresca mañana del mundo, "el calor y el frío aún no estaban en conflicto, las estaciones no habían comenzado su danza mística, y un clima suave y equilibrado se extendía desde el polo". al poste; cuando los árboles daban fruto y la vid sus racimos de púrpura todo el año, y el rocío de miel goteaba del laurel y el enebro, que ahora son tan amargos; cuando las flores de todos los tonos llenaban el aire con una fragancia perpetua, el león brincaba con el cabrito, y la serpiente sin colmillos era tan inofensiva como la paloma"; cuando la curiosa Pandora aún no había liberado su caja llena de males, [4] los hombres no tenían cuidado, ni enfermedad ni vejez, pero, después de siglos de dichosa calma, se desvanecieron como flores y se convirtieron en amables guardianes espirituales de sus sucesores.

Sin embargo, en medio de esta encantadora serenidad, Cronos nunca pudo olvidar la maldición de su padre Urano, a quien había derrocado, y la profecía de que él mismo sería a su vez derribado por sus propios hijos.

"Por lo cual, resuelto a derrotar esa profecía, se tragó cada hijo que su esposa Rhea dio a luz, tan pronto como nació. Cuando Rea había perdido así cinco bebés, Hestia, Deméter, Hera, Hades y Poseidón, y supo que estaba a punto de soportar otro, hizo su oración a Urano, su antiguo padre, implorando consejo y ayuda.

"Pero sólo un débil y vasto murmullo recorrió el cielo:

"Mi voz no es más que la voz de los vientos y las mareas, no más que los vientos y las mareas puedo aprovechar. Ruega a tu Madre poderosa: en mí, desposeído de la divinidad, no hay más socorro".

Así que la Titán la llevó a la Tierra, y la poderosa Madre le aconsejó cómo burlar al lúgubre Cronos. Y Rea huyó a través de la noche oscura y rápida hacia un matorral secreto en una colina de Arcadia. Nació un niño poderoso, al que llamó Zeus. En su oración, la Madre Tierra golpeó la montaña, y brotó un arroyo en el que lavó al bebé. Luego se lo entregó a la ninfa Neda, quien lo llevó rápidamente a través del mar hasta Creta, escondiéndolo en una cueva sobre una montaña densa y boscosa llamada Ida.

Confió el niño a Adrastea e Ida, ninfas de la montaña, para que lo criaran en secreto. Pero Rea tomó una piedra enorme, la envolvió en tiras y se la llevó a Cronos, entonces soberano de los dioses, diciendo: "He aquí, he dado a luz a mi señor otro hijo".

"No dijo nada, pero arrebató la piedra y la tragó con avidez, sin duda alguna de que era el niño recién nacido. Así lo engañó su esposa, a pesar de toda su astucia".

Es posible que Rea ni siquiera vea a su bebé, no sea que Cronos la espiera desde su trono en lo alto; pero el niño se alimentaba, puesto en un aventador de oro para un buen augurio, atendido por las dulces ninfas, y alimentado con la miel silvestre que recogían para él y con la leche de una cabra montesa. A su alrededor bailaban los feroces Curetes, guerreros nacidos en la Tierra, que realizaban sus danzas de guerra, haciendo ruido y chocando sus armas cada vez que el niño lloraba, para que Cronos no lo oyera.

Así que el niño Zeus aumentaba a diario en belleza y estatura, y no pasó mucho tiempo antes de que diera pruebas de su divinidad de manera maravillosa. Dos años su madre adoptiva de cabra lo amamantó: blanca como la nieve, con cuernos y pezuñas de color negro azabache, la más hermosa de su especie, y se llamaba Amaltea. »Luego, un día, mientras el joven dios jugaba con ella según su costumbre, agarró uno de sus cuernos curvos mientras ella simulaba chocar y se lo rompió.

"Las lágrimas asomaron a los ojos de la criatura, y miró con reproche a su hijo adoptivo. Pero el pequeño dios corrió hacia ella y le echó los brazos alrededor del cuello peludo, pidiéndole que la consolara, porque él haría las paces; con eso puso su mano derecha en la cabeza de la cabra, y enseguida brotó un cuerno nuevo maduro. Y tomó el cuerno que había roto y se lo dio a las ninfas, diciendo: 'Amables nodrizas, en recompensa de vuestro cuidado, Zeus os da el cuerno de Amaltea que será para ti un cuerno de abundancia. En cuanto a ella, cuando entre en mi reino, me acordaré de mi madre

adoptiva; no morirá, sino que será transformada en una de las señales luminosas del cielo. Así lo prometió Zeus, y cumplió su palabra en el futuro, porque fieles y verdaderas son las promesas de los Inmortales. Pero cuando las ninfas tomaron el Cuerno de Amaltea, he aquí que lo encontraron rebosante de todo tipo de frutos deliciosos, del mejor trigo. harina, mantequilla dulce y panal de miel de oro. Sacudieron todo, riendo de deleite, y uno gritó: "¡Aquí había una fiesta para los dioses, si hubiéramos tenido vino para ella!" Tan pronto como ella dijo esto, el Cuerno burbujeó con vino de rubí, porque esta era la magia en él, que nunca se vaciaba y entregaba a sus poseedores la comida o bebida que deseaban.

"Cuando la Tierra vio que Zeus había llegado a la flor de su poderosa juventud, le envió a una de las hijas de Oceanus llamada Metis, que es, interpretado, 'Consejo'. Y Metis vino y se paró ante él en el monte Idaean y dijo: "Tengo un encargo para ti, oh rey que será en el más allá".

"Y Zeus dijo:" ¿Es la misión de un enemigo o de un amigo? ¿Quién te envió aquí, y quién eres tú? "

"Y ella dijo: 'Metis es mi nombre, una hija de Oceanus el viejo, y mi misión es de la Tierra, la Madre de Todo. Te pide que tomes esta hierba que traigo y vayas directamente a Cronos en su casa dorada en lo alto; no le digas quién eres ni de dónde eres, sino hazle que se trague la hierba sin endulzar, y le hará daño y te beneficiará a ti. No te demores, porque la hora está próxima en que Cronos deberá pagar la medida total del ultraje que hizo. su padre, como está ordenado.

"Dime', dijo Zeus, '¿cómo sabe la Tierra que tal hora está cerca, y por quién se ordena la venganza?'

Metis respondió: 'Hay Tres Hermanas, hijas de la Noche Primordial, Vírgenes Grises, mayores que el Tiempo, que se sientan para siempre en las sombras del subsuelo, hilando hilos de diversos colores desde sus ruecas doradas; y los hilos son las vidas de dioses y Como las hermanas los entrelazan, tristes o brillantes, así es la suerte de cada alma viviente, mortal o inmortal; no hay ninguno entre los dioses, ni lo habrá, que pueda escapar de la suerte que se le ha hecho, ni aprovechar para aparta a esos hilanderos de su tarea. Sin apresurarse, sin descansar, sin conocimiento, sin piedad, los Tres Pardos siguen trabajando. Pero mientras hacen girar los husillos, cantan la Canción del Mañana, y la Tierra, solo ella, comprende esa canción; por eso sabe lo que le espera a Cronos.

"Entonces Zeus se levantó y subió a los salones del palacio celestial; allí encontró a Cronos festejando y bebiendo néctar color miel, vino de los dioses. Cronos le preguntó quién era, y Zeus respondió: 'Soy Prometeo, hijo

de Japeto. tu hermano, que [8] te saluda bien por mí. ' Entonces Cronos le dio la bienvenida, y bebieron y se juntaron de juerga, pero cuando habían bebido bien, Zeus echó la hierba de la Tierra en la copa de su padre, sin marcarlo.

"Y Cronos, tan pronto como se la tragó, le sobrevino un pensamiento maravilloso; porque primero vomitó de sus fauces gigantes la piedra que le dio Rea (que después se conservó como un monumento piadoso en Delfos) y luego a sus dos hijos e hijas tres, ya no son bebés, sino adultos.

"Inmediatamente Zeus se dio a conocer a sus hermanos, y los jóvenes dioses apresaron a su padre y lo ataron con cadenas. Pero el anciano Cronos clamó por ayuda a su pariente titán, con una voz como el rugido de la tempestad; y vinieron rápidamente en su poder; y los jóvenes dioses no pudieron pararse ante ellos, sino que huyeron del cielo a la cima nublada del monte Olimpo, esa gran cumbre vestida de nieves eternas ".

Allí residieron como en una ciudadela, y de ahí es que Zeus y la familia de Zeus son llamados "los olímpicos" hasta el día de hoy.

Los titanes ocuparon el monte. Othrys al sur, y las amplias llanuras de Tesalia en el medio muestran aún las rocas rotas y la superficie rasgada de la lucha que siguió.

"Porque ahora había guerra en el cielo; diez años los Dioses Mayores lucharon contra los Olímpicos y ninguno de los bandos pudo ganar el dominio. Pero uno de los Titanes no pelearía contra Zeus; por estar dotado de sabiduría y previsión acerca de todos los dioses, percibió que el día de Cronos pronto debe terminar y su cetro pasar a otro. Este era Prometeo, a quien Asia, hija de Océano, dio a luz a Jápeto, hijo de la Tierra. De buena gana hubiera disuadido a su padre y hermano de tomar las armas en un causa perdida, y por el bien de uno que, siendo él mismo un usurpador, ahora debe cosechar lo que había sembrado, pero ellos no hicieron caso, confiando en su propia fuerza gigante.

“Por fin, Zeus buscó el consejo de la Madre Tierra y ella le dijo este oráculo desde la cueva que está en la rocosa Pytho: 'El que venza en esta lucha, que libere a los cautivos en el Tártaro'. Porque la Tierra había guardado rencor a Cronos durante mucho tiempo, porque él no liberaría a las Cien Manos y a los Cíclopes de ese abismo de oscuridad; por lo tanto, ella voluntariamente le reveló a Zeus el secreto de la victoria. Pero nada sabía de esos gigantes ni de su destino. ni tanto como el nombre de Tártaro, que ninguno de los dioses que habitan en el cielo pronunciará por su repugnancia; de modo que el dicho de la Tierra le resultaba oscuro y estaba muy descorazonado. Entonces Prometeo, sabiendo lo que había sucedido, vino a

Zeus en el Olimpo y dijo: 'Hijo de Cronos, aunque no pelee contra mis parientes, no pelearé contra ti, porque eso fue una locura, ya que las Parcas te tendrán como Señor de todo. Que haya paz entre tú y yo. e interpretaré el oráculo que la Tierra te ha dado.

"Y Zeus lo escuchó con alegría, y dijo: 'Por esta buena acción, considérame tu deudor y amigo rápido para siempre'.

"Luego, inmediatamente, los dos cruzaron el Inframundo hasta las puertas del Tártaro sin sondas, donde con la ayuda del Titán Zeus mató a la serpiente Campé, su espeluznante guardián, y entregó a los cautivos".

Y asombrado estaba el líder de los dioses más jóvenes al ver a estos monstruosos primeros hijos de la Tierra. Por cada uno de los trescientos manos, Briareus, Cottus y Gyges, habían movido siempre de sus hombros cien brazos, sin permitir un acercamiento, mientras que por encima de esta amenazante exhibición se alzaban cincuenta cabezas. En cuanto a los Cyclopes, Brontes, Steropes y Arges, se parecían a los Titans, salvo que cada uno tenía un solo ojo redondo en el centro de la frente. Habían mostrado desde su nacimiento un espíritu tan autoritario y una fuerza tremenda, lanzando colinas enteras con sus bosques como bolas, que incluso Urano los había temido y los había arrojado al Tártaro antes de que crecieran.

Zeus se regocijó con estos poderosos aliados. Pero, como eran luchadores caídos, su mayor ayuda no estaba en su fuerza sino en su habilidad. Porque los cíclopes se hicieron una herrería en el corazón resplandeciente del monte. Etna. y allí obtuvieron tales dones para sus libertadores que solo ellos pudieron hacer. A Poseidón le dieron su tridente con puntas de diamante; y al Hades un gorro de tinieblas cuyo portador era invisible para los dioses y los hombres; mientras que para el mismo Zeus forjaron las armas más reales de todas: los rayos y los relámpagos en zigzag.

Entonces Zeus puso delante de ellos todo el néctar y la ambrosía de los dioses, y se dirigió a ellos:

"Escúchenme, hijos ilustres de la Tierra y el Cielo, para que pueda decir lo que mi espíritu dentro de mi pecho me impulsa a hablar. Durante mucho tiempo hemos estado luchando por el dominio, los dioses titán y nosotros, los que nacimos de Kronos. Ahora muestre su poder invencible contra los Titanes, en agradecimiento por su liberación a la luz de la esclavitud en la penumbra turbia ".

El irrepreensible Cottus respondió: "Excelente Señor, somos conscientes de que tu sabiduría es altísima, y tu mente, y que has sido para los inmortales

un evitador de la destrucción. Por lo tanto, ahora protegeremos tu dominio en un conflicto feroz, luchando firmemente contra los Titanes."

Y todos los dioses aplaudieron, tanto hombres como mujeres, y se apresuraron a combatir. Los titanes de su lado no estaban menos ansiosos, y cuando la batalla se inició, el mar sin límites resonó terriblemente, y la tierra resonó, y los amplios cielos gimieron al temblar, y el vasto Olimpo se balanceó en su base, e incluso llegó al turbio Tártaro. el sonido hueco de pasos y golpes de batalla. Y cuando las dos partes se unieron, su gran grito de guerra llegó hasta el cielo estrellado.

Ahora Zeus desató su furia, y los rayos con truenos y relámpagos salieron tan rápido y ferozmente de su poderosa mano que la tierra se estrelló en un incendio y los bosques crepitaban con fuego; Los arroyos del océano empezaron a hervir, mientras el vapor rodeaba a los Titanes, y los incesantes y deslumbrantes destellos les privaban de la vista, dioses como eran.

Un calor aterrador se extendió por todas partes, y parecía como si la tierra y el cielo chocaran y cayeran en ruinas. Al mismo tiempo, los vientos esparcían humo y gritos de batalla y estruendo de misiles, mientras el Cien Manos, insaciable en la guerra, avanzaba, lanzando trescientas enormes rocas a la vez contra el enemigo.

Ante esta combinación de terrores incluso los Titanes no podían soportar. Fueron arrojados de sus almenas y cayeron como estrellas fugaces nueve días y noches a la tierra, luego continuaron durante nueve días y noches más hasta el Tártaro. Allí estaban atados y arrojados a ese lúgubre abismo, detrás de un triple muro de bronce construido por Poseidón, alrededor del cual la Noche se derrama en tres filas. Y los Cien manos se pusieron para protegerlos.

Cronos y algunos otros escaparon hacia el norte, y allí se abrieron camino por un tiempo, resguardados de los rayos de Zeus en las cavernas de las colinas. Pero llegaron a los olímpicos dos poderosas Formas gemelas, Fuerza y Poder, seguidas por su hermana, Victoria, de hermosos tobillos (de cuyos hombros ondeaban grandes alas de águila), todos hijos de Styx; y esos dos ilustres anunciaron a Zeus que de ahora en adelante serían sus sirvientes y que su hermana Victoria los seguiría para siempre.

Así que con estos ministros, Zeus salió una vez más; y el resto de los Titanes huyó hacia el oeste más allá de los límites más extremos de la tierra. Pero el enorme Atlas, hermano de Prometeo, fue alcanzado, y Zeus lo colocó en el mismo borde de la tierra, ante las claras Hespérides, condenándolo a llevar para siempre sobre sus hombros el peso del vasto cielo.

Habiendo logrado así la victoria, Zeus otorgó a Hades el dominio sobre el inframundo, a Poseidón el mar, y tomó él mismo el reino del <sup>^</sup>ther y la Tierra, recompensando a todos los que lo habían ayudado [13], y honrando especialmente a Styx, madre de Fuerza, Poder y Victoria, de modo que a partir de entonces el juramento más sagrado e inviolable para un inmortal fue jurar por Styx.

La Madre Tierra estaba lejos de estar complacida con este resultado. Sus primogénitos encarcelados habían sido liberados solo para que sus otros hermosos hijos e hijas titán ocuparan sus lugares en el Tártaro. En venganza, dio a luz una prole de gigantes para la guerra con los dioses jóvenes. Eran criaturas enormes e invencibles con rostros espantosos y cabello largo, espeso y enmarañado que les colgaba de la cabeza y la barbilla; en lugar de pies, tenían colas de dragón escamosas. Su lugar de nacimiento fue Phlegra o Pallene. Los más temibles entre ellos fueron Porfirión y Alcioneo. Este último fue inmortal mientras luchó en la misma parte de la tierra en la que nació, y pronto se distinguió por llevarse el ganado del Sol y la Luna.

A éstos y a sus hermanos —Encélado, Palas, Clitio, Polibotes, Hipólito y otros— se unieron Otus y Efialtes, hijos de Poseidón, que, según dice Homero, crecían veinticinco centímetros cada mes, y que cuando sólo tenían nueve años habían capturado el mismo dios de la guerra Marte y lo mantuvo prisionero más de un año.

Ahora el oráculo les reveló a los dioses que los gigantes solo podían ser destruidos en combate con un mortal. CGa (Tierra) había aprendido esto, y buscó por medio de hierbas mágicas hacer invulnerable a su descendencia también a los mortales.

Pero Zeus se anticipó a ella: prohibió que brillaran el Amanecer, la Luna y el Sol, cortó las hierbas medicinales con las que la Tierra había enyesado a su descendencia y envió a Atenea a convocar a Heracles para que participara en el combate.

Este salvaje grupo de gigantes atacó entonces a los olímpicos, arrojando grandes masas de rocas, troncos de árboles atados y tizones en llamas contra el cielo. Pero la distancia era demasiado grande para que pudieran hacer mucho daño, así que intentaron escalar el cielo mismo. Cuando sus árboles unidos resultaron ser demasiado cortos, Otus y Ephialtes emprendieron otro intento: trastornar el monte. Ossa comenzaron a rodar hacia el monte Olympus, con la intención de apilar el alto pico de Pelion sobre eso, y así alcanzar a sus enemigos.

Entonces Zeus se levantó en su majestad. Con un rayo arrojó la montaña de regreso a su lugar anterior, todos los olímpicos se precipitaron hacia abajo,

cabalgando sobre los vientos, y siguió una poderosa batalla que duró todo un día.

Heracles sacó su gran arco mortífero y mató a Alcioneo con una flecha. Pero tan pronto como tocó la tierra se levantó con renovada vida y fuerza. Entonces, la sabia Atenea aconsejó al héroe que agarrara al monstruo por el pie y lo arrastrara fuera de Palene, su lugar de nacimiento. Así lo hizo y Alcioneo murió.

Ante esto, Porfirión, furiosa, arrojó la isla de Delos a Zeus y se abalanzó sobre Heracles y Hera. Cuando el gigante agarró los velos de la diosa, ella gritó pidiendo ayuda, y el rayo de Zeus y la flecha de Heracles golpearon a Porfirión simultáneamente.

En cuanto al resto, Apolo disparó el ojo izquierdo de Efialtes y Heracles el derecho. Dioniso mató a Eurito con su varita sagrada, mientras que Clytius fue atravesado por Hécate o Hephx'stus con una brillante piedra de hierro. Encelado huyó a través del mar, pero Atenea se apoderó de un gran triángulo de roca y se lo arrojó, y cuando se formaron árboles y tierra en él, se la llamó la isla de Sicilia.

Como el héroe errante de Virgilio, ^neas, canta:

Aquí, mientras de los hornos de Aetna estalla la llama, Encelado, se dice, yace, Quemado por el rayo. Mientras su cuerpo cansado se mueve, Trinacria, temblando por el grito, Gime a través de sus orillas, y el humo envuelve el cielo.

Atenea, terrible en su ira de batalla, luego mató y despellejó a Pallas y puso su piel sobre su propio cuerpo mientras duró el combate, de ahí su nombre de Pallas Atenea. Polibotes, perseguido por Poseidón sobre el mar, llegó a Cos; aquí el dios del mar arrancó un trozo de la isla y lo enterró debajo, donde ahora está Nisyron.

Hermes, oculto por el casco de Hades, mató a Hippolytus, mientras que Artemis mató a Gration. Así que las Parcas acabaron con Agrius y Thoon con descarados garrotes. Zeus aplastó al resto con rayos, y Heracles terminó con sus flechas mortales.

Luego, con la ira ardiente, la Tierra dio a luz al monstruo más terrible que se haya visto hasta ahora. Se llamaba Tifón, el mayor de los hijos de la Tierra, mitad hombre y mitad animal: era humano hasta los lomos y era tan grande que se elevaba sobre las montañas mientras su cabeza [16] chocaba contra las estrellas. Sus brazos extendidos se extendieron desde el amanecer hasta el atardecer, y cien cabezas de dragón salieron disparadas de sus

hombros. En lugar de piernas, se movía sobre enormes y susurrantes espirales; todo su cuerpo estaba emplumado; El pelo erizado flotaba en el viento desde su cabeza y barbilla, y el fuego brotaba de sus ojos.

Tal monstruo era Typhon.

Lanzando racimos de rocas al cielo, corrió entre silbidos y gritos, mientras una masa roja de llamas burbujeaba de su boca.

Cuando los dioses lo vieron cargar en el cielo, huyeron a Egipto, donde deambularon en forma de animales, perseguidos por él.

Zeus lanzaba rayos mientras estaba lejos. Cuando se acercó, la hoz de hierro del dios lo hizo huir, y Zeus lo persiguió hasta el Cáucaso que domina Siria. Allí subió con él, cubierto de heridas, y se unió en una lucha cuerpo a cuerpo.

Pero Typhon lo detuvo, lo envolvió con sus miembros serpenteantes, le quitó la hoz y cortó los tendones de las manos y los pies del dios, lo puso sobre sus hombros y lo llevó a través del mar hasta Cilicia.

Aquí, en una caverna, lo arrojó al suelo, apartó los tendones envueltos en una piel de oso y lo puso como guardia sobre el dios indefenso, Delphyne, una joven dragona, mitad humana, mitad animal.

Pero el astuto Hermes se robó los tendones y los volvió a colocar en secreto en las muñecas y los tobillos de Zeus. Entonces Zeus se recompuso, y sus antiguos poderes vinieron sobre él, y se elevó a su asiento en el cielo en un carro tirado por caballos alados.

Una vez más lanzó sus rayos sobre Typhon y persiguió al monstruoso gigante hasta el monte Nysa, donde las Parcas burlaron al fugitivo: porque, persuadido por ellos de que de ese modo obtendría mayores poderes, comió de los efímeros frutos venenosos.

Entonces la persecución se volvió más furiosa. Llegaron a Tracia, donde Typhon luchó con picos enteros de las montañas Hamus; y cuando éstos fueron arrojados sobre él por el Tronador, su sangre brotó sobre ellos de modo que se los llama las "montañas ensangrentadas" hasta el día de hoy.

Y finalmente, cuando Typhon se vio obligado a huir a través del mar de Sicilia, Zeus arrojó la imponente montaña de Etna encima de él y lo enterró allí para siempre. Aquí yace quieto, girando y gimiendo a veces, mientras los incendios brotan de los relámpagos lanzados.

Después de eso, no hubo nadie en el cielo, la tierra o el inframundo que se atreviera a disputar el dominio supremo de Zeus.

## CAPÍTULO II: EL GIGANTE QUE BRILLA EN EL CIELO

En los días en que los olímpicos todavía caminaban a veces entre los hombres, Zeus, Poseidón y Hermes se encontraron una vez ignorados en una región solitaria del áspero país de Bd'otian.

Cuando cayó la noche, pasaron por una pequeña cabaña junto al camino. El granjero estaba de pie en la puerta, disfrutando del frescor de la tarde después de su trabajo diario; y al ver que los caminantes avanzaban pesadamente, los invitó a pasar la noche.

"Mi casa es bastante pobre", dijo, "pero tal como es, es tuya".

Entraron los tres dioses. El granjero, de nombre Hyrieus, les puso comida y bebida, los atendió, entregó su propio jergón para que se sintieran cómodos y entretuvo a estos vagabundos sin nombre como invitados distinguidos, todo con la mayor sencillez y buen sentimiento.

Los olímpicos se sintieron conmovidos por la excelente hospitalidad de este rudo pastor. Consultaron juntos en susurros cuando terminaron de comer.

Luego: "¿Hay algo que desee, anfitrión?" preguntó Hermes como portavoz.

Hyrieus se sobresaltó. "Bueno", dijo, "por supuesto que sí, pero eso no se puede arreglar".

"¿Qué es?" insistió Hermes.

"Tenía una esposa", dijo el pastor, "a quien amaba, de modo que cuando ella murió juré no volver a casarme nunca más. Así que todos estos años he vivido solo, y solo viviré hasta el final. Sin embargo, un hombre no puede evitarlo. deseando tener un hijo que ahuyente la soledad de las tardes de invierno y que le sirva de apoyo en su vejez. Probablemente te reirás de mí por ser una persona tonta: porque pretendo cumplir mi voto, y sin embargo deseo un hijo."

"Los que saben no se ríen de la honestidad", respondió Hermes. "Y yo les digo que el que da todo gratuitamente nunca deja de recibir. Me di cuenta de que mataste a tu único buey para proporcionar carne para nuestra comida: tráeme su piel".

Hyrieus lo miró, dubitativo. Temía que lo estuvieran convirtiendo en el blanco de alguna broma. Pero la sonrisa abierta del extraño prometía algo muy diferente. Maravillado, salió a la oscuridad y al cabo de un rato regresó con la piel del buey que había sacrificado a la hospitalidad. No se arrepintió del acto, pero no pudo evitar pensar en el día de mañana mientras acariciaba la piel todavía cálida de este fiel compañero y sirviente. ¿Qué haría sin su ayuda? ¿Y qué quiso decir esta misteriosa persona con su extraña petición? Sin embargo, hablaba como un hombre que tenía autoridad, y no había nada más que obedecer y ver qué podía ocurrir.

Hermes tomó la piel y le pidió que fuera a buscar una pala. Los tres misteriosos visitantes salieron a la noche. Hyrieus, mirando detrás de ellos, los vio enterrar la piel de buey frente a su casa, con extrañas y secretas ceremonias. Sin saber por qué, tembló. Tembló aún más cuando regresaron, porque los extraños parecían haberse vuelto repentinamente majestuosos, sobrecogedores.

El barbudo, que no había hablado hasta entonces, miró solemnemente al pastor. Instintivamente, el Bd'otian adoptó una actitud de adoración.

"Tendrás tu deseo", anunció este, en tonos que llenaron la habitación con vigas bajas como un viento poderoso. "La próxima primavera tendrás un hijo, y un hijo que un mortal nunca ha tenido".

Los tres se retiraron por la noche. Cuando Hyrieus despertó, como de costumbre, con el amanecer, habían desaparecido. Continuó con sus labores, dolorosamente aumentado por la pérdida de su buey, reflexionando profundamente sobre lo que había ocurrido. Muchas veces miró el pequeño parche de tierra recién removida, pero algo le prohibió investigar. Y luego llegaron las lluvias otoñales y arrasaron el lugar; y las nieves del invierno lo cubrieron todo; y todo estaba como había sido, salvo por el recuerdo insistente en el corazón del granjero. Muchas veces se rió de su locura; sin embargo, en las tranquilas noches, mientras se sentaba frente al fuego, sabía que esperaba ... algo.

El invierno pasó por fin. La primavera pintó las colinas con flores amarillas, blancas y rosadas. Y sus suaves promesas desplegadas parecían reforzar esa secreta esperanza, que desafiaba la razón y que persistía en el corazón de Hyrieus. Mientras se sentaba al aire libre en las largas tardes del crepúsculo, en lugar de agacharse cerca de su escaso fuego, cada sonido de la tierra que despertaba tenía un nuevo significado. Incluso la calma todavía blanca del Parnaso cubierto de nieve, muy al oeste, parecía presagiar un gran acontecimiento. Por primera vez desde su juventud escuchó realmente las voces agudas de las ranas en el pantano vecino: era como si incluso estas diminutas criaturas estuvieran repitiendo la promesa que le hicieron sus

misteriosos visitantes. Y luego sonreía tristemente ante su credulidad senil y, recordando la realidad del arduo trabajo del día siguiente, entraba pesadamente en su cabaña solitaria y buscaba en su camastro esa tierra de ensueño donde todo es posible.

Una mañana se levantó con más renuencia de la habitual a cambiar, por la dura realidad, las vagas pero deliciosas fantasías que habían llenado la noche. La fuerza de la costumbre le hizo tragar algunos bocados de su toscó desayuno. Mecánicamente salió hacia el trabajo del día que le esperaba.

El sol estaba saliendo sobre la loma baja que se adentraba en el recodo del río Asopus. Instintivamente su mirada se dirigió hacia el lugar donde el extraño trío había realizado sus misteriosos ritos, más allá del cual gorgoteaba un pequeño arroyo.

Se detuvo en seco, sobresaltado de su ensoñación. Sus ojos se agrandaron de asombro.

Esa mancha de tierra había quedado desnuda, aunque a su alrededor la hierba exuberante y las flores de muchos colores habían tejido un intrincado tapiz. Era este hecho extraño el que había reforzado continuamente su asombro y su creencia supersticiosa.

Pero de la noche a la mañana se había producido una transformación repentina. Todo el espacio era una masa de asfódelos en plena floración. Los rayos nivelados del sol caían sobre sus capullos blancos, en medio de los cuales los serpenteantes hilos carmesí parecían jeroglíficos ardientes.

Hyrieus parecía desconcertado, mezclado con una especie de asombro. Lentamente avanzó hacia este lecho de flores que había aparecido tan repentinamente. Luego gritó.

Porque allí, acunado en los asfódelos, yacía un bebé, un niño como sus ojos nunca habían visto. Esbelto y hermoso, y de tal tamaño que recordaba a los héroes de leyenda, durmió plácidamente.

Venciendo por fin su timidez, Hyrieus levantó suavemente al bebé dormido. Cuando los grandes ojos azules se abrieron y una sonrisa soñolienta apareció en el rostro del niño, el corazón del honesto granjero se desbordó de alegría por la realización de sus sueños más salvajes. Maravillado de nuevo por el peso de su carga, llevó a este hijo nacido en la tierra a su cabaña, lo acostó en su propia cama y se sentó a contemplar su sueño en una especie de éxtasis. Desde ese momento fue padre y madre para el niño, llevándolo consigo cuando realizaba su necesaria labor fuera del campo, y cuidándolo con un cuidado ansioso en el que toda su existencia parecía concentrada.

El chico bien merecía estos dolores y orgullo. Nunca lloró; y parecía perfectamente feliz y contento cuando estaba recostado en un nido de hierba suave y hojas secas bajo el cielo abierto, donde su padre adoptivo, mientras trabajaba, podía vigilarlo. Además, el joven creció como un toro robusto. No tuvo problemas de dentición; en ese momento estaba comiendo la misma comida que le sirvió al propio Hyrieus, con todas las porciones más selectas para su parte; y encontró sus piernas casi tan rápido como una perdiz joven.

De hecho, en el momento en que los niños comunes comienzan a caminar con incertidumbre, este niño, a quien Hyrieus había llamado Orión, era tan alto como su padre adoptivo. Tampoco detuvo su prodigioso crecimiento cuando alcanzó los límites ordinarios de la humanidad: ni siquiera Otus y Efiates, que se rebelaron contra los dioses y se esforzaron por establecer el monte Ossa sobre Pelion para que pudieran escalar el Olimpo mismo, ni siquiera estos gigantes gigantes podrían compararse con Orión. Y tenemos la palabra de Ulises, que los contempló entre las sombras del Hades, de que esos portentosos gemelos tenían nueve años de edad, cincuenta y cuatro pies de altura y unos trece de hombros.

También era tan guapo como uno de los inmortales, este Orión. Bien proporcionado y elegante a pesar de su tamaño, vagaba por los bosques y los campos con la agilidad e incansable de una de las criaturas salvajes cuyos caminos parecían tener una fascinación sin fin para él.

A Hyrieus le fue mejor que nunca, porque el niño volvía de estas expediciones con conejos y liebres, con codornices, palomas torcaces, perdices y patos, que había atrapado o atrapado con las manos por un brusco salto tras un largo tallo.

Al poco tiempo, su padre adoptivo le mostró cómo hacer un arco y flechas; y un día el joven apareció orgulloso ante la choza con un corzo al hombro. No pasó mucho tiempo antes de que aprendiera a burlar a los grandes ciervos rojos de las colinas, a perseguir con éxito a las cabras montesas de cuernos largos e incluso a traer rebecos de las escarpadas fortalezas del monte rocoso cubierto de abetos. Citluuron. o los riscos del Helicón de dos picos. Cuando llegó a la adolescencia, ya era un lunter miglty, el muchacho conoció y venció al lince, al lobo y al oso pardo, que podían hacer frente a la carga de un jabalí enfurecido, y cuyo principal deseo era atacar. toma en batalla justa la piel de león que deseaba como manto.

Sin embargo, por muy fiero que fuera al atacar a alguna bestia salvaje gruñendo con su gran garrote, siempre fue amable y atento con su padre adoptivo; e Hyrieus muchas veces bendijo el día en que su hospitalidad había caído sobre un terreno tan fructífero. Sin duda, a medida que el buen granjero

envejecía, su orgullo ilimitado por las hazañas de este joven arrojaba a veces una gloria reflejada sobre sí mismo: había momentos en los que miraba los grandes músculos de Orión y los trofeos de su fuerza y rapidez casi como si éstos debían acreditarse a su propia carne y sangre. Sin embargo, en el fondo de su corazón había siempre un ligero sentimiento de asombro ante este prodigio que había venido a consolar su vejez; y esto se profundizó cuando se enteró de un extraño poder que poseía el joven.

Exultante por su propia rapidez de pies, Orión estaba un día persiguiendo un corzo, tratando de atropellar a la pequeña criatura que saltaba en igualdad de condiciones. El ciervo se dirigió al río y, encontrándose en apuros, saltó y nadó el ancho arroyo. Orión, muy cerca, se lanzó con entusiasmo tras su presa; y aunque el agua estaba muy por encima de su cabeza, en realidad alcanzó al ciervo al cruzar, lo atrapó en la orilla opuesta y llevó el cadáver a casa triunfante. Le parecía perfectamente natural poder caminar por el agua, sin tocar fondo, casi tan fácilmente como en tierra firme; pero Hyrieus se llenó de asombro por su historia y apenas pudo dar crédito hasta que vio al joven unos días después realizar la misma hazaña milagrosa en el lago vecino, avanzando con grandes zancadas a través de quince metros de agua, solo su cabeza asomando por encima de la superficie. Sin que ninguno de los dos lo supiera, este era el regalo natal de Poseidón, dios del mar y las aguas. Orión se preocupó bastante poco acerca de su procedencia o de su singularidad; pero a partir de esa hora los ríos y lagos no fueron un obstáculo para él, y cuando vagó más lejos y llegó al gran mar mismo, se encontró dueño incluso de esto, y capaz de viajar a través de la marejada de sal y las agitadas olas del propio dominio de Poseidón. A partir de entonces, los confines más lejanos de Grecia, e incluso Tracia, Macedonia y la remota Iliria, no pudieron satisfacer esta pasión por la deambulación. Aprendió a conocer el aspecto del Olimpo inaccesible del norte y del oeste, así como el familiar del sur. Lo desconocido, con sus nuevos animales y paisajes frescos, siempre lo llamó a oscilaciones cada vez más amplias desde su hogar breotiano.

Cuando alcanzó la edad adulta, todos los que lo vieron estuvieron de acuerdo en que era el más guapo de los hijos de los hombres, si es que era de origen humano. Las doncellas de Tanagra, Tebas y Platea no dijeron mucho, pero sus ojos hablaron por ellas cuando el joven cazador de pies rápidos pasó a toda velocidad. En cuanto a él, no parecía ver a ninguno de ellos salvo a Side, cuya alta belleza y dignidad la distinguían entre todas las elegantes muchachas de esa tierra; y sólo sabía que cuando la miró se sintió invadido por una vaga inquietud.

Llegó el momento de la fiesta del Gran Dúdala, cuando, una vez cada sesenta años, todo el pueblo celebró la reconciliación de Zeus y Hera.

De todos los rincones de Breotia se reunió la gente. En solemne procesión, encabezados por los sacerdotes, se internaron en un bosque antiguo, donde robles gigantes se alzaban hombro con hombro de modo que sus poderosos troncos estaban en la penumbra sin sol.

El sacerdote puso un poco de carne hervida en el suelo. Sin aliento, la gran asamblea observó en silencio cómo los pájaros caían por el aire para su banquete.

En ese momento apareció un cuervo. Un largo suspiro de expectativa emoción se elevó entre la multitud. El pájaro negro brillante se encendió cerca de la carne y caminó torpemente hacia ella, levantando una mirada insolente hacia las criaturas inmóviles que lo observaban con tanta atención. Seguro de su inocuidad, se apoderó de un trozo de esta cena enviada por el cielo y se alejó con su premio. Cada mirada se centró en él.

Cuando se posó en la rama inferior de un enorme roble a cierta distancia, un tremendo grito de cientos de gargantas resonó en el sombrío bosque. Todos corrieron hacia el árbol así seleccionado. En medio de cantos y clamores, hombres con hachas cortan este crecimiento gigante. Y cuando se estrelló contra la tierra, otro grito alarmó a los pájaros y las bestias en kilómetros a la redonda.

Rápidamente, los hábiles hacheros extrajeron una imagen de una sección del maletero. Con dedos hábiles las mujeres vistieron esta imagen con ropas nupciales nevadas.

Cuando todo estuvo listo, se convirtió en un torpe carro, con sólidas ruedas talladas, tirado por un buey blanco. A su lado estaba sentada la virgen más bella como dama de honor; y el corazón de Orión latió violentamente cuando vio a la majestuosa Lado ocupar su lugar en este asiento de honor.

El carromato salió del bosque, seguido por una multitud de fieles que cantaban y bailaban. Al borde de

el bosque se encontraron con otra procesión, escoltando las otras trece imágenes que conmemoraron todas las fiestas de la Pequeña Dúdala desde la última gran celebración.

Cantando y bailando, toda la multitud bajó al río Asopus; después de una ceremonia de purificación, partieron hacia el monte. Citluuron.

Aquí los catorce carrmatos fueron arrastrados hasta la cumbre misma de la montaña. Las imágenes se colocaron en el altar de bloques cuadrados de madera, y se saltaba madera sobre todo. Después de que se llevaron a cabo los sacrificios del muchacho, una cabra para Zeus y una vaca para Hera, se colocó una torca en esta pila sagrada, y en un momento el wlole fue una gran columna de fuego, saltando cien pies en el aire y visible por millas y millas en todas direcciones.

Fue un espectáculo prodigioso e imponente. Pero Orión solo vio a Side en una belleza más tranquila y elevada. Por primera vez nos dimos cuenta de que eran necesarios otros cuidados para escuchar la laxitud, además de enfrentarse al ciervo rojo y al lobo gruñón.

Souglt ler a los padres y exigió ler. Y cuando encontró a Tlat Side, tan seguro de sí mismo y tan despectivo de todos los pretendientes, el muchacho perdió la comprensión de este joven alto e impetuoso, tley dio su consentimiento.

La boda fue la ocasión de otra celebración casi tan alegre como una de los Dúdala menores, porque todo el campo estaba orgulloso de la belleza incomparable de Side, y el renombre de Orión se había extendido por todas partes.

Cada huésped parecía competir con todos los demás en Side complementando, que nunca se había visto más hermosa o 37

más inaccesible que en su conjunto nupcial. Tan ruidoso y extravagante fue este coro de alabanzas que despertó los celos de algunos de sus compañeros.

"Después de todo", estalló una doncella de ojos negros con rencor, "ella es la hija de Alfeo de piernas torcidas. Uno podría pensar, al oírlos decir, que era la propia Hera la que se casaba con este hombre salvaje".

Orión, junto a su novia, escuchó la burla y se volvió hacia el que hablaba.

"Nunca he visto a Hera", dijo. "Pero he visto a Side, y ella es incomparable con cualquier mortal que conozca. Hasta que contemple a la Diosa cara a cara y descubra que estoy equivocado, creeré que incluso en el Olimpo no hay nadie que pueda desafiar a mi novia".

Los invitados jadearon y se apartaron un espacio ante este audaz sacrilegio. Side, sin embargo, sonrió complacido. Porque en su corazón

secreto pensaba que su ardiente amante no decía más que la verdad, y que si hubiera estado en el lugar de Hera no habría sido necesaria la reconciliación con Zeus, por la que se tenía la Dúdala.

La Reina del Cielo de ojos grandes escuchó el discurso precipitado y vio la presunción de esta doncella nacida en la tierra. Sus majestuosas cejas se fruncieron con ira, y fue como si una nube pasara por el rostro del sol. Rechazó severamente el sacrificio nupcial para ella misma, el Perfeccionador y el Cumplidor, y toda la gente quedó horrorizada ante este presagio.

Pero Side seguía sonriendo, serena en su ciega vanidad.

"¿No soy lo suficientemente perfecto para que me adores?" dijo ella suavemente a Orion.

Su ardiente respuesta fue interrumpida por un trueno proveniente del cielo despejado. Rápidamente, una gran oscuridad cayó sobre la llanura sonriente. Los alegres palidecieron de miedo cuando esta negrura lo envolvió todo. Hablaron en susurros tensos. Se volvió más y más oscuro, hasta que uno no podía ver el rostro de su vecino aterrorizado. Incluso cesaron los murmullos. Todos esperaban que sucediera algún pavor, no sabían qué.

El silencio fue traspasado por un grito repentino.

"¡Lado!" gritó Orión. "¡Side! ¿Dónde estás?" Corrió salvajemente, trastornando a todos en su camino.

Se oyó el sonido de un viento impetuoso, nada más. Entonces la oscuridad se disipó tan misteriosamente como había llegado.

Pero la novia no estaba por ningún lado. La fiesta de bodas se arrastró hasta sus casas. Ningún ojo terrenal volvió a contemplar el Lado presuntuoso. Los sabios susurraron que la enfurecida Hera la había arrojado al Hades por su sacrilegio. Una vez más, Orión vagó por los bosques, más ferozmente que nunca.

Sucedió que un día, mientras atravesaba los espesos arbustos junto a un río en persecución de un noble ciervo, se topó de repente con un grupo de siete ninfas que, adornadas con flores, bailaban sobre la alfombra de musgo verde.

Dejaron de cantar al verlo y se acurrucaron detrás del más alto con espanto. Este, sin embargo, lo miró con audaz desafío. Ella era Maia, la mayor de 39

estas siete hijas de Atlas, y tal era su belleza que ya había tocado el corazón del mismo Padre de los Dioses. Permaneció erguida y esbelta, mirando bajo las cejas al intruso como si lo desafiara a acercarse a uno bajo la protección de Zeus.

Había algo en su porte orgulloso y el óvalo perfecto de su rostro que hizo que Orión pensara en su Lado perdido. El ciervo fue olvidado. Impulsivamente, dio un paso adelante para hablar con ella.

A medida que este joven gigante, con su ropa de piel desgarrada y desgreñada, y todo sonrojado por la emoción de su persecución, se acercaba, incluso la valentía de Maia la abandonó. Ella dio un grito de alarma, y los siete se volvieron y huyeron por el bosque. Orión los persiguió, tan instintivamente como hubiera corrido tras una hueva asustada. Pero para su sorpresa y disgusto, demostraron ser casi tan veloces como él. Los oía más adelante, o los veía entre los troncos de los árboles y se lanzaba hacia el lugar, solo para quedar desconcertado una y otra vez. Al final, después de horas de persecución, se vio obligado a sentirse golpeado y rendirse por el momento.

Al día siguiente lo encontró buscando como cualquier perro de caza esta cantera esquiva. Sin embargo, eran tan cautelosos como él, y mientras los avistaba a través de un valle y renovó sus esfuerzos al máximo, nunca logró acercarse ni siquiera tan cerca como la primera vez, ya que las aterrorizadas ninfas tenían el truco de retorcerse y girar cuando eran difíciles. presionado que siempre logró llevarlos fuera de la vista y el oído.

Esto continuó día tras día hasta que se convirtió en su principal ocupación, y mientras cazaba, la idea de la hermosa Maia lo mantuvo alerta. Más de una vez estuvo a punto de burlarla a ella y a sus hermanas, y su determinación se hizo más intensa con el paso del tiempo.

Por fin llegó su oportunidad, cinco años después de ese primer encuentro memorable. Desde lo alto de una colina, vio al grupo en el exuberante prado junto al río, arrojándose unos a otros con anémonas. Con cautela, se arrastró por la parte trasera de la cresta hasta que llegó a un punto en el que se sintió

seguro de poder aislarlos del bosque protector. Luego se puso de pie de un salto y empezó a bajar la empinada ladera como nunca antes había corrido.

Vigilantes de muchas alarmas, lo vieron casi de inmediato. Con gritos de terror huyeron por la suave pendiente. Como había previsto, se convirtió en una carrera para ver cuál debía llegar primero a la lengua de bosque más cercana que empujaba hacia el río.

Sin aliento pero triunfante, Orión se encontró al borde de la enmarañada maleza. El grupo de doncellas se detuvo a quince metros de distancia, todas excepto Maia llorando y agachándose en el suelo. Al aire libre, estaban absolutamente a su merced.

Avanzó lentamente hacia ellos, preguntándose más que nunca por la gracia y el encanto de la líder, que esta vez lo enfrentó con menos desafío, pero sin la desesperación mostrada por sus hermanas. Llamó en voz alta a Zeus en busca de ayuda.

Orión se acercaba cada vez más, sin decir una palabra. Luego, con el mismo movimiento rápido con el que solía abalanzarse sobre una liebre temblorosa, atrapó su premio y permaneció en esta posición, mirando estúpidamente a siete palomas blancas que revoloteaban fuera de su alcance y se elevaban hacia arriba hasta desaparecer en el azul del cielo.

Zeus había escuchado la oración de Maya, y en su poder soberano tomó a los siete en el firmamento y los tradujo en estrellas, las brillantes Pléyades.

Por segunda vez en su vida, Orión se dio cuenta con sordo resentimiento de que había poderes invisibles más allá del suyo. Como un lobo herido, buscó un lecho en una cueva, debajo de una gran roca que sobresalía del barranco cercano, y se quedó allí cuidando su agravio.

Cuando finalmente salió, la hermosa tierra de Hellas se había vuelto desagradable para él. Se dispuso a encontrar algún país más allá de los mares donde aún podría ser el más poderoso de todos, y donde nada podría recordarle estos rechazos.

Amplios fueron sus vagabundeos por el poderoso mar. Incluso llegó a Escila y Caribdis, y allí dejó recuerdos perpetuos de su poder. Porque en la costa siciliana, donde la caída Caribdis amenazaba a todos los marineros, construyó una franja de roca protectora en forma de hoz que formaba el puerto seguro de Zancle, donde, gracias a este refugio, se levantaría la gran ciudad de Messina. Además, al otro lado del estrecho de la espantosa Escila de seis cabezas, arrojó al mar abierto una masa rocosa que sobresale de la orilla como el promontorio de Pelorus, donde erigió un templo a su protector Poseidón, en el que los habitantes adoraban religiosamente el mar. Dios

durante miles de años a partir de entonces. Durante un tiempo vivió en las montañas de Hera, desde donde se podía ver al ardiente Etna hacia el norte, retumbando y lanzando llamas mientras el colosal Encelado aún luchaba bajo su peso.

Pero no podía estar contento por mucho tiempo en un solo lugar; así que cuando hubo dominado todas las dificultades de la accidentada Sicilia, se puso en camino una vez más.

Esta vez se dirigió de nuevo hacia el este hasta que llegó a las sonrientes aguas del Igean y llegó a la escarpada isla de Quíos, donde la higuera, la palma y la vid crecían bajo el suave cielo jónico.

El rey Finopion gobernaba esta tierra de tranquilidad y abundancia, y su hija Merope era famosa en toda Jonia por su belleza.

Apenas Orión había contemplado a esta princesa cuando encontró que su corazón ardía dentro de él al verla o pensar en ella. Audazmente, la exigió en matrimonio.

Pero el rey Finopion, orgulloso de su linaje como hijo de Dionisio y Ariadna, pensó que estaba lejos de ser apropiado que su hija se casara con este errante leñador, sobrehumano como podría ser su fuerza. Sin atreverse a expresar abiertamente su sentimiento a su formidable invitado autoinvitado, aun así logró demorarse en dar una respuesta decisiva.

A la moda de los amantes de todos los tiempos, Orión hizo ofrenda de sus capacidades especiales. Las criaturas salvajes de Quíos lo pasaron mal, porque no sólo se deben poner pieles, pieles y venado a los pies de la hermosa Merope, pero captó la sugerencia del rey de que debía liberar la isla de los leones y otras bestias peligrosas que luego la devastaron y aterrorizaron a todos los habitantes.

Para decepción de Finopion, demostró ser más feroz que los osos y los leones, incluso que los temidos tiburones del mar. En lugar de ser devorado como el rey había esperado, trajo un trofeo tras otro, siempre exigiendo, con franqueza al aire libre, aquello en lo que había puesto su corazón.

Su escasa paciencia se agotó mucho antes de la reserva de pretextos del astuto monarca. Su naturaleza y costumbre siempre habían sido apoderarse de lo que quería: en su habitual forma precipitada, intentó abiertamente llevarse a Merope por la fuerza; y fracasando en su primer esfuerzo, no ocultó su intención de volver a intentarlo.

El astuto finopión ocultó su resentimiento y invitó al testarudo pretendiente a un banquete. De manera amistosa, lo embriagó con vino embriagador de las deliciosas uvas de Ariusia.

Luego, cuando incluso su fuerza gigante se relajó, los esclavos reales se lanzaron sobre él, lo cegaron y lo arrojaron a la orilla del mar para que pereciera.

Cuando el rocío de sal que se precipitó sobre su rostro lo llevó a la plena conciencia, rugió en voz alta de dolor e ira. La gente en la ciudad a kilómetros de distancia tembló ante ese sonido; y Finopion lamentó hasta el fondo de su cobarde corazón por no haber matado a este gigante cuando estaba en su poder.

Orión se bañó la cara en las olas y se puso de pie lentamente. Su primer instinto fue tantear el camino de regreso al palacio y vengarse rápidamente del rey por su traición. Pero unos pasos vacilantes lo convencieron de la locura de intentar esto en su estado de impotencia.

Se volvió de nuevo hacia el mar, en el que ahora se sentía casi tanto en casa como en tierra. Manteniendo la brisa fresca en su rostro y llamando en voz alta a Poseidón, se metió entre las olas. Sin una idea clara de hacia dónde se dirigía, se puso en camino.

Viajó hacia el norte, encontrando alivio en sus poderosas zancadas a través de las frescas aguas y en el viento que soplaba de lleno sobre sus ojos febriles. Hora tras hora aceleró incansablemente, sus pensamientos aún en un fermento de rabia tal que no podía hacer un plan calmado o razonado.

Sin saberlo, llegó por la punta occidental de Lesbos. De repente, sus fantásticos planes de venganza rompieron con un poderoso latido palpitante, que llegó amortiguado, desde lejos, a través del agua y el aire. Instintivamente avanzó hacia el sonido; y, a medida que avanzaba, se hizo cada vez más fuerte, hasta que imaginó que parecía el estrépito de un gran yunque bajo los golpes de algún superherrero.

De hecho, se acercaba a la isla de Lemnos, donde habitaba y trabajaba el más astuto de todos los herreros, el dios cojo Hephx'stos. Aquí, en una caverna que se extendía por debajo del fondo del océano, había tenido su taller desde que Zeus lo arrojó del Olimpo, y aquí realizó maravillas tales como los brazos de Aquiles, el cetro de Agamenón y el collar fatal de Harmonia.

Guiado por los golpes del martillo, Orión finalmente llegó a esta fragua subterránea y contó su historia. El artesano inmortal se conmovió al ver tal perfección corporal estropeada y desamparada por la pérdida de la vista.

Llamó a uno de sus trabajadores. "Lleva a Cedalion contigo", dijo. Él te guiará al lugar donde sale el Sol. Conozco bien a Helios: ¿no hice yo el barco dorado que lo lleva de regreso cada noche, a lo largo de la frontera de la tierra, hacia el Este una vez más? Ante sus ojos brillantes cada las tinieblas deben retirarse, porque el Omnisciente atraviesa cualquier negrura. Es sólo de él que puedes recuperar la vista".

Regocijado por cualquier esperanza definida, Orión colocó a Cedalion sobre sus hombros, se apresuró a salir de la caverna y una vez más se sumergió en las ondulantes olas.

Dirigido por él que llevó, viajó hacia el este, siempre hacia el este. Pasó más allá de muchas tierras extrañas y aceleró, aferrándose a la marca como una paloma mensajera se dirige hacia su distante cote recordado.

Largo y fatigado fue el camino; pero nada importaba salvo seguir adelante hacia el dios de la luz. Y por fin llegó a esa hermosa bahía en el último Este donde Helios monta el cielo cada mañana detrás de sus caballos blancos como la nieve.

Aquí volvió a poner a Cedalion de pie. Este último se postró cara a tierra, no fuera a ser golpeado por el terrible brillo del dios Sol. Pero Orión se mantuvo erguido, esperando la llegada del Día.

La noche inquietante se estremeció y retrocedió. A través de la niebla de la mañana apareció Eos, diosa del amanecer y heraldo de su brillante hermano. Recién levantada de su lecho oceánico, con el cabello rojizo ondeando sobre su manto color azafrán, avanzó en su carro dorado, mientras sus dedos rosados rociaban la tierra con rocío del jarrón que llevaba. La brisa del amanecer arrancaba misteriosas notas musicales de sus cabellos como los de un arpa foliana.

Orión no pudo ver esta graciosa visión mientras estaba allí, desolado y expectante. Sin embargo, cierta influencia de la colorida frescura matutina que lo enfrentaba suavizó su rostro en una sonrisa de placer.

Y mientras Eos contemplaba la perfección de su fuerte y hermosa juventud, ella lo amaba. Inclínandose, le dio un beso en la frente, susurrando: "Ten buen corazón. Helios viene".

Ella pasó. Los cielos resplandecían con serpentinas de color púrpura, carmesí y dorado, disparándose hasta el cenit desde la corona del dios sol naciente.

De las ondulantes aguas azules de la bahía se alzó su majestuoso rostro. El intolerable brillo de sus ojos cayó de lleno sobre los orbes ciegos de Orión.

Al instante, el gigante cegado vio una vez más. Pero al verlo, se vio obligado por primera vez en su vida a inclinar la cabeza ante esa mirada de fuego. Cuando el dios giró hacia arriba, tomó al tembloroso Cedalion, lo puso de nuevo sobre sus hombros y se volvió hacia Lemnos, porque su ira todavía ardía con vehemencia contra el finopión. Sin embargo, en medio de sus sombríos pensamientos de venganza, una y otra vez sonaban esos débiles alientos musicales que le habían llegado cuando Eos pasó; y una y otra vez sentiría sus suaves labios contra su frente.

Como un monstruo marino que gotea, pisó la playa de Quíos. Dominando a todos los que se quedarían con él, condujo hacia el palacio. Finopion, sin embargo, había sido advertido de su llegada y se había escondido apresuradamente en una caverna laberíntica bajo tierra. Por más que buscara, Orión no pudo descubrir a su enemigo, y de mala gana se vio obligado a renunciar a la retribución que había planeado.

Entonces pensó en dejar esta isla de mal agüero. Pero a la mañana siguiente, Eos, que no lo había olvidado, se lo llevó a Delos. Dado que su marido titán había sido asesinado por los rayos de Zeus, ella reclamó el derecho a casarse con este apuesto cazador. Pero el consejo de los dioses rechazó su súplica. Ella no se atrevió a resistir este decreto supremo, con tanta tristeza que lo dejó.

Ahora bien, esta pequeña isla de Delos había sido el lugar de nacimiento de Apolo y Artemisa. Antes llamada Ortigia, había flotado de aquí para allá ante los vientos; pero cuando Leto vino a dar a luz a estos hijos gemelos de Zeus, y no encontró refugio en ninguna otra parte del mundo, el poderoso gobernante del Olimpo lo fijó firmemente en su lugar con cuatro cadenas de adamas; y para siempre después fue consagrado a las tres divinidades, aunque más particularmente a Apolo.

Sin embargo, había poca reverencia o asombro en la mente de Orión cuando se encontró solo en este islote rocoso. Se dio cuenta de que por tercera vez poderes invisibles se habían interpuesto entre él y la mujer que pensaba que era suya; Lo peor de todo, no había nadie contra quien pudiera

dirigir el resentimiento ardiente que flexionaba cada músculo poderoso de su cuerpo.

Su ira consumidora hizo que alguna acción fuera una necesidad. Comenzó a subir la escarpada ladera del monte. Cynthos, atravesando la enmarañada espesura, saltando de una roca a otra, atravesando profundas hendiduras en la roca, con la vaga idea de que desde la imponente cima de la colina podría espiar a uno de estos enemigos ocultos que así lo frustraron.

Mientras atravesaba un estrecho paso al pie de una roca hendida, la mirada de su cazador captó la mancha negra que marcaba la entrada de una cueva; y los pelos grises de la abertura le dijeron que era la guarida de un lobo. Hizo una pausa instintivamente y se asomó a la penumbra de la caverna. Un coro de ladridos agudos proclamó la presencia de una familia de cachorros.

Vaciló un momento, preguntándose si podría forzar sus anchos hombros a través de la abertura. Luego se puso de pie de un salto y miró a su alrededor, mientras oía detrás de él un gruñido que amenazaba con un peligro instantáneo.

A unos metros de distancia, la cabeza de una enorme loba sobresalía de las brillantes hojas verdes del denso laurel. La criatura acababa de dejar caer un cervatillo que había estado trayendo a casa, y el cadáver sangrante yacía desatendido al borde de la espesura. Sus ojos verdes brillaron con una intención mortal; el pelo largo de su cuello se erizó alrededor de las mandíbulas manchadas de sangre en la cabeza de terror de una Medusa.

Orión apenas tuvo tiempo de levantar un brazo protector, cuando el feroz bruto saltó a su garganta. Incluso el jabalí acorralado no tiene una furia comparable a la de la madre lobo cazadora, que protege a sus crías. Pero para el movimiento defensivo instintivo del gigante, podría haber ido mal incluso con él. Tal como estaban las cosas, los dientes chorreantes se agarraron a un pliegue de su prenda de piel y se tambaleó contra la pared de roca ante el impacto del animal que aterrizó en su hombro.

Esta presa de la muerte encajaba perfectamente con el estado de ánimo salvaje del propio cazador. Sus ojos brillaban con tanta tristeza como los del lobo. Con un movimiento tan rápido como el de una pantera, agarró la mandíbula superior del animal con la mano derecha. Liberándolo de su hombro, su mano izquierda agarró la mandíbula inferior antes de que esos malvados colmillos tuvieran tiempo de cerrarse sobre sus dedos.

Luego, desplegando todo su poder, rompió en dos las fauces de la bestia que luchaba y la arrojó sin vida contra una roca.

Era una figura magnífica mientras estaba allí en todo el vigor de sus poderes excitados. Podría haber sido uno de los titán que desafiaba cualquier fuerza de la tierra o los cielos. Sin embargo, en lugar de ser monstruoso, era hermoso: virilidad en su perfección, aunque ampliada mucho más allá de la humanidad común.

"¡Bien hecho!" dijo una voz clara detrás de él. "Un final apropiado para el asesino de cervatillos".

Orión se volvió y, para su sorpresa, sus miembros temblaron como no lo habían hecho al ver al bruto atacante.

Una figura alta de doncella estaba junto a un ciprés cuyas raíces retorcidas desaparecían en una grieta de la roca. Sostenía un arco, y su mano derecha todavía sujetaba la larga flecha que claramente había estado apuntando contra el lobo, lista para disparar en el instante en que el hombre parecía estar sufriendo lo peor de la lucha.

Su quitón bordado estaba ceñido hasta las rodillas; su cabello largo, intrincadamente tejido alrededor de su cabeza estaba sujeto por un filete en el que brillaba una media luna plateada; a sus pies llevaba sandalias cretenses, cuyas correas cruzadas estaban sostenidas por broches de plata repujada. Esbelta, joven, viva con vitalidad, con grandes ojos brillantes y labios sonrientes, parecía, como ella

reemplazó la flecha en su carcaj, para exhalar ese mismo espíritu del bosque que jamás había llevado a Orión a las profundidades más íntimas de la naturaleza salvaje. De hecho, mientras miraba estúpidamente a esta criatura radiante, ella parecía la encarnación misma de todos sus anhelos más profundos, inexpresados e incluso no realizados por él mismo.

"¡Ai!" Ella exclamo. "Nunca he visto a uno así entre los hijos de los hombres. Soy Artemis. De ahora en adelante cazaremos juntos, tú y yo".

Por primera vez en su vida, Orión se sintió humilde. No es que ella se nombrara a sí misma hija de Zeus: pero tener la compañía de este Resplandeciente en la vida que amaba era una bendición que ninguna fuerza suya podía ganar; y su corazón latía con humilde gratitud.

Entonces el hombre autosuficiente se reafirmó. [42] "Vámonos", dijo. "No hay criatura del bosque que pueda escapar o desafiarme".

La diosa sonrió, como complacida con su jactancia. Esta isla difícilmente contendrá cazadores como nosotros. Vayamos a Creta. Hay montañas que empequeñecen a Ossa y Pelion. Allí podemos variar desde la nieve perpetua de Ida hasta los valles de Iardanos llenos de olivos.

Alegremente, Orión caminó a su lado por el lado accidentado de Cynthos. Esperaba que pudieran encontrar algún monstruo, que pudiera proteger a su compañero y mostrar su poder de inmediato. Y Artemis, al percibir su pensamiento, volvió a sonreír de placer.

Hacia el sur, cruzando el mar, viajaron a la tierra de Minos. Y aquí pasaron largos días dorados deambulando 51

a lo largo y ancho de esta isla de montañas y cuevas y mesetas de pastizales y fértiles valles a nivel del mar. Ellos libraron una guerra implacable contra los asesinos que se alimentaban de las manadas salvajes que Artemisa mantenía bajo su protección: hasta el día de hoy se registra que no se puede encontrar un lobo en Creta, tan abundante como todavía lo es en las tierras vecinas.

Orión estaba bien contento. La vida se había convertido en una cosa infinitamente más rica de lo que jamás había imaginado, incluso cuando la había pensado plenamente. Por una vez, estaba dispuesto a esperar pacientemente lo que más deseaba.

Porque esta camarada era la verdadera mujer que siempre había buscado. Aunque era hija de Zeus, por terrible que fuera su ira, por muy orgullosa que pudiera estar de su título de Parthenos, estaba seguro de que le pertenecía y de que la variada experiencia de cada nuevo día los unía de manera más indisoluble.

Y está escrito que la propia Diosa sintió el vínculo. Reconoció a su pareja según los decretos de la naturaleza. Y no ocultó su intención de casarse con este terrenal.

Entonces el brillante Apolo, hermano gemelo de la cazadora, se enfureció y decidió evitar esta desgracia. Y debido a que incluso él dudó en frustrarla abiertamente, recurrió a la astucia.

Una víspera de verano, hacia el anochecer, apareció Artemisa junto a la orilla del mar. Contrariamente a su costumbre, Orión se había ido solo en una expedición a una isla vecina.

Ahora regresaba, avanzando por el agua con pasos poderosos, pero tan distante que su cabeza parecía una pequeña mancha en el horizonte.

De repente, Apolo descendió al lado de su hermana. En broma, comenzó a animarla por su tan cacareada habilidad con el arco, en la que él mismo era insuperable.

Cuando se despertó su orgullo, declaró que no podía golpear ese punto negro que parecía moverse hacia ellos, probablemente una marsopa.

Rápidamente, la Diosa enojada tomó una flecha del carcaj en su hombro. Tiró con firmeza del arco hasta que la punta de la flecha tocó su dedo. Ella lo soltó con firmeza. La cuerda dio un fuerte sonido. El eje aceleró hacia el mar, fiel a la marca.

Artemisa se volvió triunfante, pero Apolo había desaparecido. Una vaga inquietud inundó su pecho. El oleaje parecía [44] batir contra la arena en lamento, haciéndose más fuerte y aún más fuerte.

Luego, impulsadas por Poseidón, las olas pasaron de una a otra, y luego se posaron a sus pies: el cadáver de su camarada, a quien ella había matado sin saberlo.

Ante eso, la Cazadora supo lo que era llorar, incluso como hijas de los hombres. Con amargura reprochó a Apolo, se reprochó a sí misma con furia.

La esperanza volvió a surgir dentro de ella al pensar en Asclepio. Bien conocía la habilidad de este hijo de Apolo, quien había agregado a su herencia toda la sabiduría de Quirón el centauro. Sus proezas de curación se habían acercado a los milagros, y se susurró que incluso había ensayado con éxito .

el milagro final de devolver la vida a los muertos. No podía negarse a ayudarla.

Rápidamente se llevó el cuerpo a través del mar hasta Argólida, donde se encontraba el templo de Asclepio cerca de Epidauro.

De mala gana, el sabio de la curación escuchó su súplica, porque temía ejercer su arte sobre alguien que había presumido aliarse con la divinidad. Sin embargo, al gemelo de su padre no le podía negar nada.

Se puso a trabajar. Hábilmente compuso elixires; realizaba solemnemente los ritos místicos de su oficio.

Pero en el momento de la consumación, sus presentimientos resultaron ser demasiado fundados. Zeus, que todo lo ve, percibió la confusión que debe resultar en la tierra si se permitía tal resurrección; así que escuchó las protestas de Hades, y de repente mató al médico demasiado sabio con uno de sus rayos.

Hasta ahora, el Trueno escuchó las oraciones de Artemisa: colocó al hermoso gigante en lo alto como una constelación en el cielo.

Allí es posible que todavía lo veas si eres del arte de la caza y salgas tras las aves silvestres antes de que Eos lave el cielo del este. Las tres estrellas en línea recta en su cinturón enjoyado brillan como el adorno más conspicuo del cielo de lentejuelas; debajo de una estrella blanca aún más grande, Rigel, marca el pie izquierdo del gigante; mientras que el topacio Betelgeuse arde en su hombro a la misma distancia arriba. Pisándole los talones sigue a su fiel perro, donde Sirius ahora brilla de color blanco, pero se veía rojo hace algunos miles de años. Ante él, con

la hermosa Maya, la principal entre ellos, todavía vuela las Pléyades, aunque no les presta atención.

Así, "deslizándose a través de la esfera silenciosa ... y ceñido de oro", el cazador gigante todavía busca a su Artemisa perdida.

### **CAPITULO III**

## **LA EXHIBICIÓN DE POLIFEMO**

Troy había caído. Después de diez años de sitio por parte de cien mil de los guerreros más poderosos de Grecia, las murallas construidas por Poseidón todavía habían resultado inexpugnables al asalto; las flechas caídas de Heracles agregadas a esta hueste no habían logrado lo que el propio Heracles había hecho por sí solo. Pero finalmente, en el momento señalado, la estratagema había tenido éxito allí donde la fuerza había resultado inútil: el monstruoso caballo de madera, dentro del cual se agazapaba el astuto Odiseo y su grupo elegido, había provocado la caída de Ilión, dejando al mundo incluso hasta el día de hoy un proverbio fecundo. : tener cuidado con el enemigo que lleva regalos.

Entre los griegos convocados por el rey Menelao para recuperar a Helena la incomparable, no había nadie que igualara a Ulises como guerrero, líder y consejero combinado. A él se le habían otorgado las armas celestiales de Aquiles; fue él quien robó en secreto el Palladium, la imagen del guardián cuya presencia hacía invulnerable a Troya; a través de su consejo y bajo su liderazgo, el fatídico caballo de madera había traído la victoria final.

En primer lugar, había hecho todo lo posible por evadir la llamada a Troya, porque el oráculo había predicho que, si iba, pasarían veinte años antes de que volviera a ver su amada isla de Ítaca.

Ya había necesitado la mitad de este período abrumador para completar el objeto de la expedición. Pero ahora la fortaleza de Troya era un recuerdo ardiente. Helen fue devuelta a su legítimo esposo. Solo quedaba el viaje de unos cientos de millas atrás, a través del Igean 57, plagado de islas .

y alrededor del Peloponeso, para traerlo una vez más a su propio reino, a esa paciente Penélope que esperaba su regreso, y al hijo (ahora un bebé ya no más que el "discreto" Telémaco), para quien su padre no era más que un nombre. Seguramente el adivino debió de haberse equivocado: sus galeras no tardarían años en cubrir la distancia por la que su corazón y sus pensamientos aceleraban con tanta rapidez.

Sin embargo, fue con semblante solemne que el héroe hizo ofrendas a los dioses y ordenó a sus seguidores que soltaran las velas de sus doce robustos barcos ante la brisa del suroeste. Porque nadie sabía mejor que él cuán poco podía ser de utilidad la máxima habilidad y sabiduría humanas contra los decretos del Olimpo.

Ninguno de esos presentimientos nublaba las mentes de sus isleños. El pensamiento del hogar, después de estos años de trabajo y peligro, corría por sus venas como un elixir. Con gritos de alegría, cuando amaneció fresco y claro, cada tripulación corrió con su galera de quilla larga y proa alta por la playa inclinada. Goteando, subieron a bordo, cada hombre a su banquillo. Al unísono, los remos golpean el agua con golpes poderosos, a la medida de un canto exultante. Se izaron los astilleros, se soltaron las velas, se arriaron y amarraron. Bajo el viento siguiente y el vigor de los remeros, las galeras de mejillas bermellones saltaban como seres vivos sobre las tranquilas aguas que se enroscaban en sus proas.

No estaba tan tranquilo cuando salieron del puerto protegido, porque la fuerte brisa comenzaba a hacer que las olas se volvieran blancas; pero con las yardas apuntaladas y los remos doblados, se alejaron resueltamente hacia el noroeste. Entre Lemnos e Imbros pasaron, cada vez más forzados hacia el norte por el viento creciente, hasta que pudieron ver las alturas boscosas de Samotracia a sotavento; y mientras la mayoría de los irreflexivos se regocijaban al sentir los barcos que se hundían rápidamente a través de las olas, Ulises estaba lejos de estar satisfecho, al darse cuenta de que ahora se dirigían casi directamente fuera de su rumbo correcto.

Cuando empezó a caer la oscuridad, se alegró bastante de ver al frente la costa montañosa de Tracia y de varar sus barcos bajo las estrellas en la franja arenosa, cerca de la boca de una cala, que su ojo atento había notado.

La mañana los mostró duro por la ciudad principal de los ciconianos, que habitaban esas costas. Eran bárbaros, estos tracios, y un botín adecuado para los belicosos griegos. Lanzando sus galeras y dejando a los guardias a bordo, Odiseo condujo a sus Ítacos contra esta ciudad de Ismauro, seguro de una fácil victoria como había sido la suya tantas veces antes.

En un rápido asalto arrasaron el lugar, lo saquearon y repartieron el botín. Luego, el prudente líder ordenó una retirada instantánea a los barcos que esperaban.

Pero sus soldados inflamados, que habían bebido mucho vino tracio, ya no podían ser controlados. Comenzaron a sacrificar los bueyes de cuernos torcidos y las ovejas, preparándose en la orilla para una juerga triunfal. Toda la noche duró el festín salvaje.

Luego, cuando se relajó la disciplina, se cumplió lo previsto por su líder. Los ciconianos que habían escapado habían pedido ayuda a sus vecinos. Al amanecer, estos comenzaron a reunirse, a caballo, en carros de guerra, a pie, espesos como hojas y flores en primavera.

Los griegos escucharon ahora a su líder. Era demasiado tarde para embarcarse en los veloces barcos, pero se pusieron en orden de batalla cuando el enemigo irrumpió sobre ellos. Lucharon con valentía, mientras que las lanzas con punta de bronce llevaban la muerte a ambos lados. Durante casi todo el día lograron mantenerse firmes contra la multitud apremiante; pero hacia la puesta del sol, los números del enemigo comenzaron a decirse. La línea griega se cambió; hombre tras hombre cayó; y cuando finalmente huyeron a bordo de las galeras en la derrota, setenta y dos de su compañía faltaban.

Contentos de haber escapado con vida, los supervivientes no se fueron hasta que hubieron realizado los últimos ritos sagrados, llamando en voz alta tres veces a cada uno de sus camaradas muertos por su nombre para que sus espíritus pudieran ser guiados de regreso a Hellas. Luego, con el corazón dolorido, se apresuraron desde esa orilla de mal agüero, mientras Ulises rezaba a Zeus pidiendo un viento del norte favorable.

El recolector de nubes escuchó, pero respondió con ira. El cielo hacia el norte se oscureció y descendió. Tan repentinamente las nubes de tormenta cubrieron los cielos que parecía como si la noche hubiera caído de cabeza sobre la flota temblorosa. De repente, el viento se abalanzó sobre ellos, apartando las galeras como por una mano gigante. Las velas fueron hechas jirones por la tempestad; la furia del vendaval y la lluvia abrumadora obligaron a las tripulaciones a bajar, mientras los barcos cabeceaban y se revolcaban mientras avanzaban ante el viento. Al ver que su única posibilidad de vida era ponerse al abrigo de alguna costa protectora, las tripulaciones subieron una vez más, cada remero se tambaleó hasta su asiento y se puso a trabajar para forzar su laboriosa embarcación hacia tierra.

Trabajaron duro dos días y dos noches, hasta que hasta sus manos duras se llenaron de ampollas y se lastimaron, y sus músculos agotados apenas podían agarrar los remos. Al cabo de un rato llegaron al refugio de un promontorio y allí descansaron, asombrados de encontrarse todavía a flote.

A la mañana siguiente, el vendaval parecía haberse disipado, de modo que izaron las vergas, zarparon y se detuvieron al sur ante el viento y el mar que los seguían.

Una vez más, las esperanzas de todos corrieron grandes, mientras navegaban a lo largo de las costas montañosas de Eubrea y giraban hacia el sudoeste hacia la punta larga del Peloponeso.

Aún así, la brisa favorable los arrastró. Doblaron el temido cabo de Maleia y se mantuvieron hacia el oeste, sin dudar ahora en absoluto de que en dos días como máximo sus ojos fatigados contemplarían los acantilados

rocosos de Ítaca. Sólo el rostro de Ulises se mostró severo y severo, mientras reflexionaba en su mente sobre la triste predicción que había nublado sus pensamientos durante tantos años.

De hecho, no se sorprendió cuando, mientras rodeaban el siguiente punto sobresaliente, se vieron repentinamente desconcertados por una ráfaga del norte, acompañada de un mar tan alto que se vieron obligados a dar media vuelta y correr ante él, tan atrás. como Cythera.

Incluso aquí no pudieron hacer puerto, sino que siguieron adelante indefensos ante el furioso vendaval. Nueve días y nueve noches los dieron vueltas sin saber dónde estaban ni adónde los llevaban.

El día diez amainó la furia del viento y divisaron una orilla desconocida. Ulises se paró cerca de la tierra, ancló y envió un grupo a tierra en busca de agua dulce. Se preparan los alimentos en la playa, y comieron y bebieron con avidez después de agotar su vigilia.

El líder luego envió a dos marineros tierra adentro, con un tercero como heraldo, para ver qué tipo de gente habitaba estas costas.

No regresaron, por lo que él mismo salió tras ellos. Pronto se encontró con ellos en medio de una compañía de nativos y advirtió que el problema provenía de la amabilidad de éstos, no de ningún deseo de dañar a los visitantes. Porque ésta era la tierra famosa de los devoradores de loto, y según su costumbre, habían dado a los marineros su propia comida florida: inmediatamente los vagabundos habían perdido todo recuerdo de su misión, de barcos, camaradas, líder y hogar; no deseaban nada salvo comer del loto para siempre en este lugar de agradables sueños.

Al ver que no escuchaban ni sus órdenes ni sus súplicas, Ulises los arrastró llorando de regreso a los barcos con mucha fuerza, los ató con fuerza y los guardó debajo de los bancos de los remeros. A toda prisa, ordenó a sus tripulaciones que se embarcaran, para que no comieran también de esta insidiosa comida; y en el momento en que estuvieron a salvo a bordo, los remos convirtieron el agua en espuma, mientras avanzaban hacia lo que pudiera aguardar a continuación.

Continuaron navegando, a través de mares extraños, sin saber cómo gobernar, pero siempre impulsados hacia adelante en un rumbo fortuito. No pareció importar especialmente cuando se encontraron con una niebla tan espesa que apenas podían ver lo suficiente para mantenerse juntos.

La noche oscura se cernió sobre ellos. La sangre del viento y el mar pareció aumentar y llenar todo el espacio; sin embargo, no había señales de rocas o rompientes por delante, ni los ojos fatigados podían distinguir nada

por lo que dirigirse. No pudieron sino mantener su curso, temiendo lo que pudiera traer cualquier momento, mientras el rugido omnipresente se hacía cada vez más amenazador.

Entonces, como por arte de magia, las galeras que se lanzaban de repente cabalgaron pacíficamente sobre aguas tranquilas. El estruendoso rugido fue acallado, de modo que se pudiera oír el rumor de las ondas ondulantes alrededor de la proa. Y luego las firmes galeras se deslizaron suavemente hacia una playa en pendiente.

Aún así, no pudieron ver nada sobre ellos. Pero fue suficiente para aquellos vagabundos empedernidos que estuvieran una vez más a salvo por el momento. Bajando todas las velas, tropezaron en tierra, se tumbaron en la arena y cayeron en el sueño pesado de la fatiga y el peligro pasados.

El amanecer de dedos rosados les abrió los ojos a una escena de belleza. Se encontraban en la cabecera de una cuenca sin salida al mar, a través de cuya entrada estrecha, entre altos acantilados, habían conducido sin saberlo con seguridad en la oscuridad de la noche. Cerca de ellos, un arroyo plateado se abría paso hacia la bahía, desde una hendidura en la roca rodeada de álamos oscuros. Exuberantes prados, aptos para arados y viñedos, se extendían desde la orilla hasta las colinas boscosas que rodeaban su refugio. Todo lo que la naturaleza sin ayuda podía proporcionar estaba allí, esperando sólo el trabajo de los hombres para convertirlo todo en fecundidad y hogares; y los corazones de estos marineros azotados por la tormenta se relajaron de placer al contemplar la encantadora perspectiva.

Al hacer un circuito por la isla, encontraron sus rocas cubiertas de bosques aún más interesantes que los prados del puerto. Porque innumerables cabras salvajes lo hicieron su hogar, y la vista de estas figuras saltarinas hizo que sus pensamientos se volvieran hacia la caza y la comida.

Rápidamente se trajeron arcos y lanzas de caza de los barcos; y separándose en tres bandas, entraron ardientemente en la persecución. Tampoco pasó mucho tiempo antes de que regresaran a la playa cargados de carne de caza. Había nueve machos cabríos para cada una de las doce galeras, y al líder se le asignaron diez más. Luego, hasta la puesta del sol, se sentaron y se deleitaron con esta carne de bienvenida, con vino rojizo de la abundante provisión que habían traído en tinajas como parte del botín de la ciudadela de los Ciconians.

No había señales de seres humanos en su isla. Pero desde la cresta habían señalado uno mucho más grande justo detrás de él, con un ancho puerto, al otro lado de cuya boca se encontraba su lugar de descanso. Estas costas escarpadas se elevaban como acantilados desde el agua, llevando la mirada

de regreso a montañas cada vez más altas, hasta que se posó con asombro sobre un pico gigantesco que parecía perforar el mismo cielo. De las nieves que rodeaban su cresta se elevaba una amenazadora columna de humo, porque éste era el verdadero Etna con el que el todopoderoso Zeus había abrumado por fin al Tifón que huía y que una vez había expulsado a los dioses del Olimpo. [54: 1]

[54: 1] Véase el capítulo I.

En la calma de la noche, los griegos podían oír a través del estrecho canal el balido de ovejas y cabras, y sonidos como los de las moradas de los hombres, pero tremendos e inspiradores. Preguntándose qué clase de gente podría ser, los acostaron en la playa y se durmieron.

Al amanecer, Odiseo celebró un consejo.

"Ustedes, amigos míos", dijo, "quédense aquí, mientras yo con mi propia tripulación exploramos esta isla vecina. Primero debo descubrir si su gente es grosera y salvaje, o si observa los ritos sagrados de la hospitalidad con los extraños".

Rápidamente se soltaron los cables, los remeros ocuparon sus lugares en los pasadores y la cocina saltó hacia adelante fuera de la bahía y rodeó la punta de la isla. Al poco tiempo estaban entrando en el puerto de la orilla opuesta.

Apenas habían pasado el punto exterior cuando dejaron de remar maravillados. Muy por encima de ellos había una gran cueva en la cara de la montaña. En su entrada crecían densas masas de laurel. Al frente había un recinto, amurallado por enormes rocas y enormes troncos de altos pinos y robles. Claramente, esta era la morada de una criatura que tenía rebaños y manadas: pero ¿qué tipo de ser debe ser el que pueda construir un muro tan colosal o necesitar tales alojamientos?

Odiseo ordenó a su tripulación que se quedara en la cocina y la protegiera con sus vidas. Escogió a doce hombres en los que podía confiar para que lo acompañaran. En una botella de piel de cabra llevaba su ofrenda más selecta: un poco del vino dulce y oscuro que le dio el sacerdote de Apolo en Ismauro, en agradecimiento por su protección cuando despojaron a los ciconianos; había sido reservado para el propio sacerdote y otros dos miembros de su casa, y era tan potente que, cuando se mezclaba una taza con veinte veces más agua, su aroma aún llenaba las fosas nasales.

Con cautela, el aventurero subió el ascenso, seguido por sus doce compañeros. No había ningún ser humano a la vista cuando atravesaron el

recinto; pero cuando entraron en la cueva, había abundantes indicios de una habitación reciente. A un lado había corrales llenos de corderos y cabritos, el recién nacido en uno, cada grupo mayor para sí mismo. Cubos de ordeño, enormes cuencos de leche preparados para la nata, otros de cuajada y de suero, y cajones llenos de quesos estaban por todas partes, de gran tamaño y profusión como todo lo demás.

Todo lo que vieron fue tan sugerente de un propietario muy fuera de los límites de los hombres comunes, que sus seguidores de inmediato le rogaron que se llevara tantos quesos, corderos y cabritos como pudieran llevar a bordo, y que se apresurara a salir rápidamente de esa aterradora morada. Pero Ulises se negó. Confiado en los poderes de su lengua y espada, resolvió esperar el regreso de este poderoso morador de las cavernas, tanto para satisfacer su propia curiosidad como con la esperanza de recibir los regalos habituales. Amargamente iba a lamentar su decisión antes de que pasaran muchas horas.

Mientras tanto, siguiendo sus órdenes, los griegos encendieron un fuego, hicieron holocaustos a los dioses y saciaron su hambre con un poco de queso. Luego se sentaron en la cueva lúgubre, esperando la llegada de su amo.

Todo se combinó para hacerlos sentir aprensivos, y los nervios de todos, excepto Ulises, pronto se tensaron lo suficiente. Endurecidos como se habían vuelto ante el peligro y lo desconocido, comenzaron a pesar de sí mismos a cada sonido del bosque y la espesura afuera. Y cada vez se lanzaban miradas de reojo el uno al otro y a su líder indiferente, esforzándose por parecer tan despreocupados como él.

El sol en el oeste había comenzado a arrojar una larga lengua de luz inclinada a través del portal de roca cuando una evidencia inconfundible llegó a sus oídos. En medio del balido de los rebaños que regresaban, se oía el ritmo regular de lo que solo podían ser pasos poderosos, pasos que hacían temblar incluso la roca sólida, y para los que solo las vistas a su alrededor podrían haber preparado sus mentes. Se acercaban cada vez más, e incluso esos rostros bronceados palidecían.

De repente, la luz del sol que entraba en la cueva se oscureció por una forma enorme. No entró, sino que arrojó todo el tronco de un pino arruinado, cuyas ramas secas se estrellaron y astilló al caer. Los griegos que se tambaleaban volvieron a un rincón oscuro: ni siquiera sus asombradas imaginaciones habían concebido una fuerza tan gigantesca.

En ese momento, una masa de ovejas empezó a entrar a empujones por la puerta; era evidente que los carneros y los machos cabríos debían dejarse fuera, y estos eran los ordeñadores del rebaño.

Detrás de ellos venía la criatura monstruosa, y para los observadores agachados parecía como si algún pico de la montaña de la cordillera que habían visto estuviera caminando sobre ellos. Sin embargo, este prodigio, que parecía llenar toda la cueva, estaba construido como un hombre en todos los aspectos excepto en uno: solo él tenía un gran ojo, en el centro de la frente. Era salvaje y grosero, con el pelo enmarañado y colmillos amarillos en la comisura de la boca, como un antiguo jabalí. Y el sabio Odiseo sabía que se trataba de uno de los cíclopes famosos que no reconocía ni siquiera la soberanía del Olimpo.

Ese ojo siniestro aparentemente no percibió el grupo aterrorizado acurrucado en la sombra. El monstruo se volvió al entrar y se apoderó de una enorme piedra que estaba junto al portal. Tal era su tamaño que una veintena de yermas de bueyes no podrían haberlo comenzado desde su lugar; pero los intrusos lo vieron envolver sus grandes brazos alrededor de la masa: los músculos se destacaban como cables cuando, levantando la piedra del piso, la colocó frente a la entrada como una puerta de piedra, bloqueando completamente la salida.

A pesar de lo oscuro que estaba ahora en el interior, se puso a trabajar de inmediato en el ordeño, colocando la mitad de la leche en vasijas para cuajar y llenando con el resto un cuenco en el que dos hombres ordinarios podrían haber estado de pie y en el que habrían cabido diez amphorx 'de vino de diez galones cada uno. Hecho esto, puso los corderos y los cabritos debajo de sus madres.

Rompiendo grandes ramas del árbol que había traído como si fueran ramitas, encendió un fuego rugiente. Las llamas saltarinas iluminaron la lúgubre caverna. Cuando el gigante se volvió, la mirada siniestra de su único ojo se posó sobre los atemorizados Itacanos.

"¡Decir ah!" rugió, con una voz que los golpeó como un vendaval. "¿Quién eres? ¿De dónde vienes al otro lado de los mares? Me pareces a algunos de esos marineros que no aportan nada bueno a quienes visitan".

Aunque sus compañeros, todos hombres fornidos, parecían completamente abrumados por la voz y el aspecto del salvaje, Ulises respondió con valentía:

Somos acliuanos. Regresamos a casa desde Troya, pero empujados por vientos adversos a través del mar. A través de muchos vagabundeos, Zeus nos ha traído aquí. Súbditos de Agamenón somos nosotros, el más famoso de los hombres, la gran ciudad que tomó. Aquí por casualidad, te pedimos comida y refugio, y el regalo que es debido al extraño. Incluso tú, oh poderoso, debes respetar a los dioses. Y Zeus es el protector del extraño y suplicante ".

Ruda fue la respuesta del monstruo:

"Estúpido o ignorante debes ser para amenazarme con los dioses. Los cíclopes no se preocupan por Zeus o sus x'gis: somos más poderosos que él, y en este mundo el fuerte es el amo. No por la ira de Zeus me gustaría ¿Pero dónde está tu barco? ¿En esta orilla o en la lejana? Respuesta.

“Ulises no debía dejarse engañar tan simplemente. "Poseidón, el Sacudidor de la Tierra, destrozó mi nave", declaró, "y la arrojó al punto rocoso al final de la isla. Sólo yo, con estos hombres, escapé".

Sin una palabra, el cíclope dio un salto hacia adelante. Sus brazos peludos salieron disparados. En cada mano enorme agarró a uno de los marineros asustados. Antes de que los desafortunados tuvieran tiempo de llamar en voz alta, él se había disparado los sesos al suelo rocoso. Luego, como un león de las montañas, los desgarró miembro por miembro y los devoró, tomando su horrible comida con tragos de leche.

Sin prestar atención a los suspiros y las lágrimas y a las llamadas a Zeus de los supervivientes, extendió su enorme masa entre su rebaño y se durmió, llenando la cueva con el sonido de su fétida respiración.

Conmocionado por la ira por la indignación y el desprecio, Odiseo estaba a punto de arrastrarse sobre el horror dormido y hundir su espada afilada en sus órganos vitales. Había marcado el lugar mismo, resolviendo asegurarse primero sintiendo el latido del corazón con la mano. Pero reflexionó que esto significaba una destrucción segura para todos, ya que de ningún modo podían mover la enorme puerta de piedra. Lo mejor que pudieron entonces, él y sus aplastados seguidores esperaron el amanecer.

No quedaron mucho tiempo en duda sobre las intenciones del monstruo hacia el resto de ellos. Al amanecer se estiró, se levantó bostezando y encendió el fuego. Nuevamente ordeñó su rebaño y cuidó de ellos. Una vez más, agarró a dos víctimas que luchaban y las mató y devoró para su comida de la mañana.

Dejando a un lado la roca, sacó cabras y ovejas, y volvió a colocar la piedra de la puerta como se tapa un carcaj. Oyeron que sus enormes pisadas se apagaban, y sus llamadas roncadas a su rebaño, mientras los conducía por las colinas a pastar. Encerrados inexorablemente, deben esperar su regreso y sus nuevos horrores.

Enfermo de corazón como estaba, Ulises solo pensaba en la venganza. Con fervor suplicó a Atenea que le diera sabiduría. Al estudiar todos los objetos del lugar, su mirada volvía una y otra vez al tronco de un olivo verde que estaba junto al corral. En tamaño, era apto para el mástil de un barco mercante de veinte remos, surcando el mar abierto; sin embargo, estaba claro que el Cyclops se estaba secando para usarlo en un bastón parecido a un club.

El héroe reflexionó mucho. Y por fin apretó la mandíbula y una sonrisa sombría apareció en su rostro. Su plan estaba hecho.

Mientras sus seguidores lamentaban su destino, él cruzó la caverna, desenvainó su espada corta y cortó una sección de dos metros de este tronco de árbol. Se lo pasó a sus hombres y les pidió que le dieran forma. Cuando estuvo suave, señaló la punta y la quemó en el fuego ardiente hasta que la punta quedó dura. Esta arma la escondió cuidadosamente debajo del estiércol seco con el que estaba llena la cueva.

Explicó a sus asombrados camaradas que su idea era clavar esta gran estaca en el ojo del gigante mientras dormía; y sugirió que eligieran por sorteo a cuatro de ellos quienes debían ayudarlo en este atrevido ataque. Así lo hicieron, y Ulises notó con satisfacción que el azar le había dado los ayudantes muy decididos que habría elegido. Animándolos lo mejor que pudo, a través de las largas y difíciles horas de inacción, el líder esperó el regreso de su carcelero.

Hacia la noche oyeron esos mismos sonidos portentosos de la llegada del monstruo. La piedra de la puerta se apartó. En vertieron los empujones rebaños. Para regocijo de Ulises, no quedó una oveja fuera: eso encajaba exactamente con su astuto plan. Se contuvo mientras el gigante realizaba sus tareas nocturnas; incluso cuando dos griegos más fueron asesinados y devorados, no dio señales.

Sin embargo, cuando esta espantosa comida fue enviada, dio un paso adelante, sosteniendo en sus manos un cuenco lleno de vino oscuro de Cicon.

"Aquí, cíclope", dijo. "Bebe después de tu comida y mira lo que teníamos a bordo de nuestro barco. Lo traje como una ofrenda, pensando que podría

impulsarte a enviarme a casa. Pero desafías las leyes. ¿Cómo puede un extraño volver a ti desde cualquier pueblo después un acto tan perverso?

El gigante apuró el cuenco de un trago, y una mirada de placer se extendió por los horribles rasgos.

"Dame más, amigo", dijo. "Y dime tu nombre para que pueda complacerte con el regalo de un extraño. Los campos fructíferos de los cíclopes producen uvas con vino delicioso en sus densos racimos; pero esto es verdaderamente néctar y ambrosía".

Ulises volvió a llenar el cuenco con el vino espumoso y el gigante se lo tragó de nuevo. Por tercera vez se reponía y se vaciaba rápidamente. Al darse cuenta de que la potente bebida comenzaba a afectar incluso a ese enorme cuerpo, Ulises respondió a su pregunta:

"Me preguntas mi nombre: te lo diré, y cumples tu promesa de regalo de un extraño. Mi nombre es Nadie. Nadie me llaman madre, padre y todos mis camaradas".

Con una risa borracha, el cíclope respondió:

"Nadie comeré al final, después de todos sus camaradas: ese es el regalo del extraño".

Con eso, se hundió hacia atrás, vencido por el vino. En unos momentos estaba durmiendo, harto e intoxicado, horrible de ver y oír.

Había llegado el momento. Ulises agarró la torpe estaca y clavó la punta en las ascuas del fuego, instando a sus hombres a ser valientes y aprovechar su única oportunidad.

Cuando la punta del tronco de olivo verde estuvo encendida y lista para estallar en llamas, la arrebató del fuego. Sus cuatro ayudantes lo tomaron como un ariete. El propio Ulises, de pie sobre una punta de roca saliente, agarró firmemente la culata.

A la orden, como si estuvieran perforando la viga de un barco con un taladro, los cuatro hundieron la punta humeante en el ojo del gigante con todas sus fuerzas, mientras su líder torcía el arma violentamente.

El efecto fue sorprendente. La sangre burbujeó alrededor del punto. El gran globo ocular siseó como agua en la que un

Smith ha sumergido hierro caliente para templarlo. Con un rugido que casi los dejó sordos, el gigante cobró vida y su gran conmoción arrojó a los hombres de aquí para allá. Se quitó la estaca del ojo y se la arrojó frenéticamente. Pero los marineros sin aliento y aterrorizados percibieron con alivio que el trabajo estaba bien hecho: el monstruo estaba ciego.

Junto a sí mismo, con dolor e ira, gritó a todo pulmón a sus compañeros cíclopes que vivían en las otras cuevas a lo largo de las ventosantes alturas. Los corazones de los griegos se detuvieron de miedo cuando sintieron que la tierra temblaba bajo los pies que corrían y escucharon los gritos de los gigantes que se reunían.

En ese momento, una poderosa voz desde el exterior exigió:

"¿Qué te ha pasado, Polifemo, que desgarras la noche con tus gritos y nos dejas dormir a todos? ¿Alguien se lleva tus rebaños? ¿Estás siendo asesinado por la fuerza o la artesanía?"

"Amigos", lloriqueó bastante el gigante. "Nadie me está asesinando con un oficio. No hay fuerza".

"Si nadie te hace daño", fue la respuesta, "el mal debe venir de Zeus y que no puedes volar. Reza a tu padre Poseidón".

A pesar de las llamadas y maldiciones del herido, la tremenda compañía se alejó sin sospechar la verdad; y Ulises se rió en su corazón del éxito de su simple estratagema.

Gimiendo en agonía, Polifemo tientos con las manos hasta que encontró la puerta de piedra, se trasladó a un lado y 73

se sentó con las manos extendidas para agarrar a sus enemigos en caso de que intentaran escapar con las ovejas.

Pero Ulises había previsto esta contingencia y ahora se puso rápidamente a dar el paso final de su cuidadoso plan. Había observado que algunos de los carneros eran de una raza especialmente fina, muy grandes y cubiertos con un vellón azul largo y pesado. Separándolos del resto, los unió silenciosamente en grupos de tres con saucos de la cama del cíclope. El del medio de cada uno de estos tres llevaba a un hombre debajo de él, custodiado a cada lado por un animal sin montar. El más grande de la bandada eligió para llevarlo él mismo, colgando debajo de su vientre peludo y agarrando su

espalda por cada lado con brazos y manos completamente enterrados en el enorme vellón. Habiendo hecho sus preparativos en absoluto silencio, esperaban ansiosos la llegada del día.

Cuando los primeros rayos rojizos del amanecer se hicieron visibles a través de la boca de la cueva, los carneros se apresuraron a salir, ansiosos por pastos, mientras las ovejas sin ordeñar balaban angustiadas por el recinto.

Polifemo, gimiendo y murmurando amenazas, pasó las manos por el lomo de cada oveja antes de permitir que saliera. Estúpidamente, nunca pensó en palpar debajo, donde los marineros temblorosos colgaban temiendo ser detectados.

Uno tras otro salieron sanos y salvos de esa lúgubre caverna hacia la fresca libertad de la mañana. Por último, llegó el gran carnero líder con su carga humana.

"¡Qué, mi mascota!" exclamó el cíclope al sentir la espalda de la criatura. "¿Por qué eres el último del rebaño? Nunca fuiste un rezagado, sino que siempre fuiste el primero en sembrar la tierna hierba, primero en beber en el arroyo, primero en volver a casa por la noche. Ah, extrañas el ojo de tu amo, que ese villano y su vil tripulación se ha puesto fuera. Nadie era, pero todavía lo tendré. Si tan solo pudieras hablar y decirme dónde se esconde, ¿qué tan rápido le arrancarías los sesos? Eso ayudaría a algunos en la miseria de ese sinvergüenza ha traído sobre mí".

Liberó el ariete y trotó rápidamente. En el momento en que estuvieron a salvo lejos del recinto, Odiseo cayó a la tierra y ayudó a sus camaradas a liberarse. Luego se apresuraron a ahuyentar los gordos carneros hacia la orilla, lanzando muchas miradas ansiosas hacia atrás, porque temían que en cualquier momento el cíclope pudiera descubrir el truco y caer sobre ellos.

Llegaron al barco donde sus incondicionales camaradas les dieron la bienvenida mientras los hombres regresaban de entre los muertos. Controlando sus lamentos por los desafortunados que habían perecido, Odiseo les ordenó que arrojaran los carneros a bordo lo más rápido que pudieran. Los remeros saltaron a sus lugares; los remos golpean el agua al unísono; la galera se alejó a toda velocidad de esa costa maldita.

Cuando llegaron al límite de la distancia de llamada, Ulises se puso de pie en la popa y le gritó a la cueva de arriba:

"Cíclope, esos no eran los camaradas de un debilucho sobre los que infligiste tu brutalidad. Estaba destinado a que tu crimen te descubriese,

desgraciado que se atrevió a devorar a un invitado dentro de tu casa. Porque esto te ha reprendido Zeus, Zeus y todos los dioses. del Olimpo " .

El gigante escuchó y se dio cuenta de que lo habían burlado. Frenético de rabia, saltó de la cabaña, rompió una roca que parecía la cima de una colina completa y la arrojó hacia el sonido de la voz burlona.

La masa de roca cayó frente a la cocina; y envió tal ola hacia atrás que el barco fue arrastrado hasta la orilla.

Le habría ido mal a los aventureros si el gigante hubiera podido ver su difícil situación, ya que estaban fácilmente a su alcance. Pero Ulises se apoderó de un poste de colocación y volvió a empujar, haciendo señales con la cabeza a los remeros para que tiraran con más fuerza.

Pusieron un espacio el doble de ancho que antes entre ellos y el enemigo. Entonces Ulises se levantó de nuevo para hablar con él. En voz baja, sus hombres le imploraron que desistiera:

—Oh, temerario, ¿por qué despertar a este salvaje que incluso ahora nos condujo de regreso a la orilla con su misil? Pensamos que todo había terminado entonces. Si hubiera escuchado un susurro, nos habría aplastado bajo una masa irregular de granito.

Su líder no debía conmovearse.

"Cíclope", gritó orgulloso, "si alguna vez te pregunta el hombre de tu ojo ciego, di que fue obra de Ulises, saqueador de ciudades, hijo de Laertes, cuya casa es Ítaca".

Al oír eso, Polifemo gimió con tristeza.

¡Seguramente los antiguos oráculos han venido sobre mí! Un adivino vivió una vez aquí, Telemus el renombrado. Me dijo que debería perder la vista a través de un Ulises; pero yo esperaba a alguien poderoso, y ahora este miserable pigmeo me ha cegado después de vencer. yo con vino. Sin embargo, ven aquí, Odiseo, para que pueda concederte el regalo del extraño y suplicar al terrateniente que te apresure en tu viaje. Su hijo soy yo; él puede curarme si quiere.

Ulises se rió con desprecio. "¿Podrías despojarte de la vida y enviarte al Hades con tanta seguridad como estoy seguro de que el temblor de la Tierra nunca te curará el ojo?"

Luego, por primera vez en su vida, el monstruo oró, extendiendo sus manos hacia el cielo:

"Escúchame, viga de la tierra, Poseidón moreno. Si soy verdaderamente tuyo, y tú eres llamado mi padre, no digas que no volverás a casa con este Odiseo, saqueador de ciudades, hijo de Laertes, cuyo hogar es Ítaca. Si le toca ver a sus amigos una vez más y llegar a su casa señorial y a su tierra natal, que venga tarde, en una situación terrible, con la pérdida de toda su tripulación, en el barco de un extraño, y que esté en su casa. encontrar problemas ".

Terminó. Su ira estalló ferozmente una vez más. Levantando otra roca mucho más grande que la primera, la balanceó de un lado a otro, hizo uso de su máxima fuerza y arrojó la masa montañosa al mar. Golpeó detrás de la cocina, que se disparó como si la levantara un maremoto. Odiseo llamó a su orden; los remos golpearon el agua; los duros ejes se doblaron con el esfuerzo; pero en unos momentos la galera estaba a salvo más allá del remolino y se dirigía a toda velocidad hacia la isla exterior.

Pero a pesar de todas las alegrías con las que encontraron a sus compañeros en los otros barcos, durante la fiesta y el sacrificio propiciatorio, el corazón de Ulises se sintió pesado dentro de él.

Fue con una ceja solemne que soltó las velas al amanecer del día siguiente y partió para cumplir lo que quedaba de su asombroso destino.

## **CAPÍTULO IV: CUANDO THOR FUE A JOTUNHEIM**

Odín, el de los noventa y cuarenta nombres, vivía en la luminosa Asgard con sus compañeros / lísir y Asynjar. Aunque era padre de dioses y hombres, aunque había nacido de una madre gigante, había una amarga lucha entre él y los enormes Gigantes de Escarcha y Montaña, la semilla de los pies de Ymir. Solo ellos se aventuraron abiertamente a disputar su soberanía.

El más poderoso de los otros doce ^ señor era Thor, el hijo mayor nacido en la Tierra del Padre de Todo. Dos cabras de poderes mágicos tiraron de su carro; guantes de hierro que tenía para agarrar a Miolnir, el martillo que nadie podía resistir; cuando se ciñó a la cintura el cinturón de la fuerza, incluso su poder divino se duplicó. Él es el único de todos los dioses que debe vadear los ríos de niebla y ascender a Asgard a pie, no sea que su carro llameante y atronador destruya Bifrost, el tembloroso puente arcoíris sobre el que todo el resto de la compañía celestial cabalgaba diariamente hacia y desde el tribunal. abajo.

Más de un gigante de Escarcha había sido arrojado a las tinieblas de Nifelhel por este martillo Miolnir, que el artista enano Sindre había forjado para el dios Asa; pero esta raza de monstruos guardaba los secretos de la hechicería negra y, de esta manera, a veces estaban a la altura de los poderes de Asgard.

Entonces Thor descubrió en cierta expedición.

Un día dejó su vasta mansión Bilskirnir, con sus quinientos cuarenta salones, y acompañado por Loki, partió hacia Jotunheim. Viajaron todo un día hacia el norte, en el coche tirado por cabras, hasta que llegaron a Alfheim, donde los hijos de Ivalde custodiaban las costas meridionales del gran mar .

contra los gigantes que habitaban más allá, no sea que estos intenten atacar a Asgard desde su lado.

Como era su costumbre, Thor se detuvo a pasar la noche en la casa de Egil, el maestro arquero, capaz de viajar en sus esquís sobre nieve y agua: hermano, también, era para Volund, el más astuto de los herreros, quien más tarde forjaría la espada de la victoria, fatal incluso para los dioses. Allí vivía con Egil su hijo adoptivo Thialfi, que había sido encontrado de niño en un banco de arena del mar bañado por la marea: era el más rápido de todos los que vivían en Midgard, el hogar de los hombres; porque en verdad era el mismo Frey que después se sentó en Asgard. Él y su hermana Roska eran muy queridos por Egil.

Thor le dio la bienvenida a Egil. Sin embargo, cuando llegó la hora de comer, hubo escasez de alimentos para la empresa.

"Eso no nos molestará", gritó Thor, con su risa retumbante que sacudió el salón. "La carne que más me gusta es la que me lleva cuando no la llevo yo".

Seguido por Loki y el asombrado Thialfi, caminó hacia la oscuridad hacia donde estaban sus cabras de fuertes cuernos.

Sonriendo ante el asombro del niño, mató a las hermosas criaturas, las despellejó, cortó los cadáveres con mucho cuidado y puso la carne en las ollas para guisar. Cuando la comida estuvo lista, invitó a todos a unirse, y aunque a Thialfi le costaba olvidar los esbeltos y agraciados animales, tan

llenos de vida y espíritu, tuvo que admitir que nunca antes había probado una comida tan deliciosa.

"Todos coman hasta hartarse", dijo Thor. "Nadie tiene que pasar hambre cuando Tanngniast y Tanngrisnir están en el tablero. Pero debo hacer una advertencia: no se debe romper ni un hueso. Cuando hayamos terminado, deje que el niño recoja todos los huesos, clasifique los dos juegos y coloque una pila en cada una de las pieles junto al hogar allá".

Cuando todos estuvieron satisfechos, Thor y Egil se pusieron a hablar, contando sus expediciones contra los enemigos de los dioses en Jotunheim, mientras Thialfi juntaba obedientemente los huesos y los colocaba en las pieles.

Una sonrisa malvada revoloteó sobre el rostro delgado del astuto Loki cuando percibió que los dos guerreros se habían absorto por completo en sus historias de hazañas pasadas. Thor le recordaba a Egil aquella famosa aventura cuando él mismo, herido en la frente, había llevado a su compañero con un pie helado a través del agua brumosa de Elivagar y sus terrores mágicos. Estaba perdido en todo lo que sucedía a su alrededor, riendo en voz alta y golpeando su gran muslo mientras vivía esos momentos de tensa excitación.

Mientras Thialfi se arrodillaba en el otro extremo de la amplia chimenea, esforzándose concienzudamente por completar su tarea, se sobresaltó al oír un susurro procedente de la sombra más allá.

"¿Te gustó la carne?"

"Sí", respondió el chico sorprendido, mirando hacia arriba. Apenas podía ver los rasgos de su interlocutor, pero los ojos brillaban, casi como el resplandor de los leños encendidos en la chimenea.

"Aún no has probado el mejor", dijo la voz suave. "La verdadera fuerza y dulzura está en la médula".

Thialfi lo miró fijamente.

"Sí, eso es como la miel, y quien la come puede pasar días sin ningún otro alimento. Tampoco puedo imaginar por qué fue tan tacaño como para retener lo mejor".

Aún así, el joven no sabía qué decir.

"Mejor inténtalo," continuó Loki. "Ese hueso largo de la pierna está lleno de dulzura".

"Oh, no", dijo Thialfi, bajando involuntariamente la voz al mismo tono. "Nos prohibió romper cualquiera de ellos".

"Qué tontería. ¿Por qué deberías tener tanto cuidado con esa basura? Tú mismo viste lo que les hizo a los animales vivos: ¿cómo podría realmente importarle después de eso si solo un hueso recogido estaba un poco astillado? Nunca tendrás otra oportunidad de pruebe la comida que sólo saben los de Asgard".

"No me gusta", susurró el chico. "Él podría estar enojado."

"¡Enojado! Nunca lo sabrá. ¿Por qué debería hurgar y encontrar una pieza en el fondo de la pila? Y si lo notara, sería simplemente un accidente que ya podría haber ocurrido una docena de veces".

Thialfi vaciló.

"No me importa, por supuesto", continuó el tentador. "Pero no veo por qué deberías privarte de la mejor parte cuando no puede lastimar a nadie tomarla. Además, escuché que eras un corredor maravilloso, y tengo la idea de que el que sabe de esa médula encontrará sus poderes maravillosamente aumentados".

Los ojos del joven brillaron: estaba orgulloso de su capacidad para superar a todos con los que había corrido, y no pudo resistirse a esta idea.

Mirando por encima del hombro, vio a la pareja sumida en sus recuerdos. Con un impulso repentino, metió el hueso de la pierna bajo su abrigo de piel y salió silenciosamente a la oscuridad. Suavemente cortó un trozo de hueso y succionó la médula. Estaba delicioso, como había dicho Loki, y su imaginación excitada le hizo pensar que ya podía sentir un aumento de vigor en sus músculos. Sin embargo, fue con un sentimiento de culpabilidad que retrocedió y escondió la pieza fracturada en el fondo de una de las pilas. Bien complacido estaba Loki, porque creía que había sembrado sin peligro la enemistad entre estos dos defensores de Asgard.

En ese momento todos se fueron a la cama. El silencio cayó sobre el gran salón y los dormitorios; pero Thialfi tembló y se sobresaltó y se sacudió, presa de sueños aterradores.

Todavía estaba oscuro dentro del salón cuando Thor se levantó, aunque afuera la luz del amanecer comenzó a aparecer en el este. Encendió el fuego en la chimenea que se extendía y las llamas saltarinas pronto iluminaron el lugar. Thialfi se despertó. Desde su sofá podía ver más allá de la cortina de piel corrida hacia el gran apartamento. Una sensación de pánico se apoderó

de él cuando vio la enorme sombra distorsionada que el fuego arrojaba contra la pared, ahora encogiéndose, ahora disparándose hasta convertirse en monstruosidad. Porque la sombra estaba ocupada con algo que yacía junto a la chimenea, y el joven recordaba muy bien que no todo estaba bien con el contenido de esas pieles.

Thor colocó las pieles de las dos cabras ante él. Sacó su gran martillo, Mjolnir, y lo agitó solemnemente sobre las pilas, murmurando poderosas palabras. Thialfi se estiró sin aliento para ver.

¿Cuál fue su asombro cuando los haces de huesos muertos comenzaron a moverse? Las pieles se movieron, estiraron y redondearon. Ante sus ojos incrédulos, los dos machos cabríos se levantaron vivos, vigorosos y hermosos como siempre.

¡Pero no! Uno no era como había sido. La pobre criatura estaba coja; cojeaba, arrastrando una pata trasera, mientras se movía.

Thialfi volvió a agacharse, temblando, al ver que el hombretón se inclinaba rápidamente para examinar la pierna herida.

Entonces hubo un rugido de ira que sacudió las vigas. Todo el mundo entraba corriendo. Mjolnir salió una vez más, no para restaurar la vida esta vez, ni mucho menos: Thor estaba jurando venganza y amenazando con destruir a su amigo Egil ya toda la casa por el daño causado a esta preciada posesión; su cabello rojo se destacaba como llamas sobre su enorme cabeza; agarró el terrible martillo con tanta fuerza que las articulaciones de sus dedos se volvieron blancas a la luz del fuego.

Al oír eso, Thialfi se arrastró hacia adelante. Medio muerto de miedo, confesó lo que había hecho, sin decir una palabra de la tentación de Loki.

Egil, tan perturbado como su invitado, protestó por su deseo de enmendarse.

"El pago es debido", dijo. "Es usted quien debe indicar el precio".

La vista del joven asustado había calmado un poco la ira de Thor. Este cuerpo elegante y esbelto no era un objeto adecuado para el peso de Mjolnir. Lentamente, sus vastos músculos se relajaron.

"Es la ley", dijo. "Pague el que cometió la falta: él y su hermana serán mis siervos desde hoy en adelante".

Este castigo le pareció bastante suave a Thialfi; porque en secreto se sentía atraído por este poderoso de rostro abierto cuyos ojos azules no albergaban mezquindad y que era claramente bondadoso a pesar de sus

repentinos estallidos de fiereza. Además, la perspectiva de deambular por el extranjero con él distaba mucho de ser desagradable. En cuanto a la hermosa Roska, no tenía nada que decir al respecto. De todos modos, el lugar al que iba Thialfi era el lugar que ella elegiría.

Así que la paz fue restaurada, y todos se sentaron al contenido de la comida de la mañana, excepto el astuto Loki.

Dejando las cabras con Egil, Thor y sus compañeros partieron a pie. Las heladas nieblas y las insondables profundidades del mar de Elivagar no le aterrorizaban; pero cuando habían atravesado su extensión, llegaron a un país extraño y sombrío que rodeaba la fortaleza de los gigantes.

El bosque se extendía interminablemente; y todo el día vagaron por sus laberintos sin camino sin ver a ningún ser humano. No había ni rastro de ninguna bestia o pájaro, y mientras Thialfi, de pies rápidos, que llevaba la billetera de Thor, recorría los matorrales a ambos lados, toda su artesanía de madera no descubrió nada en el camino de la comida.

La oscuridad se apoderó de ellos casi tan pronto como el sol desapareció. La cuestión de un lugar para pasar la noche se volvió urgente. Buscando por todos lados en el crepúsculo que se avecinaba, finalmente se encontraron con una gran estructura con una entrada que ocupaba todo el ancho de un extremo.

Nadie apareció ni respondió a sus gritos; así que entraron y se acostaron en el salón principal, contentos de tener un lugar donde recostar la cabeza después de su agotador día.

Hacia la medianoche, cuando todos dormían profundamente, fueron despertados bruscamente por un terremoto que sacudió todo el edificio. Poniéndose de pie de un salto, se tambaleaban de un lado a otro sobre el suelo agitado, esperando en cada momento sentir el techo caer sobre sus cabezas. Pero el balanceo se detuvo en ese momento y Thor les ordenó que buscaran un lugar seguro.

A la derecha encontraron una cámara más pequeña, sin puerta ni cortina; y los tres se deslizaron hasta el rincón más alejado de este y se desplomaron temblando de miedo. Thor, sin embargo, permaneció en la entrada. Manteniendo a Mjolnir listo, permaneció en guardia el resto de la noche, escuchando un ruido extraordinario como un viento fuerte que podía escuchar afuera de vez en cuando.

Tan pronto como amaneció, salió del edificio para investigar este rugido.

Allí, tendido en el suelo, había una criatura monstruosa, tan grande que parecía el tronco caído de algún abeto primigenio. Estaba profundamente dormido, y eran sus ronquidos los que habían sonado como un huracán invernal.

Más de un gigante como Thor había visto y encontrado, la mayor parte de este hombre-montaña lo hizo detenerse de asombro. Luego, en silencio, se ciñó el cinturón de la fuerza, porque si alguna vez necesitaba duplicar sus poderes, era ahora.

En ese momento, el gigante abrió los ojos, que parecían lagos embarrados. Bostezó, se estiró y se puso de pie, y su cabeza casi se perdió en las copas de los árboles.

Por única vez en su historia, Thor dudó en unirse a una batalla abierta.

"¿Quién eres tú?" preguntó.

"Mi nombre es Skrymir", dijo el otro. Su voz era como el bramido de un trueno, y Loki, Thialfi y Roska corrieron hacia la entrada y miraron el sonido reverberante.

"En cuanto a ti", continuó el gigante, "te conozco bien: eres Asa-Thor. ¿Pero qué has hecho con mi guante?"

Con eso, extendió su gran mano hacia el asombrado grupo de tres, que se dispersó ante él; y se dieron cuenta de que el edificio en el que se habían alojado era el guante de la criatura, la habitación más pequeña a la que habían huido era el pulgar.

"¿Viajamos juntos?" preguntó Skrymir, sonriendo de una manera que hizo arder las mejillas de Thor.

"Como quieras", respondió este último.

Entonces el gigante se sentó, abrió una cartera prodigiosa y se echó a desayunar; pero Thor y sus camaradas se separaron solos y compartieron sus escasas provisiones.

Cuando hubieron terminado ...

"Aquí", dijo Skrymir, "déjame llevar tu comida. No me pesará".

Dicho esto, metió la billetera de Thor en la suya y se dirigió hacia el bosque con pasos tan tremendos que apenas pudieron mantenerlo a la vista.

Durante todo el día los condujo a este paso entre los bosques interminables; y Roska, por su parte, estaba más que contenta, a pesar de la ayuda de su hermano, cuando el crepúsculo lo detuvo junto a un viejo roble.

"Hemos holgazaneado con bastante lentitud", dijo, "pero supongo que es hora de dormir. No tengo hambre; puedes tomar la billetera y comprar tu propia comida. Si necesitas un techo sobre tu cabeza, mi guante es allí."

Se estiró y en ese momento roncaba, de modo que uno podría haberlo oído a una milla de distancia.

Oscuro y silencioso, Thor finalmente tomó la bolsa de cuero, para sacar su comida. Sus sentimientos no se suavizaron cuando descubrió que no podía desatar los nudos. Con una ira creciente, se esforzó por quitarse las tenaces correas, pero no pudo dejar ninguna impresión en los nudos duros. Luego, agotada su paciencia, trató de romper los cierres. Aun así, desafiaron sus esfuerzos.

Enfurecido por haber sido jugado así, agarró a Mjolnir, dio un paso adelante y lo arrojó a la cabeza del gigante.

Skrymir se movió levemente.

"¿Qué fue eso - una hoja?" preguntó adormilado. "¿Ya cenaron, pequeños? ¿Se han ido a dormir?"

"Solo estamos acostados", murmuró Thor. Desconcertado y molesto, se alejó y se acostó debajo de otro roble.

Pero no pudo dormir. Los ronquidos estertorosos del gigante parecían burlarse de él.

Finalmente, se levantó de un salto y regresó con cautela. La luz de la luna brillaba de lleno sobre la voluminosa figura del gigante. Alzando su martillo en alto, lo lanzó con tal violencia que la cabeza se hundió en el cráneo de Skrymir.

"¿Qué está pasando?" gritó el gigante, dándose la vuelta. "Una bellota cayó sobre mi cabeza. ¿Cómo te va, Thor?"

"Está bien", respondió el otro, escondiéndose detrás de los troncos de los árboles. "Me desperté cuando me llamaste. Todavía hay mucho tiempo para dormir."

Una vez más, todo quedó en silencio, excepto en el pecho de Thor, donde la rabia y la humillación competían en una confusión. Se obligó a

permanecer quieto, calmando su ira ardiente con la seguridad de que cuando llegara el momento de dar un tercer golpe, se vengaría ampliamente de esta desgracia. No existía la criatura que pudiera tratar a Asa-Thor de esta manera.

Esperó mucho tiempo tanto para recuperar el equilibrio [79] como para asegurarse de que el otro estaba realmente dormido de nuevo. Por fin, un poco antes del amanecer, se levantó suavemente y se acercó de nuevo al gigante dormido.

Sus manos recorrieron el cinturón mágico como para extraer de él la última ayuda. Agarrando a Mjolnir con ambas manos, reunió todos los poderes de sus músculos agitados. El recuerdo de sus fracasos ardía en sus venas y parecía duplicar su fuerza y determinación.

Hizo girar al irresistible Mjolnir sobre su cabeza y lo derribó con toda su fuerza sobre el durmiente. Para su sombría satisfacción, vio cómo se estrellaba contra la mejilla del gigante hasta el mismo mango.

Para su consternación, Skrymir se sentó y pareció quitarse algo de la cara.

"Debe haber pájaros posados en este árbol", dijo con disgusto. "¿Cómo se puede dormir cuando se rasca el musgo y se suelta la corteza que cae sobre la cabeza?"

Miró a su alrededor.

¿Tú también estás despierto, Thor? Supongo que es hora de levantarte de todos modos; porque dices que quieres llegar a Utgard. La ciudad no está lejos ahora. Sin embargo, debo advertirte de una cosa. Los he oído susurrar juntos como si pensarán que mi tamaño es algo extraordinario; pero si van a Utgard, verán a muchos mucho más altos que yo. Así que les aconsejo que no hagan mucho de ustedes mismos, porque los hombres de Utgard-Loki tendrán poca paciencia con la jactancia de tales maniqués. De hecho, si eres sabio, volverás de inmediato. Sin embargo, si persistes en tu locura, tu camino queda hacia el este. Yo voy hacia el norte, a esos acantilados en la distancia".

Tiró su billetera sobre su hombro y se fue, haciendo caso omiso de la mirada resentida de Thor.

Siguiendo sus instrucciones, el grupo salió del bosque y viajó por una amplia llanura.

Hacia el mediodía llegaron a la ciudad de Utgard. Tan elevados eran sus muros y edificios que sus cabezas se inclinaban hacia atrás sobre sus cuellos mientras miraban hacia los pináculos de las torres.

Cuando se acercaron, no vieron a nadie; pero una gran puerta de pesados barrotes cerraba el camino. Estaba cerrado con llave y atornillado. Después de intentar durante algún tiempo llamar a un guardián y luego abrir la puerta, Thor y sus compañeros se apretujaron entre los barrotes y entraron en la ciudad silenciosa.

Atravesaron una calle desierta tras otra, hasta que vieron ante ellos un magnífico palacio, cuya puerta estaba abierta. Al entrar con valentía, se encontraron en un salón que empujaba todo lo que habían visto. Sentados en bancos se alinearon dos filas de hombres, la primera mirada a la que convenció a los viajeros de que Skrymir había hablado con la verdad.

Avanzando hacia el asiento elevado, saludaron al gobernante, Utgard-Loki. Pero el rey los miró con una sonrisa. Thor de ninguna manera estaba acostumbrado a un trato tan despectivo, y sus compañeros podían percibir que su calor aumentaba a medida que continuaba este silencio desdeñoso.

Por fin el rey habló:

"Es tedioso pedir noticias de un largo viaje; pero si no me equivoco, ese pequeño debe ser Asa-Thor".

"Posiblemente", continuó, dirigiéndose a Thor directamente, "puedes ser más de lo que aparentas. ¿Qué puedes hacer tú y estos contigo? Nadie se queda en Utgard a menos que pueda superar a todos los demás en alguna hazaña de habilidad o fuerza. . "

"Tengo una hazaña", dijo Loki. "Puedo comer más rápido que cualquiera aquí. Estoy listo para demostrarlo contra todos".

"Eso valdrá la pena verlo, si puedes jactarte bien", dijo el rey gigante. "Será puesto a prueba".

Llamó a uno llamado Logi, sentado en otro banco. Se trajo un comedero lleno de carne fresca y se colocó entre los dos. A la señal, ambos comenzaron a comer, uno de cada extremo.

Loki se esforzó al máximo y, sin embargo, cuando llegó al medio del abrevadero se encontró con su antagonista allí. Además, se vio que mientras él había devorado toda la carne de su costado, Logi había consumido carne,

hueso y el abrevadero para arrancar. No podía negarse que el visitante fue vencido.

"¿Y qué puedes hacer?" preguntó Utgard-Loki, mirando a Thialfi.

"Puedo correr", dijo el joven.

"Pronto veremos eso. Salgamos al campo".

Toda la compañía avanzó hacia un tramo llano. Un joven delgado al que llamaban Hugi ocupó su lugar junto a Thialfi. Este último, que nunca había sido derrotado en la rapidez, sonrió con seguridad.

Se dio la palabra. Los dos corredores salieron como flechas del arco. Pero Thialfi apenas podía dar crédito a sus ojos cuando, antes de cubrir la mitad de la distancia hasta el punto de inflexión, se encontró con que Hugi ya regresaba.

"Tendrás que mover tus piernas mejor que eso", dijo Utgard-Loki, "si esperas ganar en esta compañía".

Se realizó un segundo curso. Thialfi tensó todos los nervios y músculos al máximo. Su corazón latía como si fuera a estallarle por las costillas. Sin embargo, Hugi llegó a la meta cuando todavía estaba a un tiro de arco.

"Corres con valentía", comentó el rey. "Aún así, me parece que este partido no será tuyo. La tercera prueba debe decidir".

Una vez más dieron en el blanco y se alejaron a toda velocidad. Thialfi hizo todo lo posible, pero estaba cansado de su último esfuerzo; su veloz adversario cruzó la línea de meta antes de haber recorrido la mitad del camino.

Toda la asamblea declaró que no había necesidad de más juicio. Utgard-Loki se volvió hacia Thor.

"Hemos escuchado mucho de tu destreza, Asa. ¿Cuál es tu elección para demostrarnos que los rumores son ciertos?"

"Beberé un trago con cualquiera de ustedes," gruñó Thor entre dientes.

"Excelente", respondió el rey. Encaminó el camino de regreso al vestíbulo y pidió a su copero que trajera el cuerno para beber. Fue confirmado.

"Un buen bebedor", comentó Utgard-Loki, "vacía esto de un solo trago. Algunos hombres hacen dos. El más insignificante de todos puede quitárselo en tres".

Thor miró el cuerno críticamente. No parecía tener un tamaño extra, aunque el extremo se extendía detrás del portador. Además, tenía mucha sed. Tan pocas dudas tenía de vaciarlo de un trago, que no se detuvo a tomar aliento, sino que se lo llevó a los labios y tiró larga y profundamente.

Lo dejó con estrépito, pensando en pedir más. Para su disgusto, apenas podía percibir una bajada del licor.

"¡Bien!" exclamó el rey. "Seguramente no es mucho para que Asa-Thor se jacte. No lo habría creído si me lo hubieran dicho. Quizás, sin embargo, te estabas reservando para un segundo borrador."

Sin responder, Thor agarró el cuerno una vez más y bebió un trago poderoso. Sin embargo, al mirar dentro, parecía como si hubiera causado menos impresión que antes. Aún así, el recipiente ahora se podía transportar sin derramar.

El rey negó con la cabeza. "Un hombre debe usar su propio tipo de habilidad. Ciertamente, sin embargo, ha dejado la mayor parte de la tarea para su último intento. Me temo que su reputación aquí difícilmente igualará la que tiene en Asgard si esto es una muestra de su destreza".

Demasiado enojado para hablar ahora, Thor volvió a agarrar el cuerno. Inclinandolo hacia atrás, bebió y bebió hasta que pensó que estallaría con el esfuerzo. Pero cuando no pudo hacer nada más, descubrió que había vaciado solo la pulgada o dos superiores.

Le devolvió el cuerno al copero.

"Veo claramente", dijo Utgard-Loki, "que lo que hemos oído de ti fue una historia de viajero. Aún así, ¿deseas probar algo más? Confieso que no parece probable que te lleves muchos premios aquí. "

"Sé," respondió Thor obstinadamente, "que tales borradores no se considerarían pequeños entre los / lísir, pero intentaré otra hazaña. ¿Qué tienes que proponer?"

"Tenemos un juego aquí, una especie de ejercicio infantil. Antes de presenciar esta última actuación, no me habría atrevido a mencionárselo a Asa-Thor. Es simplemente levantar a mi gato del suelo".

Un gran gato gris salió con la cola en alto.

Thor lo miró, inseguro.

"Es grande, para ser un gato", dijo el rey.

Picado hasta lo más rápido, Thor dio un paso adelante, puso una mano debajo del vientre de la bestia y la levantó con fuerza.

El gato arqueó la espalda, sin resistirse en absoluto. Por más que se moviera y se esforzara, Thor solo pudo levantar una pata del suelo.

"Me lo imaginaba", dijo Utgard-Loki. "Incluso mi gato es demasiado grande para ser tan pequeño".

"Pequeño puedo ser", gritó Thor. "Sin embargo, déjame ver al hombre aquí que luchará conmigo en este momento".

Utgard-Loki miró las enormes figuras alineadas a lo largo de los bancos.

"No veo a nadie lo suficientemente pequeño para eso. Sin embargo, si debes luchar, llama a la vieja Elli, la enfermera. Ella ha arrojado a muchos mejores hombres de lo que tú has probado."

Entró una anciana encorvada, marchita y desdentada. A pedido del rey, luchó con el excitado Thor.

Se esforzó violentamente, hasta que los músculos de sus brazos y piernas se destacaron como cuerdas. Bloqueando sus poderosos brazos, se esforzó de una manera u otra. Cuanto más desplegaba su poder, más firme parecía mantenerse en pie la frágil anciana.

Entonces Thor comenzó a sentir un apretón inexorable sobre sí mismo. Luchó como si su propia vida dependiera del tema. Sin embargo, sus piernas comenzaron a doblarse. En ese momento fue obligado a arrodillarse.

El viejo Elli lo soltó y se alejó cojeando. Con el pecho agitado, goteando sudor y muy avergonzado, Thor se puso de pie ante ellos.

"Apenas necesitamos más juicio", dijo Utgard-Loki. Además, se hace tarde. Muéstrales los asientos de invitados.

Fueron recibidos y festejados esa noche con buen humor.

A la mañana siguiente se prepararon para partir. Utgard-Loki vio que les proporcionaban abundantemente comida y bebida. Él mismo los condujo hasta la puerta de la ciudad.

"Bueno, Asa-Thor", dijo, cuando estaban a punto de separarse, "¿estás satisfecho con tu visita a Utgard?"

¿Has visto gobernantes más poderosos en otros lugares de tus viajes? "

"En verdad", respondió el honesto Thor, "he traído una gran vergüenza sobre el.-Esir. Con justicia dirás que soy alguien de poco valor".

"Difícilmente eso", dijo el rey gigante. "Ahora que estás fuera de mi ciudad, a la que con mi consentimiento nunca volverás a entrar, debo decirte la verdad. Si hubiera imaginado tus poderes y lo cerca que me habrían llevado al desastre, nunca habrías visto el interior de esta vez.

"Debes saber, entonces, que te he engañado todo el tiempo con ilusiones.

"La billetera que no pudiste abrir en el bosque estaba atada con alambre de hierro invisible. El menor de los tres golpes de tu martillo habría terminado mis días: traje ante mí una montaña rocosa que no podías ver; en esta encontrarás tres profundos barrancos, hechos por esos golpes.

"Los concursos aquí también fueron ilusiones.

"Aunque Loki comió como hambriento, Logi, quien lo superó, fue el fuego ardiente.

"Hugi pensó: ¿cómo podría incluso el veloz Thialfi seguirle el paso?"

"El cuerno que trataste de vaciar llegó hasta el mar; cuando llegues a la orilla verás que tus corrientes de aire han hecho que el océano mismo refluyera. Cuando te vimos levantar una de las patas del gato del suelo, todos estábamos aterrorizados- herido: porque el gato era en realidad la gran serpiente de Midgard que abarca toda la tierra. La enfermera Elli era en realidad una anciana, y nunca el hombre ha luchado con ella como tú.

"Por lo tanto, no nos volvamos a encontrar nunca. Porque a pesar de todas las maravillas de tu fuerza, nunca podrás vencerme a causa de mis ilusiones".

Enloquecido por la ira, Thor se apoderó de Mjolnir. Pero Utgard-Loki había desaparecido. Habría destruido la ciudad, pero incluso eso había desaparecido, dejando solo una llanura suave y verde.

No le sirvió de nada salvo volver a su propia tierra; y en verdad, mientras Asa reflexionaba sobre lo que había sucedido, no se sintió tan mal como antes.

Especialmente recordó su hazaña de levantar la serpiente de Midgard; y el recuerdo de su increíble hazaña lo encendió con la resolución de

enfrentarse una vez más a esta monstruosa progenie de Loki que rodeaba el mundo.

No pasó mucho tiempo después cuando decidió no esperar más por esto. Se puso en camino con tanta prisa que no tomó ni coche, ni cabras, ni seguidores.

Con la apariencia de un joven viajó, y al anochecer llegó a la morada de un gigante llamado Hymir, que vivía junto al agua de Elivagar.

Aquí pasó la noche. En la cena, él solo se comió dos de los bueyes que Hymir había preparado.

"Tendré que ir a pescar mañana para darte de comer", refunfuñó el anfitrión.

Por la mañana, Hymir preparó su bote para ir a pescar. Thor se ofreció a acompañarlo.

"De mucha utilidad sería un enano como tú", respondió el gigante. — Puedes comer, sin duda, pero remar es otra cosa. Peor que eso, te sentirías frío y aterrorizado si salgo a mis caladeros y me quedo como estoy acostumbrado.

Tristemente tentado de probar a Mjolnir en el cráneo del gigante, Thor disimuló:

"Remaré hasta donde tú digas. Veremos quién desea dar la vuelta primero. ¿Qué cebo usamos?"

"Consíguete un cebo", respondió el tipo hosco.

Thor se dirigió hacia donde pastaba la manada de bueyes. El líder era un enorme toro negro como el carbón. Tomando a la bestia por sus cuernos, Asa le arrancó la cabeza, la llevó de regreso al bote y la arrojó dentro.

"Mejor si te hubieras quedado quieto", refunfuñó Hymir.

Empujaron el bote a través de las rompientes y se hicieron a la mar, cada uno remando con un par de remos. Thor estaba a popa, e Hymir se sorprendió al ver cómo el bote atravesaba las olas, incluso contra el fuerte viento.

Al poco tiempo, el gigante tiró de los remos.

"Aquí es donde pesco peces planos", dijo.

"No, no; más lejos", dijo Thor, tirando más fuerte que nunca.

"¡Detener!" gritó Hymir después de un rato. "Nos estamos acercando a la morada de la serpiente de Midgard".

"Más lejos es mejor pescar", declaró Thor; y siguió remando a pesar de las protestas de su compañero.

Se detuvo al fin. Murmurando, Hymir tiró su línea. Luego dibujó una ballena. Luego se apoderó de otro.

Mientras tanto, Thor había sacado una línea y un gancho, cuyo tamaño hizo que el gigante lo mirara. Sujetando la cabeza del toro ensangrentado en el anzuelo, lo dejó caer en las profundidades, hasta que llegó al fondo.

El no tuvo que esperar mucho. Algo allá abajo mordió el anzuelo. La línea se tensó. Thor se sacudió violentamente. Cuando el monstruo sintió el gancho, tiró con tanta fuerza que Thor se vio obligado a agarrarse de los pasadores de remo para evitar ser arrastrado por la borda.

Entonces el espíritu de Asa se elevó. Tiró de la línea para que sus pies pasaran por el fondo del bote y bajaran hasta el fondo del océano. Sin embargo, siempre tiró, con tanta fuerza que al poco tiempo la espantosa cabeza de la serpiente de Midgard apareció sobre la superficie.

Sin intimidarse por las inundaciones de veneno que la bestia le lanzó, Thor lanzó miradas feroces a su enemigo, todavía esforzándose por levantar la cabeza dentro del bote.

Hymir, sin embargo, aterrorizado más allá de toda medida y sintiendo que la nave se hundía debajo de él, sacó su cuchillo de la funda y cortó el hilo justo cuando Thor lanzaba su martillo.

El monstruo retrocedió y volvió a hundirse en su morada inmemorial.

No sabemos si hablan verdaderamente los que declaran que Mjolnir se cortó la cabeza en el fondo del mar, o si todavía está rodeando la tierra. Pero se relata entre las hazañas de Alejandro Magno que, al ser bajado en una jaula de cristal a las profundidades del océano, vio pasar a un monstruo prodigioso y se sentó durante dos días, mirando su cuerpo rezumar todo el tiempo, antes de su "aparecieron la cola y las partes traseras". Lo que suena como si Thor no hubiera hecho un buen trabajo.

Sin embargo, es cierto que Hymir no dijo una palabra hasta que estuvieron de nuevo en la orilla. Luego murmuró:

"Haz tu parte: lleva a las ballenas adentro o haz que el bote sea rápido".

Entonces Thor recogió el bote, remos, ballenas y todo, y lo llevó todo por la ladera boscosa hasta la morada de los Jotun.

102

## **CAPITULO V**

### **EL CONSTRUCTOR DE PIRÁMIDES GIGANTES**

Si viajas por esa hermosa tierra de lagos y montañas al norte de la Ciudad de México, difícilmente dejarás de visitar la antigua ciudad sagrada de Cholula. Tampoco puede dejar de maravillarse con los restos de esa increíble Pirámide, cuatro veces más grande que la famosa Pirámide de Keops en Egipto.

Cortés y sus seguidores se maravillaron de la estructura de cincuenta acres hace casi cuatro siglos. Humboldt lo midió, lo estudió y especuló al respecto hace cien años. La creencia general era que siempre se había dedicado al culto de Quetzal, ese Dios Hermoso del México antiguo. Pero hubo una vez sabios ancianos entre los indios acolhuan que recordaban la verdad transmitida por tradición desde tiempos inmemoriales.

Esta es la historia del constructor de pirámides.

Como todos saben, durante 4800 años después de la creación del mundo, la tierra de Anáhuac estuvo habitada por una raza de enormes gigantes. (¿No se han desenterrado una y otra vez a lo largo de los siglos sus poderosos huesos, empequeñeciendo a los de los hombres modernos?)

Estos monstruos eran enemigos tanto de dioses como de hombres. Feroces fueron las guerras libradas contra ellos por el pueblo de Tlascalá, y muchos gigantes fueron vencidos [91] por sus multitudes, o arrojados al desierto para morir de hambre.

Sin embargo, siempre quedaba lo suficiente de la terrible raza para mantener la tierra en un alboroto; y particularmente uno Xelhua y sus seis hermanos desafiaron todos los intentos en su contra, manteniéndose por encima de las leyes y haciendo solo lo que agradaba a su propia crueldad despiadada. Eran muy astutos y muy fuertes, y la tierra de Anáhuac gimió bajo su devastador paso. Al descubrir que no había nadie vivo que pudiera

resistirlos, se volvieron arrogantes y despreciaron a los mismos dioses de arriba, confiando en que no había ningún poder en la tierra o el cielo que pudiera resistir su voluntad.

Pero al fin los gobernantes celestiales se cansaron de este tumulto insensato abajo. Decidieron poner fin a todo y derramaron un diluvio abrumador sobre la tierra. Las nubes se abrieron de par en par y precipitaron sus inagotables depósitos; el irresistible océano mismo se desató de sus límites; los ríos subterráneos se dispararon desde debajo de la tierra sobre hombres y gigantes por igual, y los que no se ahogaron se transformaron en peces.

Todos excepto el astuto Xelhua y sus seis hermanos: cuando la inundación de arriba se encontró con el mar que se levantaba, huyeron hacia el norte, subieron las elevadas laderas del monte. Tlaloc y se escondieron en siete cavernas dentro de sus lados, rodando enormes rocas frente a las aberturas para cerrar las aguas en caso de que subieran tan alto. Allí yacían seguros mientras el diluvio arrasaba sin control por todo el universo.

Cuando llegó el tiempo señalado, las aguas destructoras se retiraron a sus posiciones sobre las nubes, debajo de la tierra y en el océano. Xelhua y sus hermanos salieron de sus cuevas de refugio, los únicos seres vivientes, y con sus artes poblaron la tierra con una nueva raza, quienes serían sus sirvientes.

Ahora eran más arrogantes que antes, porque ¿no habían logrado evadir la mayor ira de los dioses? Entonces Xelhua, que era un experto en la construcción, decidió erigir una estructura como el mundo aún no había visto, para que sirviera no solo como un memorial perpetuo de su triunfo, sino también como un medio más fácil de escapar de cualquier intento futuro que se hiciera contra él. por los señores de los vientos y las aguas.

En el llano de Cholula, este edificio estaba replanteado, de cuatro lados, en circunferencia como una gran colina, en altura planeada para perforar las mismas nubes en lo alto.

En la lejana Tlamanalco, al pie de la Sierra, se puso a una multitud de hombres a trabajar en cavar arcilla, moldearla y quemarla en ladrillos. En lugar de llevar estas cargas pesadas por los cerros, Xelhua colocó una línea de obreros desde la fábrica de ladrillos hasta Cholula: estos pasaban los ladrillos de mano en mano continuamente, de modo que a los constructores nunca les faltaba un suministro. De manera similar, también se trajo betún desde una gran distancia para enlucir los ladrillos firmemente en su lugar.

Bajo las manos de estas miríadas de trabajadores, la base de la increíble Pirámide creció como si fuera un ser vivo. Día a día subía hacia arriba, y el corazón de Xelhua se encendía de orgullo cuando incluso él tuvo que trepar laboriosamente para alcanzar el vertiginoso nivel donde los enjambres de obreros parecidos a hormigas todavía se construían en lo alto corporalmente. Mirando hacia arriba, lamentó no haber planeado una base aún mayor: porque seguramente eso era lo único que de alguna manera limitaba este monumento a su poder y garantía de seguridad futura. Había un consuelo: cuando éste alcanzara la cúspide de sus lados inclinados, podría construir otro, infinitamente más grande y más alto. Mientras tanto, un diluvio futuro debe ser peor que el anterior para alcanzarlo en la cima de esta estructura casi terminada.

Pero los dioses no duermen, aunque permanecen en silencio durante mucho tiempo.

Con creciente ira contemplaron el crecimiento de este presuntuoso edificio y la creciente audacia de su constructor. Aún así, aguardaron el momento oportuno, y la pirámide de Xelhua se deslizó hacia arriba hasta que las nubes bajas a menudo se encontraban muy por debajo de sus cursos superiores.

Llegó el día en que un hombre podría fácilmente contar el espacio de tiempo que aún necesitaba para completar la estructura. Xelhua instó a su multitud de trabajadores.

Entonces, de repente, los cielos se abrieron. Una enorme masa de roca en llamas cayó con fuerza irresistible sobre la orgullosa pirámide y los que la construyeron. La parte superior se derrumbó en ruinas, llevando a la destrucción a miles de trabajadores y al mismo maestro de obras Xelhua.

Por tanto, los hombres ya no dudaron de la existencia de poderes eternos en las alturas. El fragmento del edificio que quedó se dedicó desde entonces al Dios Hermoso, Quetzal. Y hasta la época del digno dominico Pedro de los Ríos, los sacerdotes mostraron a los incrédulos una porción del mismísimo rayo, una piedra con forma de sapo, que había confundido la loca presunción de Xelhua; mientras los celebrantes danzantes cantaban en su himno festivo el relato de estos sucesos, para que la reverencia no pereciera más entre los hombres.

Además, desde ese día las tribus ya no hablan la misma lengua, sino que cada una tiene una lengua propia, ininteligible para las demás.

## **CAPITULO VI**

### **EL FATAL ORGULLO DE VUKUB**

La raza maya, que ahora vive principalmente en Guatemala y Yucatán, parece ser descendiente de un pueblo cuya civilización era antigua mucho antes de la aparición de los aztecas que Cortés encontró gobernando en México.

Sus sabios, como los de Cholula, sabían por sus padres que hubo un tiempo en que la tierra aún no se había recuperado de los efectos del diluvio y cuando grandes gigantes caminaban por el exterior. Es más, se tomaron la molestia de consignar los hechos en el único libro nativo americano que tenemos que se remonta a la época anterior a Colón: el Popol Vuh, o Colección de hojas escritas.

Las aguas sumergidas habían regresado a sus lugares designados sobre, arriba y debajo de la tierra; pero el rostro del sol y de la luna todavía estaba velado y no brillaba con su esplendor habitual.

En este período del crepúsculo vivía un ser gigantesco llamado Vukub-Cakix, porque su rostro brillaba con siete veces el brillo de las llamas.

Los globos oculares brillaban como plata con piedras preciosas; el esmalte de sus dientes era tan brillante que mirarlos era como contemplar una esmeralda reluciente o el rostro iluminado del cielo. No había nada en todo el mundo que emitiera luz como los ojos y los dientes de Vukub.

Por grande que fuera su radiante belleza, su orgullo era aún mayor. Orguloso y engreído era él. Y él dijo:

"En verdad, sólo se salvaron del diluvio aquellos que estaban por encima de sus semejantes. Y de todos los que quedaron con vida, no hay uno como yo. Yo soy su sol, su amanecer y su luna. Es mi esplendor por el que los hombres van y vienen. Puedo ver los límites de la creación, y es así".

Así habló con arrogancia. Tampoco disminuyó su orgullo cuando miró a sus dos hijos gigantes: Zipacna, que gobernaba los picos que perforaban las nubes, y Cabrakan, a cuya palabra las montañas soltaron fuego y la tierra tembló en convulsiones repentinas. Además, nadie se atrevió a negar que solo cuando él avanzó desde su trono, el mundo cobró vida.

Pero los dioses de las alturas no fueron sordos a esta jactancia. Oyeron y sonrieron cuando Vukub dijo: "Yo soy el Sol"; sonrieron cuando Zipacna dijo: "amontené y goberné las montañas"; y de nuevo sonrieron cuando Cabrakan dijo: "Sacudo el cielo y la tierra".

Sin embargo, cuando percibieron que todos en la tierra se inclinaban en asentimiento ante estos vanidosos fanfarrones, agitaron contra ellos los

corazones de los maravillosos hermanos gemelos Hun-Apu y Xbalanque. Milagrosamente nacidos de una princesa terrenal, estos hermanos se habían convertido en héroes de muchas aventuras sorprendentes; nadie podía competir con ellos en tlachtli, esa forma universal de hockey por la que se mide la destreza de un hombre; mortales eran las largas cerbatanas que llevaban al hombro; y además eran muy astutos.

"No es bueno que esto sea así", dijeron los hermanos, cuando escucharon los alardes de Vukub. "Acabemos con las joyas por las que está tan engreído".

Ahora, junto a sus rasgos luminosos, lo más querido por Vukub era un enorme árbol de nanze, un tapal, cargado con su fruto redondo, amarillo y aromático; y cada mañana solía desayunar con esta deliciosa comida.

Llegando un día como de costumbre, subió a la cima del árbol alto para poder elegir la fruta más deliciosa. Muy airado estaba esta mañana, cuando percibió que las ramas extendidas estaban casi completamente despojadas de la abundante provisión que había colgado allí el día anterior.

Miró a su alrededor para ver quién se había atrevido a hacer esto, y su enojo se hizo diez veces mayor cuando vio a los gemelos, casi escondidos en el espeso follaje.

Antes de que pudiera atacarlos, Hun-Apu se llevó la cerbatana a la boca y lanzó un dardo que se hundió en la mejilla del gigante. Con un chillido espantoso, cayó de la copa al suelo.

Rápidamente los hermanos descendieron y corrieron a agarrar al gigante que gemía; pero agarró el brazo de Hun-Apu con tanta fuerza que se lo arrancó completamente del hombro; ante lo cual huyeron apresuradamente de él.

Aún sosteniendo el brazo de su enemigo y presionando su mano contra la mandíbula herida, Vukub se dirigió a casa, gimiendo en voz alta.

"¿Qué le ha pasado a mi señor?" preguntó su esposa.

"Aquellos malvados me han disparado un dardo en la mejilla que me tortura más allá de lo soportable. Pero yo le he arrancado el brazo a uno de ellos; y me vengaré asándome sobre el fuego hasta que el dolor impulse a ese demonio a buscarlo. . "

De modo que suspendió el brazo ante el fuego, pidiendo a su esposa que no dejara de darle vueltas a las llamas, y se acostó gimiendo más que nunca: porque los dientes de los que estaba tan orgulloso ahora le causaban una

angustia que no podía soportar. Además, el dolor se había extendido incluso a sus ojos brillantes.

Mientras tanto, los hermanos, para combatir esta tortura mágica, habían consultado a un par de poderosos hechiceros. El marido y la mujer eran esta pareja de ancianos; su cabello era blanco como la nieve en los picos de las montañas, y la mujer estaba encorvada cuando se sentaba, se paraba o caminaba. Entre ellos elaboraron un plan sutil.

Vukub yacía ante su trono dorado, gimiendo y aullando por el dolor que lo afectaba, de modo que sus gritos se podían escuchar a lo lejos fuera del palacio.

Llegó uno que le dijo que dos médicos estaban en la puerta, preguntando quién era el que sufría tanto. Ordenó que fueran admitidos.

Cojeó un hombre y una mujer de pelo blanco muy anciano. Incluso en su agonía, el corazón de Vukub se complació al notar que la mujer se inclinó casi el doble cuando se acercó a él.

"¿Quién eres y qué deseas?" dijo el rey gigante.

"Somos médicos, poderoso Señor. Al oír uno gritar, nos detuvimos a investigar el problema: porque nos ganamos la vida curando dolencias".

"¿Quiénes son los que están detrás de usted, sus hijos?" -preguntó Vukub con sospecha, notando dos figuras delgadas, vestidas con pieles, en la parte trasera.

"No es así, señor. Estos son nuestros nietos. Su padre y su madre están muertos, y nos siguen a todas partes mientras vamos a curarnos, ya que sólo así podemos conseguir comida para todos".

"¿Qué puedes curar? ¿Puedes aliviar este dolor que me devora?"

"Sin duda podemos, porque somos sabios en todas las artes, aunque nuestro conocimiento especial es el de extraer los dientes doloridos".

"¡Dientes!" exclamó el rey, quejándose de nuevo y sin apenas poder hablar. "Eso es lo que me está matando, ellos y mis ojos".

"Déjame ver", dijo el anciano. Se inclinó hacia delante y examinó la mejilla herida. "Ah, tienes una herida grave ahí. No me extraña que sufras".

"Fueron esos demonios los que me dispararon con una cerbatana", dijo Vukub con voz ronca. "Cúrame si puedes, y no te quejarás de tu recompensa".

"Será necesario sacar esos dientes", dijo el hechicero. "También creo que el globo ocular ya está enfermo".

"¡Qué! ¡Quita mis dientes que dan luz a todo el mundo! ¡Imposible!"

"¿No están sueltos en la mandíbula de todos modos?"

"Sí, sí, se mueven en sus órbitas, y cuando lo hacen, dolores mortales recorren mi cuerpo".

"Ya ves que deben salir. Pero no tengas miedo: tal es nuestra habilidad que los reemplazaremos por otros más hermosos con mucho. Más, los eliminaremos todos, para que el nuevo conjunto sea igual. Incluso el ojo-bolas que emparejaremos como antes".

"Si estás seguro—", comenzó Vukub. Entonces, cuando el dolor se apoderó de él, - "¡Rápido! Haz lo que dices. No puedo comer; no he dormido ni una vez desde que esos malvados me dispararon; seguramente moriré si no me sano pronto. Pero usa todas tus artes: porque es por la belleza de mis dientes y de mis ojos que soy rey".

"Tenga la seguridad. Puros, fuertes y pulidos serán los nuevos dientes que colocaremos en su lugar".

"Date prisa", dijo Vukub.

Entonces los dos astutos hechiceros, ayudados por los gemelos disfrazados, le quitaron los dientes relucientes, mientras el gigante aullaba y lloraba. Y en lugar de ellos insertaron solo granos de maíz blanco.

Inmediatamente su esplendor cayó. Sabía dentro de sí mismo que ya no era el amanecer y la luna. Tampoco pudo resistirse cuando procedieron a quitarle los ojos relucientes que aún daban brillo a su rostro.

Pero cuando éstos también se fueron, Vukub-Cakix dejó de existir. Porque sin su orgullo colosal no lo estaba.

Todo este tiempo su esposa había estado ocupada girando el brazo cortado sobre el fuego, para aumentar los tormentos de su dueño ausente. Hun-Apu agarró el brazo y, con la ayuda de poderosos encantamientos de los hechiceros, lo volvió a colocar firmemente en su lugar. Después de lo cual los hermanos se fueron, contentos de haber humillado el orgullo de Vukub.

Y está escrito en las Hojas Escritas cómo más tarde vencieron a través del arte a los dos gigantescos hijos del Orgullosa, de modo que la semilla de los gigantes de la tierra pereció por completo entre los mayas.

## **CAPÍTULO VII**

### **OG, REY DE BASHAN**

Los cronistas hebreos nos dicen que los gigantes de su tierra eran los hijos de los ángeles caídos que tomaron para sí esposas de las hermosas hijas de los hombres. Cuando estos enormes seres consumieron las posesiones de sus vecinos, empezaron a devorar incluso a los propios seres humanos; y de este horrible ejemplo los hombres vinieron a matar y comer pájaros, animales y peces.

De estos terribles y malvados, el más célebre era Og con solo mirar a quién hacía que el corazón se debilitara. Su madre Enac era hija de Adam. Como toda su raza, él era por naturaleza mitad mortal: por ser parte ángel, parte humano, estos monstruos, después de una vida muy larga, se encontraron con sólo la mitad de un cuerpo, el resto se había marchitado; y con la perspectiva de permanecer para siempre en este estado incómodo, solían sumergirse en el mar o acabar con esta miserable existencia a medias por medio de una hierba mágica, cuyo secreto les había sido transmitido por sus ancestros celestiales. Og, sin embargo, estaba destinado, en este como en otros asuntos, a un destino diferente al de sus hermanos.

Cuando la iniquidad y la arrogancia de los Cainitas trajeron el Diluvio a la tierra, Noé, como se le ordenó, reunió a su familia y los animales en el arca que había construido. Todo el resto de la gente miserable pereció en las aguas, con la única excepción del gigante Og. Este último había persuadido a Noé de que lo salvara prometiéndole que él y sus descendientes servirían a la familia de Noé para siempre. Pero cuando llegaron a embarcar, se descubrió que el barco no era lo suficientemente grande para 115

acomodar a esta enorme criatura; de modo que se le permitió sentarse encima del arca; y durante esos agotadores meses en que las aguas cubrían la faz de la tierra, los que estaban dentro le pasaban comida al gigante a través de un agujero en el techo.

De hecho, hay escritores que afirman que Og escapó porque su estatura era tal que el diluvio en su punto más profundo le llegaba solo a las rodillas, ya que estaba acostumbrado a beber agua directamente de las nubes. De hecho, Abba Saul afirma: "Una vez cacé un ciervo que huyó hacia el fémur de un muerto. Lo perseguí y corrí a lo largo de tres parasangs" (¡unas ocho millas!) "Del fémur, pero no había pero llegó a su fin ", y este hueso resultó

ser una parte del esqueleto de Og. Sin embargo, en la época de Moisés, la gran cama de hierro del gigante — "¿no está en el Rabbath de los hijos de Ammón?" - tenía apenas trece o catorce pies de largo. Independientemente de su altura, su anchura era la mitad de grande, en lugar de solo un tercio como en un hombre normal.

También había un animal demasiado grande para entrar en el arca, el reem o unicornio. Por lo tanto, estaba amarrado a la popa y "corría por detrás". Sin duda, este difícil modo de viajar resultó fatal, ya que no tenemos un registro auténtico de esa bestia desde entonces.

Og tuvo mejor suerte. Ya sea vadeando o montando el barco, ganó; porque lo volvemos a encontrar algunos cientos de años después como esclavo de Abraham, a quien Nimrod lo había presentado. (Era, dicen los rabinos, el mismo mayordomo llamado Eliezer en el relato bíblico). Finalmente, después de estos siglos de servidumbre, su amo lo liberó como recompensa por traer de regreso a Rebeca como esposa para su hijo Isaac.

"Dios también lo recompensó en este mundo, para que este malvado malvado no pudiera reclamar una recompensa en el mundo venidero. Por lo tanto, lo hizo rey". También había recibido otra dudosa recompensa por un servicio difícil. Al enterarse de que Lot, el sobrino de Abraham, había sido llevado al cautiverio, se apresuró a dar la noticia y se quedó al margen cuando todos los demás estaban temerosos, pensando en su corazón que su amo se apresuraría a ayudar a su pariente y que los reyes merodeadores lo matarían. lo que dejaría a la hermosa Sarah como su propio premio. En consecuencia, se le concedieron otros quinientos años de vida, pero al finalizar ese plazo sería completamente mortal.

Durante mucho tiempo, este gigantesco monarca de gigantescas aventuras reinó en Basán, al este del río Jordán. Encontró sesenta ciudades amuralladas, y grande fue su poder y fama en toda esa tierra. De su propia raza al sur era Sehón, rey de los amorreos; y al otro lado del Mar Muerto estaba otra familia de su sangre, Anac y sus hijos e hijas. Todos los reyes de Canaán pagaron tributo a Og de Basán a cambio de la defensa de sus fronteras con su poder. Incluso si lo hubiera sabido, no le habría preocupado mucho saber que los esclavos israelitas del faraón habían escapado de la esclavitud en Egipto y se estaban moviendo lentamente hacia el norte a través del desierto hacia Canaán.

Realmente habría sido grande su diversión si hubiera visto a los espías escurridizos enviados por Moisés, cuando llegaron a la "Ciudad de los Cuatro" (Quiriat-Arba, o Hebrón), donde habitaban Anac y su poderosa prole. Al simple grito de uno de los hijos, los espías cayeron como muertos; y

un día los israelitas escucharon a los anaquim rugir unos a otros mientras miraban hacia los temblorosos forasteros: "Hay saltamontes junto a los árboles que tienen apariencia de hombres".

Pero a pesar del informe tímido de la mayoría de estos exploradores, "no podemos enfrentarnos a esta gente, porque son más fuertes que nosotros", llegó el día en que Og se enteró de que esta banda de vagabundos había herido a los amorreos. y mató a Sehón ya su hijo, y tomó la ciudad inexpugnable de Hesbón, y tomó posesión de toda esa región.

Esto llevó a los invasores al borde mismo de los dominios de Og, y cuando hubieron descansado, presionaron contra la fortaleza de Edrei.

Hacia la noche llegaron a las afueras y Moisés se preparó para atacar al día siguiente. Al amanecer se levantó y se adelantó para hacer un reconocimiento; pero al mirar hacia adelante a través del gris gritó:

"¡Mirad, en la noche levantaron un nuevo muro alrededor de la ciudad!"

Luego, la luz se hizo cada vez más fuerte y percibió que lo que había tomado por una nueva fortificación era el propio rey gigante, que estaba sentado en la pared con los pies tocando la tierra.

La hueste israelita quedó muy consternada al ver a este increíble ser, que los miraba con despectiva confianza. Incluso el propio Moisés vaciló y comenzó a dudar. No sólo las armas ordinarias parecían inútiles contra un prodigio así, sino que reflexionaba que este gigante tenía fama de haber vivido durante cientos de años: "Seguramente nunca podría haber alcanzado una edad tan grande si no hubiera realizado actos meritorios". También reflexionó que Og era el único de la prole original de gigantes que había escapado de la espada del ángel Amraphel y, por lo tanto, parecía que debía estar bajo algún tipo de protección divina.

Mientras se comunicaba así consigo mismo y buscaba guía en la oración, parecía escuchar desde lo alto una respuesta directa a sus preguntas:

"¿Qué te importa la gigantesca estatura de Og? Es como una hoja verde en tu mano".

Ante esto se animó. Sin embargo, no podía entender de qué manera podría atacar al monstruo, ya que aparentemente ningún arma que pudiera manejar se acercaría a sus rodillas.

Así que esperó, considerando este asunto. Y en ese momento el gigante se puso nervioso y se dispuso a cerrar el asunto de una manera característica. Porque, notando de cerca el tamaño del campamento de los

israelitas, levantó una roca enorme, como una verdadera montaña, lo suficientemente grande como para cubrir todo el campamento. Con esto sobre su cabeza, avanzó a zancadas, claramente con la intención de aplastar a toda la fuerza de sus enemigos de un solo golpe.

A la banda bajo Moisés le hubiera ido mal ese día si hubieran dependido únicamente de su propio poder. Pero a medida que avanzaba el gigante, y todos esperaban aterrorizados la catástrofe, se vio cómo la colosal masa de roca se asentaba sobre su cabeza. Se quedó quieto, cegado y desconcertado, esforzándose por deshacerse de esta masa aprisionante; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles.

Entonces Moisés, al darse cuenta de que el enemigo había sido entregado en sus manos, tomó un hacha poderosa y corrió hacia adelante, y saltó en el aire más alto que la cabeza de un hombre común, y asestó tal golpe en la pierna de Og que se estrelló contra la tierra con la roca encima de él.

Así murió Og, rey de Basán, último de los gigantes que existieron antes del Diluvio.

Y los guerreros de Israel cayeron sobre el ejército que lo había acompañado, y lo conquistaron por completo, y tomaron posesión de toda esa tierra.

## **CAPÍTULO VIII**

### **UN HIJO DE ANAK**

Hubo guerra durante muchos años entre los hijos de Israel y los filisteos.

Y sucedió que mientras Saúl era rey, los filisteos reunieron un gran ejército y entraron en la tierra de Judá contra los israelitas, y acamparon en una llanura cerca de Shocho. Así que Saúl también sacó a su ejército y se apresuró a avanzar, y ocupó una colina que domina esta llanura; después de lo cual los filisteos se vieron obligados a dejar su posición y establecerse en otra colina al otro lado del valle de Ela desde el campamento de Saúl.

Mientras los ejércitos se enfrentaban así, un día salió de las filas de los filisteos un campeón llamado Goliat. Muy terrible fue de contemplar, porque era de la raza de aquellos hijos de Anac por temor a quienes los israelitas bajo Moisés habían murmurado y, por lo tanto, habían sido condenados a vagar cuarenta años en el desierto. Y aunque Josué finalmente los condujo a través del Jordán después de la muerte de Moisés, y derrotó a los Anakim y los venció, quedaron tres ciudades donde aún habitaba su simiente: Gaza,

Gat y Asdod; y era de Gat que este Goliat había venido con el ejército invasor.

Era la mitad de alto de nuevo que un hombre corriente, algo más de dos metros y medio. Sólo su coraza de bronce pesaba tanto como un hombre; en su cabeza había un yelmo de bronce; y llevaba sobre su hombro una poderosa lanza que parecía una viga de tejedor y cuya cabeza sola pesaba veinticinco libras. Tenía grebas de bronce en las piernas y un escudo de bronce reluciente.

Esta figura desalentadora avanzó audazmente hacia la llanura, entre los dos ejércitos reunidos en orden de batalla, y con gran voz gritó:

"¿Por qué habéis salido a preparar vuestra batalla? ¿No soy yo un filisteo y vosotros siervos de Saúl? Escoge un hombre para ti y déjalo que baje a mí.

"Si él puede pelear conmigo y matarme, entonces seremos sus siervos; pero si yo lo venzo y lo mato, ustedes serán nuestros siervos y nos servirán.

"Hoy desafío a los ejércitos de Israel; dame un hombre para que peleemos juntos".

Ahora bien, esto era bastante habitual en los tiempos antiguos: muchos grandes problemas se habían decidido por el combate de dos campeones. Además, había bastantes hombres valientes en el ejército de los israelitas, porque Saúl había luchado todos sus días contra los hijos de Moab y los Amalecitas, contra Ammón, Edom y Zoab; y cuando vio a algún luchador fuerte o valiente entre su pueblo, inmediatamente lo llevó a él. Pero al ver a este guerrero enorme y descarado, sus veteranos más resistentes palidecieron y temblaron, porque ¿no era un dicho transmitido de padres a hijos durante muchas generaciones: "¿Quién estará delante de los hijos de Anac?"

Entonces, entre todos esos miles no se encontró ni uno que respondiera al desafío del gigante. Lo cual, cuando lo percibió, los injurió y regresó a su propia gente.

Al día siguiente volvió a salir, por la mañana y por la tarde, y al día siguiente, y cada día siguiente, siempre repitiendo su desafío ante toda la fuerza y burlándose de ellos amargamente. Por lo tanto, Saúl estaba muy preocupado, porque sabía bien que este temor abierto del gigante pelearía más abrumadoramente contra sus soldados, cuando se entablara la batalla, que el poderoso filisteo mismo y todo su ejército. Ofreció, por tanto, grandes riquezas a cualquier hombre que se lanzara contra el retador; Cualquiera que lo matara debería tener por mujer a la hija del rey, y la casa de su padre

debería quedar libre en Israel. Sin embargo, ni siquiera esto pudo convencer a nadie de que se presentara ante el filisteo, de modo que durante cuarenta días desafió e insultó a todo el ejército sin respuesta.

Había tres hermanos entre los que siguieron a Saúl, Eliab, Abinadab y Samma. Eran los hijos de Isaí, que vivía a diez o doce millas del campo de batalla en las colinas cercanas a Belén. Este Isaí tuvo un cuarto hijo, David, que no era más que un joven y cuidaba las ovejas de su padre.

Era un joven rubicundo, de hermosa mirada y hermoso a la vista. Tan astuto era un músico que cuando un espíritu maligno de melancolía descendió sobre el rey, uno de sus sirvientes había llevado al niño a tocar el arpa ante su amo; y la habilidad del joven para alejar a este espíritu maligno le había dado gracia a los ojos de Saúl, de modo que lo mantuvo delante de él y lo convirtió en su escudero. Pero cuando los tres hijos mayores de Isaí se unieron al ejército reunido contra los filisteos, David regresó a sus deberes con los rebaños de su padre.

Sucedió en este momento que Isaí llamó a David:

"Toma ahora", dijo, "esta fanega de maíz tostado y estos diez panes y llévatelos rápidamente al campamento a tus hermanos.

"Y llévale estos diez quesos al capitán de sus mil, y mira cómo les va a tus hermanos y avísame".

Así que David se levantó muy de mañana, dejó las ovejas con un pastor y se fue, como su padre había mandado, al campamento junto al valle de Ela.

Fue un viaje fácil para alguien que pasaba sus días en el extranjero con las ovejas, y el sol apenas había salido cuando llegó al campamento.

Todo era ruido y confusión cuando llegó, porque ambos ejércitos se estaban preparando para la batalla, ejército contra ejército. Así que el joven dejó sus cargas con el guardián de los suministros y corrió entre las filas hasta que encontró a sus hermanos y les dijo: "La paz sea con ustedes".

Mientras hablaba con ellos, el campeón filisteo apareció en la pendiente opuesta. Según su costumbre, desafió a todo el ejército y los insultó, mientras que los hombres de Israel retrocedieron, tan asustados como antes.

David escuchó sus insultos y escuchó también las conversaciones de los que estaban presentes: qué grandes cosas había prometido el rey Saúl a cualquiera que pudiera derrocarlo, y cuánto tiempo su jactancia y desafío habían sido incuestionables.

Preguntó a sus vecinos: "¿Qué se hará al hombre que mate a este filisteo y quite el oprobio de Israel? Porque ¿quién es este filisteo incircunciso para que desafíe a los ejércitos del Dios viviente?"

Ellos respondieron y le contaron lo que el rey había prometido: "Así se hará con el que lo mate".

Su hermano mayor, Eliab, escuchó estas preguntas y su ira se encendió contra David. Se volvió hacia él, diciendo:

"¿Por qué bajas acá? ¿Y con quién dejaste esas pocas ovejas en el desierto? Conozco tu orgullo y tu arrojo: has descendido para ver la batalla".

"¿Qué he hecho ahora?" respondió el joven. "¿No hubo una causa para mi venida?"

Se dio la vuelta y volvió a preguntarle al soldado más cercano del asunto, recibiendo la misma respuesta. Y alguien se acercó a Saúl y le contó las palabras que había dicho el joven. Saúl envió a buscarlo.

Tan pronto como estuvo en presencia del rey, David estalló, señalando la figura distante del gigante:

"No desmaye el corazón de nadie a causa de él; tu siervo irá y peleará contra este filisteo".

"No podrás ir contra este filisteo para pelear con él", respondió Saúl; "porque tú eres un joven, y él es un hombre de guerra desde su niñez".

"Tu siervo pastoreaba las ovejas de su padre", instó el joven, "y vinieron un león y un oso y se llevaron un cordero del rebaño.

Y salí tras el león, lo golpeé y le saqué el cordero de la boca; y cuando se levantó contra mí, lo agarré por los cabellos, lo golpeé y lo maté.

"Tu siervo mató al león y al oso; y este filisteo incircunciso será como uno de ellos, habiendo desafiado a los ejércitos del Dios viviente".

Cuando Saúl vio el entusiasmo y la confianza de este joven y apuesto pastor, recordó la hazaña de su hijo Jonatán cuando, acompañado sólo por su escudero, subió a la guarnición del enemigo en Micmas y mató a veinte hombres dentro del campo. espacio de medio acre, y comenzó la derrota de todo el ejército de los filisteos que había estado a punto de invadir la tierra.

"Ve", dijo, "y el Señor sea contigo".

Así que armó a David con su propia armadura y le puso un casco en la cabeza. Y David se ciñó la espada del rey y trató de caminar; pero se encontró tan poco acostumbrado a la armadura que le dijo al rey:

"No puedo ir con estos, porque no los he probado".

Así que se quitó la armadura y se puso en marcha con su ropa de pastor, con el bastón en la mano y la honda colgando del cinturón. Este último era el arma que conocía, y de ninguna manera debía ser despreciado. La simple pieza de cuero con correas atadas a cada extremo, por medio de las cuales se podía arrojar una piedra, fue quizás el medio más antiguo de luchar a distancia; y fue el brazo tradicional de más de una nación de la región siria. Entre los benjaminitas, cuando pelearon con Israel, había 700

hombres elegidos, zurdos, cada uno de los cuales podía lanzar piedras a la altura de un pelo y no fallar; y un hondero experto tenía la ventaja, contra un guerrero armado con espada y lanza, de poder lanzar un ataque mucho antes de que él mismo fuera amenazado.

El joven caminó hasta el arroyo y seleccionó cuidadosamente cinco piedras redondeadas del tamaño adecuado, que guardó en la billetera que colgaba de su hombro. Luego, a la vista de ambos ejércitos, avanzó contra el guerrero gigante en su arnés reluciente, que estaba blandiendo su gran lanza y gritando su desprecio.

Al ver acercarse a David, se adelantó, precedido por su escudero. Pero al percibir solo a este joven de rostro fresco en su prenda de piel, se llenó de desprecio hacia tal antagonista.

"¿Soy un perro", gritó, "para que vengas a mí con varas?"

Maldiciendo al joven por sus dioses paganos, gritó: "Ven a mí, y daré tu carne a las aves del cielo ya las bestias del campo".

David respondió con calma:

Tú vienes a mí con espada, lanza y escudo; pero yo vengo a ti en el nombre de Jehová de los ejércitos, Dios de los ejércitos de Israel, a quien tú has desafiado.

Hoy el Señor te entregará en mi mano, y te heriré y te quitaré la cabeza, y daré hoy los cadáveres del ejército de los filisteos a los 127.

aves del cielo y fieras de la tierra; para que toda la asamblea sepa que hay un dios en Israel ".

Enfurecido por esta insolencia, el campeón filisteo se apresuró a derribar a este fanfarrón de un solo golpe.

Pero David corrió hacia él. Y mientras corría, tomó una de las piedras y la colocó en su honda. Girándola, la arrojó con tanta astucia que la piedra golpeó de lleno a Goliat en la frente, enterrándose en el cráneo.

Cayó ese bulto gigante a la tierra. El escudero huyó horrorizado de regreso a sus propias líneas. Corriendo hacia su adversario postrado, el joven sacó la espada del gigante de su vaina y, mientras la multitud miraba en silencio sobrecogido, cortó la cabeza del filisteo de su cuerpo.

Ante eso, los israelitas lanzaron un grito que resonó de colina en colina. La hueste filistea se volvió y huyó presa del pánico, mientras que los hombres de Saúl los mataron hasta las puertas de Gat, saqueando sus pertenencias.

Pero David tomó la espada del gigante y la colocó en el santuario de Nob, donde estaba para servirlo en extrema necesidad, en un día posterior.

Y Saúl lo puso sobre todos sus hombres de guerra.

## **Parte II**

# **EN LOS DÍAS DEL ROMANCE**

*Aunque a veces sea difícil ver qué utilidad tuvieron esos molestos monstruos de la juventud del mundo, no hay tal dificultad con los gigantes de la época de la caballería. Durante unos siete siglos (es decir, desde la institución de esta orden por Carlomagno hasta que fue asesinado a tiros por armas de fuego y pólvora), la razón de la existencia del gigante fue proporcionar una medida suficientemente grande de la destreza del caballero.*

*"Cuanto más grandes son, más duras caen", dice el "matón" moderno; los viejos romances hubieran añadido: "y los más rotundos a quien los derriba".*

*Poco les sirvió su enorme tamaño y músculos contra estos sedientos calientes de la fama. La red mágica de Caligorant, la profética cabeza de bronce de Ferragus, la armadura mágica de Galafer que vuelve invulnerable al portador sin pecado, la prodigiosa maza de Mugillo con sus bolas giratorias: armas, fuerza, arte y magia eran igualmente impotentes ante un Roland, un Arthur, un Amadis o Chico de Warwick. De una lista de doscientos gigantes recopilada por un biógrafo curioso, casi la mitad llegó a un final prematuro a través de la espada de algún caballero andante. No es de extrañar que después de varios cientos de años de tan ansiosa cosecha, estos héroes no hayan dejado ni un solo espécimen vivo para nosotros de tiempos posteriores para mirar boquiabiertos.*

*Lea sólo los siguientes cuentos de aventuras como casi todo el "trabajo diario" de la caballería; y, por mucho que lamente la pérdida, debes comprender rápidamente por qué estos Altos, antes tan abundantes, están hoy extintos.*

## **CAPITULO IX**

### **FERRAGUS, PROPIETARIO DE LA CABEZA BRASILEÑA**

Carlomagno mantuvo su estado en la ciudad de Pampeluna. Esta ciudad de los moros la había invertido durante seis meses; y no pudiendo tomarlo, rezó a Santiago, por lo que los muros se derrumbaron como los de Jericó ante el toque de las trompetas de los sacerdotes.

Grande fue la fama del Emperador después de sus prodigiosas conquistas en Sajonia, Francia, Alemania, Lorena, Borgoña, Italia y ahora en España; y su persona correspondía a su fama.

"Era de tez rubicunda", dice Turpin's Chronicle, "con cabello castaño; de una forma hermosa y bien formada, pero de rostro severo. Su estatura era de unos dos metros y medio, que eran muy largos. de constitución robusta; piernas y muslos muy robustos, y tendones firmes. Su rostro medía trece pulgadas de largo; su barba una palma; su nariz media palma; su frente un pie más arriba. Sus ojos de león brillaban como carbuncos; su las cejas estaban a media palma de la mano. Cuando estaba enojado, era un terror mirarlo. Necesitaba ocho palmas para su cinto además de lo que colgaba suelto. Comía con moderación de pan, pero un cuarto entero de cordero, dos gallinas, un ganso, o una gran porción de cerdo; un pavo real, una grulla o

una liebre entera. Bebía moderadamente de vino y agua. Era tan fuerte que de un solo golpe podía partir en pedazos a un soldado armado a caballo, de la cabeza hasta la cintura, y el caballo también. Fácilmente saltó sobre cuatro caballos enjaezados juntos; y pudo levantar a un hombre armado del suelo a su cabeza, mientras estaba erguido sobre su mano.

"Era liberal, justo en sus decretos y hablaba con fluidez. Cuatro días al año, especialmente durante su residencia en España, celebró una asamblea solemne en la corte, adorándose con su corona real y su cetro: es decir, el día de Navidad, en Pascua de Pentecostés y en la fiesta de Santiago. Una espada desnuda, a la manera imperial, fue llevada ante él. Ciento veinte caballeros devotos observaban todas las noches alrededor de su lecho, en tres cursos de cuarenta cada uno. La espada desenvainada estaba puesta a su mano derecha, y una vela encendida a su izquierda".

Sin embargo, la principal gloria de esta corte real era la banda de paladines (caballeros de palacio), juramentados ante el emperador y entre ellos: Roland de Bretaña, Oliver de Génova, Ogier el danés, Ricardo de Normandía, Guy de Borgoña, Rinaldo de el White Thorn, Terry de Ardenes, los viejos Neymes de Bavaria, y el resto. Salvo quizás en esa Mesa Redonda del Rey Arturo, nunca se reunió una compañía de héroes como estos Douzepeers. Todo el mundo de la cristiandad y el paynimry resonó con su fama.

En medio de uno de estos grandes festivales, llegaron mensajeros que animaban con vehemencia desde Nager. Con el rostro pálido, hablaron de la llegada de un gigante moro Ferragus de altura. Envió un desafío a Carlos y a todos sus caballeros. Los hombres decían que ningún arma podría dañarlo, mientras que él mismo poseía la fuerza de veinte hombres.

También estaba rodeado de una reputación de arte mágico; porque, como más tarde descubrieron Valentine y Orson, su hogar estaba en una isla muy al sur. Aquí brillaba un fuerte castillo de reluciente metal; y en una cámara de la misma se encontraba sobre un pilar una maravillosa cabeza de bronce, "compuesta hace mucho tiempo por la nigromancia de un mago, cuya Cabeza era de una composición tan excelente, que daba Respuesta a todo lo que se le pedía". Además tenía como servidor a Pacolet, un enano, un mago muy astuto, que había hecho un caballo de madera que lo llevaría por el aire a donde quisiera. Natheless, sea lo que sea, el retador sarraceno debe ser enfrentado, por el honor de ser caballero. Por lo tanto, el Emperador marchó hacia Nager y instaló su campamento allí.

Cuando el gigante apareció de la ciudad a la mañana siguiente, todos quedaron horrorizados ante la vista. Tenía doce codos de altura y los dedos

que sujetaban su enorme marca tenían tres palmas de longitud. De su rostro repugnantemente oscuro, las cejas sobresalían como cerdas rígidas de cerdo. Parecía una criatura espantosa y cruel, y cuando los caballeros franceses contemplaron sus monstruosas tejas, tuvieron pocas ganas de buscar "los" en ese encuentro.

Sin embargo, el intrépido Ogier el danés exigió el honor de la pelea. Se armó con cuidado, eligió la lanza más pesada que pudo encontrar y montó su corcel más resistente. Luego se apresuró a cruzar la llanura ante el ejército que lo vigilaba. Cuando se acercó al gigante, puso espuelas a su caballo y se abalanzó sobre él con una velocidad y fuerza que parecían irresistibles.

Con absoluta indiferencia, el monstruo recibió la punta de lanza en su escudo, y la dura madera voló en pedazos. Ferragus ni siquiera se asombró por el inicio. Dio un paso adelante, rodeó a Ogier con un gran brazo, lo levantó de su caballo y, a pesar de todas las luchas de este renombrado guerrero, lo llevó bajo el brazo al castillo, no más perturbado que un halcón por el aleteo de la presa en sus garras.

Luego vino contra él Rinaldo de la Espina Blanca, pero no le fue mejor, siendo apresado y llevado de la misma manera.

El gigante se burló con desprecio del rey francés:

"¡Ah, fuiste tú quien ganó España! ¿Y esto es lo mejor que tienes? Por el Profeta, diez de esos a la vez no eran rival para Ferragus solo".

Irritado por esta desgracia, Carlomagno envió a dos caballeros juntos, sir Constantino de Roma y el conde Howel de Nantes, sólo para sufrir la humillación de ver al enorme sarraceno colocar uno debajo de cada brazo y alejarse con ellos como si fueran niños.

Abandonando todo pensamiento de combate igualitario, ordenó a diez caballeros que salieran y destruyeran a este prodigio, cuya jactancia se hacía cada vez más difícil de soportar. Para su asombro, la cuestión era la misma: Ferragus no estaba ni siquiera herido, mientras que estos valientes caballeros fueron llevados triunfantes al calabozo del castillo.

La ruina en lugar de la fama parecía estar al final de este camino, y el Emperador se negó a arriesgarse a que sus caballeros entraran en conflicto con este ser sobrenatural.

El orgulloso corazón de Roland no podía tolerar esto. Se presentó ante Charles y exigió el combate. Temiendo un destino similar para este amado de sus dobles, el Emperador lo instó a renunciar a la aventura; sin embargo,

cuando el duque insistió en que debía emprenderlo, por su propio honor y el de Francia, Carlos ya no pudo negar su consentimiento.

Armado cap-a-pie, el invicto Paladín avanzó. Tan confiado y altivo era su semblante que Ferragus percibió que no se trataba de un adversario despreciable. Cuando el caballero se acercó, la gran mano del gigante salió disparada y lo agarró inexorablemente por el brazo de la espada. Ese agarre parecido a un tornillo de banco paralizó los músculos de la víctima, ya que se dice que las mandíbulas aplastantes del león destruyen el esfuerzo y el sentimiento. Luego desplegó todo su poder sobrehumano y levantó al caballero de la silla. Balanceándolo frente a sí mismo, instó a su enorme corcel hacia el castillo, muy seguro de agregarlo también a la creciente banda de cautivos.

Pero mientras lo llevaba a la ciudad (dice el cronista de hace casi mil años), Roland recuperó las fuerzas, y confiando en el Todopoderoso, agarró al gigante por la barba y lo derribó de su caballo, de modo que ambos salieron al suelo juntos. Entonces Roland, pensando en matar al infiel, desenvainó su espada Durandal y lo golpeó, pero el golpe cayó sobre su corcel y la orilla a través de ella.

El gigante, estando así a pie, desenvainó su enorme espada; pero Roland, que había vuelto a montar su propio caballo, le propinó un golpe repentino en el brazo de la espada. Aunque Durandal estaba templado para que el caballero pudiera cortar un bloque de mármol con él, la hoja no podía dejar huella en la piel de esta criatura. Aún así, la pura fuerza del golpe arrancó la marca del agarre del gigante.

Muy enfurecido por esta desgracia, Ferragus le dio un golpe a Roland con el puño, pero, fallando, golpeó a su caballo en la frente y lo dejó muerto en el lugar. Evitando el agarre del monstruo, Roland lo puso lujuriosamente con Durandal, pero el arma infalible no pudo encontrar ningún lugar donde la piel del gigante pudiera ser perforada.

Durante el resto de ese día pelearon con puños y piedras. El gigante luego exigió una tregua hasta el día siguiente, accediendo a encontrarse con Roland sin caballo ni lanza. Luego, cada guerrero se retiró a su puesto.

En consecuencia, a la mañana siguiente se volvieron a encontrar. Ferragus trajo su espada, pero Roland se armó solo con un fuerte garrote para protegerse de los golpes del gigante, que se cansó en vano.

Empezaron de nuevo a golpearse unos a otros con piedras que yacían esparcidas por el campo, hasta que por fin el gigante suplicó una segunda tregua. Una vez concedido esto, se quedó profundamente dormido en el suelo. Roland, tomando una piedra por almohada, también se acostó en

silencio. Porque tal era la ley del honor entre los cristianos y los sarracenos en ese momento, que nadie bajo ningún pretexto se atrevió a aprovecharse de su adversario antes de que expirara la tregua, ya que en ese caso su propio partido lo habría matado.

Cuando Ferragus despertó, encontró a Roland despierto también, maravillado por los prodigiosos ronquidos que provenían de su enorme adversario. También descubrió que el caballero había colocado un bloque de piedra debajo de su cabeza a modo de almohada, y esta cortesía le hizo preguntar el nombre del francés.

Roland se lo contó, y preguntó a su vez sobre el asunto que más lo desconcertaba: cómo era que no había resultado ninguna herida en todo su juego con la espada con su confiable Durandal.

"Porque", dijo Ferragus con orgullo, "soy invulnerable excepto en un punto".

"¿Y, dónde está eso?"

"En el ombligo".

Ferragus habló en el idioma español, que Roland entendía bastante bien, una conversación ahora siguió entre ellos.

"¿De qué raza eres?" preguntó el gigante.

"De la raza de los francos".

"¿Qué ley sigues?"

"La ley de Cristo, en la medida en que su gracia me lo permita".

"¿Quién es este Cristo en quien profesas creer?"

"El Hijo de Dios, nacido de una Virgen, que tomó sobre sí nuestra naturaleza, fue crucificado por nosotros, resucitó de entre los muertos y ascendió al cielo, donde está sentado a la diestra del Padre".

"Creemos", dijo Ferragus, "que el Creador del cielo y de la tierra es un solo Dios, y que, como no fue hecho él mismo, tampoco puede otro Dios brotar de él. Por lo tanto, hay un solo Dios y no tres, como tengo entendido que ustedes los cristianos profesan".

"Dices bien; hay un solo Dios; pero tu fe es imperfecta; porque así como el Padre es Dios, así también es el Hijo, y así es el Espíritu Santo. Tres personas, pero un solo Dios".

"No, si cada una de estas tres personas es Dios, debe haber tres Dioses".

"De ninguna manera", respondió Roland. "Él es tres y uno. Abraham vio tres, pero adoró a uno. Volvamos a las cosas naturales. Cuando suena el arpa, está el arte, las cuerdas y la mano, pero un solo arpa. En la almendra está la cáscara, la capa y el núcleo. En el sol, el cuerpo, las vigas y el calor. En la rueda, el cubo, los radios y la nave. En ti también está el cuerpo, los miembros y el alma. En de la misma manera puede atribuirse a Dios la Trinidad en Unidad".

Discutieron extensamente sobre estos misterios, y el gigante escuchó con gran interés la explicación del caballero sobre la resurrección de entre los muertos. Sin embargo, para sorpresa de Roland, Ferragus comentó:

"Bueno, para terminar con nuestros argumentos, pelearé contigo en estos términos: si la fe que profesas es la fe verdadera, vencerás; de lo contrario, la victoria será mía. Y que el resultado sea el honor eterno para el vencedor, pero la deshonra a los vencidos".

"¡Que así sea!" dijo Roland.

Entonces, inmediatamente cayeron a golpes. El primero que el gigante le apuntó habría sido sin duda fatal, si Roland no hubiera saltado ágilmente a un lado y lo hubiera atrapado con su garrote, que, sin embargo, estaba cortado en dos. Ferragus, viendo su ventaja, se abalanzó sobre él y ambos cayeron al suelo juntos.

Entonces Roland, al ver que era imposible escapar, imploró la ayuda divina; y, sintiéndose vigorizado, se puso en pie, agarró la espada del gigante y se la clavó en el ombligo.

Ferragus se encontró herido de muerte y llamó en voz alta a Mahoma; que oyeron los sarracenos, salieron de la ciudad y se lo llevaron en brazos.

Roland regresó sano y salvo al campamento, para gran alegría de Carlomagno y sus compañeros. Entonces los franceses atacaron audazmente la ciudad y la tomaron por asalto. El gigante y su gente fueron asesinados, su castillo tomado y todos los guerreros cristianos liberados.

## EL GIGANTE DE ST. MONTE DE MICHAEL

Muchos son los relatos de la valiente Mesa Redonda de los caballeros del rey Arturo, cuyas hazañas se han cantado casi más que las del propio rey. Pero desde el día en que, como "damoiseau de unos quince años" (dicen los hombres en el siglo VI después de Cristo), Arturo fue coronado como sucesor de Uther Pendragon, fue un ejemplo de caballería para toda su corte.

"Era un caballero muy virtuoso, digno de alabanza, cuya fama estaba mucho en boca de los hombres. Para los altivos era orgulloso; pero tierno y lastimoso para los simples. Era un caballero valiente y valiente: un astuto pasajero capitán, como de hecho era justo, porque habilidad y coraje eran sus siervos en necesidad: y grande en su ofrenda. Era uno de los amantes del Amor, un amante también de la gloria, y sus famosas hazañas son dignas de recordarse. Ordenó las cortesías de los tribunales y observó el alto estado de una manera muy espléndida. Mientras vivió y reinó, estuvo muy por encima de todos los príncipes de la tierra, tanto por cortesía y destreza como por valor y liberalidad".

Habiendo establecido su propio reino en paz y restaurado el reino a sus antiguas fronteras, conquistó Irlanda, Noruega, Dinamarca y Flandes; y, después de una guerra de nueve años, añadió Francia a sus dominios.

A él, enrojecido por la victoria, acudieron embajadores del emperador de Roma, pidiéndole que se presentara en esa ciudad y restituyera sus injustos ataques a las provincias del imperio, o que esperara ser llevado allí con cadenas para que el Senado lo juzgara.

La respuesta del rey fue convocar un vasto ejército, encomendar el reino al cuidado de su sobrino Mordred, (quien luego forjó tal fardo a esa noble compañía) y partió hacia Roma, "no para llevar tributo, sino para buscarlo. .  
"

Una hueste poderosa y bien armada fue la que partió; y el guerrero-monarca que los dirigía iba vestido con un arnés que sobrepasaba a todos sus seguidores. Sus muslos eran de acero, forjados con fuerza y justicia por algún astuto herrero. Su cota de malla era robusta y ricamente perseguida, incluso una vestimenta que se convirtió en un rey tan poderoso. Sobre él estaba ceñida su espada, Excalibur. Poderosa era la guja y larga en la hoja. Fue forjado en la isla de Avalon, y quien lo blandiera desnudo en su mano se consideraba un hombre feliz.

Su casco brillaba sobre su cabeza. La nasal era de oro; anillos de oro adornaban el tocado, con muchas piedras claras; y se formó un dragón para su cresta. Este yelmo había sido usado una vez por Uther, su padre. El rey estaba montado en un corcel, pasando justo, fuerte y veloz, amando bien la batalla. Alrededor de su cuello estaba colocado su escudo, todo limpio de hueso de elefante (marfil), sobre el cual estaba pintada [130] en varios colores la imagen de Nuestra Señora de Santa María. La lanza que llevaba se llamaba Ron: era una asta fuerte, fuerte y grande, afilada en la cabeza, y muy bienvenida en la presión de la batalla. Lo había hecho en Caermarthen un herrero tan alto como Griffin, y el rey Uther lo había llevado antes de tiempo.

Partiendo de Southampton con su gran ejército, el rey navegó hacia Francia; y aunque los marineros, guiados por las estrellas, "tenían mucho miedo de la oscuridad", los barcos llegaron sanos y salvos al puerto muy temprano por la mañana en Barfleur en Normandía.

Llevaban poco tiempo en la tierra cuando se le dio la noticia al rey de que un gigante maravillosamente fuerte, recién llegado a esa tierra, se había llevado a Helen, la sobrina de su pariente, Hoel.

Esta triste dama el gigante, llamada Dinabuc, había llevado a un lugar alto conocido como Monte de San Miguel, aunque en ese día no había ni iglesia ni monasterio en el acantilado, sino que todo estaba cerrado por las olas del mar.

La aventura que siguió fue contada muchas veces en los viejos tiempos, por Wace, Layamon y otros. Escuchemos al romancero desconocido del siglo XIV que nos dejó Morte Arthure:

Cuando llegaron a la orilla y levantaron sus tiendas, vino un templario e informó al rey: "Aquí también hay un tirano que atormenta a tu pueblo, un gran gigante de Génova engendrado por demonios; ha devorado a más de quinientas personas y también muchos bebés y niños nacidos libres. Este ha sido su sustento ahora durante siete inviernos y, sin embargo, el glotón no está tan bien saciado que le agrada. En el país de Cotentin no ha dejado ningún pueblo fuera del fuerte castillo encerrado entre murallas, porque ha destruido por completo a todos los hijos de los comunes y los ha llevado a su peñasco y los ha devorado allí. La duquesa de Bretaña la ha llevado hoy cerca de Reynes mientras cabalgaba con sus bellos caballeros, y la condujo a la montaña donde él habita. Lo seguimos de lejos, más de quinientos barones y ciudadanos y nobles solteros, pero él llegó al peñasco: ella gritó tan fuerte: el horror de esa criatura no lo olvidaré jamás. Era la flor de Francia o de cinco reinos, y una de las más hermosas ¡Ésta fue jamás formada, la joya más dulce contada por los señores desde Génova hasta Geron, por Jesús

del Cielo! Ella era la prima de tu esposa, como debes saber, y surgió de la raza más noble que reina en esta tierra. Como eres un rey justo, ten piedad del pueblo y esfuérzate por vengar a los que son así ofendidos ".

"¡Ay!", Dijo el rey, "mientras yo hubiera vivido, si hubiera sabido de esto, hubiera estado bien: no ha sucedido con justicia, sino que ha sido una desgracia que este demonio haya destruido a la bella dama. Tenía más que toda Francia en estos quince Durante los inviernos que había estado antes que ese tipo a un estadio de distancia cuando agarró a esa dama y la condujo a las montañas; había dejado atrás mi vida antes de que ella sufriera daño. ¿Pero puedes decirme el peñasco donde vive ese hombre? irá a ese lugar y hablará con él, para tratar con ese tirano por traición a su señor, y hacer una tregua por un tiempo hasta que suceda mejor ".

Señor, ¿ve usted ese promontorio con los dos fuegos más allá? Allí acecha ese demonio; pregunte cuándo puede, sobre la cima del peñasco junto a un pozo frío que encierra el acantilado dentro de su claro arroyo: allí encontrará gente muerta sin número, Tengo más florines en mi fe que en todo el resto de Francia, y ese traidor ha obtenido ilegalmente más tesoros que los que había en Troya, creo, a qué hora fue conquistada ".

Entonces el noble rey suspiró de lástima por esa gente, fue directo a una tienda y no descansó más, se revuelve y lucha consigo mismo y se retuerce las manos; no había nadie en el mundo que supiera lo que quería. Llamó a Sir Cayous que servía con la copa y a Sir Bedivere al atrevido que llevaba su gran marca.

Tengan cuidado de que, después de la canción, estén bien armados y montados en caballos junto a la espesura, junto a ese alegre arroyo, porque pasaré en peregrinaje en privado por ese camino a la hora de la cena, cuando a los señores se les sirva para buscar un santo por esa sal. arroyos en el Monte de San Miguel donde se ven milagros ".

Después de la canción, el propio Rey Arturo fue a su guardarropa y sacó su ropa; lo armó con un jubón con una rica franja dorada, y encima de eso había un jubón de Acre justo encima, y encima de él una cota de malla suave, una túnica de Jerodyn con los bordes deshilachados. Dibujó en una bacenett de plata bruñida, la mejor que había en Basill con ricas fronteras: el escudo y la corona encerrados tan hermosos con broches de oro brillante adornado con piedras, la visera y el aventail equipados tan hermosos sin defecto, con ojales de plata sus guanteletes alegremente dorados y grabados en los bordes con granos y bolas de la tonalidad más gloriosa; llevaba un escudo ancho y pide su espada, saltó sobre un corcel marrón y espera en el páramo. Se levanta sobre los estribos y se para en lo alto, se esfuerza enérgicamente y

mira hacia adelante, luego espolea al corcel bayo y cabalga hacia la espesura y allí lo esperan sus caballeros vestidos con gala.

Cabalgaron por ese río que corre tan veloz donde los árboles se extienden con hermosas ramas, las huevas y los renos corren imprudentemente allí en matorrales y jardines de rosas para darse un festín. Los matorrales estaban en flor con mayas, con halcones y faisanes de bellas tonalidades; allí vivían todas las aves que vuelan con alas, porque allí cantaban el cuco a todo volumen sobre los arbustos, con todas las aves de júbilo se alegran: la voz de las notas del ruiseñor era dulce, se esforzaban con los trillos trescientos a la vez, que ese murmullo del agua y el canto de los pájaros lo curara de un mal que nunca estaba sano.

Entonces mueva a esta gente rápidamente y se apeó a pie y sujetó sus hermosos caballos a lo lejos; entonces el rey dijo severamente a sus caballeros que se quedaran con sus caballos y no vinieran más lejos, "Porque buscaré a este santo por mí mismo y hablaré con este hombre maestro que guarda esta montaña, y luego participaréis del Sacramento uno tras otro con honor en el pleno poderoso de San Miguel con Cristo! "

El rey sube al peñasco con acantilados de gran altura, hasta la cima del peñasco sube en lo alto; levanta su umbrer y mira atentamente a su alrededor, recibiendo el viento frío en su rostro para consolarlo; dos fuegos que encuentra ardiendo a plena altura; durante un cuarto de furlong, así camina entre ellos: a lo largo del camino junto al pozo, deambula para conocer al brujo y dónde vive.

Se traslada a la fogata del puerto e incluso allí encuentra a una viuda muy afligida retorciéndose las manos y llorando con lágrimas dolorosas sobre una tumba recién marcada en el suelo desde que parecía mediodía. La saludó con tristeza con palabras apropiadas y de inmediato preguntó por el demonio. Entonces esta viuda afligida lo saluda con tristeza, se pone de rodillas y junta las manos, diciendo: "Infeliz, hablas demasiado alto; si tu brujo oye, nos devorará a los dos. Maldito sea el espíritu que te dirigió hasta aquí, que hizo Te advierto por tu honor que buscas tristeza. ¿A dónde te apresuras, hombre? Pareces infeliz, ¿vas a matarlo con tu espada brillante? Si fueras más valiente que Wade o Gaway, deberías No ganarás honor. Te lo advierto de antemano: te persigues inseguro para buscar estos montes; seis de los cuales no fuiste suficiente para enfrentarte a él solo. Si lo ves solo, tu corazón te fallará para cruzarte a salvo, tan grande él parece.

"Eres noble y hermosa y en la flor de tu virilidad, pero ya estás condenado, por mi fay, y eso te lo predije. ¿Había cincuenta como tú en el campo o en la hermosa tierra? El monstruo con su puño Aquí la querida duquesa ... hoy la llevaron ... enterrada profundamente en el suelo ... asesinó

a esta dulce dama cuando sonó el mediodía ... sin misericordia, no sé por qué, la mató groseramente, y aquí la he embalsamado y enterrado después. Por el dolor de este dolor incurable, nunca volveré a ser feliz. De todos los amigos que tuvo, ninguno la siguió excepto yo, su madre adoptiva de quince inviernos: este promontorio no intentaré nunca, pero me encontrarán en este campo hasta que me dejen muerto ".

Entonces respondió Sir Arthur a esa anciana esposa: "Vengo del conquistador cortés y noble, como uno de los más nobles de los caballeros de Arthur, un mensajero de este vil desgraciado en beneficio de la gente, para hablar con este maestro que guarda esta montaña: tratar con este tirano por el tesoro de las tierras y hacer una tregua antes de que resulte mejor ".

"Joder, tus palabras son en vano", dijo entonces la esposa, "porque él pone poco tanto en tierras como en personas. Ni de rentas de oro rojo molesta, pero quebrantará la ley cuando se decida a sí mismo, sin el permiso". de cualquiera, como señor de los suyos.

Pero tiene un manto que guarda para sí, que fue hilado en España por mujeres especiales y luego adornado en Grecia con toda su belleza: está cubierto por todas partes de cabello y bordado con barbas de reyes valientes, tejido y peinado para que los caballeros sepan cada rey por su color, en su casa allí mora. Aquí se apodera de los ingresos de quince reinos cada noche de Pascua, sin embargo, sucede que ellos mismos lo envían para la seguridad del pueblo, en esa época con ciertos caballeros, y él le ha pedido a Arturo todos estos siete inviernos. Por lo tanto, él se reúne aquí para ultrajar a su pueblo hasta que el rey de Bretaña haya alimentado sus labios y le haya enviado la barba a ese monstruo audaz con sus mejores caballeros; a menos que hayas traído esa barba, no sigas adelante, porque es inútil que te quedes para otra cosa: porque él tiene más tesoros para llevar cuando quiere que nunca Arthur o cualquiera de sus antepasados. Si le has traído la barba, estará más contento que si le dieras Borgoña. o Britania: pero por amor, cuídate de callar tus labios para que ninguna palabra escape de ellos, sea lo que sea; procura que tu presente esté listo y lo molestes poco, porque está cenando y se enojará fácilmente. Y ahora sigue mi consejo y quítate la ropa y arrodíllate en tu manto y llámalo tu señor. Durante toda esta temporada, alimenta a siete hijos de los comunes, picados en un plato de plata blanca pura con encurtidos y especias finamente molidas y vinos de Portugal mezclados con miel. Tres doncellas desafortunadas le dan vueltas.

"¡Ja! He traído la barba", dijo, "porque así me agrada, entonces iré y me la llevaré yo mismo. Pero, te ruego que me digas dónde mora este monstruo, te felicitaré y ¡Vive, ayúdame Señor nuestro! "

"Ve directamente al fuego", dijo ella, "que arde tan alto: allí acecha ese demonio como tú descubrirás; pero debes ir un poco hacia el sur, deslizándote un poco, porque su poder de oler se extiende a lo largo de seis millas".

La fuente del humo la buscó rápidamente, se persignó a salvo con ciertas palabras, y yendo a un lado vio al demonio como ella decía, indecorosamente comiendo solo. Yacía tendido completamente tendido repugnantemente, el muslo de la extremidad de un hombre que levantó por la cadera, su espalda y las partes inferiores y sus anchos lomos los horneó en el terrible fuego, y no tenía nalgas: allí se estaban asando carnes llenas groseramente espantosas de hombres y ganado atados juntos, una olla grande llena de niños ungidos, algunos escupían como pájaros, y las mujeres los volvían.

Y luego, el corazón de este hermoso rey se entristeció mucho a causa de su pueblo en el lugar donde estaba. Luego se ciñó el escudo y no vacila más, blande su espada brillante por la empuñadura brillante, avanza hacia el demonio con una determinación áspera y saluda en voz alta a ese gigante con palabras feroces:

"Ahora que el Dios Todopoderoso, que nos gobierna a todos, te dé tristeza y angustia, glotón, que mientes allí por el monstruo más inundo que jamás se haya formado; te alimentas de manera repugnante; ¡el diablo te tome el alma! Aquí tienes una cantera inmunda, amigo mío. verdad, desperdicio de todas las criaturas, maldito miserable, porque mataste a niños ungidos, hiciste mártires y quitaste la vida a los que son abordados aquí en asadores en este lugar y asesinados por tu mano. lo mereces grandemente, por el poder de San Miguel que guarda esta montaña; y por esta hermosa dama que dejaste muerta; ciñete, hijo de perro, el diablo tomará tu alma, porque morirás hoy por la fuerza de mi brazo ".

Entonces el glotón se sintió consternado y fulminado con la mirada; sonrió como un galgo con dientes espantosos; se quedó boquiabierto y gimió en voz alta con gestos dolorosos de ira con el buen rey que le hablaba con ira. Su cabello y su mechón estaban enmarañados y colgaban frente a su rostro durante aproximadamente medio pie. Su frente y su frente eran todas como la piel de una rana y parecían pecosas, nariz de gancho como un halcón y un pájaro feroz, y vellosa alrededor de sus ojos hundidos con cejas colgantes: ásperas como un pez-perro; apenas se le podía ver, así era. se escondía en esa masa de cabello: orejas que tenía grandes, enormes y feas de ver, con ojos horribles y ardientes a la vez: boca plana como una platija con labios sonrientes, y la carne de sus dientes delanteros tan repugnante como un oso. Su barba era áspera y negra y le llegaba al pecho, gruesa como una marsopa con un enorme cadáver, y la carne todavía colgaba en jirones de sus

labios inmundos. De cuello de toro era ese gigante y de hombros anchos, con un pecho rayado como un jabalí con largas cerdas. Brazos ásperos como ramas de roble con lados nudosos; miembros y lomos que son odiosos de ver, creed en la verdad; Ese hombre tenía patas de pala y parecía estar a horcajadas, con las piernas desnudas moviéndose juntas: muslos gruesos como un gigante y más gruesos en la cadera, gordo como un cerdo, tenía un aspecto terrible. Cualquiera que pudiera calcular fielmente la longitud total de este hombre, desde el rostro hasta los pies, medía cinco brazas de largo.

Luego se puso en marcha con firmeza sobre dos espigas rígidas y pronto alcanzó un garrote de hierro brillante. Habría matado al rey con su arma aguda, pero por la sabiduría de Cristo, el carle falló. La cresta y la corona y los broches plateados limpiamente con su garrote se estrellaron contra la tierra.

El rey levanta su escudo y se cubre por completo, y con su arma feroz le alcanza un golpe, justo en la cara lo golpea de modo que la hoja bruñida le llega al cerebro; se limpia la cara con sus manos sucias y golpea rápido El rostro de Arthur ferozmente a partir de entonces. El rey cambia de pie y se retira un poco; si no hubiera escapado de ese golpe, le habría ido mal; sigue ferozmente y da un golpe alto en la cadera con su arma dura, que medio pie del arma está escondido en la carne: la sangre caliente del monstruo corre por la empuñadura; hasta las entrañas golpea al gigante.

Luego gimió y rugió y golpeó con fuerza y entusiasmo a Arturo, y en la tierra golpeó la longitud de una espada dentro de la hierba, golpeó de inmediato de modo que el rey casi se desmayó por la fuerza de su golpe. Pero, sin embargo, el rey se esfuerza ágil y rápidamente, golpea con la espada de modo que corta los lomos del gigante; y la sangre sale a borbotones y hace que toda la tierra sobre la que él está parado sea fangosa.

Luego arroja su garrote y agarra al rey; en lo alto del peñasco lo agarra en sus brazos y lo envuelve firmemente para aplastarle las costillas: lo sostiene con tanta fuerza que su corazón está a punto de estallar. Entonces las tristes doncellas caen sobre la tierra, arrodillándose y llorando y retorciéndose las manos: "Cristo libra a ese caballero y guárdalo del dolor, y nunca dejes que ese diablo le quite la vida".

Sin embargo, el brujo es tan poderoso que lo aplasta; ferozmente se retorcián y luchaban juntos, se revolcaban y revolcaban en esos juncos, caían [140] y se daban vueltas y se rasgaban la ropa, más o menos desde arriba, caen juntos, Arthur a veces arriba y a veces debajo, desde la cresta del colina hasta la dura roca; no cesan hasta que llegan al borde del mar. Pero Arthur con su daga golpea al gigante hasta que se hunde hasta la empuñadura en

él. El ladrón en su lucha a muerte lo agarró con tanta fuerza que tres costillas en el costado del rey se partieron en dos.

Entonces Sir Cayous el Agudo, conmovido por el dolor del rey, dijo: "¡Ay, estamos perdidos, mi señor ha sido derrocado, caído con un demonio, todo ha terminado! Debemos ser confiscados y desterrados para siempre". Le levantan la cota y palpan debajo, la popa y las caderas también, hasta los hombros, los flancos y la cintura y los costados rubios, tanto la espalda como el pecho y los brazos brillantes. Se alegraron cuando no encontraron heridas en la carne, y por eso se alegraron, estos gentiles caballeros.

"¡Ahora certifica", dice Sir Bedivere, "que parece por mi Señor! Él busca santos, pero rara vez, por lo que agarra con más fuerza que así agarra el cuerpo de este santo de estos altos acantilados, para llevar a un hombre así para vestirlo de plata. . Por Miguel, de un hombre así, me asombra mucho que nunca nuestro Señor Soberano le tolerara en el Cielo: si todos los santos son los que sirven a nuestro Señor, ¡yo nunca lo seré, por el alma de mi padre!

Entonces el rey audaz se ríe de las palabras de Bedivere: "Este santo he buscado, ¡ayúdame, Señor nuestro! Por tanto, saca tu espada y traspasarlo en el corazón; asegúrate de que este hombre me ha enojado mucho. No he luchado. con semejante peso estos quince inviernos, pero en las montañas de Gales me encontré con otro semejante. Era, con mucho, el más fuerte que había conocido en mi vida, y si mi fortuna no hubiera sido favorable, ahora estaría muerto ".

El otro en quien el rey tenía en mente era Ryence (o Riton), un gigante galés que en su día hizo la guerra a diversos reyes. De éstos, algunos murieron en batalla y otros permanecieron cautivos en su mano. Viva o muerta, Ryence los usó con desprecio; porque era su costumbre afeitar las barbas de estos reyes, y embellecerlas con un manto de pieles que vestía, muy rico. Vanaglorioso más allá de toda medida era Ryence de su capa bordada. Ahora, por razón de locura y ligereza, Ryence envió mensajes a Arthur, pidiéndole que se afeitara la barba y se la enviara inmediatamente al gigante, de buena voluntad. Dado que Arturo era un señor más poderoso y un príncipe más virtuoso que sus compañeros, Ryence hizo un pacto de preferir su barba a la de ellos y mantenerla en honor como la franja más sedosa de su manto. Si Arthur se negaba a concederle el trofeo a Ryence, entonces no había nada que hacer, pero ese cuerpo a cuerpo debían pelear su pelea, en combate singular, solos. El que pueda matar a su adversario, o obligarlo a ser vencido, debe llevar la barba para su guerdon, junto con el manto de pieles, flecos y adornos y todo. Una vieja balada describe la escena en Camelot cuando llegó este mensaje imprudente:

Como cayó en un día de Pentecostés,  
El rey Arturo en Camelot mantuvo su corte real, Con su faire queene  
Dame Guenever la alegre;  
Y muchos barones valientes sentados en el pasillo; Con damas vestidas  
de púrpura y palido;  
Y heraults en hewkes, ululando en lo alto,  
Lloró, Largesse, Largesse, Chevaliers tres-hardie.  
Un enano valiente al deas superior. Derecha pertlye gan pricke,  
arrodillado sobre las rodillas;  
Con Steven fulle stoute en medio de todas las presas, Sayd, Nowe sir  
King Arthur, Dios te salve y vea! Sir Ryence de Gales del Norte te  
saluda bien,  
Y te pide que le envíes tu barba de inmediato, o si no, te la arrancará de  
las fauces. Porque su manto es un rico manto escarlata, con once reyes  
barbas bordeadas, y todavía queda espacio en un kantle, para que el  
tuyo esté en pie, para sacar al duodécimo: esto debe hacerse, nunca  
seas tan robusto; Esto debe hacerse, no te cuento ninguna fábula,  
Maugre es el diente de toda tu mesa redonda. Cuando este mensaje  
mortal de su boca llegó al pasado, Grande era la molestia en el pasillo y  
en la glorieta: El rey fumó; el queene screecht; las damas estaban  
horrorizadas; Los príncipes soplaron; barones deslumbrados; los  
señores empezaron a bajar; Los caballeros irrumpieron: los escuderos  
se sobresaltaron, como un corcel en un almacén; Los pajes y los  
labradores gritaron en el salón. Luego entró Sir Kay, el senescal del  
rey.  
Silencio, señores míos, dijo este cortés caballero, Y en ese lugar la  
estiba comenzó en silencio: Entonces la cena del enano estaba  
completamente llena; De vino y bebida tenía su voluntad: y, cuando  
hubo comido y bebido hasta saciarse, cien piezas de oro fino de  
coquetería le fueron entregadas a este enano por su mensaje  
atrevido. Pero dile a sir Ryence, enano, dijo el rey, que por su atrevido  
mensaje lo desafió;  
Y en breve con palanganas y cacerolas sonará  
Fuera de North-Gales; donde el y yo  
Con espadas, y no navajas, pronto probará, si él o el rey Arturo serán el  
mejor barbor; Y con eso agitó su buena espada Escalabor.

El rey Arturo se enfrentó a este advenedizo en una batalla en una  
montaña alta, y allí el rey mató a Ryence con la espada, despojándolo de ese  
rico vestido de pieles, con su borde de barbas de muertos.

Y ahora, mientras miraba al repugnante Dinabuc, se dio cuenta de que  
esta vez había conquistado a un monstruo más repugnante y deforme, un

gigante más horrible, más grande y más poderoso que Ryence, incluso en la flor de su juventud y fuerza.

Cuando pensó en estas cosas, el rey dijo a sus compañeros:

Luego, quítale la cabeza y colócala en una estaca, dásela a tu escudero, porque está bien montado; llévaselo a Sir Howel, que está en una situación dolorosa, y dile que se anime, porque su enemigo ha sido destruido. llévalo a Barfleur, fíjelo sobre hierro y colóquelo en la barbacana para que los hombres lo vean: mi espada y mi amplio escudo yacen sobre el páramo en la cima del peñasco donde luchamos por primera vez, y el garrote por lo tanto todo de hierro brillante, que ha matado a muchos cristianos en la tierra de Cotentin: ve al promontorio y tráeme esa arma, y volvamos a nuestra flota, donde está en el agua. Si quieres algún tesoro, toma [144] lo que quieras : Tendré el manto y el club, no codicio nada más ".

Ahora van al peñasco, estos bellos caballeros, y le traen el escudo ancho y su arma brillante, el garrote y la capa también. El propio Sir Cayous va con el conquistador para mostrar a los reyes que el rey tenía con él en secreto, mientras el día brillante se elevaba por encima de las nubes.

En ese momento se oyó un gran ruido en la corte, y frente al atractivo rey se arrodillaron todos juntos: "Bienvenido, señor nuestro, durante demasiado tiempo has luchado, nuestro gobernador bajo Dios, el más capaz y noble, a quien la gracia es concedido y dado a su voluntad. Ahora tu feliz llegada nos ha consolado a todos, has vengado en tu realeza a su pueblo. Con la ayuda de tu mano es destruido tu enemigo que venció a tu pueblo y los despojó de sus hijos: nunca hubo reino tan fácilmente aliviado de sus problemas ".

Entonces el conquistador habla cristiano a su pueblo: "Gracias a Dios", dijo, "por su gracia y no por el hombre, por la obra del hombre nunca fue sino su propia fuerza, o un milagro de su madre, que es tan suave con todos". . " Entonces llamó bruscamente a los barqueros de inmediato para que se apresuraran con los marineros a trasladar las mercancías.

"Todo ese gran tesoro que ganó el traidor, que sea entregado a los comunes, el clero y otros del país; que se entregue a mi querido pueblo para que nadie se queje, bajo pena de su vida". Ordenó a su primo con palabras caballerescas que construyera una iglesia sobre la roca donde yacía el cuerpo, y en ella un convento para el servicio a Cristo, en memoria de ese mártir que descansa en la montaña.

Y esa hermosa iglesia con pináculos, que se eleva desde los acantilados rocosos de la isla hacia el cielo, es posible que la vea en este mismo día.

## **CAPITULO XI**

### **SIR LAUNCELOT Y TARQUIN**

Hay un montículo en el cementerio de Penrith, en el condado de Cumberland de Inglaterra, que todavía se llama "La tumba del gigante". Un par de pilares de piedra redondos de doce pies representan la piedra de la cabeza y el pie, a quince pies de distancia, una sugerencia prodigiosa en cuanto al tamaño del que yace allí.

Cuenta la leyenda que aquí fue enterrado un gigante llamado Tarquino, que devastó el país por todas partes, desafiando al rey Arturo, hasta que un día se encontró con Sir Launcelot du Lake. Lo que nos retrotrae a un salto de unos mil quinientos años.

En todos los torneos y justas sir Launcelot nunca fue vencido, pero fue por traición o encantamiento. En un momento, después de haberlo distraído durante mucho tiempo en la corte, cabalgó con su hermano Sir Lionel en busca de aventuras.

Así que montaron sobre sus caballos armados en todos los puntos, y cabalgaron hacia un bosque profundo; y después de que llegaron a una gran llanura, y luego el clima estuvo caluroso hacia el mediodía, y sir Launcelot tenía una gran lista para dormir.

Entonces sir Lionel vio un gran manzano que estaba junto a un seto y dijo: "Hermano, allá hay una hermosa sombra, allí podemos descansar nosotros y nuestros caballos".

"Bien dicho, hermoso hermano", dijo Sir Launcelot; "Porque de todos estos siete años no tuve tanto sueño como ahora".

Y cuando allí se apearon y ataron sus caballos debajo de varios árboles, sir Launcelot lo acostó debajo del manzano, y su yelmo lo puso debajo de su cabeza. Y sir Lionel se despertó mientras dormía. De modo que sir Launcelot estaba dormido pasando rápido. Y mientras tanto, llegaron tres caballeros cabalgando, huyendo tan rápido como podían cabalgar. Y les siguieron tres pero un caballero.

Cuando sir Lionel lo vio, pensó que nunca había visto a un caballero tan grande ni a un hombre tan bien educado, ni tan bien vestido con todos sus derechos. (Porque era verdaderamente un gigante en tamaño.) Así que en un momento este fuerte caballero había alcanzado a uno de estos caballeros, y luego lo derribó en la tierra fría y se quedó quieto. Luego cabalgó hacia el segundo caballero y lo golpeó cuando el hombre y el caballo cayeron. Y

luego cabalgó directamente hacia el tercer caballero, y lo golpeó detrás de la cola de su caballo del largo de una lanza. Y él se apeó, echó las riendas a su caballo y ató a los tres caballeros con las riendas de sus propias riendas.

Cuando sir Lionel lo vio hacer esto, pensó en ensayarlo y lo preparó, y en silencio y en secreto tomó su caballo, y no pensó en despertar a sir Launcelot. Y cuando estaba montado en su caballo, alcanzó a este fuerte caballero y le ordenó que se volviera; y el otro golpeó a sir Lionel con tanta fuerza que el caballo y el hombre que desnudó a la tierra, y así él se apeó y lo ató rápidamente, y lo derribó por su lado. propio caballo, así que les sirvió a los cuatro y se fue con ellos a su propio castillo. Y cuando llegó allí, los desarmó, y los golpeó con espinas a todos desnudos, y después los puso en una prisión profunda donde había muchos más caballeros que hicieron gran dolor.

Cuando sir Ector de Maris supo que sir Launcelot había salido de la corte para buscar aventuras, se enfureció consigo mismo y lo preparó para buscar a sir Launcelot, y como había cabalgado durante mucho tiempo en un gran bosque, se encontró con un hombre que era como un guardabosques. "Hermoso hombre", dijo sir Ector, "¿conoces en este país alguna aventura que esté aquí de cerca?"

"Señor", dijo el guardabosques, "conozco bien este país, y por la presente, dentro de esta milla, hay una mansión fuerte y bien dique, y junto a esa mansión, a la izquierda, hay un hermoso vado para que beban los caballos, y sobre ese vado crece un árbol hermoso, y sobre él cuelgan muchos escudos hermosos que alguna vez empuñaron buenos caballeros; y en el tronco del árbol cuelga una vasija de cobre y bronce. Golpea en esa cuenca con la culata de tu lanza tres veces, y pronto oirás nuevas noticias, y si no tienes la más hermosa gracia que muchos años han tenido un caballero que haya pasado por este bosque".

"Gramercy", dijo Sir Ector, y partió y llegó al árbol, y vio muchos escudos hermosos, y entre ellos vio el escudo de su hermano, Sir Lionel, y muchos más que sabía que eran sus compañeros de la Mesa Redonda, el lo cual entristeció su corazón, y prometió vengar a su hermano. Luego sir Ector golpeó la palangana como si fuera madera, y luego dio de beber a su caballo en el vado; y un caballero muy alto vino detrás de él y le ordenó que saliera del agua y lo preparara; y sir Ector enseguida le dio la vuelta y en reposo colocó su lanza, y golpeó al caballero con un gran golpe que su caballo dio dos vueltas.

"Bien hecho", dijo el enorme caballero, "y como caballero me has herido".

Con ello, arremetió con su caballo sobre sir Ector y lo agarró por debajo del brazo derecho, lo sacó limpio de la silla y se fue con él a su propio salón y lo arrojó en medio del suelo. El nombre de este caballero fuerte era Sir Tarquin.

Luego le dijo a Sir Ector: "Porque me has hecho hoy más que cualquier caballero en estos doce años, ahora te concederé la vida, por lo que jurarás ser mi prisionero todos los días de tu vida".

"No", dijo sir Ector, "nunca te lo prometeré, sino que haré lo mío".

"Eso me arrepiente", dijo Sir Tarquin.

Y luego hizo ademán de desarmarlo, y lo golpeó con espinas todo desnudo, y después lo puso en ese mismo calabozo profundo, donde conocía a muchos de sus compañeros. Pero cuando Sir Ector vio a Sir Lionel, se entristeció mucho.

"Ay, hermano", dijo Sir Ector, "¿dónde está mi hermano Sir Launcelot?"

"Hermoso hermano, lo dejé durmiendo cuando me fui de él, debajo de un manzano; y no puedo decirte qué ha sido de él".

"¡Ay!", Dijeron los caballeros, "pero sir Launcelot nos ayude, es posible que nunca seamos liberados, porque ahora no conocemos ningún caballero que pueda igualar a nuestro maestro Tarquin".

Mientras estos caballeros eran prisioneros, Sir Lancelot du Lake yacía durmiendo bajo el manzano.

Incluso hacia el mediodía, pasaron por él cuatro reinas de gran propiedad; y, para que el calor del sol no los molestara, cabalgaban cuatro caballeros alrededor de ellos y llevaban un paño de

seda verde en cuatro lanzas, entre ellos y el sol, y las reinas cabalgaban sobre cuatro mulas blancas.

Así, mientras cabalgaban, oyeron a su lado un gran caballo relinchar gravemente, y luego se enteraron de un caballero dormido que yacía armado bajo un manzano; Inmediatamente cuando estas reinas lo miraron a la cara, supieron que era Sir Launcelot. Entonces comenzaron a luchar por ese caballero; todos dijeron que ella lo tendría a su amor.

"No nos esforzaremos", dijo Morgan le Fay, que era la hermana del rey Arturo; "Le pondré un encantamiento para que no se despierte en seis horas,

y luego lo llevaré a mi castillo, y cuando esté seguro dentro de mi dominio, le quitaré el encantamiento y luego le dejaré elegir cuál de nosotros tendrá por su amor ".

Así que este encantamiento fue lanzado sobre Sir Launcelot, y luego lo colocaron sobre su escudo, y lo llevaron a caballo entre dos caballeros, y lo llevaron al carro del castillo, y allí lo pusieron en una cámara fría, y por la noche lo llevaron le envió una hermosa doncella con la cena lista. Por eso el encantamiento había pasado, y cuando ella llegó lo saludó y le preguntó ¿qué alegría?

"No puedo decir, hermosa doncella", dijo sir Launcelot, "porque no sé cómo llegué a este castillo, sino por un encantamiento".

"Señor", dijo ella, "debe tener buen ánimo, y si es un caballero como se dice que lo es. Le contaré más mañana antes de la primavera".

—Gracias, hermosa doncella —dijo sir Launcelot—, de tu buena voluntad te recompensaré.

Y entonces ella se fue. Y allí estuvo toda la noche sin consuelo de nadie.

Y por la mañana temprano llegaron estas cuatro reinas, pasajeras bien vistas, todas ellas le desearon buenos días, y él de nuevo.

"Señor caballero", dijeron las cuatro reinas, "debe comprender que está aquí nuestro prisionero; y aquí lo conocemos bien, que es sir Launcelot du Lake, el hijo del rey Ban. Y verdaderamente comprendemos su mérito por ser el más noble. caballero vivo; y por lo tanto, ahora debes elegir a uno de los cuatro. Soy la reina Morgan le Fay, reina de la tierra de Gore, y aquí está la reina de Northgalis, y la reina de Eastland, y la reina de Out Islas; escoge ahora a uno de nosotros que tengas a tu amor, porque no puedes sino elegir o morir en esta prisión ".

"Este es un caso difícil", dijo Sir Launcelot, "que o debo morir o elegir a uno de ustedes, pero si tuviera que morir en esta prisión con adoración, que tener a uno de ustedes por mi amor maugre mi cabeza. Y, por tanto, seréis contestados, porque no quiero a ninguno de vosotros, porque sois falsas hechiceras ".

"Bueno", dijeron las reinas, "¿es esta su respuesta, que nos rechazará?"

"Sí, por mi vida", dijo Sir Launcelot, "rehusaste ser de mí".

¡Así que se fueron y lo dejaron allí solo, que hizo gran dolor!

Justo al mediodía se le acercó la doncella, le trajo la cena y le preguntó qué alegría.

"En verdad, hermosa doncella", dijo sir Launcelot, "en todos mis días de vida nunca tan enferma".

"Señor", dijo ella, "que me arrepienta; pero si serás gobernado por mí, te mantendré fuera de esta angustia, y no tendrás vergüenza ni villanía, de modo que me hagas una promesa".

"Hermosa damisela, eso te lo concedo, y me dan mucho miedo las brujas de estas reinas, porque han destruido a muchos buenos caballeros".

"Señor", dijo ella, "eso es cierto, y por la renuncia y la generosidad que escuchan de usted, tendrían su amor, y, señor, dicen que su nombre es Sir Launcelot du Lake, la flor de todos los caballeros que estado viviendo, y se han enojado contigo porque los has rechazado; pero, señor, me prometes ayudar a mi padre el próximo martes que viene, que ha hecho un torneo entre él y el rey de Northgalis; porque el El martes pasado mi padre perdió el campo a través de tres caballeros de la corte del rey Arturo, y si estarás allí el próximo martes y ayudarás a mi padre, mañana o mejor, por la gracia de Dios, te entregaré limpio".

"Hermosa doncella", dijo sir Launcelot, "dime cuál es el nombre de tu padre, y luego te daré una respuesta".

"Señor Caballero", dijo la damisela, "mi padre es el Rey Bagdemagus, que fue reprendido en el último torneo".

"Conozco bien a tu padre", dijo Sir Launcelot, "porque es un rey noble y un buen caballero, y por la fe de mi cuerpo, tendrás mi cuerpo listo para servir a tu padre ya ti ese día".

"Señor", dijo la doncella, "gracia; mañana aguarde que esté listo a tiempo, y yo lo libraré; y tomaré su armadura y su caballo, escudo y lanza; y por la presente dentro de estas diez millas hay una abadía de monjes blancos y allí os ruego que permanezcáis, y allí os traeré a mi padre".

"Todo esto se hará", dijo Launcelot, "ya que soy un verdadero caballero".

Entonces ella se fue, y llegó temprano al día siguiente y lo encontró listo. Luego lo sacó de doce candados y lo llevó a su armadura. Y cuando estuvo todo armado y vestido, ella lo llevó a su propio caballo, y él lo ensilló con ligereza, y tomó una gran lanza en su mano, y cabalgó y dijo: "Hermosa doncella, no te fallaré, por la gracia de Dios."

Así que el caballero se adelantó y realizó esa aventura, según lo había prometido; y sir Launcelot derrocó a los tres caballeros de la corte del rey Arturo, uno tras otro; y con una gran lanza derribó a dieciséis caballeros del grupo del rey de Northgalis, y con otra lanza derribó a doce caballeros. Entonces, los caballeros de Northgalis no volverían a justar y el premio fue entregado al rey Bagdemagus.

Y así partió sir Launcelot, y por aventuras llegó al mismo bosque donde lo llevaron durmiendo. Y en medio de una carretera se encontró con una doncella que cabalgaba sobre un palafrén blanco, y allí uno saludaba al otro.

"Hermosa doncella", dijo Lancelot, "¿conoces alguna aventura en este país?"

"Señor caballero", dijo la damisela, "aquí hay aventuras al alcance de la mano, y usted se atrevería a probarlas".

"¿Por qué no debería probar aventuras?" dijo Sir Launcelot; "por eso vine aquí".

"Bien", dijo ella, "te parece bien ser un buen caballero, y si te atreves a encontrarte con un buen caballero, te llevaré donde está el mejor caballero y el más poderoso que hayas encontrado, así que me dirás qué es tu nombre, y qué caballero eres".

"Damisela, en cuanto a decirte mi nombre, no tomo mucha fuerza: verdaderamente mi nombre es Sir Launcelot du Lake."

—Señor, le parece bien, aquí él se aventura por esa caída para usted, porque aquí habita un caballero que no será superado por ningún hombre que yo sepa, a menos que usted lo supere, y su nombre es Sir Tarquin. Y, según tengo entendido, él tiene en su prisión de la corte de Arturo buenos caballeros de veinticinco y cuatro que ha ganado con sus propias manos. Pero cuando hayas hecho el trabajo de ese día, me prometerás como eres un verdadero caballero que irás conmigo, y para ayudarme a mí ya otras damiselas que diariamente se angustian con un falso caballero".

"Toda tu intención, damisela, y deseo cumpliré, así que me llevarás a este caballero".

"Ahora, hermoso caballero, sigue tu camino."

Entonces ella lo llevó al vado y al árbol donde colgaba la palangana. Sir Launcelot dejó beber a su caballo, y luego golpeó la palangana con la culata de su lanza con tanta fuerza con todas sus fuerzas que se le cayó el fondo, y lo hizo durante mucho tiempo, pero no vio nada.

Luego cabalgó a lo largo de las puertas de esa mansión casi media hora. Y entonces se enteró de un gran caballero que conducía a caballo delante de él, y derribar al caballo allí estaba un caballero armado atado. Y siempre que se acercaban y se acercaban, Sir Launcelot pensaba que debería conocerlo; luego se enteró de que era Sir Gaheris, el hermano de Gawain, un caballero de la Mesa Redonda.

-Ahora, hermosa doncella -dijo sir Lancelot-, veo venir allá un caballero que es un compañero mío. Y al principio te prometo, con el permiso de Dios, rescatar a ese caballero; y a menos que su Maestro, siéntese mejor en la silla. Yo libraré a todos los prisioneros que tenga fuera de peligro, porque estoy seguro de que tiene dos hermanos de mis prisioneros con él ".

En el momento en que alguno de los dos había visto al otro, les apretó las lanzas.

-Ahora, hermoso caballero -dijo sir Lancelot-, baje al caballero herido del caballo y déjelo descansar un rato, y demostremos nuestras virtudes entre nosotros. Porque, como me han informado, has hecho y has hecho un gran pesar y vergüenza. a los caballeros de la Mesa Redonda, y por tanto ahora defiéndete ".

"Y tú perteneces a la Mesa Redonda", dijo Tarquin, "te desafié a ti ya toda tu comunión".

"Eso es demasiado dicho", dijo Sir Launcelot.

Entonces pusieron sus lanzas en los reposaderos, y se juntaron con sus caballos tan rápido como pudieron correr, y o hirieron a otros en medio de sus escudos, que los lomos de ambos caballos chocaron debajo de ellos; y los caballeros estaban asombrados, y tan pronto como pudieron evitar a sus caballos, tomaron sus escudos delante de ellos, sacaron sus espadas y se juntaron ansiosamente, y dieron otros muchos golpes fuertes, porque ni escudos ni arneses podían sostener sus trazos. Y así, ambos tenían heridas terribles y sangraban dolorosamente.

Por lo tanto, corrieron dos horas o más, destrozándose y peleándose unos a otros donde podrían golpear cualquier lugar vacío. Luego, al final, ambos se quedaron sin aliento y se apoyaron en sus espadas.

—Ahora, amigo —dijo sir Tarquin—, tome su mano un rato y dígame lo que le pregunto.

"Di".

Entonces Tarquino dijo: —Eres el hombre más fuerte que jamás haya conocido, y el mejor aliento, y como un caballero al que odio más que a todos los demás caballeros; así sea que no seas él, estaré de acuerdo contigo a la ligera, y por Tu amor libraré a todos los prisioneros que tengo, es decir, sesenta y cuatro, así que me dirás tu nombre. Y tú y yo seremos compañeros juntos, y nunca fallaremos mientras yo viva ".

"Está bien dicho", dijo Sir Launcelot; "pero puesto que es para que yo pueda tener tu amistad, ¿qué caballero es el que tanto odias sobre todos los demás?"

"En verdad", dijo Sir Tarquin, "su nombre es Launcelot du Lake, porque mató a mi hermano Sir Carados en la Torre Dolorosa, que era uno de los mejores caballeros que vivían entonces; y por lo tanto, excepto de todos los caballeros, por un que una vez nos encontremos con él, que uno de nosotros termine con el otro, y a eso hago un voto. Y por el bien de Sir Lancelot he matado a cien buenos caballeros, y a tantos los he mutilado por completo, que nunca después de ellos podrían ayudarse a sí mismos, y muchos han muerto en mi prisión; y, sin embargo, tengo veinticinco y cuatro, y todos serán entregados, así que me dirás tu nombre, y así no serás sir Launcelot ".

"Ahora veo bien", dijo Sir Launcelot, "que tal hombre podría ser, podría tener paz, y tal hombre podría ser que hubiera entre nosotros dos guerras mortales; y ahora, señor caballero, a petición suya, Quiero que entiendas y sepas que soy sir Launcelot du Lake, hijo de Berwick del rey Ban y caballero de la Mesa Redonda. Y ahora te desafío a que hagas lo mejor que puedas ".

"¡Ah!" —dijo sir Tarquin. "Lancelot, eres muy bienvenido para mí, como siempre lo fue cualquier caballero, porque nunca partiremos hasta que uno de nosotros esté muerto".

Luego los arrojaron juntos como dos toros salvajes, arremetiendo y azotando con sus escudos y espadas, que alguna vez cayeron ambos de bruces. Así que lucharon todavía dos horas y más, y nunca descansarían, y sir Tarquin le dio a sir Launcelot muchas heridas que todo el terreno allí mientras luchaban estaba todo salpicado de sangre.

Entonces, por fin, sir Tarquin se desmayó mucho, retrocedió un poco y desnudó el escudo por completo por cansancio.

Que pronto vio a Sir Launcelot, y luego saltó sobre él ferozmente como un león, y lo agarró por el estandarte de su yelmo, y cuando lo tiró de rodillas, y enseguida levantó su yelmo, y luego se golpeó el cuello en dos. .

Sir Launcelot liberó a todos los prisioneros de esa repugnante prisión; ya pesar de sus graves heridas al tercer día después de que partió en busca de nuevas aventuras.

Mientras cabalgaba sobre un puente largo, repentinamente se le ocurrió un gruñido desagradable, y golpeó a su caballo en el morro al que dio media vuelta y le preguntó por qué había cruzado ese puente sin su licencia.

"¿Por qué no debería montar de esta manera?" —dijo sir Launcelot. "No puedo montar al lado".

"No elegirás", dijo el churl, y lo azotó con un gran garrote herrado con hierro. Entonces sir Lancelot sacó una espada, echó atrás el golpe y clavó la cabeza en el pecho.

Al final del puente había una hermosa aldea, y toda la gente, hombres y mujeres, gritaron a sir Launcelot y dijeron: "Nunca hiciste una acción peor por ti mismo, porque has matado al portero principal de nuestro castillo".

Sir Launcelot les dejó decir lo que quisieran y entró directamente en el castillo; y cuando llegó al castillo, se apeó y ató su caballo a un anillo en la pared; y allí vio un hermoso patio verde, y allí se vistió él mismo, porque pensó que allí era un buen lugar para luchar.

Así que miró a su alrededor y vio mucha gente en las puertas y ventanas que decía: "Hermoso caballero, eres infeliz".

En seguida se le acercaron dos grandes gigantes, todos bien armados, salvo las cabezas, con dos horribles garrotes en las manos.

Sir Lancelot puso su escudo frente a él, y apartó el golpe del gigante, y con su espada le partió la cabeza. Cuando su compañero vio que se escapó como si fuera madera, por miedo a los horribles golpes; y sir Launcelot tras él con todas sus fuerzas, y lo golpeó en el hombro y lo clavó por la mitad.

Entonces sir Launcelot entró en el salón y se le acercaron sesenta damas y doncellas, y todas se arrodillaron ante él y le dieron gracias a Dios y a él por su liberación.

"Porque, señor", dijeron, "la mayoría de nosotros hemos estado aquí estos siete años sus prisioneros, y hemos trabajado toda clase de trabajos de seda para nuestra carne, y todos somos grandes gentes nacidas; porque tú has hecho el la mayor parte de la adoración que haya hecho un caballero en el mundo, eso lo dejaremos constancia, y todos te rogamos que nos digas tu

nombre, para que podamos decirle a nuestros amigos que nos sacaron de la cárcel ".

"Hermosas doncellas", dijo, "mi nombre es Sir Launcelot du Lake".

"Ah, señor", dijeron todos, "bien sea que seas él, porque si no, salvo a ti mismo, como pensamos, nunca podría un caballero tener lo mejor de estos dos gigantes, porque muchos caballeros hermosos lo han probado, y aquí han terminado. y muchas veces te hemos deseado, y estos dos gigantes nunca temen a un caballero más que a ti ".

"Ahora puedes decir", dijo Sir Lancelot, "a tus amigos cómo y quién te ha entregado, y saludarlos a todos por mí; y si vengo en alguna de tus marchas, muéstrame la alegría que tengas; y qué tesoro que hay en este castillo te lo doy como recompensa por tus agravios. Y el señor que es el dueño de este castillo quisiera que lo recibiera como es debido ".

"Hermoso señor", dijeron, "el nombre de este castillo es Tintagil, y lo poseyó un duque que algún tiempo se casó con la bella Igraine, y después se casó con ella con Uther Pendragon".

"Bueno", dijo Sir Launcelot, "entiendo a quién pertenece este castillo".

Y él se fue y se los enseñó a Dios. Y luego montó en su caballo y cabalgó por muchos países extraños y salvajes y atravesó muchas aguas y valles.

## CAPITULO XII

### LAS AVENTURAS DE YVAIN

Yvain era uno de los caballeros del rey Arturo, y sus aventuras fueron extrañas. Después de derrotar a un misterioso caballero en el bosque y perseguir a su adversario moribundo hasta su ciudad, se encontró en un caso bastante triste, debido al hecho de que tan pronto como miró el rostro de la dama del hombre asesinado, se sintió enamorado de él. una herida mortal de amor.

Con la ayuda de la damisela de la dama, se ganó la mano de esta hermosa criatura. Luego, persuadido por Gawain y sus viejos camaradas, dejó a su esposa y la ciudad por más hazañas de caballero andante, prometiendo regresar algún día.

Pero el éxito colmó sus favores sobre él con tanta fuerza que se olvidó de su promesa y se quedó en el tiempo asignado; y su esposa le envió un mensaje desdeñoso, devolviéndole el anillo y pidiéndole que le devolviera el suyo. Con lo cual el triunfante Yvain, completamente abatido, vagó sin saber adónde.

Sin sentido y privado del habla, Yvain no puede responder. Y la doncella se adelanta y le quita el anillo del dedo, encomendando a Dios el Rey y a todos los demás menos a él, a quien deja profundamente angustiado. Y su dolor crece sobre él: se siente oprimido por lo que oye y atormentado por lo que ve. Preferiría ser desterrado solo en alguna tierra salvaje, donde ningún hombre o mujer sabría más de su paradero que si estuviera en un profundo abismo. Nada odia tanto como a sí mismo, ni sabe a quién acudir en busca de consuelo en la muerte que se ha traído sobre sí mismo. Pero preferiría  
ir 173

loco que no tomar venganza de sí mismo, privado, como está, de alegría por su propia culpa.

Se levanta de su lugar entre los caballeros, temiendo perder la cabeza si se queda más tiempo entre ellos. Por su parte, no le hacen caso, sino que le dejan partir solo. Saben bastante bien que a él no le importan nada sus conversaciones ni su sociedad. Y se va hasta alejarse de las tiendas y pabellones. Entonces una tormenta tal se desató en su cerebro que pierde el sentido; se desgarró la carne y, desnudándose, huye por los prados y los

campos, dejando a sus hombres desconcertados y preguntándose qué habrá sido de él. Van en busca de él por todo el país circundante —en los alojamientos de los caballeros, junto a los setos y en los jardines—, pero lo buscan donde no se encuentra.

Aún huyendo, siguió rápidamente su camino hasta que se encontró cerca de un parque a un muchacho que tenía en la mano un arco y cinco flechas de púas, que eran muy afiladas y anchas. Tuvo el suficiente sentido común para ir y tomar el arco y las flechas que sostenía. Sin embargo, no recordaba nada de lo que había hecho.

Él espera a las bestias en el bosque, matándolas y luego comiendo el venado crudo. Así vivió en el bosque como un loco o un salvaje, hasta que encontró una casita baja perteneciente a un ermitaño que estaba trabajando limpiando su terreno. Cuando lo vio venir sin nada puesto, pudo percibir fácilmente que no estaba en su sano juicio; y tal era el caso, como bien sabía el ermitaño. Así que, asustado, se encerró en su casita y, tomando un poco de pan y agua fresca, lo dejó caritativamente fuera de la casa en un alféizar estrecho de la ventana.

Y allí viene el otro, hambriento del pan, que toma y come. No creo que nunca antes hubiera probado un pan tan duro y amargo. La medida de la cebada amasada con la paja, de la que estaba hecho el pan, más ácido que la levadura, no había costado más de cinco sueldos; y el pan estaba mohoso y seco como la corteza. Pero el hambre lo atormenta y le abre el apetito, de modo que el pan le supo a salsa. Porque el hambre es en sí misma una salsa bien mezclada y elaborada para cualquier alimento.

Mi señor Yvain pronto comió el pan del ermitaño, que le sabía bien, y bebió el agua fresca del cántaro. Cuando hubo comido, se dirigió de nuevo al bosque en busca de ciervos y ciervos. Y cuando lo ve irse, el buen hombre bajo su techo ora a Dios para que lo defienda y lo proteja para que no vuelva a pasar por ese camino. Pero no hay criatura, por poco sentido que sea, que no regrese gustosa a un lugar donde se le trata con bondad. Por lo tanto, no pasó un día mientras estaba en este ataque de locura que no trajera a su puerta alguna presa salvaje. Esa era la vida que llevaba; y el buen hombre se encargó de quitar la piel y poner a cocer una buena cantidad de venado; y el pan y el agua de la jarra siempre estaban en el alféizar de la ventana para que el loco hiciera una comida. Así que tenía algo para comer y beber: venado sin sal ni pimienta, y buena agua fresca del manantial.

Y el buen hombre se esforzó en vender la piel y comprar pan de cebada, de avena o de algún otro grano; así que, después de eso, Yvain tuvo abundante provisión de pan y carne de venado, que le bastó durante mucho

tiempo, hasta que un día fue encontrado dormido en el bosque por dos doncellas y su ama, a cuyo servicio estaban.

Cuando vieron al hombre desnudo, uno de los tres corrió, desmontó y lo examinó de cerca, antes de ver algo en él que sirviera para identificarlo. Si hubiera estado ricamente ataviado, como lo había estado muchas veces, y si ella hubiera podido verlo entonces, lo habría conocido con bastante rapidez. Pero tardó en reconocerlo y siguió mirándolo hasta que por fin notó una cicatriz que tenía en el rostro, y recordó que el rostro de mi señor Yvain estaba marcado de la misma manera; estaba segura de ello, porque lo había visto a menudo. A causa de la cicatriz, vio que era él sin lugar a dudas; pero se maravilló mucho de cómo sucedió que lo encontró tan pobre y desnudo.

A menudo se persigna de asombro, pero no lo toca ni lo despierta; más bien vuelve a montar en su caballo y, volviendo con los demás, les cuenta entre lágrimas su aventura. No sé si debería demorarme en contarles el dolor que mostró; pero así le habló llorando a su ama: "Mi señora, he encontrado a Yvain, quien ha demostrado ser el mejor caballero del mundo y el más virtuoso. No puedo imaginar qué pecado ha reducido al caballero a tal situación. Creo que debe haber tenido alguna desgracia, lo que le hace degradarse así, porque uno puede perder el juicio a causa del dolor. Y cualquiera puede ver que no está en su sano juicio, porque seguramente nunca sería propio de él conducir él mismo así indecentemente a menos que hubiera perdido la razón. ¡Ojalá Dios le hubiera devuelto el mejor sentido común que jamás tuvo, y quisiera que entonces pudiera consentir en prestar ayuda a su causa! Porque el Conde Alier, que está en guerra con usted, ha hecho un feroz ataque. Vería que la lucha entre ustedes dos pronto se resolvería a su favor si Dios favoreciera sus fortunas para que Yvain volviera a sus sentidos y se comprometiera a ayudarlos en este estrés".

A esto la señora respondió: "¡Cuídate ahora! Porque seguramente, si él no escapa, con la ayuda de Dios creo que podremos despejarle la cabeza de toda la locura y locura. ¡Pero debemos ponernos en camino de inmediato! Recuerdo cierto unguento con el que Morgan el Sabio me obsequió, diciendo que no había delirio de cabeza que no pudiera curar".

Acto seguido partieron hacia el pueblo, que estaba cerca, pues no era más de media legua de las que tienen en ese país; y, en comparación con la nuestra, dos de sus ligas son una y cuatro son dos. Y se queda durmiendo solo, mientras la señora va a buscar el unguento.

La dama abre un estuche suyo y, sacando un estuche, se lo da a la doncella, y le pide que no sea demasiado pródiga en su uso: debe frotar sólo sus sienes con él, porque no sirve de nada aplicarlo en otra parte. ; debería ungir sólo sus sienes con él, y el resto debería conservarlo cuidadosamente,

porque a él no le pasa nada excepto en su cerebro. Ella le envía también una túnica de piel manchada, un abrigo y un manto de seda escarlata.

La doncella los toma y lleva en su mano derecha un excelente palafrén. Y añadió a estos, de su propia tienda, una remera, unas medias suaves y unos cajones nuevos de corte adecuado. Con todas estas cosas, se puso en camino rápidamente y lo encontró todavía dormido donde lo había dejado.

Después de poner su caballo en un recinto donde lo ató rápido, llegó con la ropa y el unguento al lugar donde dormía. Luego se atrevió a acercarse al loco, para poder tocarlo y manejarlo; tomando el unguento lo frotó con él hasta que no quedó nada en la caja, tan solícita por su curación que procedió a ungirlo por completo con él; y lo usó con tanta libertad que no escuchó la advertencia de su ama, ni siquiera la recordaba. Se puso más de lo necesario, pero en su opinión estaba bien empleado. Ella le frotó las sienes y la frente, y todo el cuerpo hasta los tobillos. Ella le frotó las sienes y todo el cuerpo tanto allí bajo el cálido sol que la locura y la tristeza deprimente desaparecieron por completo de su cerebro. Pero ella fue una tontería al ungir su cuerpo, porque eso no había necesidad. Si hubiera tomado cinco medidas, sin duda habría hecho lo mismo.

Se lleva la caja y se refugia escondida junto a su caballo. Pero ella deja la túnica atrás, deseando que, si Dios lo llama de nuevo a la vida, él pueda verlo todo dispuesto, y pueda tomarlo y ponérselo. Ella se posa detrás de un roble hasta que él ha dormido lo suficiente, y está curado y completamente restaurado, habiendo recuperado el ingenio y la memoria.

Entonces ve que está desnudo como el marfil y se siente muy avergonzado; pero se habría sentido aún más avergonzado si hubiera sabido lo que había sucedido. Tal como están las cosas, no sabe nada más que está desnudo. Ve la túnica nueva tendida ante él, y se maravilla mucho de cómo y por qué aventura había llegado hasta allí. Pero está avergonzado y preocupado por su desnudez, y dice que está muerto y completamente perdido si alguien se le ha encontrado allí y lo reconoce.

Mientras tanto, se viste y mira hacia el bosque para ver si alguien se acerca. Intenta ponerse de pie y sostenerse, pero no puede reunir las fuerzas para alejarse, porque su enfermedad lo ha afectado tanto que apenas puede ponerse de pie.

Entonces, la doncella decide no esperar más, pero, montando, pasó cerca de él, como si no se diera cuenta de su presencia. Indiferente de dónde podría venir la ayuda, que tanto necesitaba para llevarlo a algún lugar de alojamiento, donde podría reunir sus fuerzas, la llama con todas sus fuerzas.

Y la damisela, por su parte, mira a su alrededor como si no supiera cuál es el problema. Confundida, va de un lado a otro, sin querer ir directamente hacia él.

Luego comienza a llamar de nuevo: "¡Damisela, ven por aquí, aquí!" Y la doncella guió hacia él su palafrén de pasos suaves. Con esta artimaña le hizo pensar que no sabía nada de él y que nunca lo había visto antes; al hacerlo, fue sabia y cortés.

Cuando estuvo ante él, dijo: "Señor caballero, ¿qué desea que me llame con tanta insistencia?"

-Ah -dijo-, prudente doncella, me he encontrado en este bosque por algún percance, no sé qué. Por el amor de Dios y su fe en Él, le ruego que me preste, tomando mi palabra como prenda, o para darme directamente, ese palafrén que lleva en la mano".

"Con mucho gusto, señor; pero debe acompañarme adonde voy."

"¿De qué manera?" Dice el.

"A un pueblo cercano, más allá del bosque".

"Dime, damisela, si me necesitas."

"Sí", dice ella, "lo hago; pero creo que no estás muy bien. Durante las próximas dos semanas al menos deberías descansar. Toma este caballo, que sostengo en mi mano derecha, e iremos a nuestro lugar de alojamiento".

Y él, que no tenía otro deseo, lo toma y se monta, y continúan hasta llegar a un puente sobre un arroyo veloz y turbulento. Y la doncella arroja al agua la caja vacía que lleva pensando en disculparse ante su ama por su unguento diciendo que tuvo la mala suerte de dejar caer la caja al agua; porque, cuando su palafrén tropezó debajo de ella, la caja se le escapó de las manos y estuvo a punto de caer también, lo que habría sido aún peor suerte. Su intención es inventar esta historia cuando entre en presencia de su amante.

Juntos se mantuvieron firmes hasta llegar al pueblo, donde la dama detuvo a mi señor Yvain y le pidió a la doncella en privado su caja y unguento; y la doncella le repitió la mentira tal como la había inventado, sin atreverse a decirle la verdad.

Entonces la señora se enfureció mucho y dijo: "Esta es ciertamente una pérdida muy grave, y estoy seguro y seguro de que la caja nunca se volverá a encontrar. Pero como sucedió así, no hay nada más que hacer al respecto. . A menudo se desea una bendición que resulta ser una maldición, por eso yo, que buscaba la bendición y la alegría de este caballero, he perdido la más

querida y preciosa de mis posesiones. Sin embargo, le ruego que le sirva en todos los aspectos. . "

—¡Ah, señora! ¡Cuán sabiamente habla ahora! Porque sería una lástima convertir una desgracia en dos.

Entonces no dicen más acerca de la caja, sino que ministran de todas las formas posibles para la comodidad de mi señor Yvain, bañándolo y lavándole el cabello, haciéndolo afeitar y cortar, porque uno podría haber levantado un puño lleno de cabello sobre su cabeza. cara. Todas sus necesidades quedan satisfechas: si pide armas, se le proporcionan; si quiere un caballo, le proporcionan uno que sea grande y hermoso, fuerte y enérgico.

Se quedó allí hasta que, un martes, el Conde Alier llegó al pueblo con sus hombres y caballeros, quienes iniciaron incendios y saquearon. Los que estaban en la ciudad se levantaron de inmediato y se equiparon con armas. Algunos armados y otros desarmados, salieron al encuentro de los saqueadores, que no se dignaron retirarse ante ellos, sino que los aguardaron en un paso estrecho. Mi señor Yvain golpeó a la multitud; había tenido un descanso tan largo que sus fuerzas se recuperaron por completo, y golpeó a un caballero en su escudo con tal fuerza que envió en un montón, creo, al caballero junto con su caballo. El caballero nunca volvió a levantarse, porque su columna vertebral estaba rota y su corazón estalló dentro de su pecho. Mi señor Yvain se echó un poco hacia atrás para recuperarse, luego, protegiéndose completamente con su escudo, espoleó hacia adelante para despejar el paso. Uno no podría haber contado hasta cuatro antes de haberlo visto derribar rápidamente cuatro caballeros. Con lo cual, los que estaban con él se volvieron más valientes, para muchos hombres de corazón pobre y tímido, ante la vista de algún valiente que emprende una tarea peligrosa ante sus ojos, serán abrumados por la confusión y la vergüenza, que expulsará al pueblo. pobre corazón en su cuerpo y darle otro como el de un héroe por coraje. Así que estos hombres se volvieron valientes y cada uno se mantuvo firme en la lucha y el ataque.

Y la dama estaba arriba en la torre, de donde vio la lucha y la prisa por ganar y apoderarse del paso, y vio tendidos en el suelo a muchos heridos y muchos muertos, tanto de su propio grupo como del enemigo. , pero más del enemigo que del suyo. Porque mi cortés, audaz y excelente señor Yvain los hizo ceder como el halcón lo hace con la cerceta. Y los hombres y mujeres que habían permanecido dentro de la ciudad declararon mientras presenciaban la contienda: "¡Ah, qué valiente caballero! ¡Cómo hace ceder a sus enemigos, y qué feroz es su ataque! Mata a su alrededor como un león entre los barbechos". ciervo, cuando está impulsado por la necesidad y el hambre. Entonces, también, todos nuestros otros caballeros son más valientes y atrevidos gracias a él, porque, si no fuera por él solo, ni una lanza

se habría astillado ni una espada desenvainada para golpear. . Cuando se encuentra un hombre tan excelente, debe ser amado y muy apreciado. Vea ahora cómo se prueba a sí mismo, vea cómo mantiene su lugar, vea cómo mancha con sangre su lanza y espada desnuda, vea cómo presiona al enemigo y los sigue, cómo viene valientemente a atacar entonces, luego cede y se da la vuelta; pero pasa poco tiempo en ceder, y pronto vuelve al ataque. Míralo en la refriega de nuevo, con qué ligereza estima su escudo, que permite que lo corten en pedazos sin piedad. Fíjate lo ansioso que está por vengar los golpes que tratado con él. Porque, si alguien usara todo el bosque de Argonne para fabricarle lanzas, supongo que no le quedaría ninguna por la noche. Porque rompe todas las lanzas que le ponen en el casquillo y pide más. ¡Y mira cómo empuña la espada cuando la desenvaina! ¡Roland nunca causó tantos estragos con Durandal contra los turcos en Ronceval o en España! Si tuviera en su compañía algunos buenos compañeros como él, el traidor, cuyo ataque estamos sufriendo, se retiraría hoy desconcertado o se mantendría firme sólo para encontrar la derrota ".

Entonces dicen que sería bendecida la mujer que fuera amada por alguien que es tan poderoso en brazos, y que sobre todos los demás puede ser reconocida como una vela entre velas, como una luna entre las estrellas y como el sol sobre la luna. . Se ganó tanto el corazón de todos que la destreza que ven en él les hizo desear que hubiera tomado a su dama por esposa y que él fuera dueño de la tierra.

Así lo alababan hombres y mujeres por igual, y al hacerlo, decían la verdad. Porque su ataque a sus adversarios fue tal que compiten entre sí en fuga. Pero él les aprieta los talones y todos sus compañeros lo siguen, porque a su lado se sienten tan seguros como si estuvieran encerrados en un alto y grueso muro de piedra. La persecución continúa hasta que los que huyen quedan exhaustos, y los perseguidores los atacan y destripan sus corceles. Los vivos se dan vuelta sobre los muertos mientras se hieren y se matan unos a otros. Se producen espantosa destrucción unos a otros; y mientras tanto el Conde huye con mi señor Yvain tras él, hasta que llega con él al pie de una empinada subida, cerca de la entrada de un lugar fuerte que perteneció al Conde.

Allí fue detenido el conde, sin nadie cerca que le prestara ayuda; y sin ningún parlamento excesivo, mi señor Yvain recibió su rendición. Porque tan pronto como lo tuvo en sus manos, y quedaron justos de hombre a hombre, no hubo más posibilidad de escapar, o de rendirse, o de defenderse; de modo que el conde prometió su palabra de ir a entregarse a la dama de Noroison como su prisionera y hacer las paces que ella dictara. Y cuando hubo aceptado su palabra, le hizo desarmar la cabeza y quitarse el escudo que llevaba al cuello, y el Conde le entregó su espada. Así se ganó el

honor de hacer prisionero al conde y entregarlo a sus enemigos, que no ocultan su alegría.

Pero la noticia llegó al pueblo antes de que ellos mismos llegaran. Mientras todos se acercan a recibirlo, la propia dama abre el camino. Mi señor Yvain toma a su prisionero de la mano y se lo presenta. El Conde accedió con gusto a sus deseos y demandas, y la aseguró con su palabra, juramento y promesas. Dándole promesas, le jura que siempre vivirá en paz con ella, le compensará todas las pérdidas que ella pueda demostrar y reconstruirá las casas que él había destruido. Cuando se acordaron estas cosas de acuerdo con el deseo de la dama, mi señor Yvain pidió permiso para partir. Pero ella no le habría otorgado este permiso si él hubiera estado dispuesto a tomarla como amante o casarse con ella. Pero no se dejó seguir ni escoltar un solo paso, sino que se marchó apresuradamente: en este caso, la súplica no sirvió de nada.

Así que empezó a desandar su camino, dejando a la dama muy disgustada, cuya alegría había causado un tiempo antes. Cuando él no se demora más, ella se siente más angustiada e incómoda en proporción a la felicidad que él le había traído, pues ella hubiera querido honrarlo y lo hubiera hecho, con su consentimiento, señor de todas sus posesiones. , o de lo contrario ella le habría pagado por sus servicios la suma que él hubiera nombrado. Pero no prestó atención a ninguna palabra de hombre o mujer. A pesar de su dolor, dejó a los caballeros y a la dama que en vano intentaron detenerlo más tiempo.

Pensativo, mi señor Yvain avanzó a través de un bosque profundo hasta que oyó entre los árboles un grito muy fuerte y lúgubre, y se volvió en la dirección de donde parecía venir. Y cuando llegó al lugar, vio en un espacio despejado un león y una serpiente que lo sujetaba por la cola, quemándole los cuartos traseros con llamas de fuego.

Mi señor Yvain no se quedó boquiabierto ante este extraño espectáculo, sino que se preguntó a cuál de los dos debía ayudar. Luego dice que socorrerá al león, porque una criatura traicionera y venenosa merece ser lastimada. Ahora la serpiente es venenosa, y de su boca brota fuego; tan llena de maldad está la criatura. Entonces mi señor Yvain decide que primero matará a la serpiente.

Sacando su espada, da un paso adelante, sosteniendo el escudo frente a su rostro para no ser lastimado por la llama que emerge de la garganta de la criatura, que es más grande que una olla. Si el león lo ataca a continuación, él también tendrá toda la pelea que desee; pero pase lo que pase después, él

decide ayudarlo ahora. Porque la compasión lo impulsa y le pide que brinde socorro y ayuda a la dulce y noble bestia.

Con su espada, que corta tan limpiamente, ataca a la serpiente malvada, primero hirviéndolo hasta la tierra y cortándolo en dos, luego continúa sus golpes hasta que lo reduce a pequeños pedazos. Pero tuvo que cortar un trozo de la cola del león para llegar a la cabeza de la serpiente, que sostenía al león por la cola. Cortó sólo lo necesario e inevitable.

Cuando hubo liberado al león, supuso que tendría que luchar con él, y el león vendría hacia él; pero al león no le importaba eso.

¡Escuche ahora lo que hizo el león! Actuó con nobleza y buena educación; porque comenzó a hacer evidente que se entregaba a él, parándose sobre sus dos patas traseras e inclinando su rostro a tierra, con las patas delanteras juntas y extendidas hacia él. Luego volvió a caer de rodillas, y toda su cara estaba empapada de lágrimas de humildad. Mi señor Yvain sabe a ciencia cierta que el león le está agradeciendo y rindiéndole homenaje por la serpiente que había matado, librándolo así de la muerte. Estaba muy complacido con este episodio.

Limpió su espada del veneno y la inmundicia de la serpiente; luego lo volvió a poner en su vaina y reanudó su camino. Y el león camina junto a él, sin querer separarse de él en adelante; siempre lo acompañará en el futuro, deseoso de servirlo y protegerlo. Sigue adelante hasta que huele en el viento en su camino unas fieras pasciendo; luego el hambre y su naturaleza lo impulsan a buscar su presa y asegurarse su sustento. Es su naturaleza hacerlo así. Se adelantó un poco por el sendero, mostrándole así a su amo que se había encontrado y detectado el olor y el olor de alguna caza salvaje. Luego lo mira y se detiene, deseando cumplir todos los deseos y sin querer proceder contra su voluntad. Yvain entiende por su actitud que está demostrando que espera su placer. Él lo percibe y comprende que si se detiene, él también lo hará, y que si lo sigue, se apoderará del juego que ha perfumado.

Luego lo incita y le llora, como haría con los perros de caza. Enseguida el león dirigió su nariz hacia el olor que había detectado, y por el cual no se dejó engañar, pues no había disparado un arco cuando vio en un valle un ciervo pastando solo. Este ciervo lo agarrará, si se sale con la suya. Y así lo hizo, en la primera primavera, y luego bebió su sangre todavía caliente. Cuando lo hubo matado, lo puso sobre su espalda y se lo llevó a su amo, quien entonces concibió un mayor cariño por él, y lo eligió como compañero para toda su vida, debido a la gran devoción que encontró en él.

Ya estaba a punto de caer la noche, y le pareció bien pasar la noche allí y despojar a los ciervos de todo lo que quisiera comer. Empezando a

trincharlo, parte la piel a lo largo de la costilla, y tomando un filete del lomo saca de un pedernal una chispa, que atrapa en alguna maleza seca; luego rápidamente pone su bistec en un asador para asar para cocinar delante del fuego y lo asa hasta que esté completamente cocido. Pero no hubo placer en la comida, porque no había pan, ni vino, ni sal, ni cuchillo, ni nada más.

Mientras comía, el león yacía a sus pies; no hizo un movimiento, sino que lo miró fijamente hasta que hubo comido todo lo que pudo comer del bistec. Lo que quedó del ciervo lo devoró el león, hasta los huesos. Y mientras toda la noche su amo apoyó la cabeza sobre su escudo para obtener el descanso que le proporcionaba, el león mostró tal inteligencia que se mantuvo despierto, y tuvo cuidado de proteger al caballo mientras se alimentaba de la hierba, que producía un ligero alimento.

Por la mañana se van juntos, y al parecer, con el mismo tipo de existencia que habían llevado esa noche, los dos continuaron liderando toda la semana siguiente, hasta que la casualidad los llevó al manantial bajo el pino. Allí, mi señor Yvain casi pierde el juicio por segunda vez, cuando se acerca al manantial, con su piedra y la capilla que estaba cerca.

Tan grande fue su angustia que mil veces suspiró "¡ay!" y el dolor cayó en un desmayo; y la punta de su espada afilada, cayéndose de la vaina, atravesó las mallas de su cota justo en el cuello al lado de la mejilla. No hay una malla que no se extienda, y la espada corta la carne de su cuello debajo de la malla brillante, de modo que hace brotar la sangre.

Entonces el león piensa que ve a su amo y compañero muertos. Nunca escuchaste narrar o contar un dolor más grande de lo que ahora comenzaba a mostrar. Se arroja, se rasca y llora, y desea suicidarse con la espada con la que cree que su amo se ha matado. Tomando la espada de su amo con los dientes, la pone sobre un árbol caído y la sostiene sobre un tronco detrás, para que no se resbale ni ceda, cuando arroje su pecho contra ella. Su intención casi se cumplió cuando su maestro se recuperó de su desmayo y el león se contuvo mientras corría ciegamente hacia la muerte, como un jabalí sin prestar atención a dónde se hiere.

Así, mi señor Yvain yace desmayado junto a la piedra, pero, al recuperarse, se reprochó violentamente a sí mismo por el año durante el cual había excedido su permiso y por el cual había incurrido en el odio de su dama, y dijo: "¿Por qué esto? ¿No se matará el infeliz que se ha privado así de la alegría? ¡Ay! ¿Por qué no me quito la vida? ¿Cómo puedo quedarme aquí y contemplar lo que es de mi señora? ¿Por qué el alma todavía se queda en mi cuerpo? ¿Qué es el alma? ¿En un marco tan miserable? Si ya se hubiera escapado, no estaría en tal tormento. Es apropiado odiarme, culparme y

despreciarme a mí mismo, como de hecho yo lo hago. Quienquiera que pierda su felicidad y satisfacción por culpa o error de El suyo debe odiarse a sí mismo mortalmente. Debe odiarse y matarse. Y ahora, cuando nadie está mirando, ¿por qué me perdono así? ¿Por qué no me quito la vida? ¿No he visto a este león una presa para tal dolor en mi nombre que estaba a punto de atravesarle el pecho con mi espada? ¿Temen a la muerte que han transformado la felicidad en dolor? Joy es ahora un extraño para mí. ¿Alegría? ¿Qué alegría es esa? No diré más de eso, porque nadie podría hablar de tal cosa; y he hecho una pregunta tonta. Ese fue el gozo más grande de todos los que se aseguré como posesión mía, pero duró poco tiempo. Quien pierde tal gozo por su propia fechoría, no merece la felicidad".

Entonces mi señor Yvain se marcha, y el león, como de costumbre, lo sigue. Viajaron hasta llegar al lugar fortificado de un barón, que estaba completamente rodeado por una muralla maciza, fuerte y alta. El castillo, que estaba extraordinariamente bien protegido, no temía el asalto de una catapulta o una máquina de asalto; pero fuera de los muros, el terreno estaba tan completamente despejado que no quedaba en pie ni una sola choza o vivienda. Aprenderá la causa de esto un poco más tarde, cuando llegue el momento.

Mi señor Yvain se dirigió directamente hacia el lugar fortificado, y salieron siete varlets que bajaron el puente y avanzaron a su encuentro. Pero se aterrorizaron al ver al león, que vieron con él, y le pidieron amablemente que dejara al león en la puerta para que no los hiriera o los matara.

Y él responde: "¡No digas más de eso! Porque no entraré sin él. O los dos encontraremos refugio aquí o me quedaré afuera; él es tan querido para mí como yo mismo. Sin embargo, no debes tener miedo de él! Porque lo tendré tan bien en la mano que usted puede estar bastante seguro".

Ellos respondieron: "¡Muy bien!"

Luego entraron en el pueblo y siguieron adelante hasta que se encontraron con caballeros y damas y encantadoras doncellas que venían por la calle, que lo saludan y esperan para quitarse la armadura mientras dicen: "¡Bienvenido a nuestro medio, hermoso señor! Y que Dios lo conceda. ¡Quédate aquí hasta que te vayas con gran honor y satisfacción!"

Tanto altos como bajos le brindan una alegre bienvenida, y hacen todo lo que pueden por él, mientras lo escoltan alegremente hasta la ciudad. Pero después de haber expresado su alegría, se sienten abrumados por el dolor, que los hace olvidar rápidamente su alegría, ya que comienzan a lamentarse, llorar y golpearse a sí mismos. Así, durante un largo espacio de tiempo, no

dejan de regocijarse ni de lamentarse: es para honrar a su huésped que se regocijan, pero su corazón no está en lo que hacen, porque están muy preocupados por un evento que esperan tiene lugar al día siguiente, y están muy seguros y seguros de que sucederá antes del mediodía.

Mi señor Yvain estaba tan sorprendido de que tan a menudo cambiaran de humor y mezclaran el dolor con su felicidad, que se dirigió al señor del lugar sobre el tema. "Por el amor de Dios", dijo, "hermoso y gentil señor, ¿tendría la amabilidad de informarme por qué me ha honrado de esta manera y ha mostrado a la vez tanta alegría y tanta tristeza?"

"Sí, si deseas saber, pero sería mejor que desearas la ignorancia y el silencio. Nunca te diré voluntariamente nada que te cause dolor. Permítanos seguir lamentándonos, y no prestes atención a lo que ¡hacer!"

"Sería imposible para mí verte triste y no tomarlo en mi corazón, así que deseo saber la verdad, sea cual sea el disgusto que me pueda resultar".

"Bueno, entonces", dijo, "te lo contaré todo. He sufrido mucho por un gigante, que ha insistido en que le dé a mi hija, que supera en belleza a todas las doncellas del mundo. Este gigante malvado, a quien Dios confunda, se llama Arpín de la Montaña. No pasa un día sin que tome todas mis posesiones sobre las que pueda poner sus manos. Nadie tiene más derecho que yo para quejarme, estar triste y hacer Lamento. Bien podría perder los sentidos de la misma pena, porque tenía seis hijos que eran caballeros, más bellos que cualquiera que conociera en el mundo, y el gigante se ha llevado los seis. Ante mis ojos mató a dos de ellos, y Mañana matará a los otros cuatro, a menos que encuentre a alguien que se atreva a luchar contra él por la liberación de mis hijos, o que yo consienta en entregarle a mi hija. Ese es el desastre que me espera mañana, a menos que el Señor Dios me conceda Su ayuda. Así que no es de extrañar, hermoso señor, que todos estemos llorando. Pero por tu bien, por el momento, nos esforzamos por asumir un semblante tan alegre como podamos. Porque es un necio el que atrae a un caballero a su presencia y luego no lo honra; y pareces ser un perfecto caballero. Ahora les he contado toda la historia de nuestra gran angustia. Ni en la ciudad ni en la fortaleza nos ha dejado el gigante nada, salvo lo que tenemos aquí. Si te habías fijado, debiste haber visto esta noche que no nos ha dejado ni un huevo, excepto estas paredes que son nuevas; porque ha arrasado toda la ciudad. Cuando hubo saqueado todo lo que quiso, prendió fuego a lo que quedaba. De esta manera me ha hecho muchas malas acciones".

Mi señor Yvain escuchó todo lo que su anfitrión le dijo, y cuando lo hubo escuchado todo, se complació en contestarle: "Señor, lamento y angustia este problema suyo; pero me maravilla mucho que no haya pedido

ayuda. en la buena corte del rey Arturo. No hay hombre tan poderoso que no pueda encontrar en su corte a alguien que se alegraría de probar su fuerza con la suya ".

Entonces el hombre rico le revela y le explica que habría tenido una ayuda eficaz si hubiera sabido dónde encontrar a mi señor Gawain. "Él no me habría fallado en esta ocasión, porque mi esposa es su propia hermana; pero un caballero de una tierra extraña, que fue a la corte para buscar a la esposa del Rey, se la ha llevado. Sin embargo, él no pudo haber tomado posesión de ella por cualquier medio de su propia invención, si no hubiera sido por Kay, quien engañó tanto al Rey que entregó a la Reina a su cargo y la puso bajo su protección. Él era un tonto, y ella imprudente confiarse a su ¡Y yo soy el que sufre y pierde en todo esto! Porque es seguro que mi excelente señor Gawain se habría apresurado a venir aquí, si hubiera conocido los hechos, por el bien de sus sobrinos y su sobrina. no sabe nada de eso, por lo que estoy tan angustiado que mi corazón casi se rompe, porque él ha ido en pos de él, a quien Dios traerá vergüenza y dolor por haber llevado a la Reina ".

Mientras escucha este recital, mi señor Yvain no deja de suspirar. Inspirado por la lástima que siente, responde: "Hermoso y gentil señor, con mucho gusto emprendería esta peligrosa aventura, si el gigante y sus hijos llegaran".

mañana a tiempo para no causarme demora, porque mañana al mediodía estaré en otro lugar, de acuerdo con una promesa que hice.

"De una vez por todas, hermoso señor", dijo el buen hombre, "te agradezco cien mil veces tu disposición". Y toda la gente de la casa también expresó su gratitud.

En ese momento, la doncella salió de una habitación, con su cuerpo grácil y su rostro tan hermoso y agradable a la vista. Era muy sencilla, triste y callada cuando llegó, porque el dolor que sentía no tenía fin: caminaba con la cabeza inclinada hacia el suelo. Y su madre también entró desde una habitación contigua, porque el caballero había enviado a buscar a su invitado.

Entraron con sus mantos envueltos alrededor de ellos para ocultar sus lágrimas, y él les ordenó que se echaran hacia atrás sus mantos y levantaran la cabeza, diciendo: "No deben dudar en obedecer mis mandatos, porque Dios y la buena fortuna han dado aquí un señor muy bien nacido que me asegura que luchará contra el gigante. ¡No tarden más ahora en tirarse a sus pies! "

"¡Que Dios nunca me deje ver eso!" mi señor Yvain se apresura a exclamar; "Seguramente no sería apropiado bajo ninguna circunstancia que la hermana y la sobrina de mi señor Gawain se postraran a mis pies. ¡Que Dios me proteja de dar lugar a tal orgullo que las deje caer a mis pies! Nunca olvidaré la vergüenza que sentiría; pero me alegraría mucho si se consolaran hasta mañana, cuando pudieran ver si Dios consiente en ayudarlos. No tengo otra petición que hacer, excepto que el gigante puede llegar en tan buen momento que no me vea obligado a romper mi compromiso en otro lugar, porque no fallaría en que nada esté presente mañana al mediodía en el mayor negocio que pueda emprender".

Por lo tanto, no está dispuesto a tranquilizarlos por completo, porque teme que el gigante no llegue lo suficientemente temprano como para permitirle llegar a tiempo a la damisela que está prisionera en la capilla. Sin embargo, les promete lo suficiente como para despertar buenas esperanzas en ellos. Todos se unen para agradecerle, porque tienen una gran confianza en su destreza, y piensan que debe ser un muy buen hombre, cuando ven al león a su lado tan confiado como lo estaría un cordero. Se consuelan y se regocijan por la esperanza que ponen en él, y ya no permiten su dolor.

Cuando llegó el momento, lo llevaron a la cama en una habitación bien iluminada; tanto la doncella como su madre lo escoltaban, porque lo apreciaban mucho y lo hubieran hecho cien mil veces más si hubieran sido informados de su destreza y cortesía.

El y el león juntos se acostaron allí y descansaron. Los demás no se atrevieron a dormir en la habitación; pero cerraron la puerta con tanta fuerza que no pudieron salir hasta el día siguiente al amanecer.

Cuando la sala se abrió de par en par, se levantó y escuchó misa, y luego, por la promesa que había hecho, esperó hasta la hora principal. Luego, en presencia de todos, llamó al señor de la ciudad y le dijo: "Mi señor, no tengo más tiempo para esperar, pero debo pedirle permiso para irme de inmediato; no puedo quedarme más aquí. Pero crea verdaderamente que lo haría. Con mucho gusto y de buena gana quedarme aquí un tiempo por el bien de los sobrinos y la sobrina de mi amado señor Gawain, si no tuviera un gran negocio entre manos, y si no estuviera tan lejos".

Ante esto, la sangre de la doncella se estremeció y hervía de miedo, así como la de la dama y la del señor. Tenían tanto miedo de que se fuera que estuvieron a punto de humillarse y arrojarse a sus pies, cuando recordaron que él no aprobaría ni permitiría su acción.

Entonces el señor le hace una oferta de todo lo que tomará de sus tierras o riquezas, si tan solo espera un poco más.

Y él respondió: "¡Dios no permita que yo tome algo tuyo!"

Entonces la doncella, que está consternada, comienza a llorar en voz alta y le ruega que se quede. Como distraída y presa de pavor, le ruega por la gloriosa reina del cielo y de los ángeles, y por el Señor, que no se vaya, sino que espere un poco; y luego también, por su tío, a quien dice conocer, amar y estimar. Entonces su corazón se conmueve con profunda piedad cuando la oye conjurarle en el nombre de aquel a quien más ama, y por la señora del cielo, y por el Señor, que es la mismísima miel y el dulce aroma de la piedad. Lleno de angustia exhaló un suspiro, porque si el reino de Tarso estuviera en juego, no la vería quemada a quien había prometido su ayuda. Si no podía llegar a ella a tiempo, no podría soportar su vida o seguiría viviendo sin su ingenio; por otra parte, la bondad de su amigo, mi señor Gawain, no hizo más que aumentar su angustia: su corazón casi estalla en dos al pensar que no puede demorar.

Sin embargo, no se mueve, sino que se demora y espera tanto que el gigante vino de repente, trayendo consigo a los caballeros; y colgando de su cuello llevaba una gran estaca cuadrada con un extremo puntiagudo, y con esto frecuentemente los espoleó. Por su parte, no llevaban ropa que valiera una pajita, salvo algunas camisas sucias y sucias; y sus pies y manos estaban atados con cuerdas, cuando venían cabalgando sobre cuatro jades cojeando, que eran débiles y delgados, y miserables. Mientras avanzaban cabalgando junto a un bosque, un enano, que estaba hinchado como un sapo, había atado las colas de los caballos y caminaba junto a ellos, golpeándolos sin piedad con un azote de cuatro nudos hasta que sangraban, creyendo así ser haciendo algo maravilloso.

Así fueron llevados avergonzados por el gigante y el enano. Al detenerse en la llanura frente a la puerta de la ciudad, el gigante le grita al noble señor que matará a sus hijos a menos que le entregue a su hija.

El hombre digno está casi fuera de sí. Su agonía es como la de quien prefiere estar muerto que vivo. Una y otra vez lamenta su destino, llora y suspira en voz alta.

Entonces mi franco y gentil señor Yvain comenzó a hablarle: "Señor, muy vil e insolente es ese gigante que se jacta de sí mismo. ¡Pero que Dios nunca conceda que tenga a su hija en su poder! La desprecia y la insulta. ella abiertamente. ¡Dame ahora mis brazos y mi caballo! Haz que bajen el puente levadizo y déjame pasar. Uno o el otro deben ser derribados, yo o él, no sé cuál. Si tan solo pudiera humillar al cruel desdichado que está oprimiéndote así, para que soltara a tus hijos y viniera y reparara las palabras insultantes

que te ha dicho, entonces te encomendaría a Dios y me ocuparía de mis asuntos ".

Luego van a buscar su caballo y le entregan sus brazos, esforzándose tan rápidamente que pronto lo tienen completamente equipado. Se demoraron lo menos que pudieron en armarlo. Cuando su equipo estuvo completo, no le quedó nada más que bajar el puente y dejarlo ir. Se lo bajaron y salió. Pero el león de ninguna manera se quedaría atrás.

Todos los que quedaron atrás encomendaron al caballero al Salvador, porque temen mucho que su diabólico enemigo, que ya había matado a tantos buenos hombres en el mismo campo ante sus ojos, hiciera lo mismo con él. Así que le piden a Dios que lo defiendan de la muerte y que se lo devuelva sano y salvo, y que le dé fuerzas para matar al gigante. Cada uno reza suavemente a Dios de acuerdo con su deseo.

Y el gigante se acercó ferozmente a él, y con palabras amenazadoras le dijo así: "¡A mis ojos, el hombre que te envió aquí seguramente no te amaba! No podría haber tomado una mejor manera de vengarse de ti. Él ha escogido bien su venganza por cualquier daño que le hayas hecho ".

Pero el otro, sin miedo a nada, responde: "Tú tratas lo que no importa. Ahora haz tu mejor esfuerzo y yo haré el mío. El parlamento ocioso me cansa".

Entonces mi señor Yvain, que estaba ansioso por partir, cabalga hacia él. Va a golpearlo en el pecho, que estaba protegido por la piel de un oso, y el gigante corre hacia él con su estaca levantada en el aire.

Mi señor Yvain le asesta un golpe en el pecho tal que le atraviesa la piel y moja la punta de la lanza en la sangre de su cuerpo a modo de salsa. Y el gigante lo golpea con la estaca y lo hace doblegar bajo los golpes. Entonces, mi señor Yvain desenvaina la espada con la que sabía dar golpes feroces. Encontró al gigante desprotegido, pues confiaba tanto en su fuerza que desdeñaba armarse. Y el que había desenvainado su hoja le dio tal tajo con el filo y no con el lado plano, que cortó de su mejilla una rebanada digna de asar. Entonces el otro a su vez le dio tal golpe con la estaca que le hizo hundirse en un montón sobre el cuello de su caballo.

Entonces el león se eriza, listo para prestar ayuda a su amo, y da un salto en su ira y fuerza, y golpea y rompe como un ladrido la pesada piel de oso que llevaba el gigante, y se arranca debajo de la piel una gran parte de su muslo. , junto con los nervios y la carne. El gigante escapó de sus garras, rugiendo y aullando como un toro, porque el león lo había herido gravemente. Luego, levantando su estaca con ambas manos, pensó en

golpearlo, pero falló su objetivo, cuando el león saltó hacia atrás por lo que falló su golpe y cayó exhausto junto a mi señor Yvain, pero sin que ninguno de los dos se tocara al otro. Entonces mi señor Yvain apuntó y le asestó dos golpes. Antes de que pudiera recuperarse, había cortado con el filo de su espada el hombro del gigante de su cuerpo.

Con el siguiente golpe pasó toda la hoja de su espada a través de su hígado debajo de su pecho: el gigante cae en el abrazo de la muerte. Y si un gran roble cayera, creo que no haría más ruido que el que hizo el gigante al caer. Todos los que estaban en la pared hubieran sido testigos de tal golpe.

Entonces se hizo evidente quién era el más ágil de pies, pues todos corrieron a ver el juego, al igual que los sabuesos que han seguido a la bestia hasta que finalmente se le acercan. Así que hombres y mujeres en rivalidad corrieron sin demora hacia donde el gigante yacía boca abajo. La hija llega corriendo y su madre también. Y los cuatro hermanos se regocijan después de las aflicciones que han sufrido.

En cuanto a mi señor Yvain, están muy seguros de que no podrían detenerlo por ninguna razón que pudieran alegar; pero le ruegan que regrese y se quede para divertirse tan pronto como haya completado el negocio que lo llama. Y él responde que no puede prometerles nada, porque todavía no puede adivinar si le irá bien o mal. Pero tanto le dijo a su anfitrión: que deseaba que sus cuatro hijos y su hija tomaran al enano y fueran a ver a mi señor Gawain cuando supieran de su regreso, y le contaran y le contaran cómo se había comportado. Porque las acciones amables no sirven de nada si no estás dispuesto a que se conozcan.

## CAPITULO XIII

### EL TURKE Y GAWAIN

Una terrible generación de gigantes vivió una vez en la Isla de Man, como cualquiera en el oeste de Inglaterra podría haberle dicho hace cien años, o quinientos para el caso. Hoy en día, esta isla de Mona en el mar de Irlanda no produce nada más extraño que los gatos sin cola de la Isla de Man y una raza terca de personas que se aferran más obstinadamente a sus antiguas costumbres nórdicas y celtas, con "jueces" para juzgarlos y una legislatura. y vicegobernador propio para sus 20.000 habitantes.

Pero en los días del gran Rey Arturo era de conocimiento común que una horda de gigantes había expulsado a la primera población de hadas de la isla y, después de gobernar a muchas generaciones en la forma descortés habitual de los gigantes, habían sido dominados por los poderoso encantador Merlín, y yacen hechizados para siempre en vastas cámaras subterráneas debajo de su antiguo palacio.

Y si tiene alguna duda sobre esto, y le resulta difícil verificar la historia consultando a un hombre de Man (o mejor aún a una anciana de Manx), ¿por qué solo necesita ir a "La historia y descripción de la Isla de Man", donde el Sr. Waldron hace sólo setenta años relató todos los hechos en cuanto a "Curiosas y auténticas relaciones de apariciones de gigantes que han vivido bajo el castillo desde tiempos inmemoriales. Asimismo, muchas historias cómicas y entretenidas de las travesuras de las hadas, etc."

Él mismo vio debajo de Douglas Fort el "apartamento subterráneo muy fuerte y secreto, que no tiene más paso que un agujero, que está cubierto con una gran piedra, y se llama 201

hasta el día de hoy 'La cámara del gran hombre' ". También muchos sabios le contaron cómo varios espíritus aventureros que se aventuraron a bajar a las cámaras subterráneas en Castleton, y ninguno de ellos regresó nunca para dar cuenta de lo que sin duda había visto, excepto un individuo temerario, lleno de "coraje holandés", que se arriesgó a intentarlo a pesar del espantoso destino de sus predecesores. Este afortunado relató a su regreso que, después de atravesar interminables pasillos negros, por fin llegó a una luz y una magnífica vivienda , en el que yacía un monstruo de catorce pies de largo y

diez u once pies alrededor, por lo que, como un hombre sabio y prudente, volvió sobre sus pasos sin más investigación.

Y hay un testimonio más vívido que este. Probablemente hace cinco o seis siglos, un juglar desconocido hizo una balada contando todo sobre esta prole gigante y lo que le sucedió al valiente sir Gawain en su aventura en esa terrible isla.

Algunas partes de esta balada se han perdido (las sirvientas de la casa de Humphrey Pitt en Shropshire las utilizaron para encender las hogueras, donde el obispo Percy, alrededor de 1760, encontró el antiguo libro manuscrito del siglo XVII que lo contenía). es simple, y el romance se encuentra aquí esencialmente como fue escrito alrededor de 1650, habiendo sido transmitido oralmente durante cientos de años antes de eso.

Escuchen, señores grandes y pequeños, qué aventuras sucedieron en Inglaterra, donde han estado los caballeros que sostuvieron la Mesa Redonda, guerreros valientes y entusiastas.

Toda Inglaterra, tanto en el este como en el oeste, señores y damas de lo mejor, los pincharon y los hicieron inclinarse, y mientras el rey Arturo se sentaba en su asiento —los señores le servían en su comida—, entró un hombre en la sala. No era alto, pero era ancho, tenía piernas y muslos como un pavo (un enano). Dijo el:

"¿Hay alguien que, como hermano, me dé un buffet y tome otro, si es que alguno es tan resistente?"

Entonces habló ese caballero cangrejo, Sir Kay:

"Hombre, no pareces tan fuerte de ingenio si no eres asustado, porque hay caballeros dentro de esta sala que te derribarán al suelo de un golpe. Nunca seas tan incondicional, me atrevo a jurar que te llevaré a el terreno."

Entonces habló ese digno caballero Sir Gawain:

—Primo Kay, hablas indignamente y tu respuesta es grosera. Si este hombre quiere ingenio, un pequeño honor para ti si lo matas.

El enano respondió amenazadoramente: "Vamos, el mejor de ustedes dos, aunque sea feroz como un jabalí".

Con eso, Gawain se levantó y lo golpeó, pero no con toda su fuerza, para que no lo matara directamente. Pero para su sorpresa, el enano no cayó antes del golpe sino que lo resistió. Entonces el enano lo miró amenazadoramente y dijo:

"Asegúrate de que cuando llegue el momento, este buffet que me has dado estará bien terminado. Pero antes de eso, debes ir conmigo en una aventura, y te haré tres veces más asustado que nunca el hombre en esta tierra media antes de que veas este tribunal de nuevo".

"Yo apuesto mi fe", dijo Gawain. "Me atrevo a ir contigo y nunca volar. Nunca huiré de una aventura, ya sea una justa o cualquier otro torneo".

El enano se despidió del rey coronado y sir Gawain preparó su armadura y su corcel. Cabalgaron hacia el norte dos días o más. Para entonces, sir Gawain estaba muy hambriento y tenía una gran necesidad de carne y bebida. El enano sabía que necesitaba comida y le dijo duras palabras, con la cabeza en alto:

"Gawain, ¿dónde está toda tu abundancia? El otro día te sirvieron manjares y no me diste nada, sino que me magullaste con un buffet: por lo tanto, tendrás un mimo y verás aventuras. Solo tendría yo aquí al rey Arturo. y muchos de tus compañeros de hermandad que están acostumbrados a luchar por el dominio".

Condujo a sir Gawain a una colina alta. De repente, la tierra se abrió y se cerró de nuevo, y Gawain comenzó a temer; la oscuridad descendió y la luz desapareció; y una tormenta de nieve y lluvia, con truenos y relámpagos, se desató sobre ellos.

Sir Gawain suspiró profundamente. "Este clima", dijo, "nunca vi antes, en ningún lugar donde he estado".

El enano no le prestó atención y lo condujo a un largo viaje, hasta que por fin divisaron un noble castillo junto al mar. "Entraremos", dijo el guía, "pero ten cuidado de que si ves a alguien dentro, no hables a hombre ni a mujer. Sí, aunque se dirijan a ti, bajo tu propio riesgo, no les respondas, sino sólo a yo."

Así que cabalgaron hasta el castillo y Sir Gawain bajó de su caballo. El enano, que ya estaba a pie, lo condujo a través de las puertas. Allí encontraron una cámara, una glorieta y un vestíbulo, con ricas barandillas y muy agradables a la vista. En el salón se extendió una tabla con todo tipo de carne y bebida para los mozos que pudieran ganar allí. Sir Gawain habría caído en esa tarifa, pero el enano le pidió que lo dejara en paz bajo su propio riesgo, por lo que se puso ansioso.

Dijo Gawain: "Hombre, me maravilla que no escatimes ninguno de estos víveres cuando hay tanta abundancia aquí. Sin embargo, me asombra más, por mi parte, que no veo ni hombre ni hombre, mujer ni niño. sea libre de

comerme hasta saciarme de esta hermosa carne que de tener todo el oro de la cristiandad " .

Ante eso, el enano salió y regresó inmediatamente, trayendo carne y bebida de lo mejor.

"Come, Gawain", dijo, "y refresca tu espíritu. Con fe trabajarás y sudarás antes de tener más comida".

Cuando el caballero hubo bebido cerveza y vino, dijo: "Estaré listo, sin jactancia ni amenaza, a tus órdenes. Sin embargo, te ruego que me des mi bufé y me dejes seguir mi camino porque ya no estaría en este lugar."

El enano le recordó su palabra prometida, en ese momento, y lo condujo fuera de nuevo. Allí había un bote junto a la orilla; y, obedeciendo a su guía, sir Gawain soltó su corcel. De hecho, no podía hacer nada más.

"Te aseguro mi fidelidad", dijo el enano, "estará aquí cuando vuelvas".

Navegaron por el agua por espacio de una hora, cuando apareció ante ellos una isla en la que se alzaba un hermoso castillo que el caballero nunca había visto.

Dijo el enano: "Gawain, hemos llegado hasta aquí sin espanto; pero ahora llega la ejecución de tu juramento. En ese castillo mora el Rey del Hombre. Es un soldado de paganos, y lleva consigo una espantosa derrota de Gigantes como uno no podría igualar si buscó lejos y cerca tan ancho como el mundo. Muchas aventuras están por delante; y no dudes que seremos atacados antes de que ganemos de nuevo. Pero si me prestas mucha atención, te ayudaré en necesidad; y creo que no hay nadie tan fuerte en la calle como para contradecirnos " .

Aterrizaron y entraron en el gran salón, donde estaba sentado el Rey del Hombre, sombrío y terrible.

"Ah, sir Gawain, rígido y fuerte", dijo, "¿cómo le va a su tío el rey Arturo? ¿Y ese obispo, sir Bodwine, que no deja en paz mis bienes sino que los odia todos los días? Predica mucho sobre una corona de espinas. ; pero siempre que lo atrape, pensará que es una corona así, pero jugará. Siéntese a mi mesa, señor caballero.

"No, puede que no sea así", dijo Sir Gawain. Creo que un caballero aventurero no se sentará en la sala de ningún rey antes de haber ensayado aventuras.

"Bien, que os caiga entonces, Gawain", dijo el Rey. "Vayan, tráiganme mi pelota de tenis", dijo a los que estaban cerca, "porque veré jugar a este caballero".

Entonces trajeron una bola enorme, toda de bronce; y detrás de él venía una espantosa compañía de gigantes. Tenían diecisiete

en número, y el menor de ellos era la mitad de alto de nuevo que el caballero.

Gawain miró a estas monstruosas criaturas que se reían y mostraban sus horribles dientes de placer ante la perspectiva de que se le salieran los sesos en el transcurso de este extraño juego. Luego miró la bola de bronce y supo que no había ningún hombre en toda Inglaterra capaz de cargarla, y mucho menos jugar a la pelota con la mano como se había propuesto. Y en su corazón comenzó a sentir un gran temor de estar aquí en ese momento para ser avergonzado y asesinado. En ese momento, el enano le habló en secreto al oído.

Al rey severo, el caballero le dijo: "Esta es una jugada demasiado fácil para un caballero probado. Este chico mío jugará para ti".

Entonces uno de los gigantes golpeó la gran bola pesada; y el enano le devolvió el golpe con tanta fuerza que salió volando por la puerta del vestíbulo y se perdió de vista.

"La verdad es que tienes un chico fuerte", dijo el Rey. "Ahora intentemos lanzar el axletree".

Así que sacaron un monstruoso árbol de hachas que solo uno de los gigantes podía levantar. El más alto de los gigantes hizo un yeso desde el otro extremo del salón, de modo que la tremenda masa se estrelló ante los pies del caballero y su compañero. Gawain hizo una señal; por lo que el enano tomó el enorme árbol de hacha y lo arrojó con tanta astucia que atravesó a uno de los gigantes, y éste cayó al suelo con un gemido espantoso.

"Quita el axletree", dijo el Rey. "Nunca antes había visto un muchacho así; sin embargo, mientras pueda prosperar, estará mejor 207

ensayado antes de irse. Esta tercera aventura es la última que tengo ante mí en este momento " .

Todos se volvieron hacia un monstruoso brasero que estaba en el salón, dentro de cuyas grandes barras de hierro ardían carbones y madera.

"Gawain", dijo un gigante, "comienza la obra. Un gran gigante levantó este brasero y lo dejó en el suelo con una mano. Cuando lo hayas ensayado, uno de nosotros te responderá".

Sir Gawain nunca estuvo tan preocupado desde que era un hombre en la Tierra Media. Luego lo pensó y se volvió hacia el enano.

"Levanta este brasero, muchacho", dijo, "que está tan dignamente labrado".

Al oír eso, el enano se adelantó de un salto y se apoderó de los enormes pomos del brasero de hierro que se elevaba muy por encima de su cabeza. Luego la levantó y la giró tres veces alrededor de su cabeza, que las brasas y las tizas rojas volaron por el suelo del pasillo y tuvieron mucho ruido para apagar el fuego.

El rey se enfureció y les ordenó que pusieran sus manos sobre el caballero; y antes de que pudiera desenvainar su espada, lo desarmaron y lo ataron rápidamente. El rey lo hizo llevar aparte y le habló en secreto.

"Ah, Gawain", dijo el rey, "malo fue para ti el día en que llegaste acá. Muchos caballeros, un poco de poder y fuerza en la batalla, han venido ante ti, y a todos los he matado con mi dominio. . Nunca se fue allí nadie para contar la historia. Ni irás tú, aunque estés caído, ni ninguno que pertenezca al rey Arturo " .

El enano se había puesto una capa de color gris invisible y los siguió, sin ser visto en esta maleza. Escuchó todo esto, y siguió sin moverse cuando el rey condujo a Gawain a un calabozo rápido donde había un gran caldero de plomo hirviendo. El plomo fundido burbujeó y salpicó; y ante él estaba un gigante repugnante con un tenedor de hierro en la mano. El gigante miró ansiosamente al caballero cautivo.

El rey le dijo a su monstruo: "Aquí no hay nadie más que nosotros dos: haz lo mejor".

Pero en ese instante el enano se descubrió en su hierba de gris invisible; y al verlo, el gigante gritó de miedo.

El enano saltó sobre él, lo agarró con fuerza por la cintura y lo arrojó todo como estaba en el caldero de plomo fundido, sujetándolo con las espigas hasta que murió escaldado.

Sir Gawain se volvió hacia el rey: "Pero estás de acuerdo en ser bautizado, ha llegado tu hora".

El rey, enojado, le escupió; y el enano lo agarró y lo arrojó al fuego para que muriera. Luego le dijo a Sir Gawain:

"Maestro, el peligro ha pasado. Sin embargo, no nos demoremos en completar esta aventura".

Así que atravesaron el castillo y mataron a toda esa repugnante compañía, excepto a los que estaban dispuestos a convertirse en cristianos. Y encontraron allí un gran tesoro de oro y plata.

Entonces el enano trajo una vasija de oro, digna de un emperador, y una espada bien templada, y se arrodilló ante Gawain y dijo:

"Si alguna vez hice algo por ti, toma esta espada afilada y córtame la cabeza".

"¡Ahora Dios me perdone!" exclamó Gawain. "No por todo el oro rojo te mataría."

"He terminado, mi amo. No tengo miedo. En esta palangana déjame sangrar y verás una nueva obra".

Tristemente, Gawain tomó la marca y de un golpe se arrancó la cabeza. Y cuando la sangre cayó en la vasija dorada, el enano se puso de pie con su propia apariencia de caballero incondicional. Sir Gromer era alto.

"Bendito seas, Sir Gawain. Bien, me has dejado para mi ayuda."

Luego recorrieron el castillo y liberaron a muchos caballeros y damas cautivos que habían estado retenidos allí en dolour. Y después del banquete cruzaron el agua del océano y regresaron a la corte del Rey Arturo, donde hubo gran alegría por las diecisiete brillantes damas así restauradas.

Sir Gromer, el ex enano, se arrodilló ante Arturo:

"Señor Rey, si le place, coronar a Gawain como Rey del Hombre".

Pero Gawain se arrodilló a su lado y dijo: "No, señor, no yo; dáselo a él, porque él lo ganó".

Entonces dijo Arturo: "Toma tú el reino, Sir Gromer; porque veo que Gawain nunca consentirá".

Y así fue.

212

## **CAPITULO XIV AMADIS ENTRE LOS GIGANTES**

El rey Lisuarte de Gran Bretaña estaba a la mesa; se quitaron los paños y Galaor, Florestan y Agrayes lo rodearon. Estos estaban entre sus principales caballeros, pero lamentaban la ausencia de su hermano y pariente, el incomparable Amadis de la Galia; él, por amor y adoración de la incomparable Oriana, la hija del rey, había vagado durante mucho tiempo disfrazado, realizando hazañas que hicieron sonar al mundo entero con su fama. En algún momento fue conocido como el Niño del Mar, más tarde como el Caballero de la Espada Verde, y en ese momento se le conoció con el nombre de Beltenebros, o el Hermoso Misterio. Y entre sus hazañas había estado el asesinato del rey Abies de Irlanda, cuyos miembros eran como los de un gigante, y que contaba entre sus aliados a muchos asombrosos y feroces gigantes.

Entonces entró un extraño caballero en el palacio, todos armados excepto la cabeza y las manos, y con él dos escuderos, y llevaba en la mano una carta sellada con cinco sellos, que de rodillas presentó al rey, diciendo:

"Que se lea esto, y luego diré lo que he venido".

Lisuarte percibió que se trataba de una credencial y le pidió que dijera su recado.

Entonces dijo el caballero: "Rey, te desafío por parte de Famongomadan, el Gigante del Lago Hirviente; Cartadaque, su sobrino, gigante de la Montaña Defendida; Madanfagul, su hermano-matrimonio, el gigante de la Torre Vermillion; y para Quadragante, hermano del rey Abies de Irlanda, y Arcalaus el Encantador:

"Te dicen que tu muerte y la muerte de todos los que se llaman tuyos está en sus manos, porque vienen contra ti del lado del rey Cildadan. Sin embargo, si entregas a tu hija Oriana a Madasima, la hermosa hija de

Famongomadan , por ser su doncella y sirviente, no te lastimarán, ni serán tus enemigos, sino que la darán en matrimonio cuando sea el momento, a Basogante, hermano de Madasima, quien bien merece ser señor de ella y de tu tierra.

"¡Por lo tanto, rey, mira tu elección! Tal paz o tal guerra".

Lisuarte sonrió cuando empezó a contestar, como quien menosprecia el desafío. "Caballero", dijo, "mejor es una guerra peligrosa que una paz deshonrosa: una mala cuenta debería rendir a Aquel que me ha puesto en este alto rango, si por falta de corazón la degradara tan vergonzosamente. Preferiría elegir la guerra con ellos todos los días de mi vida, y la muerte en esa guerra al fin, que consentir en la paz que ofrecen. Dime dónde puedo enviar un caballero para que les lleve esta respuesta.

"Se pueden encontrar", respondió el embajador, "en el Lago Hirviente, que está en la Isla de Mongaza".

Así se hizo, y un caballero del rey Lisuarte les llevó su respuesta desafiándolos al máximo.

Ahora Amadis estaba en un convento de monjas, pero apenas se recuperó de heridas graves. Envío a Enil, su escudero por el momento, a la siguiente ciudad para que le hicieran armas, un escudo verde con tantos leones dorados como pudiera contener, y para comprarle un caballo, una espada y una coraza, lo mejor que pudo. podría encontrar. Porque se proponía viajar a Millaflares para ver a Oriana, la dama de todos sus pensamientos.

En veinte días todo estaba listo, como él lo había ordenado; y al final de ese tiempo llegó Durin, quien trajo noticias de ella que se llamaba la sin igual. Luego se separó con Durin y escuchó el mensaje de Oriana, y también cómo sus hermanos iban a estar en la batalla contra Cildadan y los gigantes, y del desafío que Famongomadan había enviado, y cómo exigió a Oriana que fuera sirvienta. a su hija, hasta que la diera en matrimonio a su hijo. Cuando escuchó esto, su carne se estremeció con extrema ira, y resolvió en sí mismo, tan pronto como vio a su dama, no emprender ninguna aventura hasta que hubiera encontrado a Famongomadan, y peleó con él un combate hasta la expresión por lo que había hecho. se atrevió a proponer.

Aquella noche Amadís, que aún se llamaba Beltenebros incluso a su compañero, se despidió de las monjas, y temprano al día siguiente, armado con su armadura verde, partió, y Enil con él llevando su escudo, yelmo y lanza. El día estaba despejado, y sintiéndose en sus fuerzas y una vez más en armas, comenzó a manejar su caballo con tanta habilidad que Enil le dijo:

"No sé, señor, cuál puede ser la fuerza de su corazón, pero nunca vi a un caballero aparecer tan bien en armas".

"El valor", dijo Amadis, "está en un buen corazón, no en una buena apariencia. Feliz dádiva tiene aquel a quien Dios ha dotado con ambos. Has juzgado a uno, juzga al otro como verás que se merece cuando se le ponga a prueba. prueba."

Siete días viajaron sin aventuras, y Amadís, a medida que se acercaba, llevaba su casco para que no lo conocieran. El día ocho, cuando pasaban por el pie de una montaña, se encontraron con un caballero montado en un gran caballo bayo, de estatura tan grande que parecía un gigante, y dos escuderos que llevaban sus brazos.

Gritó con voz fuerte a Amadis: "Detente, señor caballero, hasta que me hayas dicho lo que quiero saber".

Amadis miró el escudo del extraño y, al ver allí flores doradas en un campo azul, supo que era Don Quadragante, hermano del rey Abies de Irlanda y su propio enemigo mortal. Sin embargo, recordando a Famongomadan, ahora voluntariamente habría evitado la batalla; como también, porque iba camino de Oriana y temía que la gran proeza de este caballero le causara algún retraso. Sin embargo, se detuvo y le pidió a Enil que le diera los brazos, si era necesario.

"¡Dios te proteja!" dijo Enil. "Me parece más un demonio que un caballero".

"No es un diablo", dijo Amadis, "sino un buen caballero, de quien he oído hasta ahora".

Para entonces llegó Quadragante y le dijo: "Caballero, debes decirme si perteneces a la casa del rey Lisuarte".

"¿Por qué te preguntas?"

"Porque lo desafié a él ya toda su casa, y maté a todos los que encontré".

Amadis sintió que aumentaba su ira y respondió: "¿Eres uno de los que lo ha desafiado?"

"Yo soy, y yo soy el que le hará a él ya los suyos todo el mal que esté en mi poder".

"¿Y quien eres tu?"

"Mi nombre es Don Quadragante; y soy hermano del Rey Abies que fue asesinado por un caballero desconocido de Lisuarte".

"Certes, don Quadragante, a pesar de su alto linaje y su gran destreza en las armas, es una gran locura desafiar al mejor rey del mundo. Los que emprenden más de lo que pueden hacer son más temerarios que resistentes. Yo no soy esto. vasallo del rey, ni yo soy de su tierra, pero por su bondad mi corazón está dispuesto a servirle, para que me cuente entre aquellos a quienes has desafiado; si quieres pelear conmigo, puedes tenerlo; si no, sigue tu camino."

"Creo, caballero", dijo Quadragante, "que habla con tanta valentía porque me conoce tan poco; por favor, dígame su nombre".

Me llaman Beltenebros: no me conocerás por él mejor que antes, porque es un nombre sin renombre; pero, aunque soy de una tierra lejana, he oído que estás buscando a Amadis de la Galia, y por lo que oigo de él, no es una pérdida para usted que no pueda encontrarlo".

"¡Qué!" dijo Quadragante. "¿Lo premias a él, a quien odio tanto, por encima de mí? Sepa que ha llegado la hora de su muerte. Tome sus brazos y defiéndase si puede".

"Podría hacerlo con algunas dudas contra otras, pero no puedo tener ninguna en contra de ti, que estás tan lleno de orgullo y amenazas".

Luego siguieron su curso; Ambos sintieron el impacto: el caballo de Amadis se tambaleó y él mismo resultó herido en el pezón del pecho. Quadragante estaba desarmado y herido en las costillas. Se levantó y corrió hacia Amadis, que no lo vio, pues se estaba ajustando el casco y apuñaló mortalmente a su caballo. Amadis saltó y fue contra él espada en mano con gran ira.

"No hubo valor en esto", gritó. "Tu propio caballo era lo suficientemente fuerte como para haber terminado la batalla sin esta villanía".

Los golpes cayeron tan fuertes y fuertes como si diez caballeros hubieran estado en combate, pues ambos desplegaron toda su fuerza y habilidad, y la lucha duró desde la hora de la tercia hasta las vísperas; pero luego Quadragante, vencido por el cansancio y con un golpe que le dio Amadís en el casco, cayó sin sentido.

Amadis se quitó el casco para ver si estaba muerto; el aire lo reanimó; colocó la punta de la espada en su rostro, diciendo:

"Acuérdate de tu alma, porque eres hombre muerto".

"Ah, Beltenebros", gritó, "por el amor de Dios déjame vivir, por el amor de mi alma".

"Ríndete vencido entonces, y promete cumplir lo que mando".

"Cumpliré tu voluntad de salvar mi vida", dijo Quadragante, "pero no hay razón por la que confiese que estoy vencido: no está vencido quien en su defensa no ha mostrado miedo, haciendo todo lo posible hasta que le fallan las fuerzas y el aliento. y cae; pero el que no hace lo que podría haber hecho, por falta de corazón".

"Dices bien", dijo Amadis, "y me gusta mucho lo que he oído de ti; dame tu mano y tu promesa entonces". Y llamó al escudero para que lo presenciara:

"Irás inmediatamente a la corte del rey Lisuarte, y permanecerás allí hasta que llegue Amadís, y entonces lo perdonarás por la muerte de tu hermano, el rey Abies; porque ellos por su propia voluntad pelearon juntos en listas, y tal venganza, incluso entre los de menor grado, no debe perseguirse. Sin embargo, anulará el desafío contra el rey Lisuarte, y no tomará las armas contra los que están a su servicio".

Todo esto lo prometió Quadragante contra su voluntad y por miedo a la muerte. Luego ordenó a sus escuderos que hicieran una litera y se lo llevaran; y Amadis, montado en el caballo bayo de su antagonista, le entregó las armas a Enil y se marchó.

Cuatro doncellas, que volaban con un esmerejón, habían visto la batalla, y ahora se acercaron y pidieron al desconocido que fuera a su castillo, donde debía ser recibido con honor, por la buena voluntad que había manifestado al rey Lisuarte. Agradecido aceptó su hospitalidad, cansado de la lucha, y los acompañó. No encontraron otra herida que la del pecho, que sangraba mucho; sin embargo, en tres días partió.

El segundo día al mediodía, desde la cima de una colina contempló la ciudad de Londres y, a su derecha, el castillo de Miraflores, donde entonces moraba su señora Oriana. Allí permaneció un rato, contemplando e ideando cómo enviar a Enil.

En ese momento, una compañía de caballeros se burló de él para que hiciera una justa con ellos, y finalmente cabalgó contra ellos y derrotó a los diez, uno tras otro.

Luego vino, teniendo sed, a la Fuente de los Tres Canales, y se quedó allí un rato, charlando con algunas doncellas que iban camino de la corte, y

decidiendo fijarlo como un lugar de reunión con Enil después de que él hubiera estado en la corte. su dama.

Mientras hablaban, llegó por el camino un carro tirado por doce palafrenes, y en él iban dos enanos que conducían. Había muchos caballeros encadenados en la carreta, y sus escudos colgaban a un lado, y muchas doncellas y muchachas entre ellas lloraban y se lamentaban en voz alta.

Antes se fue un gigante, tan grande que temía contemplarlo; montaba un enorme caballo negro, y estaba armado con placas de acero, y su casco brillaba intensamente, y en su mano tenía una lanza de jabalí, cuya punta medía el largo de un brazo. Detrás del carro había otro gigante, que parecía más enorme y terrible que el primero.

Las doncellas con Amadis viéndolas estaban muy aterrorizadas y se escondieron entre los árboles. En ese momento, el gigante que cabalgaba primero se volvió hacia los enanos y gritó:

"Te cortaré en mil pedazos si permites que estas chicas derramen su propia sangre, porque tengo la intención de hacer sacrificios con ella a mi Dios, a quien adoro".

Cuando Amadis escuchó esto, supo que era Famongomadan, porque tenía la costumbre de sacrificar doncellas a un ídolo en el Lago Hirviente, por cuyos consejos y palabras se guiaba en todo. En ese momento Amadis no deseaba encontrarse con él, porque esperaba estar pronto con Oriana, y también porque su justa con los diez caballeros lo había cansado; pero conocía a los caballeros de la carreta y vio que la princesa Leonoreta y sus doncellas estaban allí, pues Famongomadan, que siempre llevaba su carreta con él para llevarse todo lo que encontraba, las había apresado en sus tiendas.

Inmediatamente montó y llamó a Enil por sus brazos. Pero Enil dijo:

"Deja que esos demonios pasen primero".

"¡Dame!" dijo Amadis. "Probaré la misericordia de Dios antes de que pasen, para ver si puedo reparar esta villanía".

-Oh, señor -exclamó el escudero-, ¿por qué tiene tan poca compasión por su juventud? Si estuvieran aquí los veinte mejores caballeros de la corte del rey Lisuarte, no se atreverían a atacarlos.

"No te preocupes por eso", respondió su maestro. "Si los dejo pasar sin hacer mi mejor esfuerzo, sería indigno de aparecer entre hombres valientes: contemplarás mi fortuna".

Enil le entregó los brazos, llorando, y Amadis descendió por la pendiente para encontrarse con ellos. Miró hacia Miraflores mientras avanzaba y dijo:

"Oh Oriana, mi señora, nunca intenté la aventura confiando en mi propio coraje, sino en ti: mi dulce señora, ayúdame ahora, en esta gran necesidad".

Ahora sentía toda su fuerza, y todo miedo se había ido, y gritó a los enanos que se detuvieran.

Cuando el gigante más destacado, Famongomadan, lo escuchó, se acercó a él con tal rabia que el humo atravesó el visor de su casco y agitó su lanza de jabalí con tanta fuerza que casi se toparon los extremos.

"¡Infeliz desgraciado!" gritó él. "¿Quién te dio el valor suficiente para atreverte a aparecer ante mí?"

"Ese Señor", dijo Amadís, "a quien has ofendido, que hoy me dará fuerzas para quebrantar tu orgullo".

"¡Vamos vamos!" gritó el gigante. Y mira si su poder puede protegerte del mío.

Amadís le colocó la lanza bajo el brazo y corrió contra él a toda velocidad: lo golpeó por debajo de la cintura con tal fuerza que la lanza estalló a través de las planchas de acero y lo atravesó hasta golpear la silla de atrás, que las cinchas se rompieron y cayó con la silla, quedando en él la lanza rota. Su lanza de jabalí había hecho efecto sobre el caballo de Amadis y lo había herido de muerte. El caballero saltó y sacó su espada.

Famongomadan se levantó tan enfurecido que salió fuego de él, se arrancó la lanza de su herida y se la arrojó a Amadis con tanta violencia que si el escudo no hubiera protegido su casco, lo habría arrojado al suelo; pero sus propias entrañas salieron con el arma, y cayó llorando:

"¡Ayuda, Basagante! Estoy muerto".

Al oír esto, el otro gigante se acercó tan rápido como su caballo pudo llevarlo: tenía un hacha de acero en la mano, y con esto pensó haber cortado a su enemigo en dos; pero Amadis evitó el golpe y al mismo tiempo golpeó el caballo del gigante; el golpe fue corto, pero la punta de su espada atravesó el cuero del estribo y también la pierna por la mitad.

El gigante en su furia no sintió la herida, aunque falló el estribo: se volvió y levantó su hacha de nuevo. Amadís se había quitado el escudo del cuello y lo sostenía entre la multitud: el hacha cayó sobre él, se hundió y lo arrojó de sus manos al suelo. Había dado otro golpe; la espada hirió el brazo de

Basagante y, mirando hacia abajo, sobre las planchas de acero fino, se rompió, de modo que sólo le quedó el mango en la mano.

No por eso estaba un poco consternado; vio que el gigante no podía sacar su hacha del escudo, y corrió y la agarró por el mango también. Ambos lucharon por el arma; fue por ese lado donde se había cortado el estribo, por lo que Basagante perdió el equilibrio: el caballo dio un brinco y cayó; y Amadis consiguió el hacha de guerra.

El gigante desenvainó su espada con gran furia y habría corrido hacia el caballero, pero los nervios de su pierna estaban cortados; Cayó sobre una rodilla, y Amadís lo golpeó en el casco, que los cordones estallaron y se cayó. Él, viendo a su enemigo tan cerca, pensó con su espada, que era muy larga, para cortarle la cabeza; el golpe fue demasiado alto, cortó toda la corona del casco y cortó el cabello con él. Amadis retrocedió; el yelmo cayó sobre su cabeza sobre sus hombros, y Leonoreta y las doncellas, que estaban arrodilladas en el carromato rogando a Dios que las liberara, se arrancaron el cabello y empezaron a gritar y a invocar a la Virgen, pensando que seguramente estaba muerto. Él mismo levantó la mano para sentir si estaba herido de muerte, pero sin sentir ningún daño nuevamente al gigante, cuya espada al caer sobre una piedra en el último golpe se había roto.

El corazón de Basagante le falló ahora; dio un golpe más y cortó levemente al caballero en la pierna con la espada rota; pero Amadís dejó clavar el hacha de guerra en su cabeza: le cortó la oreja y la mejilla y la mandíbula, y Basagante cayó, retorciéndose en la agonía de la muerte.

En ese momento, Famongomadan se había quitado el casco y se llevaba las manos a la herida para comprobar la sangre. Cuando vio a su hijo asesinado, comenzó a blasfemar contra Dios y su madre Santa María, diciendo que no se entristecía tanto de morir como que ahora no podía destruir sus monasterios e iglesias, porque habían dejado que él y su hijo fueran conquistados. por un caballero.

Amadis estaba entonces de rodillas dando gracias a Dios cuando escuchó al blasfemo, y exclamó:

"¡Maldito de Dios y de su bendita madre! Ahora sufrirás por tus crueldades. Ruega a tu ídolo que, como has derramado tanta sangre delante de él, pueda detener esta sangre tuya que no fluya con tu vida".

El gigante continuó maldiciendo a Dios y a sus santos. Entonces Amadis arrancó la lanza de jabalí del cuerpo del caballo, la metió en la boca de Famongomadan y lo clavó de espaldas a la tierra.

Luego se puso el yelmo de Basagante para que no lo conocieran, y montando el caballo del otro cabalgó hasta la carreta y rompió las cadenas de todos los que estaban prisioneros en ella. Y les suplicó que llevaran los cuerpos de los gigantes al rey Lisuarte, y le dijeran que los había enviado un extraño caballero llamado Beltenebros; y le rogó a la princesa que le permitiera llevarse el caballo negro de Famongomadan, porque era un caballo fuerte y hermoso, y lo montaría en la batalla contra el rey Cildadan.

Los cuerpos de los gigantes eran tan enormes que se vieron obligados a doblar las rodillas para colocarlos en el carro.

Leonoreta y sus doncellas se hicieron guirnaldas para la cabeza y, llenas de alegría por su liberación, entraron a Londres cantando triunfalmente. Mucho se asombró el rey Lisuarte por su aventura, y más porque Quadragante ya se había presentado por parte de Beltenebros, de quien nada más se sabía.

"Ojalá estuviera entre nosotros", dijo el rey. "No lo perdería por nada de lo que pudiera pedir y yo pudiera conceder".

En cuanto a las futuras hazañas de Amadis; y cómo, al lado de sus hermanos y del rey, conquistó a todos esos gigantes de la isla en una batalla campal; y cómo mató a la indescriptible y monstruosa descendencia del gigante de la Isla del Diablo que se llamaba Endriago; y cómo él y la incomparable Oriana, en quien se centra toda la belleza, demostraron en la Isla Firme esas últimas aventuras del Arco de los Verdaderos Amantes y de la Cámara Prohibida; no están estas y muchas otras cosas escritas en el cuento del cronista portugués de *¿Amadís de la Galia?* ¿Y no fue éste uno de los únicos tres romances que el buen cura se salvó cuando purgó a fuego la biblioteca de Don Quijote, pues en verdad fue el mejor de todos los romances?

## **CAPÍTULO XV - GOGMAGOG**

Después de la Guerra de Troya,.-Eneas, huyendo de la desolación de la ciudad, llegó con Ascanio en barco a Italia. Allí, debido a que Eneas fue

recibido con adoración por el rey Latino, Turno, rey de los rutulianos, sintió envidia y le hizo la guerra. Cuando se encontraron en la batalla, Eneas tenía la ventaja, y después de que Turnus fue asesinado, obtuvo el reino de Italia y Lavinia, la hija de Latinus. Más tarde, cuando llegó su último día, Ascanio, ahora rey en su lugar, fundó Alba en Tíber y engendró un hijo que se llamaba Silvio. Silvio, desconocido para su padre, se había enamorado y tomado en secreto por esposa a cierta sobrina de Lavinia, que estaba a punto de convertirse en madre. Cuando esto llegó a su conocimiento de su padre Ascanio, ordenó a sus magos que descubrieran si la damisela debía ser llevada a la cama de un niño o una niña. Cuando se hubieron asegurado del asunto por arte mágico, le dijeron que el niño sería un niño que mataría a su padre y a su madre, y que después de muchos viajes por muchas tierras, debería, aunque fuera un exiliado, ser exaltado a las más altas esferas honores. Tampoco los magos estaban fuera de su pronóstico, porque cuando llegó el día en que ella debía dar a luz, la madre dio a luz un hijo, pero ella misma murió en su nacimiento.

Sin embargo, el niño fue entregado a una enfermera y fue nombrado Bruto.

Por fin, después de tres veces cinco años, el muchacho, llevando a la compañía de su padre a cazar, lo mató golpeándolo inconscientemente con una flecha. Porque cuando los guardabosques empujaron al ciervo delante de ellos, Brute pensando en apuntarles, golpeó a su propio padre en el pecho. Tras la muerte de su padre, fue expulsado de Italia, pues sus parientes se enojaron con él por haber cometido un acto tan terrible. Por lo tanto, fue como un exiliado a Grecia, y allí se encontró con los descendientes de Heleno, hijo de Príamo, entonces esclavizado por los griegos. Liberando a estos compatriotas mediante un ataque repentino a la fortaleza griega y capturando al propio Pandraso, el valiente aventurero zarpó pronto con la hija del rey por esposa y un rescate de más de trescientos barcos cargados de tesoros y provisiones.

Corrieron juntos durante dos días y una noche con una buena corriente de viento y desembarcaron en cierta isla llamada Leogecia, que había estado deshabitada desde que fue arrasada por piratas en los tiempos antiguos. Sin embargo, Brute envió a trescientos hombres tierra adentro para descubrir quién podría estar habitado. Quienes, sin hallar un alma, mataron los tipos de ciervos que encontraron en los claros y los bosques.

Llegaron, además, a cierta ciudad desierta, donde encontraron un templo de Diana. Ahora bien, en este templo había una imagen de la diosa, que daba respuestas, si acaso se le preguntaba a algún devoto que allí adorara.

Por fin regresaron a sus barcos, cargados con la carne de venado que habían encontrado, e informaron a sus camaradas de la situación del país y la situación de la ciudad, llevando al duque en tierra para que reparara en el templo y después de hacer ofrendas. de propiciación, pregunte a la deidad del lugar qué tierra les concedería como lugar fijo de permanencia. Por lo tanto, por el común consentimiento de todos, Bruto se llevó consigo a Gerion el augur y a doce de los ancianos, y buscó el templo, trayendo consigo todo lo necesario para hacer el sacrificio. Cuando llegaron, se rodearon la frente con guirnaldas y erigieron tres altares, conforme a la costumbre inmemorial, ante el lugar santo, a los tres dioses, Júpiter, a saber, y Mercurio, así como a Diana, e hicieron para cada uno su propia libación especial. El mismo Bruto, sosteniendo en su mano derecha un vaso lleno de vino de sacrificio y la sangre de una cierva blanca ante el altar de la diosa, con el rostro vuelto hacia su imagen, rompió el silencio con estas palabras:

Diosa y reina del bosque, el terror del jabalí, Tú que el laberinto del cielo o las mansiones inferiores caminas a tu antojo, ¡concédete que volverán a la tierra! Dime, ¿en qué tierras tu voluntad es que vivamos? ¿Qué morada segura? ¡He aquí para ti por siempre templos que juro y canto de santas doncellas!

Después de haber repetido nueve veces esto, dio cuatro vueltas alrededor del altar, derramó el vino que tenía sobre el hogar de la ofrenda, lo acostó sobre la caña de una cierva que había tendido frente al altar, y después de invocar el sueño cayó sobre el sueño. Porque como en ese momento era la hora tercera de la noche, en la que los mortales son visitados por el sueño más dulce. Entonces le pareció que la diosa estaba allí delante de él y le habló de esta manera:

Bruto, más allá de los reinos de la Galia, bajo la puesta del sol yace una isla, ceñida por el océano, protegida por el océano, primero el refugio de los gigantes, desierto últimamente, y reúne a este tu pueblo.

¡Buscarlo! Porque allí está tu morada para siempre.  
Allí por tus hijos volverá a edificarse Troya;  
Allí de tu sangre nacerán reyes, de aquí en adelante  
Sovran en todos los países del mundo.

Al despertar de tal visión, el duque dudaba de si lo que había visto era un sueño o si era la propia diosa viviente la que así le había predicho la tierra adonde debía ir. Por fin llamó a sus compañeros y les contó de principio a fin todo lo que le había sucedido mientras dormía. Entonces se llenaron de gran alegría, y aconsejaron que volvieran inmediatamente a sus barcos, y

mientras el viento todavía soplaba favorable, debían ponerse en marcha lo antes posible a toda vela hacia el oeste en busca de esa tierra que la diosa había prometido.

Tampoco se demoraron. Se reúnen con sus camaradas y se lanzan a las profundidades, y después de arar las olas durante una corrida de treinta días, llegaron a la costa de África, aún sin saber en qué dirección dirigir sus barcos. Luego llegaron a los Altares de Fileni y al lugar de las Salinas, partiendo desde allí entre Ruscicada y las montañas Azarae, donde se encontraron con el grave peligro de un ataque de piratas. Sin embargo, obtuvieron la victoria y siguieron su camino enriquecidos por el botín y el botín que habían tomado.

De allí, pasando la desembocadura del río Malva, llegaron a Mauritania, donde la falta de comida y bebida los obligó a desembarcar, y dividiéndose en compañías, acosaron a toda la región de punta a punta. Cuando hubieron revictualizado sus barcos, zarparon hacia las Columnas de Hércules, donde vieron a muchos de los monstruos de las profundidades llamados Sirenas, que rodearon los barcos y casi los abrumaron. Sin embargo, se movieron para escapar y llegaron al mar Tirreno, donde encontraron cerca de la costa a cuatro generaciones nacidas de los exiliados de Troya, que habían acompañado a Antenor en su huida. Su duque se llamaba Corineus, un hombre sobrio y excelente en consejo, poderoso en cuerpo, valentía y resistencia, al grado de que si tuviera que enfrentarse a un gigante en un combate singular, inmediatamente lo derrocaría como si estuviera luchando con un muchacho. En consecuencia, cuando conocieron la antigua estirpe de la que había nacido, lo incorporaron a su compañía, así como a las personas de las que era cacique, que en el futuro fueron llamados Cornishmen por el nombre de su duque. Él era el que en todos los encuentros ayudaba más a Brute que cualquiera de los demás.

Luego llegaron a Aquitania, y entrando en la desembocadura del Loira, echaron el ancla allí. Aquí permanecieron siete días y exploraron la extensión de la tierra. Goffarius Pictus gobernó entonces en Aquitania, y era rey del país, quien, al escuchar el rumor de un pueblo extranjero que había llegado con una gran flota y había desembarcado dentro de la frontera de sus dominios, envió enviados para preguntar si exigían la paz o ¿guerra?

Mientras los legados se dirigían a la flota, se encontraron con Corineus, que acababa de desembarcar con doscientos hombres para cazar carne de venado en el bosque. Entonces lo abordan, y le preguntan ¿con qué permiso ha entrado así en el bosque del Rey para matar a su ciervo? Y cuando Corineus les hizo contestar que en tal asunto no había permiso ni licencia que pudiera considerarse necesario, uno de ellos, Imbert por su nombre,

corrió hacia adelante, y tirando de su arco, le apuntó con una flecha. Corineus esquivó la flecha y se abalanzó sobre Imbert tan rápido como pudo, y con el arco que llevaba a toda velocidad, le partió la cabeza en pedazos. Acto seguido, el resto huyó, simplemente haciendo el cambio para escapar de sus manos, e informó de la muerte de su compañero a Goffarius.

El duque de los Poitevins, tomándose muy en serio el asunto, reunió de inmediato una poderosa hueste para vengarse de ellos por la muerte de su mensajero. Bruto, al oír las noticias de su llegada, puso guardias sobre sus barcos, pidiendo a las mujeres y los niños que permanecieran a bordo mientras él mismo, junto con toda la flor de su ejército, marchaba al encuentro del enemigo.

Cuando por fin comenzó el enfrentamiento, la lucha es feroz en ambos bandos, y después de haber pasado gran parte del día luchando, Corineus pensó que era una vergüenza que los aquitanios se mantuvieran firmes en su posición y que los troyanos no pudieran hacerlo. avanza hacia la victoria. Así que, animándose de nuevo, llamó a sus propios hombres a la derecha de la batalla, y formándolos en rango hizo una carga rápida contra el enemigo; y cuando, con sus hombres en orden, rompió las filas del frente, no escatimó en atacar al enemigo hasta que se abrió paso a través del batallón y los obligó a todos a huir. La buena suerte había sustituido a una espada que había perdido con un hacha de guerra, con la que partió en dos las que venían a su lado desde la coronilla hasta el cinturón.

Maravillas brutas; sus camaradas e incluso el enemigo se maravillan de la dureza y el valor del hombre, quien, blandiendo su hacha de batalla entre la hueste voladora, agregó no un poco de terror al gritar: "¿Adónde vuelan, cobardes? ¿Adónde vuelan, cobardes? ¡Vuélvete, te digo, vuélvete y lucha contra Corineus! ¡Qué vergüenza! ¡Cuántos miles como sois vosotros, huís delante de mi brazo único! ¡Huid entonces! Y llevaos al menos este consuelo en vuestra huida, que ¡Soy yo quien te persigue, yo, que ahora he estado tan acostumbrado a hacer huir a los gigantes de Tyrrhene delante de mí, y arrojarlos al infierno de a tres y a cuatro a la vez!

Al oír estas palabras, un cierto conde llamado Subardus con trescientos hombres se dio la vuelta y se abalanzó sobre él. Pero Corineus, al levantar su escudo para protegerse del golpe, no olvidó el hacha de guerra que tenía en la mano. Levantándolo por encima de su cabeza, le dio un golpe en la parte superior de su casco que lo partió en dos mitades. Después de esto, inmediatamente se precipita entre los demás, haciendo girar su hacha, y hace una furiosa matanza pasajera. Al apresurarse de un lado a otro, evita recibir un solo golpe, pero nunca descansa ni un momento para derrotar a sus enemigos. A uno le corta la mano y el brazo, al otro le separa los hombros

del cuerpo, al otro le arranca la cabeza de un solo golpe, al otro le corta las piernas desde el muslo. Todos se abalanzan sobre él solamente; se abalanza sobre todos ellos.

Bruto, que contempla todo esto, resplandeciente de amor por el hombre, se apresura hacia adelante con una compañía para socorrerlo. Entonces se levanta un gran grito entre los dos pueblos: los golpes se redoblan, y sangrienta pasajera es la matanza de un lado y del otro.

Pero no dura mucho. Los troyanos ganan el día y hacen que el rey Goffarius y sus Poitevins huyan ante ellos. Goffarius, escapándose por los pelos de sus dientes, lo llevó a las partes de la Galia para recibir el socorro de sus parientes y conocidos. En ese momento había en la Galia doce reyes, cada uno de igual rango, bajo cuyo dominio se gobernaba todo el país. Todos lo recibieron amablemente y de común acuerdo se comprometieron a expulsar de las fronteras de Aquitania a esta gente extranjera que había llegado allí.

Bruto, regocijado por dicha victoria, enriquece a sus camaradas con el botín de los muertos, y después de formar nuevamente las filas en compañías, conduce a su anfitrión tierra adentro con la intención de saquear todo el país y cargar sus barcos con los innumerables tesoros. En consecuencia, quema las ciudades en todas direcciones, fuego tras fuego, y saquea sus tesoros escondidos; incluso los campos fueron devastados, y ciudadanos y compatriotas por igual y sometidos a una masacre lastimera, su objetivo era exterminar a la raza infeliz hasta el último hombre. Pero después de haber visitado así con derramamiento de sangre casi toda Aquitania, llegó al lugar donde ahora se encuentra la ciudad de Tours, que, como Homero atestigua, él mismo construyó después. Tras comprobar, tras una minuciosa inspección, que el lugar era conveniente como refugio, decidió montar su campamento, de modo que, si era necesario, pudiera llevarlo allí. Por doloroso recelo había tenido con motivo de la llegada de Goffarius, que había marchado al vecindario junto con los reyes y príncipes de la Galia y una poderosa hueste de guerreros armados para luchar contra él. Cuando su campamento estuvo completamente terminado, esperó a Goffarius durante dos días allí, confiado tanto en su propia prudencia como en la dureza de los jóvenes de los que era el jefe.

Ahora, cuando Goffarius se enteró de que los troyanos estaban allí, avanzó con marchas forzadas día y noche hasta que estuvo a la vista del campamento de Bruto. Mirándolo con tristeza, pero algo sonriente al mismo tiempo, estalló en estas palabras:

¡Ay! ¿Qué terrible destino hay aquí? ¿Estos innobles exiliados han levantado su campamento dentro de los dominios míos? ¡A las armas, guerreros, a las armas! ¡Y carguen a través de sus apretadas filas! ¡Pronto podremos tomar cautivo a esta manada de medio hombres como ovejas y mantenerlas en servidumbre por todo nuestro reino ".

Inmediatamente, todos los que había traído consigo saltaron a las armas y marcharon sobre sus enemigos clasificados en doce batallones. Pero no tras una mujer sabia, Brute seleccionó a sus hombres y marchó a su encuentro. Instruyendo con prudencia a sus tropas sobre lo que debían hacer, cómo avanzar y en qué orden mantenerse firmes, da la orden de cargar.

Al principio, los troyanos por un tiempo tuvieron la ventaja, y temible fue la matanza que hicieron del enemigo, porque casi dos mil de ellos cayeron, y el resto se asustó tanto al verlo que todos se dieron la vuelta para huir. Pero donde el número de hombres es mayor, más a menudo permanece la victoria. En este caso, por lo tanto, los galos, aunque al principio fueron rechazados, pero eran tres veces más enemigos que sus enemigos, cambiaron para formarse nuevamente en rango y atacaron nuevamente por todos lados contra los troyanos, a quienes obligaron después. mucho derramamiento de sangre para refugiarse en el campamento.

Habiendo obtenido así la victoria, los acosaron dentro del campamento, sin pensar nunca más que antes de partir de allí, los sitiados ofrecerían sus cuellos a los grilletes o sufrirían una muerte cruel y prolongada a causa del hambre.

Mientras tanto, a la noche siguiente, Corineus consultó con Brute y acordó con él que saldría del campamento esa misma noche por ciertos caminos y permanecería escondido en el bosque vecino hasta el amanecer. Y cuando Bruto, saliendo justo antes del amanecer, se enfrasca en batalla con el enemigo, él mismo con su compañía debe atacarlos por la retaguardia, y cargar contra ellos los mata a espada. Bruto aplaudió este ardid de Corineus, quien, avanzando cautelosamente como había propuesto con tres mil hombres, lo llevó a las profundidades del bosque.

En consecuencia, cuando la mañana siguiente comenzó a despuntar, Bruto ordenó a sus hombres en compañías y, abriendo las puertas del campamento, marchó hacia la batalla. Los galos se dispusieron inmediatamente a oponerse a él, y disponiendo a sus tropas en orden de batalla se acercaron a él. Muchos miles de hombres son asesinados a la vez por ambos lados, y muchas son las heridas dadas y recibidas, porque nadie perdona a su adversario.

Se dio la casualidad de que allí estaba presente un troyano llamado Turonus, sobrino de Brute, que no había nadie más valiente y resistente que el propio Corineus. Él con su única espada mató a no menos de seiscientos hombres. Lamentablemente, fue asesinado antes de tiempo por un ataque repentino de los galos; y la ciudad mencionada de Tours adquirió el nombre de la misma por el hecho de estar allí enterrado.

Y mientras las tropas de ambos bandos estaban en lo más denso de la batalla, Corineus se topó con ellos de repente y cargó contra el enemigo por la retaguardia. Enseguida los demás, presionando desde el frente, reanudan el ataque con más fuerza y los cuegan al máximo para completar la matanza. Los galos estaban consternados incluso ante el grito mismo de los hombres de Cornualles mientras cargaban por la retaguardia, y pensando que eran más en número de lo que eran, huyeron, con los pies calientes, del campo. Los troyanos les pisan los talones para perseguirlos, y no dejan de seguirlos hasta que la victoria sea suya.

Bruto, sin embargo, aunque estaba muy contento en el corazón de haber logrado un triunfo tan señalado, estaba muy afligido por la ansiedad por una razón, porque vio que, mientras su propio número se reducía diariamente, el de los galos se multiplicaba cada día. Por lo tanto, viendo que era dudoso que pudiera seguir resistiendo contra ellos, prefirió retirarse a sus barcos mientras la mayor parte de su ejército aún estaba completo y la gloria de la victoria aún fresca, y zarpar en busca de la isla que la admonición divina había profetizado debería ser la suya. Tampoco hubo tardanza. Con el asentimiento de sus hombres, regresó a su flota, y después de cargar sus barcos con todos los tesoros y lujos que había adquirido, volvió a embarcarse, y con un viento próspero buscó la isla prometida, donde desembarcó por fin en seguridad en Totnes.

En ese momento, el nombre de la isla era Albion, y ninguno de ellos estaba habitado, excepto unos pocos gigantes. Sin embargo, el aspecto agradable de la tierra, con la abundancia de peces en los ríos y ciervos en los bosques escogidos de la misma, llenó a Brute y sus compañeros de un deseo no pequeño de que vivieran allí. Por lo tanto, después de explorar ciertos distritos de la tierra, llevaron a los gigantes que encontraron a refugiarse en las cavernas de las montañas, y dividieron el país entre ellos de acuerdo con lo que el Duque les concedió.

Comenzaron a labrar los campos y construirles casas de tal manera que después de un breve espacio se podría pensar que estaba habitada desde tiempos inmemoriales. Entonces, por fin, Brute llama a la isla Bretaña, ya sus compañeros británicos, por su propio nombre, porque estaba convencido de que su memoria se perpetuara en la derivación del nombre. De ahí que el

discurso rural, que antes se llamaba troyano o griego torcido, se llamaba británico.

Pero Corineus llamó a esa parte del reino que le había caído por suerte Cornualles, a la manera de su propio nombre, y al pueblo Cornishmen, siguiendo el ejemplo del Duque. Porque si bien podría haber tenido la elección de una provincia antes que todas las demás que habían venido allí, sin embargo, estaba más dispuesto a tener esa parte de la tierra que ahora se llama Cornualles, ya sea por ser, como es, el cornu o cuerno de Gran Bretaña, o de una corrupción de dicho nombre Corineus.

Porque nada le producía mayor placer que luchar con los gigantes, de los cuales había mayor abundancia allí que en cualquiera de las provincias que habían sido compartidas entre sus camaradas. Entre otros había cierto odioso llamado Gogmagog, de doce codos de altura, que era de tal lujuria que una vez que lo había desarraigado, empuñaba un roble con tanta ligereza como si fuera una varita de avellano.

Los libros antiguos de Arabia y Persia están llenos de maravillosos relatos de Gog y Magog, Jajiouge y Majiouge, como se les llama. Estos gigantes los ubicaron en Tartaria, y se suponía que la Muralla Caucásica desde el Caspio hasta el Mar Negro había sido construida por ellos con todo tipo de metales. En Génesis, Magog es el décimo hijo de Jafet; Ezequiel habla de Gog y Magog; y más tarde Gog y Magog fueron nombres de naciones.

Brute, habiendo puesto así pie en Gran Bretaña, se estaba preparando para mejorar la misma, cuando Albion, que había nombrado a esta isla con su propio nombre, con el que a veces se le llama en este día, al tener inteligencia de ello, levantó todo su poder, siendo hombres de estatura gigantesca y gran fuerza, y que llevaban en sus brazos enormes mazas de roble nudoso, hachas de guerra, torbellinos de hierro y globos llenos de púas, sujetos a un largo palo con una cadena; y con estos, cayó sobre los invasores un cierto día cuando Bruto estaba celebrando un gran festival para los dioses.

Se libró una batalla sangrienta, en la que los troyanos fueron derribados y muchos de ellos asesinados, y todo su ejército se vio obligado a retirarse.

Brute, considerando entonces la desventaja entre sus hombres y los gigantes, ideó una estratagema para derribarlos, cavando en la noche una trinchera muy larga y profunda, empalándola en el fondo con estacas afiladas y cubriéndola de ramas y vallas podridas. sobre el que hizo colocar hojas secas y tierra, dejando sólo algunos pasajes, bien conocidos por sus hombres por marcas particulares.

Una vez hecho esto, desafió a los gigantes a una segunda batalla, que Albion fácilmente aceptó; y comenzada la pelea, después de alguna disputa, Bruto pareció retirarse; ante lo cual los gigantes lo presionaron con gran furia; y los troyanos, que se retiraban ágilmente más allá de su trinchera, se detuvieron y los lanzaron con una lluvia de dardos y flechas, cuya forma de lucha no conocían, por la que muchos de ellos fueron asesinados. Sin embargo, Albion animaba a sus hombres a llegar a manos de sus enemigos, ellos se apresuraron hacia adelante y la vanguardia pereció inmediatamente en las trincheras; y los troyanos continuaban disparando sus flechas muy gruesas, los gigantes fueron puestos en fuga y perseguidos hasta Cornualles; donde, en otra pelea sangrienta, Albion fue asesinado por Brute, luchando cuerpo a cuerpo.

Pero su hermano mayor, Gogmagog, Bruto había ordenado que lo capturaran vivo, ya que estaba dispuesto a ver una pelea entre él y Corineus, quien estaba más allá de todo dispuesto a enfrentarse a esos monstruos.

Así que Corineus, encantado con la perspectiva, se preparó para el encuentro y, apartando los brazos, lo retó a una pelea de lucha libre.

Al principio, de un lado está Corineus, del otro el gigante, cada uno abrazando al otro con fuerza en los grilletes de sus brazos, ambos haciendo temblar el aire con sus jadeos sin aliento. No pasó mucho tiempo antes de que Gogmagog, agarrando a Corineus con todas sus fuerzas, le rompiera tres costillas, dos del lado derecho y una del izquierdo.

Despertado por la furia, Corineus reunió todas sus fuerzas, lo cargó sobre sus hombros y corrió con su carga tan rápido como pudo por el peso a la orilla del mar más cercana. Subiendo a la cima de un alto acantilado, y soltándose, arrojó al mar al monstruo mortal que llevaba en el hombro, donde, cayendo sobre las afiladas rocas, fue hecho pedazos y tiñó las olas con su sangre. , de modo que desde entonces ese lugar desde el lanzamiento del gigante ha sido conocido como Lamgoemagot, a saber, "El Salto de Gogmagog", y es llamado por ese nombre hasta el día de hoy.

Corineus cuenta de su propia hazaña en la vieja tragedia de "Lochrine":

Cuando te seguí por primera vez a ti y a tu valiente Rey,  
Arriesgué mi vida y mi sangre más querida,  
Para comprar el favor de tus principescas manos,  
Y por lo mismo en intentos peligrosos,  
En diversos conflictos y en diversas discusiones,  
Mostré el coraje de mi mente viril:  
Por esto combatí con Gathelus, el hermano de Goffarius de Galia;  
Por esto luché con Gogmagog furioso,

Un capitán salvaje de una tripulación salvaje;  
Y por estos hechos valientes, recibí Cornwall,  
Un regalo de agradecimiento de un Rey agradecido;  
Y por este regalo, esta vida y sangre querida  
Corineus gastará por el bien de Brutus.

Sin embargo, no relata la parte más maravillosa del asunto, que nos llega a través de Fulke Fitz-Warine, un barón proscrito del siglo XIII. Fulke cuenta cómo después de la muerte de Gogmagog, un espíritu del diablo entró en su cuerpo y llegó a estas partes, y durante mucho tiempo mantuvo la posesión del país que nunca los británicos se atrevieron a habitarlo. Y cómo después, el rey Bran, el hijo de Doneval, hizo que se reconstruyera la antigua ciudad de los gigantes, reparó las murallas y fortaleció los grandes fosos, y se convirtió en Burgh y Gran Marcha. Y el diablo vino de noche y se llevó todo lo que había allí, desde entonces nadie ha habitado allí.

Pero Payn Peverel, un caballero orgulloso y valiente, escuchó esta historia y decidió desafiar al demonio. Este último apareció, en una terrible tempestad, bajo la apariencia de Gogmagog; llevaba en la mano un gran garrote, y de su boca lanzaba fuego y humo, con los que se iluminaba todo el pueblo. Sin embargo, haciendo devotamente la señal de la cruz, el caballero lo atacó tan ferozmente con su fiel espada que al poco tiempo el demonio clamó por misericordia, y reveló los tesoros secretos de la ciudad, prometiendo a Payn que sería el señor de toda esa tierra. .

Otro relato dice que había dos hermanos, Gog y Magog, que fueron hechos prisioneros por Brute y conducidos triunfalmente al lugar donde ahora se encuentra Londres; y cuando se erigió un palacio al lado del río Támesis, en el sitio actual de Guildhall, estos dos gigantes fueron encadenados a las puertas del palacio como portadores. En memoria de los cuales, sus efigies, después de su muerte, fueron colocadas como ahora aparecen en Guildhall.

Cierto es que estas dos figuras colosales, la mayor portando una "estrella de la mañana" (el globo con púas sujeto a un largo palo por una cadena con la que los jinetes solían demoler a sus enemigos en una melée) han mantenido "vigilancia y vigilancia" sobre Londres. puertas durante siglos, y miles de niños creían que bajaban de sus pedestales e iban a cenar cuando el reloj de San Pablo daba las doce.

En 1415, el victorioso Enrique V fue recibido en Londres por un gigante masculino y femenino de pie a la entrada del Puente, el hombre sosteniendo un hacha y un manojo de llaves; unos años más tarde, Enrique VI fue recibido de manera similar; en 1554, tras la entrada pública de Felipe y María, dos grandes imágenes de gigantes estaban en el puente, una llamada

Gogmagog el Albion, una Corineus; ya lo largo de los siglos XVI y XVII estos poderosos recordatorios del viejo cuento figuraron en los concursos públicos.

Estas figuras estaban hechas únicamente de mimbre y cartón, ensambladas con gran arte e ingenio; y estos dos terribles gigantes originales tenían el honor de adornar anualmente el espectáculo de mi señor alcalde, llevados en gran triunfo en la época de los desfiles; y cuando terminó ese eminente servicio, volvieron a montar en sus antiguas estaciones en Guildhall, hasta que debido a su gran edad, los viejos tiempos, con la ayuda de un número de ratas y ratones de la ciudad, se habían comido todas sus entrañas. La disolución de los dos viejos, débiles y débiles gigantes, dio a luz a los dos gigantes sustanciales y majestuosos presentes; quienes, por orden y a cargo de la ciudad, fueron formados y modelados. El capitán Richard Saunders, un eminente tallador de King Street, Cheapside, era su padre; quien, después de haber terminado por completo, vestido y armado a estos, sus dos hijos, fueron inmediatamente adelantados a sus elevados puestos en Guildhall, del que han disfrutado pacíficamente desde el año 1708.

Desde hace más de doscientos años, estas figuras de madera huecas de cuatro metros y medio han estado en el Ayuntamiento, una sosteniendo su bola con púas y la otra una alabarda. Han figurado en muchos desfiles; muchos niños se han asustado con ellos; muchos visitantes se han maravillado de ellos; pero pocos han leído la historia del encuentro de Corineus con el terrible original.

La ciudad de Bayeux todavía tiene su desfile festivo con una enorme efigie, que conmemora el asesinato del terrible Brun el Danés por Robert de Argouges; en Douai, el enorme Gayant con su esposa e hijos desfila por las calles durante tres días durante la kermess de julio; Metz, Lille, Dunkerque y muchas ciudades españolas también han tenido como característica anual alguna conmemoración cívica de gigantes relacionados con la historia de la ciudad; y el enorme Antígono tiene un lugar permanente en el escudo de armas de Amberes.

## CAPÍTULO XVI

### EL GIGANTE DETRÁS DE LA CASCADA

Los gigantes permanecieron más tiempo en el Extremo Norte que en cualquier otro lugar. Aproximadamente doscientos años después de la muerte de Carlomagno, vivía en Islandia un héroe de la saga llamado Grettir el Fuerte. Era el hombre más poderoso jamás conocido en el país del norte. Más de una vez había vencido a los temidos Berserks en su furia de batalla; en un camino estrecho en la pared de un acantilado conquistó a un oso enorme con sus manos desnudas, sosteniendo a la bestia enfurecida por las orejas hasta que pudo derribarla por el precipicio; pero su fuerza y su espíritu elevado le trajeron grandes reveses y lo llevaron a ser un proscrito durante gran parte de su atribulada vida.

Durante sus vagabundeos por las regiones salvajes desconocidas como hombre del bosque, pasó un invierno bajo el glaciar Geitland, donde las aguas termales formaban un hermoso valle herboso; y aquí tuvo intimidad con un gigante llamado Thorir, cuyas hijas se alegraron de verlo porque no venía mucha gente.

Al encontrarlo aburrido, reanudó sus viajes y entró en Bardadal. Aquí en Sandhaugar vivía entonces Steinvor, una viuda con niños pequeños. El lugar tenía un nombre maligno por un suceso extraño.

Dos inviernos antes, Steinvor se había ido, como de costumbre, a celebrar la Navidad en el pueblo vecino de Eyjardalsa, mientras que su marido, Thorsteinn el Blanco, se quedaba en casa. Los hombres se acostaban a dormir por la noche, y por la noche escuchaban un gran ruido en la habitación cerca de la cama del bondi (granjero). Nadie se atrevió a levantarse para ver qué pasaba, porque eran muy pocos. La dueña de la casa regresó a casa a la mañana siguiente, pero su marido había desaparecido y nadie sabía qué había sido de él. Así pasó la siguiente temporada. El invierno siguiente, la señora quiso ir a misa y le dijo a su criada que se quedara en casa; él no estaba dispuesto, pero dijo que debía ser obedecido. Sucedió igual que antes; esta vez el sirviente desapareció. La gente pensó que era muy extraño y encontraron algunas gotas de sangre en la puerta exterior, por lo que supusieron que algún espíritu maligno, o troll, debió llevarse a ambos hombres.

Esta historia se había extendido por todo el distrito. Le llegó a los oídos de Grettir, quien, acostumbrado a tratar con fantasmas y espectros, volvió sus pasos hacia allí y llegó la víspera de Navidad en Sandhaugar. Estaba

disfrazado como era su costumbre, porque su enemigo Thorir había puesto un precio a su cabeza y se hacía llamar Gest.

La señora de la casa vio que era enormemente alto y los sirvientes le tenían mucho miedo. Pidió hospitalidad; la señora le dijo que la comida estaba lista para él, pero que debía ocuparse de sí mismo. Dijo que lo haría y agregó:

"Me quedaré en la casa mientras vas a misa si quieres".

Ella dijo: "Debes ser un hombre valiente para aventurarte a quedarte en esta casa".

"No me importa una vida aburrida", dijo.

Luego dijo: "No quiero quedarme en casa, pero no puedo cruzar el río".

"Iré contigo", dijo el fingido Gest. Así que se preparó para ir a misa con su pequeña hija. Afuera se estaba descongelando; el río se inundó y se cubrió de hielo.

"Es imposible que un hombre o un caballo crucen", dijo Steinvor.

"Debe haber vados", dijo Gest. "No tengas miedo."

Primero lleva a la doncella; ella es más ligera.

"No quiero hacer dos viajes con él", dijo; "Te llevaré en mis brazos".

Se santiguó y dijo: "Eso es imposible, ¿qué vas a hacer con la niña?"

"Encontraré una manera", dijo Gest.

Tomándolos a ambos, puso a la niña sobre la rodilla de su madre, mientras los cargaba a ambos en su brazo izquierdo, manteniendo el derecho libre.

Así que los llevó al otro lado. Estaban demasiado asustados para gritar. El río le llegaba al pecho y un gran trozo de hielo chocaba contra él, que empujaba con la mano que tenía libre. Entonces el arroyo se hizo tan profundo que se rompió por encima de su hombro, pero vadeó vigorosamente hasta que llegó a la otra orilla y los dejó en la orilla.

La señora llegó a Eyjardalsa para misa y todos se preguntaron cómo había cruzado el río. Dijo que no sabía si era un hombre o un troll quien la había llevado. El sacerdote dijo que ciertamente era un hombre, aunque a diferencia de otros hombres. "Guardemos silencio al respecto; puede ser que él quiera ayudarlo en sus dificultades".

Ella se quedó allí esa noche.

Mientras tanto, Grettir había retrocedido. Estaba casi oscuro cuando llegó a su casa en Sandhaugar y pidió algo de comida. Cuando hubo comido algo, les dijo a los sirvientes que fueran al otro extremo del pasillo. Luego tomó algunas tablas y troncos sueltos y los colocó al otro lado del pasillo para hacer una gran barricada para que ninguno de los sirvientes pudiera cruzar. Nadie se atrevió a oponerse a él ni a objetar nada. La entrada estaba en la pared lateral del pasillo, debajo del hastial trasero, y cerca de ella había un banco en forma de cruz sobre el que Grettir se acostó, sin ponerse la ropa, con una luz encendida en la habitación. Así que se quedó acostado hasta bien entrada la noche.

Hacia la medianoche escuchó un fuerte ruido afuera, y muy pronto entró una enorme esposa troll en la habitación. Llevaba una artesa en una mano y un alfanje bastante grande en la otra. Miró alrededor de la habitación cuando entró, y al ver a Grettir tirado allí, corrió hacia él; se levantó y la atacó furiosamente.

Lucharon juntos durante mucho tiempo; ella era la más fuerte, pero él la esquivó hábilmente. Todo lo que estaba cerca de ellos y los paneles de la pared trasera se rompieron en pedazos. Ella lo arrastró a través de la puerta del pasillo hasta el porche, donde él resistió vigorosamente. La esposa troll quería sacarlo a rastras de la casa, pero antes de hacerlo habían roto todos los herrajes de la puerta exterior y se los habían llevado a hombros. Luego se esforzó por llegar al río y entre las rocas. Grettir estaba terriblemente fatigado, pero no le quedaba más remedio que prepararse o ser arrastrado hasta las rocas.

Toda la noche lucharon juntos, y pensó que nunca se había encontrado con un monstruo como ese en busca de fuerza. Ella lo agarró con tanta fuerza para sí misma que él no pudo hacer nada con ninguna de las manos, excepto agarrarse a su cintura.

Cuando por fin llegaron a una roca junto al río, hizo girar al monstruo y soltó la mano derecha. Luego tomó rápidamente la espada corta que llevaba, la desenvainó y golpeó el hombro derecho del troll, cortándole el brazo derecho y soltándose. Saltó entre las rocas y desapareció en la cascada. Grettir, muy rígido y cansado, permaneció largo rato junto a la roca.

A la luz del día volvió al pasillo y se acostó en su cama, azul e hinchado por todas partes.

Cuando Steinvor llegó a casa, encontró el lugar en desorden. Se acercó al extraño y le preguntó qué había sucedido y por qué todo estaba hecho pedazos. Le contó toda la aventura, tal como había sucedido. Ella pensó que

era un asunto de gran importancia y le preguntó quién era. Él le dijo la verdad, dijo que deseaba ver a un sacerdote y le pidió que enviara a buscar uno. Ella lo hizo; El sacerdote Steinn llegó a Sandhaugar y pronto se enteró de que era Grettir, el hijo de Asmund, quien había llegado allí con el nombre de Gest.

El sacerdote le preguntó qué pensaba que había sido del marido y sirviente de Steinvor que había desaparecido; Grettir dijo que deben haber sido llevados entre las rocas. El sacerdote dijo que no podía creer eso a menos que diera alguna evidencia de ello. Grettir declaró que más tarde se conocería y el sacerdote se fue a casa. Grettir estuvo muchos días en su cama y la dama hizo todo lo que pudo por él.

Él mismo siempre declaró que la mujer trol saltó entre las rocas de la cascada cuando fue herida, pero los hombres de Bardadal tienen una historia que se le ocurrió ese día mientras luchaban, de modo que cuando él le cortó el brazo ella perdió sus poderes. y todavía está de pie en la montaña a semejanza de una mujer espantosa. Sin embargo, eso puede ser, los habitantes del valle mantuvieron el secreto de Grettir para que estuviera a salvo de sus enemigos y la enemistad de sangre mientras yacía indefenso.

Un día de ese invierno, después de Yule, Grettir fue a Eyjardalsa y se encontró con Steinn, a quien le dijo:

"Veo, sacerdote, que tiene poca fe en lo que digo. Ahora deseo que venga conmigo al río y vea por sí mismo qué probabilidad hay en él".

El sacerdote así lo hizo. Cuando llegaron a las cataratas vieron una cueva debajo de las rocas. El acantilado era tan empinado que nadie podía escalarlo, y había casi diez brazas hasta el agua. Tenían una cuerda con ellos.

"Es imposible que alguien baje allí", dijo el sacerdote.

Grettir respondió: "Ciertamente es posible; y los hombres de gran temple son los que se sentirían más felices allí. Quiero ver qué hay detrás de la caída. ¿Te importa la cuerda?"

El sacerdote dijo que podía hacerlo si quería. Clavó una estaca en el suelo y puso piedras contra ella.

Grettir ató una piedra en un lazo al final de la cuerda y la bajó desde arriba al agua.

"¿Cómo piensas ir?" preguntó Steinn.

"No es mi intención estar atado cuando llegue el otoño", dijo Grettir. "Eso me dice mi mente".

Luego se preparó para ir; tenía poca ropa y solo una espada corta; sin otros brazos. Saltó de una roca y bajó a la caída. El sacerdote vio las plantas de sus pies, pero después de eso no supo qué había sido de él.

Grettir se sumergió bajo la caída. Fue muy difícil nadar debido a las corrientes, y tuvo que sumergirse hasta el fondo para meterse detrás de la pared de agua. Había una roca por donde subió y una gran cueva detrás de la cascada frente a la cual el agua fluía hacia abajo.

Entró en la cueva, donde había un gran fuego ardiendo, y un gran gigante horrible, el más terrible de contemplar, sentado frente a él.

Cuando Grettir entró, el gigante se levantó de un salto, agarró una alabarda y lo golpeó, porque podía golpear y embestir con ella. Tenía un eje de madera y era del tipo llamado "heptishacha". Grettir devolvió el golpe con su espada y cortó el eje.

Entonces el gigante trató de alcanzar una espada que colgaba en la cueva, y en ese momento Grettir lo golpeó y le abrió la parte inferior del pecho y el estómago para que todas sus entrañas cayeran al río y flotaran corriente abajo.

El sacerdote, que estaba sentado junto a la cuerda, vio el agua espesa y sanguinolenta y perdió la cabeza, asegurándose de que Grettir había muerto. Dejó la cuerda y se fue corriendo a casa, donde llegó por la noche y les dijo con certeza que Grettir estaba muerto, y dijo que era una gran desgracia haber perdido a un hombre así.

Grettir asestó algunos golpes más al gigante antes de que muriera. Luego entró en la cueva, encendió una luz y exploró. No se dice cuánto tesoro encontró allí, pero se dice que hubo algunos. Permaneció allí hasta altas horas de la noche y encontró los huesos de dos hombres que se llevó en un pellejo.

Luego salió de la cueva, nadó hacia la cuerda y la agitó, pensando que el sacerdote estaba allí; Al ver que se había ido, tuvo que trepar por la cuerda mano a mano, y así llegó a la cima.

Regresó a Eyjardalsa y llevó la piel con los huesos al vestíbulo de la iglesia, junto con un bastón rúnico, en el que estaban bellamente talladas las siguientes líneas:

En la caída del torrente fui;

Dank me miró boquiabierto.

Las inundaciones antes de la guarida de la ogresada

Poderoso contra mi hombro jugó.

Y entonces:

Horrible vino el amigo de Mella,  
Duros fueron los golpes que le di.

El eje de Heptisax fue cortado,  
Mi espada ha atravesado el pecho del monstruo.

Allí también se contó cómo Grettir había sacado los huesos de la cueva.

Cuando el sacerdote llegó a la iglesia a la mañana siguiente, encontró el bastón y todo lo que estaba con él y leyó las runas. Grettir había regresado a Sandhaugar.

Cuando Steinn volvió a encontrarse con Grettir, le preguntó qué había sucedido exactamente y Grettir se lo contó. Declaró que el sacerdote había sujetado la cuerda sin mucha fe, y Steinn admitió que era cierto.

Los hombres no tenían ninguna duda de que estos monstruos eran los responsables de la desaparición de Thorsteinn y su sirviente, ni tampoco hubo ningún fantasma o acechador allí después; Evidentemente, Grettir había limpiado la tierra de ellos.

Los huesos fueron enterrados por el sacerdote en el cementerio. Grettir permaneció ese invierno en Bardadal, aunque desconocido para quienes buscaban su sangre.

## **CAPITULO XVII**

### **EL ÚNICO BUEN GIGANTE: ST. CHRISTOPHER**

Escuche la historia en la Leyenda Dorada del gigante sirio, hermoso de rostro y espíritu, que trajo a la fe a incontables miles de incrédulos antes de caer como mártir en la persecución del emperador bizantino en el siglo III después del nacimiento de Cristo. Nunca antes ni desde entonces, una flor como la de este santo patrón de todos los barqueros brotó de "la semilla del gigante" que produjo a Og, rey de Basán, y Goliat de Gat.

Cristóbal antes de su bautismo se llamaba Reprobo, pero después se llamó Cristóbal, lo que equivale a decir que llevaba a Cristo, de eso que dio a luz a Cristo de cuatro maneras. Lo desnudó sobre sus hombros transmitiendo y guiando, en su cuerpo haciéndolo inclinar, en la mente por la devoción y en la boca por la confesión y la predicción.

Cristóbal era del linaje de los cananeos, tenía una gran estatura y tenía un ánimo y un semblante terrible y espantoso. Y tenía doce codos de largo, y como se lee en algunas historias que, cuando sirvió y habitó con el rey de Canaán, se le ocurrió que buscaría al príncipe más grande que había en el mundo; ya él le serviría y obedecería.

Y llegó tan lejos que llegó a un gran rey de la derecha, de quien el renome generalmente era que él era el más grande del mundo. Cuando el rey lo vio, lo recibió a su servicio y lo hizo habitar en su patio.

Una vez, un juglar le cantó un cántico en el que solía nombrar al diablo, y el rey, que era cristiano, cuando le oyó nombrar al diablo, hizo de inmediato la señal de la cruz en su rostro.

Cuando Cristóbal vio eso, se maravilló mucho de la señal que era, y por qué la hizo el rey, y le exigió. Y como el rey no quiso decirlo, dijo:

"Si no me lo dices, ya no moraré contigo".

Entonces el rey le dijo, diciendo: "Siempre que oigo nombrar al diablo, temo que tenga poder sobre mí, y me adornaré con esta señal de que no se entristece ni me molesta".

Entonces Christopher le dijo: "¿Tú, el diablo, dudas de que no te lastimó? Entonces el diablo es más poderoso y más grande que tú. Entonces me engaño de mi esperanza y propósito, porque había supuesto que había encontrado al más poderoso y poderoso. el Señor más grande del mundo, pero te encomiendo a Dios, porque lo buscaré para que sea mi Señor y yo su siervo ". Y luego se apartó de este rey y lo apresuró a buscar al diablo.

Al pasar por un gran desierto, vio una gran compañía de caballeros, de los cuales un caballero, cruel y horrible, se le acercó y le preguntó adónde iba.

Cristóbal le respondió y dijo: "Yo soy el que tú buscas". Y entonces Cristóbal se alegró y lo obligó a ser su siervo perpetuo, y lo tomó por su amo y Señor.

Al ir juntos por un camino común, encontraron allí una cruz, erguida y en pie. En seguida, cuando el diablo vio la cruz, tuvo miedo y huyó, se fue por el camino correcto y trajo a Christopher por un desierto abrupto. Y después, cuando pasaron la cruz, lo llevó a la carretera que habían dejado. Cuando Christopher vio eso, se maravilló y preguntó de qué dudaba, y había abandonado el camino alto y justo, y se había ido tan lejos por un desierto. Y el diablo no se lo diría de ninguna manera.

Entonces Cristóbal le dijo: "Si no me lo dices, pronto me apartaré de ti y no te serviré más".

Por lo cual el diablo se vio obligado a decírselo, y dijo: "Había un hombre llamado Cristo que fue colgado en la cruz, y cuando veo su señal, tengo mucho miedo y huyo de ella dondequiera que la vea".

A quien Cristóbal dijo: "Entonces él es más grande y más poderoso que tú, cuando tienes miedo de su señal; y veo bien que he trabajado en vano, cuando no he encontrado al Señor más grande del mundo. Y yo no te serviré más. Ve entonces, porque yo buscaré a Cristo".

Y cuando había buscado durante mucho tiempo y exigido dónde debía encontrar a Cristo, por fin llegó a un gran desierto, a un ermitaño que habitaba allí, y este ermitaño le predicó a Jesucristo y le informó en la fe diligentemente, y le dijo: "Este rey a quien deseas servir, requiere el servicio que a menudo debes ayunar".

Cristóbal le dijo: "Exígeme otra cosa, y la haré, por lo que tú me pides, no puedo hacer".

El ermitaño dijo: "Entonces debes despertar y hacer muchas oraciones". Y Christopher le dijo: "No sé qué es, no puedo hacer tal cosa". Y entonces el ermitaño le dijo: "¿Conoces un río así, en el que muchos perecieron y se perdieron?" A quien Christopher dijo: "Lo sé bien".

Entonces dijo el ermitaño: "Porque eres noble y de alta estatura y fuerte en tus miembros, vivirás junto a ese río, y pasarás por encima de todos los que por allí pasen, lo cual será una cosa justamente conveniente a nuestro Señor. Jesucristo, a quien deseas servir, y espero que se te muestre. "

Cristóbal dijo: "Certes, este servicio puedo hacer y le prometo que lo haré".

Luego fue Cristóbal a este río, y allí le hizo su habitación, y llevó una gran vara en su mano en lugar de una vara, con la cual lo sostuvo en el agua,

y desnudó sobre toda clase de personas sin cesar. Y allí permaneció, haciendo así, muchos días.

Y en un momento, mientras dormía en su cabaña, escuchó la voz de un niño que lo llamó y le dijo: "Cristóbal, sal y tráeme".

Luego se despertó y salió, pero no encontró a nadie. Y cuando estuvo de nuevo en su casa, escuchó la misma voz y salió corriendo y no encontró a nadie.

La tercera vez fue llamado y llegó allí, y encontró a un niño junto a la ribera del río, que le rogó amablemente que lo llevara sobre el agua.

Christopher levantó al niño sobre sus hombros, tomó su bastón y entró al río para pasar. Y el agua del río subía y crecía cada vez más: y el niño pesaba como el plomo, y a medida que avanzaba, el agua aumentaba y crecía más, y el niño se ponía cada vez más pesado, de tal manera que Christopher tenía gran angustia. y tuvo miedo de ahogarse.

Cuando escapó con gran dolor, pasó el agua y encalló al niño, dijo al niño: "Hija, me has puesto en gran peligro; pesas casi como yo tenía todo el mundo encima. no soporten mayor carga ".

Y el niño respondió: "Cristóbal, nada te maravillas, porque no solo has llevado sobre ti todo el mundo, sino que has llevado sobre tus hombros al que creó e hizo todo el mundo. Yo soy Jesucristo el rey, a quien Tú sirves en esta obra. Y porque sabes que digo que soy la verdad, coloca tu bastón en la tierra junto a tu casa, y por la mañana te asegurarás de que dé flores y frutos ". Y enseguida desapareció de sus ojos.

Entonces Christopher puso su bastón en la tierra, y cuando se levantó por la mañana, encontró su bastón como una palmera con flores, hojas y dátiles.

Christopher fue a la ciudad de Lysia y no entendió su idioma. Luego oró a nuestro Señor para que pudiera entenderlos, y así lo hizo. Y mientras estaba en esta oración, los jueces supusieron que había sido un tonto y lo dejaron allí. Y luego, cuando Christopher entendió el idioma, cubrió su rostro y fue al lugar donde martirizaron a los hombres cristianos, y los consoló en nuestro

Señor. Y los jueces lo golpearon en la cara, y Christopher les dijo: "Si no fuera cristiano, vengaría mi herida".

Entonces Cristóbal arrojó su vara en la tierra y oró a nuestro Señor para que, para convertir al pueblo, diera flores y frutos, y en seguida lo hizo. Aquí convirtió a ocho mil hombres.

El rey envió a dos caballeros para que lo llevaran al rey, y lo encontraron rezando, y no se atrevieron a decírselo. Y poco después, el rey envió a tantos más, y en seguida los pusieron a orar con él.

Cuando Christopher se levantó, les dijo: "¿Qué buscáis?" Y cuando lo vieron en el rostro, le dijeron: "El rey nos ha enviado para que te llevemos atado a él".

Christopher les dijo: "Si quisiera, no deberíais llevarme a él, atado y desatado". Y ellos le dijeron: "Si te vas por tu camino, vete a donde quieras. Y diremos al rey que no te hemos encontrado".

"No será así", dijo, "pero iré contigo".

Luego los convirtió en la fe y les ordenó que le ataran las manos a la espalda y lo llevaran así atado al rey. Cuando el rey lo vio, se asustó y cayó del asiento, y sus sirvientes lo levantaron y lo relevaron nuevamente.

El rey preguntó su nombre y su país; y Cristóbal le dijo: "Hasta que me bauticé me llamaban Reprobos, y después, soy Cristóbal; hasta el 261

bautismo, un cananeo, ahora un hombre cristiano. "A quien el rey dijo: "Tienes un nombre necio, es decir, de Cristo crucificado, que no pudo evitarlo. ¿Cómo, pues, maldijiste al Cananeo, por qué no sacrificas a nuestros dioses? "

Cristóbal dijo: "Con razón te llamas Dagnus, porque eres la muerte del mundo y compañero del diablo, y tus dioses han sido hechos por manos de hombres".

Y el rey le dijo: "Fuiste alimentado entre bestias salvajes, y por lo tanto no puedes decir sino lenguaje salvaje y palabras desconocidas para los hombres. Y si ahora haces sacrificios a los dioses, te daré grandes regalos y grandes honores, y si no, te destruiré y te consumiré con grandes dolores y tormentos ". Pero, por todo esto, no quiso hacer sacrificios, por lo que fue enviado a la cárcel, y el rey decapitó a los otros caballeros que había enviado por él, a quienes había convertido.

Después de esto envió a la prisión a San Cristóbal a dos hermosas mujeres, de las cuales una se llamaba Nicx'a y la otra Aquilina, y les prometió muchos grandes regalos si lograban atraer a Cristóbal al pecado con ellas. Y cuando Christopher vio eso, lo puso en oración, y cuando los que lo abrazaron lo obligaron a moverse, se levantó y dijo: "¿Qué buscáis? ¿Por qué habéis venido aquí?" Y ellos, que temían su alegría y la claridad de su rostro, dijeron: "Santo santo de Dios, ten piedad de nosotros para que creamos en ese Dios que tú predicas".

Cuando el rey oyó eso, ordenó que los dejaran salir y los llevaran ante él. A quien dijo: "Estáis engañados, pero os juro por mis dioses que, si no ofrecéis ningún sacrificio a mis dioses, en seguida pereceréis por la mala muerte".

Le dijeron: "Si quieres que hagamos sacrificios, manda que se limpien los lugares y que todo el pueblo se reúna en el templo".

Una vez hecho esto, entraron en el templo, tomaron sus cinturones, los ciñeron al cuello de sus dioses, los tiraron al suelo y los partieron a todos, y dijeron a los que estaban allí: "Id y llama a médicos y sanguijuelas para que sanen a tus dioses ". Y luego, por mandamiento del rey, Aquilina fue ahorcada, y una piedra grande y pesada derecha fue colgada a sus pies, de modo que sus miembros fueron quebrantados con mucho desprecio. Y cuando ella murió y pasó a nuestro Señor, su hermana Nicx'a fue arrojada a un gran fuego, pero ella salió sana y salva, y luego él hizo que le cortara la cabeza, y ella sufrió la muerte.

Después de esto, Cristóbal fue llevado ante el rey, y el rey ordenó que fuera golpeado con varas de hierro, y que se le pusiera sobre la cabeza una cruz de hierro al rojo vivo y ardiente; y luego, después, hizo un taburete de hierro, e hizo que Cristóbal se balanceara sobre él, y después, prendiera fuego debajo de él y echara brea. Pero el sedimento se derritió como cera y Christopher salió sin ningún daño.

Cuando el rey vio eso, ordenó que lo ataran a una estaca fuerte y que lo dispararan con flechas con cuarenta caballeros arqueros. Pero ninguno de los caballeros pudo alcanzarlo, porque las flechas flotaban en el aire, cerca de él, sin tocarlo.

Entonces el rey lloró porque le habían disparado las flechas de los caballeros y se dirigió a él para que fuera a él. Y una de las flechas volvió repentinamente del aire, lo hirió en el ojo y lo cegó. A quien Cristóbal dijo: "Tirano, moriré mañana. Haz un poco de arcilla, con mi sangre templada, y unge con ella tu ojo, y recibirás salud".

Luego, por mandamiento del rey, fue llevado a ser decapitado, y luego, allí fue nombrado su orison, y su cabeza fue cortada, y así sufrió el martirio.

Entonces el rey tomó un poco de su sangre y la puso en su ojo, y dijo: "¡En el nombre de Dios y de San Cristóbal!" y fue sanado de inmediato. Entonces el rey creyó en Dios y dio el mandamiento de que si alguien culpaba a Dios o a San Cristóbal, de inmediato lo mataran a espada.

Entonces recemos al buen San Cristóbal para que rece por nosotros.

265

### **Parte III**

## **CUENTOS DE VIVERO DE MUCHAS TIERRAS**

Llegó el momento en que los hombres se volvieron tan sofisticados que perdieron la fe en los gigantes, incluso en el trabajo de sus propias mentes. Solo los niños todavía creían.

En muchos países, los ancianos todavía cuentan a los simples de corazón de todas las edades cuentos como los que siguen.

Durante más de doscientos años, prácticamente todos los niños de habla inglesa han leído, o han leído, las historias de "Jack el asesino de gigantes" y "Jack y el Beanstalk", que están llenas de ecos de las aventuras de Thor entre los Gigantes de Hielo. y otros mitos brumosos de los primeros tiempos. El famoso discurso del gigante "Fee, fi, fo, fum" parece provenir de un pareado pronunciado por una giganta de antaño en la historia árabe de "Sunebal y la ogresa".

Si bien los cuentos actuales no son tan conocidos, sin duda tienen un pedigrí antiguo similar. Así, el cuento serbio proviene en gran parte de las "mil y una noches"; y es nuestro viejo amigo Polifemo de quien escapó el marinero coreano.

Incluso los viajes de Gulliver en la tierra de Brobdignag tienen un paralelo cercano en el lejano Japón: un hombre de Nagasaki, de nombre Shikaiya Wasobioye, después de maravillosas aventuras entre los Tres Mil Mundos, llega a la Tierra de los Gigantes.

Cabalga en el lomo de una cigüeña a través de la oscuridad total durante cinco meses, y finalmente llega a un país donde el sol vuelve a brillar, donde las malas hierbas son tan grandes como bambúes, los árboles tan grandes que es un viaje caminar alrededor de ellos, y el hombre de unos sesenta pies de altura. Un gigante lo levanta y lo alimenta con granos individuales de arroz enorme. Cuando el viajero intenta interrogar al Hombre Alto sobre las costumbres de su gente, el gigante se ríe y declara que una persona tan pequeña no podría tener la inteligencia suficiente para comprender cosas tan importantes.

## **CAPÍTULO XVIII - LA MANO GIGANTE irlandesa**

Un día que Finn y sus hombres estaban en Hunting-hill mataron un gran número de ciervos; y cuando se cansaron después de la persecución, se sentaron en un agradable montículo verde, a la espalda del viento y a la faz del sol, donde podían ver a todos, y nadie en absoluto podía verlos.

Mientras estaban sentados en ese lugar, Finn levantó los ojos hacia el mar y vio un barco que se dirigía directamente al puerto debajo del lugar en el que estaban sentados. Cuando el barco llegó a tierra, un Gran Joven Héroe saltó de ella a la orilla, la agarró por la proa y la arrastró, sus siete esloras, sobre la hierba verde, donde el hijo mayor ni de terrateniente ni de El poseedor de una gran ciudad-tierra se atrevió a burlarse de ella. Luego ascendió por la ladera, saltando sobre las hondonadas e inclinando los montículos, hasta que llegó al lugar donde estaban sentados Finn y sus hombres.

Saludó a Finn con franqueza, energía y fluidez; y Finn lo saludó con el equivalente de las mismas palabras. Luego Finn le preguntó de dónde venía o qué quería. Le respondió a Finn que había atravesado la vigilia nocturna y la tempestad del mar donde estaba; porque estaba perdiendo a sus hijos, y le habían dicho que no había un hombre en el mundo que pudiera quedarse con sus hijos para él, excepto él, Finn, Rey de Feinne. Y le dijo a Finn: "Me acuesto sobre ti, como cruces y hechizos y siete cadenas de hadas de viajar y extraviarte para estar conmigo antes de que comas, bebas un trago o cierres un ojo en el sueño".

Habiendo dicho esto, se apartó de ellos y descendió la ladera de la misma manera que la ascendió. Cuando llegó al barco, apoyó el hombro en la proa

y lo sacó. Luego saltó sobre ella y se alejó en la dirección en la que había venido hasta que lo perdieron de vista.

Finn estaba ahora bajo una gran pesadez mental, porque los votos le habían sido impuestos, y debía cumplirlos o seguir adelante hasta morir. No sabía ni adónde debía ir ni qué debía hacer. Pero se despidió de sus hombres y descendió por la ladera hasta la orilla del mar. Cuando llegó a eso, no pudo seguir el camino en el que vio partir al Gran Héroe Joven. Por lo tanto, comenzó a caminar por la orilla, pero antes de avanzar mucho, vio una compañía de siete hombres que venían a su encuentro.

Cuando llegó a los hombres, preguntó al primero de ellos en qué era bueno. El hombre respondió que era un buen carpintero. Finn le preguntó qué tan bueno era en carpintería. El hombre dijo que, con tres golpes de su hacha, podría hacer un barco grande, espacioso y completo con la reserva de aliso más allá. "Eres lo suficientemente bueno", dijo Finn; "puedes pasar". Luego le preguntó al segundo hombre en qué era bueno. El hombre dijo que era un buen rastreador. "¿Qué tan bueno eres?" dijo Finn. "Puedo rastrear al pato salvaje sobre las crestas de las nueve olas en nueve días", dijo el hombre. "Eres lo suficientemente bueno", dijo Finn; "puedes pasar".

Luego le dijo al tercer hombre: "¿En qué eres bueno?" El hombre respondió que era un buen agarrador. "¿Qué tan bueno eres?" "El agarre que obtengo no lo soltaré hasta que mis dos brazos salgan de mis hombros, o hasta que mi agarre venga conmigo". "Eres lo suficientemente bueno; puedes pasar".

Luego le dijo al cuarto hombre: "¿En qué eres bueno?" Respondió que era un buen escalador. "¿Qué tan bueno eres?" "Puedo trepar por un filamento de seda hasta las estrellas, aunque tú debías atarlo allí". "Eres lo suficientemente bueno; puedes pasar".

Luego le dijo al quinto hombre: "¿En qué eres bueno?" Respondió que era un buen Oyente. "¿Qué tan bueno eres?" Dijo que podía escuchar lo que la gente decía en el extremo del Mundo Supremo. "Eres lo suficientemente bueno; puedes pasar".

Le preguntó al sexto hombre: "¿En qué eres bueno?" Él respondió que era un buen ladrón. "¿Qué tan bueno eres?" "Puedo robarle el huevo a la garza mientras sus dos ojos me miran". "Eres lo suficientemente bueno; puedes pasar".

Luego le dijo al séptimo hombre: "¿En qué eres bueno?" Él respondió que era un buen tirador. "¿Qué tan bueno eres?" "Podría golpear un huevo

tan lejos en el cielo como la cuerda del arco pudiera enviar o el arco". "Eres lo suficientemente bueno; puedes pasar".

Todo esto le dio a Finn un gran estímulo. Se volvió y le dijo al carpintero: "Demuestra tu habilidad". El carpintero fue donde estaba la vara y la golpeó con su hacha tres veces; y como había dicho, el barco estaba listo.

Cuando Finn vio el barco listo, ordenó a sus hombres que lo apagaran. Hicieron eso y subieron a bordo de ella.

Finn ahora ordenó al Rastreador que fuera a la proa y probara su valía. Al mismo tiempo, le dijo que ayer un Gran Joven Héroe dejó ese refugio en su barco y que quería seguir al Héroe hasta el lugar en el que se encontraba ahora. Finn mismo fue a dirigir el barco y partieron. El rastreador le estaba diciendo que la mantuviera así o que la mantuviera así. Navegaron mucho tiempo hacia adelante sin ver tierra, pero mantuvieron su rumbo hasta que se acercaba la noche. En el crepúsculo notaron que tenían tierra delante y se dirigieron directamente hacia ella. Cuando llegaron a la orilla, saltaron a tierra y detuvieron el barco.

Entonces se dieron cuenta de una hermosa casa grande en la cañada sobre la playa. Subieron a la casa; y cuando se estaban acercando vieron al Gran Joven Héroe que venía a su encuentro. Corrió y colocó sus dos brazos alrededor del cuello de Finn y dijo: "Querido de todos los hombres del mundo, ¿has venido?"

"Si yo hubiera sido tu amada de todos los hombres del mundo, no es como tú me dejaste que me habrías dejado", dijo Finn.

"Oh, no fue sin una forma de venir que te dejé", dijo el Gran Héroe Joven. "¿No envié una compañía de siete hombres a encontrarte?"

Cuando llegaron a la casa, el Gran Joven Héroe les dijo a Finn y sus hombres que entraran. Ellos aceptaron la invitación y encontraron abundante carne y bebida.

Después de haber saciado su hambre y sed, el Gran Joven Héroe entró donde estaban y le dijo a Finn: "Seis años después de esta noche mi esposa estaba en la cama de los niños y me nació un niño. Tan pronto como el niño vino al mundo, una Mano grande entró por la chimenea y se llevó al niño con ella en el hueco de la mano. A tres años de esta noche sucedió lo mismo. Y esta noche ella va a estar otra vez en la cama de los niños. . Me dijeron que eras el único hombre en el mundo que podía quedarse con mis hijos para mí, y ahora tengo valor desde que te encontré ".

Finn y sus hombres estaban cansados y con sueño. Finn dijo a los hombres que debían estirarse en el suelo y que él iba a vigilar. Hicieron lo que les dijeron y él permaneció sentado junto al fuego. Por fin, el sueño empezó a apoderarse de él; pero tenía una barra de hierro en el fuego, y cada vez que sus ojos comenzaban a cerrarse por el sueño, empujaba el hierro a través del hueso de su palma, y eso lo mantenía despierto. Hacia la medianoche la mujer dio a luz; y tan pronto como el niño vino al mundo, la Mano entró por la chimenea. Finn llamó a Gripper para que se levantara.

El Agarrador se puso de pie rápidamente y agarró la Mano. Le dio un tirón a la Mano y la llevó hasta las cejas de la chimenea.

La Mano le dio un tirón a la pinza y lo llevó hasta la parte superior de sus dos hombros. El Agarrador le dio otro tirón a la Mano y la acercó al cuello. La Mano le dio un tirón a la pinza y lo llevó al centro. El Gripper le dio un tirón a la Mano y la tomó por las dos axilas. La Mano le dio un tirón a la pinza y lo llevó hasta la parte inferior de sus dos pies. Entonces el Gripper dio un valiente tirón a la Mano y salió del hombro. Y cuando cayó al suelo, estaba dentro el tirón de siete castrados. Pero el gran Gigante de fuera puso la otra mano y se llevó al niño con él en el hueco de su mano.

Todos lamentaron mucho haber perdido al niño. Pero Finn dijo: "No vamos a ceder a esto todavía. Mis hombres y yo iremos tras la Mano antes de que el sol salga en una vivienda mañana".

Al amanecer, Finn y sus hombres salieron y llegaron a la playa, donde habían dejado el barco.

Lanzaron el barco y se subieron a bordo de ella. El Tracker se acercó a la proa y Finn fue a dirigirla. Se marcharon y, de vez en cuando, el rastreador le pedía a Finn que la mantuviera en esa dirección o que la mantuviera en esa dirección. Navegaron hacia adelante una gran distancia sin ver nada delante de ellos, excepto el gran mar. Al ponerse el sol, Finn notó una mancha negra en el océano frente a ellos. Pensó que era demasiado pequeño para una isla y demasiado grande para un pájaro, pero se dirigió directamente hacia él. En la oscuridad de la noche lo alcanzaron; y era una roca, y en su cima había un castillo tejado con pieles de anguila.

Aterrizaron sobre la roca. Miraron alrededor del castillo, pero no vieron ninguna ventana ni puerta por la que pudieran entrar. Por fin se dieron cuenta de que estaba en el techo donde estaba la puerta. No sabían cómo podían levantarse, porque la paja estaba muy resbaladiza. Pero el escalador gritó: "Déjame pasar, y no tardaré en escalarlo". Saltó rápidamente hacia el castillo, y en un instante estaba en su techo. Miró hacia la puerta y, después

de prestar especial atención a todo lo que veía, descendió donde los demás esperaban.

Finn le preguntó, ¿qué vio? Dijo que vio a un Gran Gigante acostado en una cama, con una manta de seda sobre él y una manta de raso debajo, y su mano extendida y un niño dormido en el hueco de su mano; que vio a dos muchachos en el suelo jugando con shinties (palos brillantes) de oro y una bola de plata; y que había una gran perra sabueso tirado junto al fuego, y dos cachorros la chupaban.

Luego dijo Finn: "No sé cómo los sacaremos". El ladrón respondió y dijo: "Si entro, no tardaré en sacarlos". El Escalador dijo: "Ven a mi espalda y te llevaré hasta la puerta". El Ladrón hizo lo que le dijo y entró en el Castillo.

Al instante comenzó a demostrar su habilidad. Lo primero que sacó fue el niño que estaba en la copa de la Mano. Luego sacó a los dos niños que estaban jugando en el suelo. Luego robó la cubierta de seda que estaba sobre el Gigante y la cubierta de satén que estaba debajo de él, y los sacó. Luego sacó los destellos de oro y la bola de plata. Luego robó los dos cachorros que estaban chupando a la perra junto al fuego. Estas fueron las cosas más valiosas que vio en su interior. Dejó al Gigante dormido y salió.

Colocaron las cosas que el ladrón robó en el barco y se fueron. Estaban navegando poco tiempo cuando el Oyente se puso de pie y dijo: "Soy yo quien lo escucha, soy yo quien lo escucha".

"¿Qué estás oyendo?" preguntó Finn.

"Acaba de despertar", dijo el Oyente, "y se perdió todo lo que le fue robado. Está muy airado, despidiendo a la Perra y diciéndole que si ella no se va, él irá él mismo". es la perra que se va "

En poco tiempo miraron hacia atrás y vieron que la Perra se acercaba nadando. Ella estaba partiendo el mar a cada lado de ella en rojas chispas de fuego. Se apoderaron de ellos y dijeron que no sabían lo que debían hacer. Pero Finn lo consideró y luego les dijo que echaran a uno de los cachorros; tal vez cuando viera que el cachorro se ahogaba, regresaría con él. Tiraron al cachorro y, como dijo Finn, sucedió: la Perra regresó con el cachorro. Esto los dejó satisfechos en el momento.

Pero poco después de eso, el Oyente se levantó temblando y dijo: "¡Soy yo quien lo oye; soy yo quien lo escucha!"

"¿Qué estás diciendo ahora?" dijo Finn.

"Él está enviando de nuevo a la Perra, y como ella no irá, él mismo vendrá".

Cuando escuchaban esto, sus ojos siempre estaban detrás de ellos. Por fin lo vieron llegar, y el gran mar no llegaba más allá de sus ancas. Se sintieron embargados por el miedo y el gran horror, porque no sabían lo que debían hacer. Pero Finn pensó en su conjunto de dientes de conocimiento, y después de poner su dedo debajo, descubrió que el Gigante era inmortal, excepto en un lunar que estaba en el hueco de su palma. El Tirador luego se puso de pie y dijo: "Si le doy un vistazo, lo tendré".

El Gigante avanzó caminando por el mar hasta el costado del barco. Luego levantó la mano para agarrar la parte superior del mástil y hundir el barco. Pero cuando la Mano estaba en lo alto, el Tirador notó el topo y soltó una flecha en su dirección. La flecha alcanzó al Gigante en el lugar de la muerte, y cayó muerto al mar.

Ahora estaban muy felices, porque no había nada más delante de ellos que los asustara. Se pusieron en marcha y navegaron de regreso al castillo. El Ladrón volvió a robar el cachorro y se lo llevaron junto con el que tenían. Después de eso, regresaron al lugar del Gran Héroe Joven. Cuando llegaron al puerto, saltaron a tierra y arriaron el barco en tierra seca.

Luego Finn se fue con la familia del Gran Héroe Joven y con todo lo que él y sus hombres sacaron del Castillo a la hermosa casa del Gran Héroe Joven.

El Gran Joven Héroe se encontró con él al llegar, y cuando vio a sus hijos, se arrodilló hacia Finn y le dijo: "¿Cuál es ahora tu recompensa?" Finn respondió y dijo que no estaba pidiendo nada más que su elección de los dos cachorros que se llevaron del castillo. El Gran Héroe Joven dijo que obtendría eso y mucho más si se lo pedía. Pero Finn no quería nada excepto el cachorro. Este cachorro era Bran, y su hermano, que consiguió el Gran Héroe Joven, era el Perro Gris.

El Gran Joven Héroe llevó a Finn y a sus hombres a su casa, y les preparó una gran fiesta alegre y alegre, que se mantuvo durante un día y un año, y si el último día no fue el mejor, no fue el mejor. peor.

Así es como Finn mantuvo a sus hijos para el Gran Héroe del Barco y cómo se encontró a Bran.

Muchas y maravillosas fueron las otras hazañas de Finn MacCumhal y de su incomparable perro Bran; y están debidamente registrados en el "Libro

de la Vaca Parda", y el "Libro de Leinster" y "La incursión de ganado de Cualnge", para que todos los que quieran sepan de ellos.

278

## **CAPITULO XIX**

### **EL GIGANTE QUE NO TENÍA CORAZÓN EN SU CUERPO**

**nórdico**

Érase una vez un Rey que tenía siete hijos, y los amaba tanto que nunca podría soportar estar sin ellos todos a la vez, pero uno debe estar siempre con él. Ahora, cuando fueran mayores, seis debían partir para cortejar, pero en cuanto al más joven, su padre lo tenía en casa, y los demás debían traerle una princesa al palacio. Así que el Rey les dio a los seis la ropa más fina que jamás hayas visto, tan fina que la luz brillaba desde muy lejos, y cada uno tenía su caballo, que costaba muchos, muchos cientos de dólares, y así partieron. Ahora, cuando habían estado en muchos palacios y habían visto muchas princesas, por fin llegaron a un rey que tenía seis hijas; hijas de rey tan hermosas que nunca habían visto, y por eso se dispusieron a cortejarlas, cada una, y cuando las tuvieron como novias se pusieron en camino de nuevo a casa, pero se olvidaron por completo de que iban a traer una novia para Boots. , su hermano que se había quedado en casa, porque estaban enamorados de sus propias novias.

Pero cuando habían recorrido un buen trecho en su camino, pasaron cerca de una ladera empinada, como un muro, donde estaba la casa del gigante, y de allí salió el gigante, puso sus ojos en ellos y los convirtió a todos en piedra. príncipes y princesas y todo. Ahora el Rey esperaba y esperaba a sus seis hijos, pero cuanto más esperaba, más se quedaban alejados; así que se metió en un gran lío y dijo que nunca más sabría lo que era alegrarse de nuevo.

"Y si no te hubiera ido", le dijo a Boots, "no viviría más, tan lleno de dolor estoy por la pérdida de tus hermanos".

"Bueno, pero ahora he estado pensando en pedirle permiso para partir y encontrarlos de nuevo; eso es lo que he estado pensando", dijo Boots.

"¡No, no!" dijo su padre; "Esa licencia no la obtendrás nunca, porque entonces tú también te mantendrás alejado".

Pero Boots había puesto su corazón en ello; iría; y rogó y oró tanto que el rey se vio obligado a dejarlo ir. Ahora debes saber que el rey no tenía otro caballo para darle a Boots que un viejo jade descompuesto, porque sus otros seis hijos y su séquito se habían llevado todos sus caballos; pero a Boots no le importó un ápice, saltó sobre su triste y viejo corcel.

"Adiós, padre", dijo; "Volveré, no temas, y con mucho gusto traeré a mis seis hermanos"; y con eso se marchó.

Entonces, cuando había cabalgado un rato, llegó a un Cuervo, que yacía en el camino y batió sus alas, y no pudo apartarse del camino, estaba tan hambriento.

"Oh, querido amigo", dijo el Cuervo, "dame un poco de comida y te ayudaré de nuevo en tu mayor necesidad".

"No tengo mucha comida", dijo el príncipe, "y no veo cómo vas a poder ayudarme mucho; pero aún puedo darte un poco. Veo que lo quieres".

Así que le dio al Cuervo algo de la comida que había traído.

Ahora, cuando hubo avanzado un poco más, llegó a un arroyo, y en el arroyo yacía un gran salmón, que había llegado a un lugar seco, se precipitó y no pudo volver a meterse en el agua.

"Oh, querido amigo", le dijo el Salmón al Príncipe, "empújame de nuevo al agua y te ayudaré de nuevo cuando más lo necesites".

"¡Bien!" dijo el Príncipe, "la ayuda que me brindará no será grande, me atrevería a decir, pero es una lástima que se quede allí y se ahogue"; y dicho esto, disparó de nuevo al pez al arroyo.

Después de eso, recorrió un camino largo, muy largo, y lo encontró un Lobo, que estaba tan hambriento que yacía y gateaba por el camino sobre su panza.

"Querido amigo, déjame tener tu caballo", dijo el Lobo, "tengo tanta hambre que el viento silba a través de mis costillas. No he comido nada estos dos años". "No", dijo Boots, "esto nunca servirá; primero llegué a un cuervo y me vi obligado a darle mi comida; luego llegué a un salmón, y tuve que ayudarlo a meterse en el agua nuevamente; y ahora tendrás mi caballo. No se puede hacer, no se puede, porque entonces no debería tener nada en que montar".

"No, querido amigo, pero puedes ayudarme", dijo el lobo Graylegs. "Puedes cabalgar sobre mi espalda y te ayudaré de nuevo en tu mayor necesidad".

Entonces, cuando el lobo se comió al caballo, Boots tomó el bocado y lo puso en la mandíbula del lobo, y colocó la silla en su

espalda; y ahora el lobo era tan fuerte, después de lo que había metido dentro, que partió con el Príncipe como si nada. Tan rápido que nunca antes había montado.

"Cuando hayamos ido un poco más lejos", dijo Graylegs, "te mostraré la casa del gigante".

Así que después de un tiempo llegaron a eso.

"Mira, aquí está la casa del Gigante", dijo el Lobo; "y mira, aquí están tus seis hermanos a quienes el gigante ha convertido en piedra; y mira, aquí están sus seis novias, y más allá está la puerta, y por esa puerta debes entrar".

"No, pero no me atrevo a entrar", dijo el Príncipe; "Me quitará la vida".

"¡No no!" dijo el lobo. "Cuando entres encontrarás una Princesa, y ella te dirá qué hacer para acabar con el Gigante. Solo piensa y haz lo que ella te diga".

Bueno, Boots entró, pero, a decir verdad, tenía mucho miedo. Cuando entró, el Gigante no estaba, pero en una de las habitaciones estaba sentada la Princesa, tal como había dicho el Lobo, y una Princesa tan hermosa que Boots nunca había visto.

"¡Oh! ¡Que el cielo te ayude! ¿De dónde has venido?" dijo la princesa al verlo. "Seguramente será tu muerte. Nadie puede acabar con el gigante que vive aquí, porque no tiene corazón en su cuerpo".

"¡Bien bien!" dijo Boots; "pero ahora que estoy aquí, puedo intentar lo que puedo hacer con él; y veré si no puedo liberar a mis hermanos, que están parados convertidos en piedra al aire libre; y tú también, lo haré tratar de salvar, que lo haré. "

"Bueno, si debe hacerlo, debe hacerlo", dijo la princesa; "así que veamos si no podemos dar con un plan. Simplemente métete debajo de la cama, y

piensa y escucha lo que él y yo hablamos. Pero, por favor, quédate quieto como un ratón".

Así que se arrastró debajo de la cama, y apenas se había puesto bien debajo de ella, cuando llegó el Gigante.

"¡Decir ah!" rugió el Gigante, "qué olor a sangre cristiana hay en la casa".

"Sí, ya sé que hay", dijo la princesa, "porque llegó una urraca volando con el hueso de un hombre y lo dejó caer por la chimenea. Me apresuré a sacarlo, pero todo lo que puedo hacer es , el olor no desaparece tan pronto".

Así que el Gigante no dijo nada más al respecto, y cuando llegó la noche, se fueron a la cama. Después de descansar un rato, la princesa dijo:

"Hay una cosa sobre la que estaría encantado de preguntarle, si tan sólo me atreviera".

"¿Qué es eso?" preguntó el gigante.

"Sólo donde está guardas tu corazón, ya que no lo llevas contigo", dijo la Princesa.

"¡Ah! Eso es algo por lo que no tienes que preguntar; pero si debes saberlo, está debajo del umbral de la puerta", dijo el gigante.

"¡Ho! ¡Ho!" se dijo Boots debajo de la cama, "pronto veremos si no podemos encontrarlo".

A la mañana siguiente, el gigante se levantó cruelmente temprano y se dirigió al bosque; pero apenas había salido de la casa cuando Boots y la princesa se pusieron manos a la obra para buscar su corazón debajo del umbral de la puerta; pero cuanto más cavaban y más cazaban, más no podían encontrarlo.

"Nos ha impedido esta vez", dijo la princesa, "pero lo probaremos una vez más".

Así que recogió todas las flores más bonitas que pudo encontrar y las esparció sobre el alféizar de la puerta, que habían vuelto a colocar en el lugar correcto, y cuando llegó el momento de que el gigante volviera a casa, Boots se deslizó debajo de la cama. Justo cuando estaba bien hundido, volvió el Gigante.

Rapé-rapé, fue la nariz del Gigante. "Mis ojos y miembros, qué olor a sangre cristiana hay aquí", dijo.

-Sé que la hay -dijo la princesa-, porque vino una urraca volando con un hueso de hombre en el pico y la dejó caer por la chimenea. Me apresuré tanto como pude a sacarla, pero me atrevo a decir que es lo que hueles".

Así que el Gigante se calló y no dijo más al respecto. Poco tiempo después, preguntó quién era el que había esparcido flores por el umbral de la puerta.

"Oh, yo, por supuesto", dijo la princesa.

"Y, por favor, ¿cuál es el significado de todo esto?" dijo el Gigante.

"¡Ah!" dijo la Princesa, "Te quiero tanto que no pude evitar esparcirlos, cuando supe que tu corazón yacía allí".

"Tú no lo dices", dijo el Gigante; "pero después de todo no está ahí en absoluto".

Entonces, cuando se fueron a la cama de nuevo por la noche, la Princesa volvió a preguntarle al Gigante dónde estaba su corazón, porque dijo que le gustaría saberlo.

"Bueno", dijo el gigante, "si quieres saberlo, está ahí, en el armario contra la pared".

"¡Regular!" pensó Boots y la princesa; "Entonces pronto intentaremos encontrarlo".

A la mañana siguiente, el gigante se marchó temprano y se dirigió al bosque, y tan pronto como se marchó, Boots y la princesa estaban en el armario buscando su corazón. Pero cuanto más lo buscaban, menos lo encontraban.

"Bueno", dijo la princesa, "lo probaremos una vez más".

Así que vistió el armario con flores y guirnaldas, y cuando llegó el momento de que el Gigante volviera a casa, Boots volvió a meterse debajo de la cama.

Luego volvió el Gigante.

¡Rapé-rapé! "Mis ojos y miembros, ¡qué olor a sangre cristiana hay aquí!"

"Sé que hay", dijo la Princesa; "Hace un rato que vino una urraca volando con un hueso de hombre en el pico y lo dejó caer por la chimenea. Me

apresuré a sacarlo de la casa de nuevo, pero después de todos mis dolores me atrevo a decir que es lo que hueles " .

Cuando el Gigante escuchó eso, no dijo nada más al respecto; pero al poco tiempo vio que el armario estaba todo adornado con flores y guirnaldas, así que preguntó quién había hecho eso. ¿Quién podría ser sino la princesa?

"Y, por favor, ¿cuál es el significado de toda esta payasada?" preguntó el gigante.

"Oh, te quiero tanto que no pude evitar hacerlo cuando supe que tu corazón estaba ahí", dijo la princesa.

"¿Cómo puedes ser tan tonto como para creer tal cosa?" dijo el Gigante.

"Oh, sí; ¿cómo puedo evitar creerlo cuando lo dices?" dijo la Princesa.

"Eres un ganso", dijo el Gigante; "donde está mi corazón, nunca vendrás".

"Bueno", dijo la princesa, "pero a pesar de todo, sería un placer saber dónde está realmente".

Entonces el pobre Gigante no pudo resistir más, pero se vio obligado a decir:

"Lejos, muy lejos, en un lago yace una isla; en esa isla hay una iglesia; en esa iglesia hay un pozo; en ese pozo nada un pato; en ese pato hay un huevo, y en ese huevo está mi corazón ... ¡tú querida!"

Temprano por la mañana, cuando todavía era un amanecer gris, el Gigante se dirigió al bosque.

"¡Sí! Ahora yo también debo partir", dijo Boots; "si tan sólo supiera cómo encontrar el camino". Se despidió de la princesa por mucho tiempo, y cuando salió por la puerta del Gigante, allí estaba el Lobo esperándolo. Así que Boots le contó todo lo que había sucedido dentro de la casa y dijo que ahora deseaba ir al pozo de la iglesia, si supiera el camino. Así que el Lobo le ordenó que saltara sobre su espalda, pronto encontraría el camino; y se fueron hasta que el viento silbó tras ellos, sobre setos y campos, sobre colinas y valles. Después de haber viajado muchos, muchos días, llegaron al lago. Entonces el Príncipe no supo cómo superarlo, pero el Lobo le ordenó que no tuviera miedo, que se mantuviera, así que saltó al lago con el Príncipe en la espalda y nadó hasta la isla. Entonces vinieron a la iglesia; pero las llaves de la iglesia colgaban en lo alto de la torre, y al principio el Príncipe no supo cómo bajarlas.

"Debes llamar al Cuervo", dijo el Lobo.

Así que el Príncipe llamó al Cuervo, y en un santiamén llegó el Cuervo, voló a buscar las llaves y el Príncipe entró en la iglesia. Pero cuando llegó al pozo, allí se tendió el pato y nadó hacia adelante y hacia atrás, tal como había dicho el gigante. Así que el Príncipe se puso de pie y lo persuadió y lo persuadió, hasta que se le acercó y lo tomó en su mano; pero justo cuando lo levantó del agua, el pato arrojó el huevo al pozo, y entonces Boots se volvió loco para saber cómo sacarlo de nuevo.

"Bueno, ahora debes llamar al Salmón, sin duda", dijo el Lobo; y el hijo del rey llamó al salmón, y el salmón vino y tomó el huevo del fondo del pozo.

Entonces el Lobo le dijo que apretara el huevo, y tan pronto como lo apretó, el Gigante gritó.

"Apriétalo de nuevo", dijo el Lobo; y cuando el Príncipe lo hizo, el Gigante gritó aún más lastimosamente, y suplicó y oró con tanto empeño que se le perdonara, diciendo que haría todo lo que el Príncipe deseara si tan sólo no apretaba su corazón en dos.

"Dile que si resucita a tus seis hermanos y sus novias, a quienes ha convertido en piedra, tú le perdonarás la vida", dijo el Lobo. Sí, el Gigante estaba listo para hacer eso, y convirtió a los seis hermanos en hijos del rey nuevamente y a sus novias en hijas del rey.

"Ahora, exprime el huevo en dos", dijo el lobo. Así que Boots exprimió el huevo en pedazos y el gigante estalló de inmediato.

Ahora, cuando había acabado con el Gigante, Boots cabalgó de regreso en el Lobo a la casa del Gigante, y allí estaban sus seis hermanos vivos y felices, con sus novias. Entonces Boots fue a la ladera en busca de su novia, por lo que todos se dirigieron a la casa de su padre. Y puede imaginarse lo feliz que se alegró el viejo rey cuando vio regresar a sus siete hijos, cada uno con su esposa.

"Pero la novia más hermosa de todas es la novia de Boots, después de todo", dijo el Rey, "y él se sentará en la parte superior de la mesa, con ella a su lado".

Entonces envió y convocó una gran fiesta de bodas, y la alegría fue fuerte y larga; y si no han terminado de festejar, pues, todavía lo están.

## **CAPITULO XX**

### **EL MORDEDOR**

Serbio [275: 1]

[275: 1] Tomado de "Cuentos de héroes y leyendas de los serbios", de Vojislav M. Petrovic.

Érase una vez un anciano que, cada vez que escuchaba a alguien quejarse de cuántos hijos tenía que cuidar, siempre se reía y decía: "¡Ojalá Dios me diera cien hijos!".

Esto dijo en broma; con el paso del tiempo, sin embargo, tuvo, en realidad, ni más ni menos de cien hijos.

Tuvo suficientes problemas para encontrar diferentes oficios para sus hijos, pero cuando una vez comenzaron en la vida, trabajaron diligentemente y ganaron mucho dinero. Ahora, sin embargo, surgió una nueva dificultad. Un día, el hijo mayor se acercó a su padre y le dijo: "Mi querido padre, creo que ya es hora de que me case".

Apenas había dicho estas palabras cuando llegó el segundo hijo, diciendo: "Querido padre, creo que ya es hora de que estés buscando una esposa para mí".

Un momento después llegó el tercer hijo y preguntó: "Querido padre, ¿no crees que ya es hora de que me busques una esposa?" De la misma manera vino el cuarto y el quinto, hasta que los cien hicieron una solicitud similar. Todos querían casarse y deseaban que su padre les encontrara esposas lo antes posible.

Al anciano no le molestaron poco estas peticiones; dijo, sin embargo, a sus hijos: "Muy bien, hijos míos, no tengo nada que decir en contra de su matrimonio; sin embargo, preveo, hay una gran dificultad en el camino. Hay cien de ustedes pidiendo esposas, y no creo que podamos encontrar cien niñas casaderas en los quince pueblos que hay en nuestro vecindario".

A esto los hijos, sin embargo, respondieron: "No te preocupes por eso, pero monta tu caballo y lleva en tu saco suficientes tortas de compromiso. Debes tomar, también, un palo en tu mano para que puedas hacer una muesca en para cada chica que veas. No significa que sea guapa o fea, coja o ciega, solo haz una muesca en tu bastón por cada una con la que te encuentres".

El anciano dijo: "¡Muy sabiamente hablado, hijos míos! Haré exactamente lo que me digas".

En consecuencia, montó en su caballo, tomó un saco lleno de pasteles al hombro y un palo largo en la mano, y partió de inmediato a golpear el vecindario para que las niñas se casaran con sus hijos.

El anciano había viajado de aldea en aldea durante todo un mes, y cada vez que veía a una niña, hacía un corte en su bastón. Pero se estaba cansando bastante y empezó a contar cuántas muescas ya había hecho. Cuando los contó cuidadosamente una y otra vez, para estar seguro de que los había contado todos, sólo pudo distinguir setenta y cuatro, de modo que todavía veintiséis querían completar el número requerido. Sin embargo, estaba tan cansado con el viaje de su mes que decidió regresar a casa. Mientras cabalgaba, vio a un sacerdote conduciendo bueyes atados a un arado, y aparentemente sumido en pensamientos ansiosos sobre algo. Ahora el anciano se asombró un poco al ver al sacerdote arar sus propios campos de maíz sin ni siquiera un niño que lo ayudara; por eso gritó para preguntarle por qué conducía él mismo sus bueyes. El sacerdote, sin embargo, ni siquiera volvió la cabeza para ver quién lo llamaba, tan concentrado estaba en instar a sus bueyes y en guiar su arado.

El anciano pensó que no había hablado lo suficientemente alto, por lo que volvió a gritar lo más fuerte que pudo: "Detén un poco a tus bueyes y dime por qué te estás arando sin ni siquiera un muchacho que te ayude, y esto también, en un día santo! "

Ahora el sacerdote, que sudaba con su arduo trabajo, respondió con irritación: "¡Te conjuro por tu vejez, déjame en paz! No puedo decirte mi mala suerte".

Sin embargo, ante esta respuesta, el anciano fue sólo el más curioso y persistió con mayor seriedad en hacer preguntas para averiguar por qué el sacerdote araba en un día santo. Por fin, el sacerdote, cansado de su importunidad, suspiró profundamente y dijo: "Bueno, si lo sabe: ¡soy el único hombre en mi casa y Dios me ha bendecido con cien hijas!"

El anciano se llenó de alegría al escuchar esto y exclamó alegremente: "¡Eso es muy bueno! Es justo lo que quiero, porque tengo cien hijos, y así, como tú tienes cien hijas, podemos ser amigos".

En el momento en que el sacerdote escuchó esto, se volvió agradable y conversador, e invitó al anciano a pasar la noche en su casa. Luego, dejando su arado en el campo, condujo a los bueyes de regreso al pueblo. Sin embargo, justo antes de llegar a su casa, le dijo al anciano: "Entra tú mismo en la casa mientras yo ato mis bueyes".

Sin embargo, tan pronto como el anciano entró en el patio, la esposa del sacerdote se abalanzó sobre él con un gran garrote, gritando: "No tenemos pan para nuestras cien hijas y no queremos mendigos ni visitantes", y con estas palabras ella lo ahuyentó.

Poco después, el sacerdote salió del granero y, al encontrar al anciano en el camino frente a la puerta, le preguntó por qué no había entrado en la casa como le había dicho. A lo que el anciano respondió: "Entré, pero su esposa me echó".

Entonces el sacerdote dijo: "Espera un momento aquí hasta que vuelva a buscarte". Luego fue rápidamente a su casa y regañó a su esposa muy bien, diciendo: "¿Qué has hecho? ¿Qué buena oportunidad has echado a perder! El hombre que entró iba a ser nuestro amigo, porque tiene cien hijos que ¡Con mucho gusto me he casado con nuestras cien hijas!

Cuando la esposa escuchó esto, se cambió apresuradamente de vestido y se arregló el cabello y el tocado de otra manera. Luego sonrió muy dulcemente, y recibió con la mayor cortesía posible al anciano, cuando su esposo lo condujo a la casa. De hecho, fingió no saber nada de que alguien hubiera sido expulsado de su puerta. Y como el anciano tenía muchas ganas de encontrar esposas para sus hijos, también fingió no saber que la sonriente ama de casa y la mujer que lo ahuyentó con un palo eran la misma persona.

De modo que el anciano pasó la noche en la casa y a la mañana siguiente le pidió formalmente al sacerdote que le diera sus cien hijas por esposas para sus cien hijos. Entonces, el sacerdote respondió que estaba muy dispuesto, que ya había hablado con sus hijas sobre el asunto, y que también ellas estaban muy dispuestas. Entonces el anciano tomó sus pasteles de compromiso, los puso sobre la mesa a su lado y le dio a cada una de las niñas una moneda para marcar. Luego, cada una de las novias envió un pequeño obsequio suyo a aquel de sus hijos con quien estaba así comprometida. Estos obsequios los puso el anciano en la bolsa donde había llevado las tortas de compromiso. Luego montó en su caballo y partió alegremente hacia su casa. Hubo gran regocijo en su casa cuando contó lo exitoso que había sido en su búsqueda y que realmente había encontrado un centenar de niñas listas y dispuestas a casarse; y estos cien también, hijas de un sacerdote.

Los hijos insistieron en que debían comenzar a hacer los preparativos de la boda sin demora, e inmediatamente comenzaron a invitar a los invitados que iban a formar parte de la procesión nupcial para que fueran a la casa del sacerdote y trajeran a las novias.

Aquí ocurrió otra dificultad. El padre anciano debe encontrar doscientas esposas líderes (dos por cada novia); cien kooms (testigos); cien starisvats; cien chaious (lacayos corriendo para ir antes de la procesión); y trescientos voivodas (abanderados); y, además de éstos, un número respetable de otros invitados no oficiales. Para encontrar a todas estas personas, el padre tuvo que cazar por todo el barrio durante tres años; al fin,

sin embargo, fueron encontrados todos, y se fijó un día en que se reunirían en su casa e irían de allí en procesión a la casa del sacerdote.

El día señalado todos los invitados se reunieron en la casa del anciano. Con mucho ruido y confusión, después de una buena cantidad de banquetes, la procesión nupcial se formó como es debido y partió hacia la casa del sacerdote, donde las cien novias ya estaban preparadas para partir hacia su nuevo hogar.

Tan grande era la confusión, en verdad, que el anciano se olvidó por completo de llevarse consigo uno de sus cien, y nunca lo echó de menos en el saludo, la charla y la bebida que estaba obligado, como padre de los novios, a pasar. Ahora el joven había trabajado tanto y tan duro preparándose para el día de la boda que no se despertó hasta mucho después de que había comenzado la procesión; y todos habían tenido, como su padre, demasiado que hacer y demasiadas cosas en las que pensar para extrañarlo.

La procesión nupcial llegó ordenada a la casa del sacerdote, donde ya estaba preparada una fiesta para ellos. Habiendo honrado las diversas cosas buenas y habiendo pasado por todas las ceremonias habituales en tales ocasiones, las cien novias fueron entregadas a sus "líderes", y la procesión comenzó a su regreso a la casa del anciano. Pero, como no partieron hasta bien entrada la tarde, se decidió que pasar la noche en algún lugar de la carretera. Cuando llegaron, por tanto, a cierto río llamado "Luckless", como ya era de noche, algunos de los hombres propusieron que la fiesta pasara la noche al lado del agua sin cruzar. Sin embargo, algunos otros del jefe del grupo aconsejaron tan calurosamente el cruce del río y acampar en la otra orilla, que

este curso, tras una animada discusión, fue decidido en largo tiempo; en consecuencia, la procesión comenzó a moverse sobre el puente.

Sin embargo, justo cuando la fiesta de bodas estaba a mitad de camino del puente, sus dos lados comenzaron a acercarse y presionaron a las personas tan juntas que apenas tenían espacio para respirar, y mucho menos podían moverse hacia adelante o hacia atrás. .

Se mantuvieron en esta posición durante algún tiempo, algunos gritando y regañando, otros callados por miedo, hasta que al fin apareció un gigante negro y les gritó con una voz terriblemente fuerte: "¿Quiénes sois todos? ¿De dónde vienen? ¿A dónde vas?"

Algunos de los más atrevidos respondieron: "Vamos a la casa de nuestro viejo amigo, llevándonos a casa las cien novias para sus cien hijos; pero desafortunadamente nos aventuramos en este puente después del anochecer, y nos ha apretujado tan fuertemente que no podemos movernos". De una u otra forma."

"¿Y dónde está tu viejo amigo?" preguntó el gigante negro.

Ahora todos los invitados a la boda volvieron sus ojos hacia el anciano. Entonces se volvió hacia el gigante, quien instantáneamente le dijo: "¡Oye, viejo! ¿Me darás lo que has olvidado en casa, si dejas que tus amigos pasen por el puente?"

El anciano consideró algún tiempo lo que podría ser que se había olvidado en casa, pero al fin, al no poder recordar nada en particular de lo que había dejado, y oyendo por todos lados los quejidos y quejidos de sus invitados, respondió: " Bueno, 295

Te lo daré, si tan solo dejas pasar la procesión "

Entonces el gigante negro dijo al grupo: "Todos escuchan lo que ha prometido y todos son mis testigos del trato. En tres días vendré a buscar lo que he negociado".

Dicho esto, el gigante negro ensanchó el puente y toda la procesión pasó a salvo a la otra orilla. La gente, sin embargo, ya no deseaba pasar la noche en el camino, así que se movieron lo más rápido que pudieron y temprano en la mañana llegaron a la casa del anciano.

Mientras todos hablaban de la extraña aventura con la que se habían encontrado, el hijo mayor, que se había quedado en casa, pronto comenzó a comprender cómo estaba el asunto y se dirigió a su padre diciendo: "¡Oh, padre mío! Me has vendido al gigante negro! "

Entonces el anciano se sintió muy apenado y preocupado; pero sus amigos lo consolaron diciendo: "¡No tengas miedo! No saldrá nada".

Las ceremonias matrimoniales se celebraron con gran regocijo. Sin embargo, justo cuando las festividades estaban en su apogeo, al tercer día, el gigante negro apareció en la puerta y gritó: "Ahora, dame de inmediato lo que has prometido".

El anciano, temblando todo el cuerpo, se adelantó y le preguntó: "¿Qué quieres?"

"¡Nada más que lo que me has prometido!" respondió el gigante negro.

Como no pudo romper su promesa, el anciano, muy angustiado, se vio obligado a entregar a su hijo mayor al gigante, quien entonces dijo: "Ahora me llevaré a tu hijo conmigo, pero después de tres años puedes venir al río Luckless y llévatelo".

Dicho esto, el gigante negro desapareció llevándose al joven, a quien se llevó a su taller como aprendiz en el oficio de brujería.

A partir de ese momento el pobre anciano no tuvo ni un solo momento de felicidad. Siempre estaba triste y ansioso, y contaba todos los años, y todos los meses, y semanas, e incluso todos los días, hasta el amanecer del último día de los tres años. Luego tomó un bastón en la mano y se apresuró a ir a la orilla del río Luckless. Tan pronto como llegó al río se encontró con el gigante negro, quien le preguntó: "¿Por qué vienes?" El anciano respondió que había venido a llevarse a casa a su hijo según lo pactado.

Entonces el gigante sacó una bandeja en la que había un gorrión, una tórtola y una codorniz, y le dijo al anciano: "Ahora, si sabes cuál de estos es tu hijo, puedes llevártelo".

El pobre padre miró fijamente a los tres pájaros, uno tras otro, una y otra vez, pero al final se vio obligado a admitir que no sabía cuál de ellos era su hijo. Así que se vio obligado a marcharse solo y se sintió mucho más miserable que antes. Sin embargo, apenas había llegado a la mitad del camino a casa cuando pensó que volvería al río y tomaría uno de los pájaros que recordaba que lo había mirado intensamente.

Cuando llegó al río Luckless, se encontró de nuevo con el gigante negro, quien volvió a sacar la bandeja y colocó sobre ella una perdiz, un carbonero y un tordo, diciendo: "Ahora, viejo, averigua que es tu hijo!"

El ansioso padre volvió a mirar un pájaro tras otro, pero se sintió más inseguro que antes, por lo que, llorando amargamente, se fue de nuevo.

Justo cuando el anciano atravesaba un bosque, que estaba entre el río Luckless y su casa, una anciana lo recibió y le dijo: "¡Detente un momento! ¿A dónde te apresuras? ¿Y por qué estás en tal problema?"

Ahora, el anciano estaba tan profundamente meditando sobre su gran infelicidad que al principio no prestó atención a la anciana; pero ella lo

siguió, llamándolo y repitiendo sus preguntas con más seriedad. Así que por fin se detuvo y le contó la terrible desgracia que le había ocurrido. Cuando la anciana hubo escuchado toda la historia, dijo alegremente: "¡No te arrojes! No tengas miedo. Vuelve de nuevo al río y, cuando el gigante saque los tres pájaros, mira dentro ojos agudamente. Cuando veas que uno de los pájaros tiene una lágrima en uno de sus ojos, agarra ese pájaro y sujétalo, porque tiene alma humana".

El anciano le agradeció de todo corazón su consejo y se volvió, por tercera vez, hacia el río Luckless. De nuevo apareció el gigante negro, y se veía muy alegre mientras sacaba su bandeja y colocaba sobre ella un gorrión, una paloma y un pájaro carpintero, diciendo: "¡Viejo mío! ¡Averigua cuál es tu hijo!" Entonces el padre miró fijamente a los ojos de los pájaros y vio que del ojo derecho de la paloma caía lentamente una lágrima. En un momento agarró al pájaro con fuerza y dijo: "¡Este es mi hijo!" Al momento siguiente se encontró agarrando a su hijo mayor por el hombro, y así, cantando y gritando de gran alegría, lo llevó rápidamente a su casa y lo entregó a su nuera mayor, la esposa de su hijo.

Ahora desde hace algún tiempo todos vivieron juntos muy felices. Un día, sin embargo, el joven le dijo a su padre: "Mientras era aprendiz en el taller del gigante negro, aprendí muchos trucos de brujería. Ahora tengo la intención de convertirme en un buen caballo, y tú tomarás venderme y venderme por una buena suma de dinero. Pero asegúrese de no renunciar al cabestro".

El padre hizo lo que le había dicho el hijo. Al día siguiente de mercado, fue a la ciudad con un buen caballo que ofreció a la venta. Muchos compradores se acercaron a él, admirando el caballo y pujando por él, de modo que al fin el viejo pudo venderlo por dos mil ducados. Cuando recibió el dinero, se cuidó mucho de no soltar el ronzal y regresó a casa mucho más rico de lo que jamás soñó.

Unos días después, el hombre que había comprado el caballo envió a su criado al río para que se bañara y, mientras estaba en el agua, el caballo se soltó del criado y galopó hacia el bosque vecino. Allí se cambió a su forma real y regresó a la casa de su padre.

Pasado un tiempo, el joven le dijo un día a su padre: "Ahora me convertiré en buey, y me puedes llevar al mercado para venderme; pero ten cuidado de no ceder la cuerda con la que conduces. yo."

Así que, al día siguiente de mercado, el anciano fue a la ciudad llevando un buey muy fino y pronto encontró un comprador que ofreció diez veces el precio habitual pagado por un buey. El comprador también pidió la cuerda

para llevar al animal a casa, pero el anciano dijo: "¿Qué quieres con una cosa tan vieja? ¡Será mejor que compres una nueva!" y se fue llevándose la cuerda.

Esa noche, mientras los sirvientes del comprador conducían el buey al campo, él se escapó a un bosque cercano y, habiendo tomado allí su forma humana, regresó a la casa de su padre.

La víspera del siguiente día de mercado, el joven le dijo a su padre: "Ahora me convertiré en una vaca con cuernos de oro, y me puedes vender como antes, solo ten cuidado de no soltar el hilo".

Por consiguiente, a la mañana siguiente se transformó en una vaca, y el anciano la llevó al mercado y le pidió trescientas coronas.

Pero el gigante negro se había enterado de que su antiguo aprendiz ganaba mucho dinero practicando el oficio que le había enseñado y, celoso por esto, decidió poner fin a las ganancias del joven.

Por eso, al tercer día llegó él mismo al mercado como comprador, y en el momento en que vio a la hermosa vaca con los cuernos dorados supo que no podía ser otro que su antiguo aprendiz. Así que se acercó al anciano y, habiendo superado la oferta de todos los posibles compradores, pagó de inmediato el precio que había acordado. Habiendo hecho esto, tomó la cuerda en su mano y trató de arrancársela al anciano aterrorizado, quien gritó: "¡No te he vendido la cuerda, sino la vaca!" y sostuvo la cuerda tan rápido como pudo con ambas manos.

"¡Oh no!" dijo el comprador: "Tengo la ley y la costumbre de mi lado. ¡Quien compra una vaca, compra también la cuerda con la que es conducida!" Algunos de los espectadores divertidos y asombrados dijeron que esto era bastante cierto, por lo que el anciano se vio obligado a renunciar a la cuerda.

El gigante negro, satisfecho con su compra, se llevó a la vaca a su castillo y, después de ponerle cadenas de hierro en las piernas, la sujetó en un sótano. Todas las mañanas el gigante le daba a la vaca agua y heno, pero nunca la desencadenaba.

Una noche, sin embargo, la vaca, con incesantes luchas, logró liberarse de las cadenas e inmediatamente abrió la puerta del sótano con sus cuernos y se escapó.

A la mañana siguiente, el gigante negro entró como de costumbre en el sótano, llevando el heno y el agua para la vaca; pero al ver que ella se había

liberado y huido, tiró el heno y se puso en camino de inmediato para perseguirla.

Cuando estuvo a la vista de ella, se convirtió en lobo y corrió hacia ella con gran furia; pero su inteligente aprendiz se transformó instantáneamente de vaca en oso, después de lo cual el gigante se transformó de lobo en león; el oso luego se convirtió en un tigre, y el león se transformó en un cocodrilo, después de lo cual el tigre se convirtió en un gorrión. Ante esto, el gigante cambió de la forma de un cocodrilo a un halcón, y el aprendiz inmediatamente se transformó en una liebre; al ver que el halcón se convirtió en galgo. Luego, el aprendiz pasó de liebre a halcón y del galgo a águila; entonces el aprendiz se transformó en un pez. El gigante pasó entonces de un águila a un ratón, e inmediatamente el aprendiz, como un gato, corrió tras él; luego el gigante se transformó en un montón de mijo, y el aprendiz se transformó en gallina y pollos, que con mucha avidez recogieron todo el mijo, excepto una sola semilla, en la que estaba el maestro, que se transformó en ardilla; instantáneamente, sin embargo, el aprendiz se convirtió en un halcón y, abalanzándose sobre la ardilla, la mató.

De esta manera el aprendiz golpeó a su maestro, el gigante negro, y se vengó de todos los sufrimientos que había soportado mientras aprendía el oficio de la brujería.

Después de haber matado a la ardilla, el halcón volvió a tomar su forma adecuada y el joven regresó con alegría a su padre, a quien hizo inmensamente rico.

## **CAPITULO XXI EL HIJO DEL MELOCOTÓN**

Japonés [290: 1]

[290: 1] Tomado de "Mitos y leyendas de Japón", de F. Hadland Davis.

Un día, mientras una anciana estaba junto a un arroyo lavando su ropa, vio por casualidad un melocotón enorme flotando en el agua. Era el más grande que había visto en su vida, y como esta anciana y su esposo eran extremadamente pobres, inmediatamente pensó en la excelente comida que haría este extraordinario melocotón. Como no pudo encontrar ningún palo con el que llevar la fruta al banco, de repente recordó el siguiente verso:

El agua lejana es amarga,

El agua cercana es dulce;  
Pasa por el agua lejana  
Y entra en lo dulce.

Esta pequeña canción tuvo el efecto deseado. El melocotón se fue acercando más y más hasta que se detuvo a los pies de la anciana. Se agachó y la recogió. Estaba tan encantada con su descubrimiento que no pudo quedarse a lavar más, sino que se apresuró a volver a casa lo antes posible.

Cuando su marido llegó por la noche, con un manojito de hierba a la espalda, la anciana sacó con entusiasmo el melocotón de un armario y se lo mostró.

El anciano, que estaba cansado y hambriento, estaba igualmente encantado con la idea de una comida tan deliciosa. Rápidamente trajo un cuchillo y estaba a punto de cortar la fruta, cuando de repente se abrió por sí sola y la niña más bonita imaginable salió dando tumbos con una risa alegre.

"No tengas miedo", dijo el pequeño. "Los dioses han escuchado cuánto deseabas un hijo y me han enviado para que sea un consuelo y un consuelo en tu vejez".

La pareja de ancianos estaba tan abrumada de alegría que apenas sabían qué hacer con ellos mismos. Cada uno amamantó al niño, lo acarició y murmuró muchas palabras dulces y afectuosas. Lo llamaron Momotaro, o "Hijo de un melocotón".

Cuando Momotaro tenía quince años, era un chico mucho más alto y más fuerte que los chicos de su misma edad. La creación de un gran héroe se agitó en sus venas, y fue un heroísmo caballeresco el que deseaba corregir el mal.

Un día, Momotaro fue a ver a su padre adoptivo y le preguntó si le permitiría emprender un largo viaje a cierta isla en el Mar del Nordeste donde vivían varios ogros, [291: 1] que habían capturado una gran compañía de gente inocente, muchos de los cuales comieron. Su maldad estaba más allá de toda descripción, y Momotaro deseaba matarlos, rescatar a los desafortunados cautivos y traer de vuelta el saqueo de la isla para poder compartirlo con sus padres adoptivos.

[291: 1] El autor los llama "demonios", pero en otras versiones de este conocido cuento son gigantes devoradores de hombres.

Al anciano no le sorprendió poco escuchar este atrevido plan. Sabía que Momotaro no era un niño común. Había sido enviado del cielo y creía que todos los ogros y demonios no podían hacerle daño. Así que finalmente el

anciano dio su consentimiento, diciendo: "Ve, Momotaro, mata a los ogros y trae la paz a la tierra".

Cuando la anciana hubo dado a Momotaro una serie de pasteles de arroz, el joven se despidió de sus padres adoptivos y emprendió su viaje.

Mientras Momotaro descansaba bajo un seto comiendo uno de los pasteles de arroz, un gran perro se le acercó, gruñó y le mostró los dientes. El perro, además, podía hablar y suplicaba amenazadoramente que Momotaro le diera un pastel. "¡O me das un pastel", dijo, "o te mataré!"

Sin embargo, cuando el perro escuchó que el famoso Momotaro estaba frente a él, su cola cayó entre sus piernas y se inclinó con la cabeza al suelo, solicitando que pudiera seguir a "Hijo de melocotón" y prestarle todo el servicio que estaba en su poder.

Momotaro aceptó fácilmente esta oferta y, después de arrojarle al perro medio pastel, siguieron su camino.

No habían ido muy lejos cuando se encontraron con un mono, quien también suplicó ser admitido al servicio de Momotaro. Esto fue concedido, pero pasó algún tiempo antes de que el perro y el mono dejaran de morderse y se hicieran buenos amigos.

Continuando con su viaje, se encontraron con un faisán. Ahora los celos innatos del perro se despertaron nuevamente, y corrió hacia adelante y trató de matar a la criatura de plumas brillantes. Momotaro separó a los combatientes, y finalmente el faisán también fue admitido en la pequeña banda, caminando decorosamente en la retaguardia.

Por fin Momotaro y sus seguidores llegaron a la orilla del mar del noreste. Aquí nuestro héroe descubrió un bote, y después de una buena dosis de timidez por parte del perro, el mono y el faisán, todos subieron a bordo y pronto el pequeño bote zarpó sobre el mar azul.

Después de muchos días en el océano avistaron una isla. Momotaro ordenó al pájaro que se fuera volando, un heraldo alado para anunciar su llegada, y ordenó a los ogros que se rindieran.

El faisán voló sobre el mar y se posó en el techo de un gran castillo y gritó su conmovedor mensaje, agregando que los ogros, en señal de sumisión, debían romperles los cuernos.

Los ogros se limitaron a reír y agitar sus cuernos y su pelo pelirrojo. Luego sacaron barras de hierro y las arrojaron furiosamente al

pájaro. El faisán esquivó hábilmente los proyectiles y se abalanzó sobre las cabezas de muchos ogros.

Mientras tanto, Momotaro había aterrizado con sus dos compañeros. Apenas lo había hecho, vio a dos hermosas doncellas llorando junto a un arroyo, mientras escurrían las prendas empapadas de sangre.

"¡Oh!" dijeron lastimosamente, "somos hijas de daimyos, y ahora somos las cautivas del Rey Demonio de esta terrible isla. Pronto nos matará, y ¡ay! no hay nadie que venga en nuestra ayuda". Habiendo hecho estas quejas, las mujeres volvieron a llorar.

"Señoras", dijo Momotaro, "he venido con el propósito de matar a sus malvados enemigos. Muéstrame un camino hacia ese castillo".

Entonces Momotaro, el perro y el mono entraron por una pequeña puerta en el castillo. Una vez dentro de esta fortificación, lucharon tenazmente. Muchos de los ogros estaban tan asustados que cayeron de los parapetos y fueron hechos pedazos, mientras que otros fueron asesinados rápidamente por Momotaro y sus compañeros. Todos fueron destruidos, excepto el rey, que decidió rendirse y suplicó que le perdonaran la vida.

"No," dijo Momotaro con fiereza. "No perdonaré tu vida perversa. Has torturado a muchas personas inocentes y robado el país durante muchos años".

Habiendo dicho estas palabras, entregó al Rey Demonio al cuidado del mono, y luego procedió a través de todas las habitaciones del castillo y liberó a los numerosos prisioneros que encontró allí. También reunió mucho tesoro.

El viaje de regreso fue realmente un acontecimiento muy feliz. El perro y el faisán llevaron el tesoro entre ellos, mientras Momotaro conducía al Rey Demonio.

Momotaro devolvió a las dos hijas de los daimyos a sus hogares y a muchos otros que habían estado cautivos en la isla. Todo el país se regocijó con su victoria, pero nadie más que los padres adoptivos de Momotaro, quienes terminaron sus días en paz y abundancia, gracias al gran tesoro de los ogros que Momotaro les otorgó.

## **CAPITULO XXII**

### **EL HOMBRE QUE PERDIÓ SUS PIERNAS**

**Coreano [295: 1]**

[295: 1] De "Korean Folk Tales", de Im Bang y Yi Ryuk. Traducido por James S. Gale.

Había un comerciante en Chong-ju que solía ir a Quelpart a comprar algas. Una vez, cuando se acercó a la orilla, vio a un hombre arrastrando los pies por el suelo hacia el bote. Se acercó sigilosamente y, por fin, se agarró al costado con ambas manos y se incorporó.

"Cuando lo miré", dijo el comerciante, "descubrí que era un anciano sin piernas. Asombrado, le pregunté, diciendo: '¿Cómo es, viejo, que ha perdido las piernas?'

"Él respondió: 'Una vez perdí las piernas en un viaje cuando naufragé y un gran pez se las mordió'".

"¿Sin embargo, sucedió eso?" preguntó el comerciante.  
Y el anciano dijo:

"Fuimos atrapados en un vendaval y conducidos hasta que tocamos una isla u otra. Frente a nosotros, en la orilla, se alzaba un alto castillo con una gran entrada. Los veinte o más que estábamos juntos en el bote sacudido por la tormenta estábamos todos exhaustos del frío y del hambre, y de quedarnos expuestos, aterrizamos y logramos ir juntos al castillo.

"Había en él un solo hombre, cuya altura era terrible de contemplar, y cuyo pecho era muy redondo. Su rostro estaba negro y sus ojos grandes y rodantes. Su voz era como el rebuzno de un burro monstruoso.

"Nuestra gente hizo gestos para mostrar que querían algo de comer. El hombre no respondió, pero cerró bien la puerta de entrada. Después de esto, trajo un montón de leña, la puso en el medio del patio y allí encendió un fuego. Cuando el fuego se encendió, corrió tras nosotros y atrapó a un joven, uno de nuestra compañía, lo cocinó ante nuestros ojos, lo hizo pedazos y se lo comió, todos quedamos reducidos a un estado de horror, sin saber qué hacer. Nos miramos el uno al otro con consternación y estupefacción.

"Cuando hubo comido hasta saciarse, subió a una veranda y abrió una jarra, de la que bebió una especie de licor. Después de beberlo profirió los

ruidos más espantosos y espantosos; su rostro se puso muy rojo y se acostó y dormía, y sus ronquidos eran como el estruendo del trueno.

"Entonces planeamos escapar, y por eso intentamos abrir la gran puerta; pero una hoja tenía unos siete metros de ancho, y era tan gruesa y pesada que con todas nuestras fuerzas no pudimos moverla. Las paredes también, Teníamos ciento cincuenta pies de altura, por lo que no podíamos hacer nada con ellos. Éramos como peces en una olla, más allá de toda forma de escape posible. Nos tomamos de la mano y lloramos.

"Entre nosotros, un hombre pensó en este plan: teníamos un cuchillo y él lo tomó, y mientras el monstruo estaba borracho y dormido, decidió sacarle los ojos a puñaladas y degollarlo. Respondimos: 'Todos estamos condenados'. de todos modos; intentemos '; y subimos a la veranda y lo apuñalamos en los ojos. Él soltó un rugido terrible y se lanzó por todos lados para atraparnos. Corrimos de aquí para allá, escapando del patio de regreso al jardín trasero. Había en este recinto cerdos y ovejas, unos sesenta en total. Allí nos apresuramos, entre los cerdos y las ovejas.

"Se tambaleaba, agitando sus dos brazos detrás de nosotros, pero no agarró a ninguno de nosotros; estábamos todos mezclados: ovejas, cerdos y gente. Cuando pescó algo, era una oveja; y cuando fue no era una oveja, era un cerdo, así que abrió la puerta de entrada para echar a todos los animales.

"Entonces cada uno de nosotros tomó un cerdo o una oveja en la espalda y nos dirigimos directamente hacia la puerta. El monstruo palpó cada uno, y al encontrar un cerdo o una oveja, lo soltó. Luego salimos todos y corrimos hacia el bote.

"Un poco más tarde vino y se sentó en la orilla y nos gritó sus amenazas. Muchos otros gigantes vinieron a su llamada. Dieron pasos de treinta pies más o menos, vinieron corriendo detrás de nosotros, agarraron el bote y lo hicieron rápido; pero tomamos hachas y golpeamos las manos que lo sostenían, y así finalmente nos liberamos y salimos al mar abierto.

"Otra vez se levantó un gran viento, y corrimos hacia las rocas y todos fuimos destruidos. Todos fueron sumergidos en el mar y se ahogaron; solo yo me agarré de un trozo de madera de barco y viví. Entonces hubo un pez horrible de el mar que vino nadando detrás de mí y me mordió las piernas. Por fin volví a casa y aquí estoy.

"Cuando todavía lo pienso, mis dientes están fríos y mis huesos tiemblan. Mis Ocho Estrellas de la Suerte son muy malas, por eso me pasó a mí".

## **CAPITULO XXIII**

### **LA GIGANTE DE PIEDRA Indio norteamericano [299: 1]**

[299: 1] De "Los mitos de los indios norteamericanos", de Lewis Spence.

En tiempos pasados, era costumbre que la india de un cazador acompañara a su marido cuando éste buscaba la persecución. En estas ocasiones, una esposa obediente se llevaba a casa la presa asesinada por el cazador, la vestía y cocinaba para él.

Una vez hubo un jefe entre los iroqueses que era un cazador muy hábil. En todas sus expediciones su esposa fue su compañera y ayudante. En una excursión encontró cantidades tan grandes de caza que construyó un wigwam en el lugar y se instaló allí durante algún tiempo con su esposa e hijo.

Un día se puso en camino por una nueva pista, mientras su mujer seguía el camino que habían tomado el día anterior, para recoger la presa asesinada entonces. Cuando la mujer volvió sus pasos hacia su casa después de un duro día de trabajo, escuchó el sonido de la voz de otra mujer dentro de la cabaña. Llena de sorpresa, entró, pero para su consternación descubrió que su visitante no era otro que una Giganta de Piedra.

(Los Gigantes de Piedra eran una raza extraña y terrible, cuyos cuerpos estaban hechos de piedra sólida; una vez atacaron a los iroqueses, con la intención de exterminarlos por completo, pero fueron derrotados con la ayuda del Viento del Oeste).

Para aumentar su alarma, vio que la criatura tenía en sus brazos al bebé del jefe. Mientras la madre estaba en el umbral de la puerta, preguntándose cómo podría rescatar a su hijo de las garras de la giganta, esta le dijo con voz suave y tranquilizadora: "No tengas miedo, entra".

La esposa del cazador no vaciló más, sino que entró con valentía en el wigwam. Una vez dentro, su miedo se transformó en lástima, pues la giganta evidentemente estaba muy agotada por los problemas y la fatiga. Le contó a

la esposa del cazador, que fue amable y comprensiva, cómo había viajado desde la tierra de los Gigantes de Piedra, huyendo de su cruel esposo, que había tratado de matarla, y cómo finalmente se había refugiado en el wigwam solitario. Rogó a la joven que la dejara quedarse un tiempo, prometiéndole ayudarla en sus tareas diarias. También dijo que tenía mucha hambre, pero advirtió a su anfitriona que debía tener mucho cuidado con la comida que le daba. No debe estar crudo o nada mal hecho, porque si una vez probara la sangre, podría desear matar al cazador, a su esposa e hijo.

Entonces la esposa le preparó algo de comida, cuidando que estuviera bien cocido, y los dos se sentaron a cenar juntos. La Giganta de Piedra sabía que la mujer tenía la costumbre de llevarse el juego a casa, y ahora declaró que lo haría en su lugar. Además, dijo que ya sabía dónde se encontraba e insistió en emprender el camino de inmediato. Regresó muy pronto, llevando en una mano un cargamento de caza que cuatro hombres apenas podrían haber llevado, y la mujer reconoció en ella a una ayudante muy valiosa.

Se acercaba el momento del regreso del cazador, y la Giganta de Piedra le pidió a la mujer que saliera al encuentro de su marido y le hablara de su visitante. El hombre estaba muy complacido de saber cómo el recién llegado había ayudado a su esposa y le dio una calurosa bienvenida. Por la mañana salió a cazar como de costumbre. Cuando hubo desaparecido de la vista en el bosque, la giganta se volvió rápidamente hacia la mujer y dijo:

"Tengo un secreto que contarte. Mi cruel esposo me persigue y en tres días llegará aquí. Al tercer día, tu esposo debe quedarse en casa y ayudarme a matarlo".

Cuando llegó el tercer día, el cazador se quedó en casa, obedeciendo las instrucciones de su invitado.

"Ahora", dijo la giganta por fin, "lo oigo venir. Ambos deben ayudarme a sujetarlo. Golpéenlo donde les ordene, y ciertamente lo mataremos".

El cazador y su esposa se apoderaron de terror cuando una gran conmoción afuera anunció la llegada del Gigante de Piedra, pero la firmeza y el coraje de la giganta los tranquilizó, y con algo así como calma esperaron el acercamiento del monstruo. Inmediatamente cuando apareció, la giganta se abalanzó sobre él, lo agarró y lo tiró al suelo.

"¡Golpéale en los brazos!" gritó a los demás. "¡Ahora en la nuca!"

La temblorosa pareja obedeció y muy pronto habían logrado matar a la enorme criatura.

"Iré a enterrarlo", dijo la giganta. Y ese fue el final del Gigante de Piedra.

El extraño invitado se quedó en el wigwam hasta que llegó el momento de que el cazador y su familia regresaran al asentamiento, cuando ella anunció su intención de regresar con su propia gente.

"Mi marido está muerto", dijo ella; "Ya no tengo nada que temer".  
Por lo tanto, después de despedirse de ellos, se fue.

## PARTE IV

# ALGUNOS GIGANTES REALES Y LO QUE LA CIENCIA HA APRENDIDO SOBRE ELLOS

*Los dioses gigantes y los semidioses ocupan un lugar preponderante en los mitos de todas las tierras, en India, China y Arabia, así como en Grecia y Escandinava. Siguen muchos registros de gigantes "reales", durante los siete u ocho mil años desde los primeros destellos de la historia. Pero es necesario afirmar de inmediato que aquí, como en muchos otros asuntos, la exactitud de los hechos es una cualidad muy moderna.*

*Así, cuando Plinio nos dice que Gabbara, a quien el emperador Claudio trajo de Arabia, medía nueve pies, nueve pulgadas de alto, solo podemos estar seguros de que probablemente era el ser humano más grande de Roma en ese momento. Y un número sospechoso de estos primeros hombres altos fueron vistos a través de la niebla de reverencia debido a la posición real y al poder.*

*Estos reyes gigantes harían una compañía notable: Sesochris de Egipto, quizás 4000 aC, que "pasaba por un gigante"; El rey Saúl, el gigantesco joven de la tribu de Benjamín elegido por sorteo para reinar sobre Israel; Maximino, pastor tracio, gladiador feroz y luego salvaje emperador de Roma, quien, según declara Capitolino, medía más de dos metros y medio, usaba el brazalete de su esposa como anillo en el dedo, podía romper la mandíbula de un caballo con el puño o tirar de un carro, y tenía la costumbre de vaciar un ánfora de vino de seis galones y consumir cuarenta libras de carne al día; Harold Hardrada, rover vikingo, conquistador del Mediterráneo y rey de Noruega, cuya altura era de "cinco codos" (¡diez pies!); El emperador Maximiliano de Alemania y muchos otros.*

*Un regimiento de guerreros formidables seguiría a estos gobernantes, como los enormes granaderos del rey Federico Guillermo de Prusia y de Pedro el Grande. El elector de Brandeburgo también tuvo en el siglo XVI un soldado famoso llamado Michel, que se decía que medía dos metros y medio de altura, un digno descendiente de ese gigante suabo, otro, famoso en el ejército de Carlomagno, que nadaba ríos torrenciales arrastrando su caballo. después de él, miraba a sus enemigos como "ranitas", y escupía varios a la vez como pájaros en su arma.*

*Frederick William desarrolló la teoría de que podía establecer una nueva raza de maravillas físicas al casar a sus enormes guardias con mujeres de un tamaño fenomenal, y solía ocuparse mucho en esos encuentros.*

*Tuvo poco éxito. El gigante como un luchador se alejó rápidamente ante cañones, mosquetes y pistolas. No pasó mucho tiempo antes de que fuera simplemente un prodigio para atraer a la multitud curiosa.*

321

## **CAPITULO XXIV**

### **ALGUNOS GIGANTES REALES**

Convengamos, arbitrariamente, en que las personas de seis a siete pies de altura son sólo hombres muy altos, pero que aquellos que exceden la marca de siete pies pueden ser llamados gigantes. Durante los últimos doscientos años ha habido más de cien hombres y mujeres, figurando a la vista del público, que han superado los dos metros. Probablemente veinticinco de estos han tenido una altura de dos metros y medio o más. A pesar de declaraciones en anuncios y volantes y periódicos, incluso en enciclopedías. no parece haber ningún ser humano medido por métodos científicos que alcanzara los dos metros y medio.

Sin duda, se puede leer en las historias y biografías que los emperadores romanos Maximino y Joviano, Carlomagno y el emperador Maximiliano de Alemania medían dos metros y medio o dos metros. Pero uno no puede medir ni siquiera a los emperadores vivos, por desgracia, mucho menos a los que han muerto hace mucho tiempo. Más de un viajero afirmó que había visto con sus propios ojos decenas de salvajes patagónicos que iban de los nueve

a los once pies; sin embargo, tan pronto como se tomaron medidas cuidadosas, estas disminuyeron a un máximo de algo menos de siete. Y la gran cantidad de "huesos de gigantes" desenterrados de vez en cuando, indicando hombres de nueve pies o más, prácticamente se ha demostrado que son de grandes animales.

Una de las características más notables del gigante es una cierta tendencia a encogerse ante la cámara y la cinta. En los últimos veinte años aproximadamente, un grupo de sabios alerta, especialmente en Francia, ha estado recopilando observaciones biológicas autorizadas sobre todos los temas posibles; y conviene recordar que sólo se puede confiar en registros científicos tan exactos.

Porque, además del orgullo, hay una gran cantidad de dinero involucrado en unos centímetros adicionales para el gigante del espectáculo. Por ejemplo, Antoine Hugo, anunciado como el hombre más alto, murió en 1917 después de haber hecho una gran fortuna en América; y se dijo que un promotor "freak" pagaría una prima de \$ 400 la pulgada, ¡por cualquiera que pudiera mostrar una estatura mayor que Hugo! Es decir, daría casi \$ 3000 por un gigante de nueve pies, además de pagarle al gigante él mismo entre \$ 1500 y \$ 2000 por semana. Mientras que el hermano de Hugo, que era solo un par de pulgadas más bajo que él, no tenía demanda en los Estados Unidos, que solo requiere "campeones" en la clase de monstruos.

Al parecer, el hombre más alto registrado fue Machnow, un ruso que nació en Witebsk alrededor de 1882, se exhibió en Londres en 1905, en Estados Unidos, Alemania, Holanda y otros lugares, y murió alrededor de los treinta años.

Ninguno de su familia era excepcionalmente alto y él mismo era un niño normal hasta los cuatro años. Luego comenzó a crecer muy rápidamente, sin comer mucho, pero a veces durmiendo durante veinticuatro horas seguidas. A los quince medía aproximadamente un metro setenta y dos; a los veintidós, según el profesor Luschau y Lissauer, medía dos metros y medio. Cuando apareció en Londres el próximo año, se le atribuyó el mérito de nueve pies y tres pulgadas, y la más conservadora de las enciclopedias británicas acepta esta cifra. En el mundo del espectáculo fue considerado universalmente como el "campeón", con una figura de dos metros y medio. Parece indudable que medía más de dos metros y medio y menos de dos metros; su peso fue de 360 libras.

El campeón en 1920 fue George Auger, a quien se le atribuye dos metros y medio, que es estadounidense y afecta al traje de la frontera. Luego estaba el famoso chino sonriente, Chang, que exhibió sus dos metros y medio a casi

todo el mundo durante un largo período, comenzando hacia el final de la Guerra Civil estadounidense.

Una generación atrás había en la clase de dos metros y medio el austriaco Winkelmeier; Paul Marie Elizabeth Wehde, nacido en Ben-Rendorf en Turingia, que se llamaba "La Reina de las Amazonas" y era lo suficientemente guapo para aparecer con éxito en la Alhambra de Londres en una revista llamada "Babil y Bijou"; Ben Hicks, "el campanario de Denver"; y, un poco más pequeño, el capitán Martin Van Buren Bates de Kentucky, que se casó en Londres en 1871 con la señorita Anna Swan, de Nueva Escocia, que era siete centímetros más alta que él; fueron celebrados como los novios más altos del mundo. catorce pies y ocho pulgadas entre ellos, mientras que el peso del capitán de 450 libras lo convirtió en una figura notable.

La curiosidad pública con respecto a los hombres muy altos no es en absoluto moderna. Hace mil quinientos años, un gigante pobre de Roma casi fue asesinado por la presión de la gente que se agolpaba para verlo; pero hubo un estallido especial de tales prodigios durante el siglo XVIII, particularmente en Inglaterra. [308: 1] Tres de los más famosos eran de Irlanda.

[308: 1] Un siglo antes llegó "Long Meg of Westminster", heroína de las hazañas más extraordinarias y cómicas en una de las antiguas baladas.

Primero vino Cornelius MacGrath, nacido cerca de las minas de plata en Tipperary en 1736. Ni sus padres ni sus otros hijos eran de un tamaño notable; pero cuando Cornelius visitó Cork a la edad de dieciséis años, una turba regular lo siguió por las calles, ya que ya se elevaba muy por encima de otros hombres.

Parecía que el año anterior a Cornelius le afligieron mucho los dolores en las extremidades; y creyéndolos reumáticos se bañaba en agua salada para curarse; pero eran "dolores de crecimiento" de un tipo raro, porque durante ese año se disparó unos cuarenta centímetros.

Dado que este rápido crecimiento hizo que perdiera parcialmente el uso de sus extremidades, el Dr. Berkeley, obispo de Cloyne, llevó al joven a su casa durante un mes o más y lo trató con tanto éxito que recuperó sus poderes.

"Su mano era entonces tan grande como una paleta de cordero de tamaño mediano, cuya articulación podía cubrir con ese miembro. El último de sus zapatos, que llevaba consigo, medía quince pulgadas de largo".

Esta caridad del digno obispo fue mal recompensada. Creció una leyenda (que llegó a los periódicos y al "Estudio filosófico de Irlanda" de Watkinson) que el obispo Berkeley, debido a un inhumano deseo científico de experimentar en la fabricación de gigantes, había tomado a un pobre huérfano, y por algún misterioso curso de alimentación, lo había hecho disparar hasta una altura de dos metros.

MacGrath siguió creciendo hasta que a los treinta años midió dos metros y medio; y causó sensación en Londres, París y otras capitales europeas, distraendo la atención de Cajanus, el gran sueco, que era más alto pero no tan bien proporcionado. Su cuerpo fue finalmente robado por estudiantes de medicina del Trinity College, el día en que debían haberlo "despertado".

"Se dice que este fue el origen de la disputa entre los estudiantes y los cargadores de carbón de Dublín, que ha continuado hasta el día de hoy (1868)". Era un gran amigo de los estudiantes, y solía levantar por el cuello de su abrigo y sostener con el brazo extendido, durante mucho tiempo, a un estudiante de pequeña estatura llamado Hare, que era padre del fallecido Dr. Hare, FTCD El Sr. Hare corrió un día entre las piernas de MacGrath, y el gigante se esforzó para recuperar el equilibrio, de cuyo accidente falló en salud y finalmente murió. Su esqueleto se conserva en Trinity College.

Luego vino un hombre de Cork, James MacDonald, que fue exhibido por primera vez, sirvió como granadero durante treinta años, luego se convirtió en jornalero y murió, según el Registro Anual de 1760 a la edad de 117 años. (que es casi tres veces el promedio de los gigantes, ya sean modernos o en aquellos, para ellos, malsanos días de caballería).

Un poco más tarde, Charles Byrne, que se hacía llamar O'Brien, eclipsó a estos dos notables. Llegó a Londres en 1782, como testigo de este anuncio:

"Irish Giant. Para que lo vean, y todos los días de esta semana, en su amplia y elegante habitación, en la tienda de caña, al lado del difunto Museo Cox, Spring Garden, Mr. Byrne, el sorprendente gigante irlandés, a quien se le permite Ser el hombre más alto del mundo; su altura es de dos metros y medio, y en proporción completa en consecuencia; solo tiene 21 años. Su estadía no será larga en Londres, ya que propone visitar en breve el continente. La nobleza y la nobleza Se les pide que tomen nota, había un hombre que se mostró hace algún tiempo en la cima de Haymarket, y Piccadilly, que se anunciaba y se esforzaba por imponerse al público por el gigante irlandés; el señor Byrne pide permiso para asegurarles que fue una imposición, ya que es el único gigante irlandés, y nunca estuvo en esta metrópolis antes del jueves 11 de inst. Horas de entrada todos los días, excepto los domingos, de 11 a 3, y de 5 a 8, a media corona cada persona."

El pobre Patrick lo pasó bastante mal, a pesar del furor que siguió a su aparición durante el corto año en que se erigió "como la producción más extraordinaria de la especie humana jamás contemplada desde los días de Goliath".

Se puso a beber; y al visitar la taberna del Caballo Negro una noche le robaron todos los frutos del éxito de su año, que llevaba en dos billetes, uno por £ 700 y otro por £ 70.

Entonces tuvo tanto miedo de que los cirujanos consiguieran su cuerpo para la disección que suplicó que sus restos fueran arrojados al mar. Los periódicos de Londres, durante el verano de la consumación de la Independencia de Estados Unidos, estaban ansiosos con historias locas sobre los complots para asegurar el cuerpo del gigante después de la muerte.

Dice uno: "Toda la tribu de cirujanos hizo una reclamación por el pobre gigante irlandés difunto, y rodeó su casa como los arponeros de Groenlandia harían con una enorme ballena. Uno de ellos ha llegado tan lejos como para hacerse un nicho en el ataúd de gigante, con el fin de que esté listo a mano en 'la hora de las brujas de la noche, cuando los cementerios bostezan' ".

Otro relato fue que un grupo rival se había equipado con campanas de buceo para rescatar al prodigio del río, donde iba a ser hundido en los Downs en veinte brazas de agua. Un tercero dijo que se había ofrecido a los enterradores un soborno de 800 guineas.

Independientemente de los hechos, el enorme esqueleto fue durante un siglo una posesión preciada del Museo Hunterian del Royal College of Surgeons, en Londres.

Estimulado por la recepción de Byrne, Patrick Cotter, de Kinsale, apareció de inmediato. También tomó el nombre de O'Brien y admitió ser descendiente de Brian Boru. Pronto eclipsó a todos los pretendientes rivales, y en los veinte años anteriores a su muerte acumuló una competencia. Muchas fueron las historias que se contaron de él.

Solía viajar en un carruaje construido especialmente para él, con una especie de hueco en el suelo para sujetar sus piernas. Una noche, un bandolero detuvo el carruaje. Mientras Cotter se levantaba lentamente para mirar hacia afuera, el ladrón vio que esta enorme figura se elevaba aparentemente sin fin y, presa del pánico, dejó caer la pistola, clavó las espuelas en su caballo y se alejó al galope.

Luego le gustaba hacer cosas como asustar a los vigilantes alcanzando una farola y quitando la tapa para encender su pipa; o apostar diez libras

esterlinas a que besaría a una chica guapa en una ventana del piso de arriba cuando pasara.

Hace aproximadamente medio siglo, un caballero escribió a una de las revistas que poseía el reloj de oro del gigante, que pesaba una libra, tenía su nombre grabado en él y aún estaba en buen estado de funcionamiento.

Bastante más interesante que estos gigantes de espectáculo fue el cuerpo de guardias gigantes, como los que mantuvieron durante medio siglo en Potsdam por los reyes prusianos. (Incluso James I tenía un portero, Walter Parsons, de unos siete pies y medio de altura; y Cromwell se jactaba de tener otro, Daniel, del mismo tamaño, que se volvió loco de éxtasis religioso). Estos enormes soldados se reunieron con mucho cuidado, de todos los países, el más alto mide dos metros y medio; y como eran hombres atléticos bien formados, hicieron una apariencia impresionante.

El rey Federico Guillermo, dice Voltaire, "armado con un enorme bastón de sargento, marchaba todos los días para revisar su regimiento de gigantes. Estos gigantes eran su mayor deleite, y las cosas por las que hacía el mayor gasto".

"Los hombres que estaban en la primera fila de este regimiento no tenían menos de dos metros de altura, y envió a comprarlos desde los lugares más lejanos de Europa hasta las fronteras de Asia. He visto algunos de ellos desde su muerte. El rey, su hijo, que amaba a los hombres guapos, no gigantes, había cedido los que vi a la reina, su esposa, para que sirvieran en calidad de Heiduques. Recuerdo que acompañaron al viejo coche estatal que precedió al marqués de Beauvau, quien vino a felicitar al rey, en el mes de noviembre de 1740. El difunto rey, Federico William, que anteriormente había vendido todos los magníficos muebles que dejó su padre, nunca pudo encontrar un comprador para ese enorme carruaje engomado. Las Heiduques, que caminaron a cada lado para sostenerlo en caso de que se cayera, se dieron la mano sobre el techo".

Una agradable excepción de carácter fue un tal Antony Payne de Cornualles, una región siempre famosa por los hombres altos. (De hecho, el erudito autor de una "Historia de Oxfordshire" en 1676 era firmemente de la opinión de que un enorme esqueleto de Cornualles descubierto en su tiempo era el del famoso gigante árabe celebrado por Plinio, Gabbara, y que sin duda había sido llevado a Gran Bretaña por el emperador Claudio.)

Tony Payne tenía fama de medir cuatro pulgadas más de dos metros. Fue un fiel seguidor de la familia Stowe, conocida por su inteligencia, vigor y buen humor como por su tamaño, y luchó con distinción en el ejército real durante la Gran Rebelión; después de la Restauración, Carlos II hizo pintar

su retrato por Kneller. Una Nochebuena envió a un niño con un burro a traer leña del bosque; Al salir un rato a buscarlo, encontró al joven holgazaneando, por lo que Payne recogió el burro cargado y lo llevó de regreso al castillo. Vivió hasta una edad avanzada y dejó tras de sí una reputación de espíritu, habilidad y lealtad a sus ideales que parece bastante rara entre los prodigios físicos.

Muchas figuras históricas han estado al menos en la línea fronteriza de la giganteidad: Guillermo de Escocia, Eduardo III, Godefroy de Bouillon, Felipe el Largo, Fairfax, Baron Barford, Kléber, Rochester, el favorito de Carlos II, Gall, Brillat-Savarin, Benjamin Constant. , el pintor David y otros eran hombres de una estatura bastante extraordinaria; lamentablemente, no podemos averiguar cuán altos son.

Pero los hechos parecen ser que en cualquier momento uno podría estar bastante cerca de contar con los dedos a todas las personas en el mundo que realmente medían más de dos metros y medio de altura.

331

## **CAPITULO XXV**

### **LO QUE LA CIENCIA HA APRENDIDO SOBRE LOS GIGANTES**

Tampoco es este modesto dos metros y medio de estatura, después de Sir Ferumbras y Angolafre, lo más descorazonador de los gigantes.

¡Pues los biólogos de corazón frío que se han especializado en el tema quieren robar incluso la palabra y hacer que "gigantismo" signifique una enfermedad!

¡Ay! mucha justificación para esta posición iconoclasta. Las observaciones exactas aún no son lo suficientemente numerosas como para permitirnos generalizar; pero es muy evidente que la gran mayoría de estos hombres y mujeres más altos padecen una enfermedad oscura, que produce una desarmonía de la estructura ósea y también causa diversos trastornos funcionales. Generalmente, el gigante muestra signos evidentes de lo que los patólogos llaman acromegalia, donde hay un gran agrandamiento de la cabeza, los pies y las manos.

No sabemos exactamente qué causa este crecimiento anormal. Suele estar asociado con las dolencias de una de las notables "glándulas sin conductos", el cuerpo pituitario, que claramente tiene alguna conexión directa con el crecimiento de huesos y tejidos.

Curiosamente, muchas de las características de los gigantes de la leyenda encajan demasiado bien con esta teoría moderna de que el gigante está enfermo.

Quizás, después de todo, es mejor que Roland y Launcelot y Amadis y Guy de Warwick exterminen a las pobres criaturas.

Podemos por más de una razón permitirnos sonreír a ese solemne académico francés, que hace apenas dos siglos elaboró una tabla para demostrar el encogimiento de la estatura humana desde la antigüedad. Dijo M. Henrion, aquí está el

registro tabular:

Adán	Medido	125	pies 9 pulgadas
Víspera	Medido	118	pies 9 pulgadas
Noé	Medido	103	pies
Abrahán	Medido	28	pies
Moisés	Medido	13	pies
Hércules	Medido	10	pies
Alejandro	Medido	6	pies
Julio César	Medido	5	Pies

Y se esforzó por convencer al mundo de que los hombres por su maldad debían haberse reducido a nada en unos pocos siglos más; pero la aparición del Mesías durante la época del Emperador Romano detuvo la degeneración y fijó la altura normal en lo que era entonces.

Sin embargo, si nuestros cuerpos hoy no pueden tener más de nueve pies de altura como máximo, no hay límite en nuestras mentes. Pueden escalar los cielos donde fallaron las crías gigantes. Pueden ser tan elevados como realmente deseemos.

A nosotros, los modernos, nos queda bastante abierto el ser gigantes en intelecto, energía, verdadero progreso y ayuda para con nuestros hermanos más débiles.

